

Las mariposas de Victoria



Verónica Rosi Kar



LAS MARIPOSAS DE
VICTORIA

Verónica Rosi Kar

Tempus Fugit Ediciones S.L.





Título original: Las mariposas de Victoria
Copyright © Las mariposas de Victoria
Copyright © Verónica Rosi Kar
Diseño de cubierta: ©Tempus Fugit Ediciones
Corrección: T.F

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para todas las mujeres:

Madres, hijas, hermanas, abuelas, nietas, tías, sobrinas, amigas; que se han visto en la necesidad de crearse a sí mismas para salir adelante, pese a todas las dificultades en su camino. Para aquellas que han luchado al cuidar a un familiar enfermo o para vencer a alguna enfermedad. Para aquellas que han sufrido un aborto deseado o no deseado, o perder a un ser querido. Para todas aquellas cuyos sueños han sido opacados alguna vez. A todas vosotras os digo que podemos ver la luz en el momento en que volvamos a confiar, a creer y a amarnos a nosotras mismas.

Porque sin amor no hay vida, sin amor no hay esperanza.

VERÓNICA ROSI KAR

Introducción

Victoria es una joven mujer mexicana que, tras sufrir una serie de acontecimientos trágicos en su vida, se ve en la necesidad de superarlos, pese a todas las dificultades que se le presenten en el camino. Su vida actual y los retos que conlleva, los compara con la metamorfosis de una oruga de mariposa. Pero, para darse cuenta de ello, realizará un viaje que le cambiará su vida. Poco a poco se irán desvelando sus secretos lo que hace ganarse la admiración, el respeto y el amor de aquel que la conoce. Aunque es una mujer profesional que disfruta de su trabajo como diseñadora de páginas web y blogs; lo que a ella realmente le encanta es pintar paisajes, y convierte a la pintura en una terapia para sanarse a sí misma. En su historia la acompaña su familia, junto con nuevos amigos que se ayudarán mutuamente para salvar sus propias vidas.

Victoria e Isabel

Desde la banca del parque en la que estaban sentadas Isabel y Victoria, parecía que el mundo se hubiese detenido por un momento. Victoria no podía dejar de pensar en esas seis palabras que el médico le había dicho: «*Diagnóstico, ausencia de tonos cardiacos fetales*». Las repetía una y otra vez en su mente, tratando de buscar una explicación a lo que acababa de pasar.

La respiración de Isabel se entrecortaba al tener ese gran nudo en la garganta; no podía pronunciar ninguna palabra, aunque quisiera hacerlo. Quería llorar, pero tenía que controlarse, debía ser fuerte para ayudar a Victoria a superar su dolor.

Mientras tanto, Victoria tenía su mirada fija en el hospital del cual habían salido quince minutos antes. Lo miraba con mucho dolor y enfado, como si el edificio fuera el culpable de su desgracia. Isa, como le llamaban de cariño sus hijas, sujetaba la mano de Victoria con ternura, pero con firmeza. Cuando Victoria tuvo el valor de mirar a su madre a los ojos, notó que estos expresaban compasión; pero también una profunda tristeza. Toda ella le acompañaba en este momento tan doloroso en su vida.

Victoria tampoco podía hablar, todas las palabras se le quedaban ahogadas en la garganta. Todo su cuerpo temblaba sin poder controlarlo; y lo único que hacía, era acariciar la mano de su madre. Sabía que tarde o temprano tenía que encontrar el valor para enfrentarse a un futuro incierto. Pero, «¿cómo podía hacerlo? ¿Por dónde empezar?»

Parecía que todos los ruidos de la calle habían desaparecido o que tenía los oídos taponados; hasta que los chillidos de un grupo de niños jugando en el césped, rompieron su silencio, dando pie a pensamientos e interrogaciones.

—¿De dónde proviene tu fortaleza, mamá? —Victoria se preguntó en silencio—. Ojalá ahora, yo fuera tan fuerte como tú.

Aún en los momentos más complejos por los que han pasado juntas, Isabel ha sido

la columna vertebral de sus hijas. Cuando las cosas parecían perdidas, ella tenía las palabras exactas para hacerlas continuar. Su madre era como un escudo ante los problemas.

Pero en ese momento, Victoria estaba ajena a toda explicación; hasta que volvió a recordar la razón de su dolor y un gran estremecimiento recorrió su cuerpo. Se levantó rápidamente y se alejó un par de metros para no vomitar encima de su madre.

Isabel se levantó también y la cogió del brazo. Victoria no podía sostenerse en pie, estaba mareada y confusa.

—¿Te encuentras mejor, cariño? —le preguntó Isabel mientras la ayudaba a reponerse.

—No lo sé, mamá, ¿qué ha pasado? —Victoria trataba de volver en sí, mientras se tocaba la cabeza con la mano temblorosa.

—Te has mareado y casi caes al suelo —le explicaba Isabel mientras la acompañaba del brazo hacia la banca del parque para sentarse nuevamente.

Victoria se sentó con dificultad y de la nada brotaron de sus ojos unas cuantas lágrimas. Isa le acariciaba la espalda y el cabello con la ternura que a ella le caracterizaba, aunque tenía sus manos temblorosas de impotencia. Victoria, sabía que su madre deseaba hacer algo más por ella, pero tan solo su presencia era lo que necesitaba en este momento.

—Tranquila, cariño... todo irá bien —Isabel le hablaba con voz nerviosa.

Minutos después de que ambas se habían relajado un poco, Isabel sacó de su bolsa de mano una pequeña botella de agua, un pañuelo y un paquete de caramelos sabor miel y se los dio a Victoria.

—Antes de que chupes un caramelo, aclara tu boca con un poco de agua y escúpela —y así lo hizo—. Ahora bebe un poco de agua y enseguida chupa el caramelo.

Isabel se dio cuenta de que su hija no podía actuar ni pensar por sí misma y por ello le indicaba lo que debía hacer, como cuando era una niña. Y así se sentía Victoria en ese momento, vulnerable y pequeña; incapaz de hacer las cosas por sí sola.

—¡Me duele mucho la cabeza, mamá! Siento que me va a estallar.

Victoria se tocaba con las manos las sienes en señal de dolor, le palpitaban con fuerza.

Isabel seguía acariciando la espalda de Victoria, tratando de hacerle más soportable el malestar. El sabor del caramelo a pesar de ser el favorito de Victoria, no le ayudaba a quitar el mal sabor de su boca y el agua no era suficiente para saciar su sed.

Con su mirada perdida en el horizonte, Victoria, se lamentaba en sus adentros: «¿por qué había tenido que pasarle esto a ella si es una buena persona? O al menos eso creía. ¿Acaso la había castigado Dios por haber hecho algo mal y no lo recordaba?; o quizás, ¿era tan solo una cruel y dura prueba de vida?» —se reñía así misma, mientras apretaba un puño y se golpeaba la rodilla.

Isabel se sobresaltó con el golpe brusco de su hija. Y como si Victoria hubiera hablado en voz alta, su madre respondió a esas preguntas, sin haber salido aún de sus labios.

—Cariño... ten fe, por algo suceden las cosas —Victoria la oía decir con serenidad, pero su voz parecía lejana; aun así, continuó escuchando.

—Tal vez... tal vez este no era el momento hija; quizás no estábamos preparados para recibir este regalo. No es que hayas hecho algo malo, simplemente las cosas... aunque no les encontremos sentido ni explicación alguna en este instante... y por más doloroso que parezca, suceden por alguna razón.

Victoria con los ojos llenos de lágrimas, bajó su mirada hacia el suelo y con voz entrecortada pudo decir algo.

—Tú y yo... tenemos algún tipo de conexión, mamá —Isabel asintió con una tierna sonrisa.

—Casi siempre sabes lo que estoy pensando... y puedo saber lo que tú piensas con solo mirarnos, ¿será que somos telépatas? —le preguntó en tono irónico.

Isabel tenía sus ojos llorosos, tomo aire y le respondió a Victoria mientras le cogía la mano que tenía hecha un puño y se la extendía con ternura.

—No, cariño, no somos telépatas ni tenemos súper poderes; esa conexión de la que hablas es en realidad el poder del amor, el amor que siento hacia ti y tu hermana.

Victoria suspiró y se llevó las manos a la cara. Recordó que su hermana aún no sabía nada de lo ocurrido.

—Hablando de mi hermana —le dijo—, no le menciones nada de esto a nadie y mucho menos a ella, ¡por favor, mamá!

Victoria se lo pedía con un poco de tristeza y enfado a la vez.

Isabel enderezó la espalda y le habló en tono serio.

—Victoria, sé que ahora Gemma y tú no os habláis desde hace un mes; pero sois hermanas y ya va haciendo hora de que habléis y arregléis vuestras diferencias y más en estos momentos, hija.

Mientras la escuchaba, Victoria se limpiaba los ojos y la nariz con el pañuelo.

—¡Lo sé, mamá!, pero ahora no tengo cabeza para pensar en ello.

Suspiró para controlarse y no hacer de ello una discusión entre las dos.

—Dejemos que esto, de momento, sea algo entre tú y yo; te lo pido por favor.

Su madre asintió frunciendo el ceño. Aunque no estaba de acuerdo con su decisión, lo respetaría y no diría nada a nadie.

—¿Nos vamos a casa, hija?

Victoria asintió y al levantarse de la banca, sintió un leve tirón en su vientre provocándole molestias. No pudo aguantar más su tristeza y se derrumbó.

—¿Y ahora qué voy a hacer, mamá? ¿Qué va a pasar? ¿Cómo voy a superar esto?
—Victoria lloraba con tanto dolor que parecía que todo a su alrededor se compadecía de ella.

Isabel no supo qué responderle. En ese momento sintió cómo sus fuerzas le abandonaban también, le dolía en el alma ver sufrir de esa manera tan afligida a su hija.

—No lo sé, hija. Pero tenemos que ser fuertes para sobreponernos a lo que venga —le decía mientras se secaba las lágrimas—. No será fácil, pero sé que eres valiente Victoria, ¡somos fuertes, hija! y el tiempo nos ayudará a curar y a cerrar nuestras heridas. Y por favor... no te sientas culpable, no estás sola, juntas aprenderemos a

perdonar, a olvidar y a seguir adelante. ¡Venga! ya es hora de irnos —Isabel se levantó, le extendió su mano derecha y le esbozó una sonrisa.

Victoria se limpió las lágrimas, la miró, le cogió la mano y se levantó. Juntas caminaron abrazadas hasta el coche aparcado a unas calles del hospital. Tenían que volver a casa y hacer unas llamadas para dar solución al herido corazón de Victoria lo más pronto posible.

Victoria aparcó el coche frente a su casa. Isabel fue la primera en salir de él y se dirigió a la puerta principal. Buscaba las llaves en su bolso para abrir; pero se distrajo al levantar la mirada y se encontró con un pósito azul pegado en el cristal de la puerta. Mientras lo leía, Victoria se quedó un rato más dentro del coche, descansando la cabeza en su asiento.

Para ella, apoyar la cabeza en un sitio cómodo, era una práctica que había desarrollado para meditar y relajarse; así podía descansar cuando su cabeza se saturaba de pensamientos, de recuerdos o de preocupaciones, tal como le estaba ocurriendo desde hace tiempo.

Trató de vaciar su mente por un momento, pero en ese instante Isabel le habló con voz fuerte, casi gritando.

—¡Es de Gemma, ha venido!

Victoria se giró a verla y vio a su madre agitando algo azul con su mano. Se vio obligada a salir del coche para evitar que su madre siguiera hablando fuerte y que todo el barrio se enterara. Cerró la puerta del coche y se encaminó hacia Isa.

—Me pregunta, en dónde estaba yo, que venía a visitarme y que esperó mucho tiempo. ¿Se habrá enfadado mucho? —se preguntaba Isabel levantando los hombros.

Mientras Victoria sacaba las llaves de su chaqueta y abría la puerta para entrar, Isabel continuaba leyendo.

—Dice también que se dejó el móvil en su piso y no podía llamarme para avisar de que estaba aquí —sin apartar la mirada del pósito, Isabel entró detrás de Victoria y con el pie empujó la puerta para cerrarla detrás de ella.

—Lo que son las cosas —pensó Victoria mientras se sentaba en el sofá—. Mi hermana se disgusta por no haber encontrado a mamá en casa, y nosotras en cambio, estábamos en la consulta de urgencias viviendo una pesadilla.

—Ya la llamaré —se limitó a decir Isabel doblando la nota de Gemma.

Victoria aún estaba un poco ausente, así que no le dio importancia que Gemma no preguntara por ella en la nota. De algo sí que estaba segura: «si tenían que arreglar su alejamiento, hoy no era el día ideal para hacerlo, aunque Gemma quisiera» —concluía en silencio mientras se levantaba del sofá.

—Voy a darme una ducha y después trataré de descansar un poco, mamá —le hablaba mientras comenzaba a subir por la escalera.

Pero Isabel no la escuchó; su atención se dirigió hacia la mesita del teléfono para buscar su agenda. La cogió, se sentó en una silla del comedor y comenzó a hojearla rápidamente hasta que encontró el número telefónico que necesitaba.

Mientras se calentaba el agua de la ducha, Victoria se quitaba la ropa en el baño. Ella era hermosa, tenía una piel muy suave y blanca. Alta y de piernas largas, su cuerpo atlético, pero con algunas delicadas curvas. Su cabello castaño claro le llegaba a la mitad de la espalda cuando sus rizos estaban secos.

Limpió con su mano el espejo que comenzaba a empañarse con el vapor del agua caliente. Miró su rostro en él y no lucía alegre y bello como siempre; casi podía ver los surcos de las lágrimas que habían recorrido sus mejillas en las últimas tres horas. Sus ojos marrones, ahora se notaban tristes, rojos e hinchados. Y sus hermosos labios cereza, estaban partidos por tanto mordérselos. Se veía como una flor marchita, no se reconocía a sí misma. Apartó la mirada tristemente y entró en la ducha. Cuando percibió el agradable calor del agua, pudo sentir su piel relajándose poco a poco. Se dejó abrazar por cada gota que bañaba su cuerpo.

Aspiró el vapor que se desprendía, permitiéndole entrar por su nariz hasta llegar a sus pulmones. Cuando exhaló, trató de vaciar todo el aire. Imaginando que así se irían también todos sus problemas y temores.

Al mojar su cabello, notó y reflexionó que era la primera vez que estaba realmente a solas desde que habían llegado del hospital. Cerró sus ojos y llevó sus manos al

corazón; y un ardor recorrió su garganta subiendo hasta sus labios para convertirse en palabras punzantes y llenas de dolor; un dolor que no había sentido nunca.

Sollozaba mientras recordaba todo lo ocurrido en días pasados, cuando creyó que podía hacerse cargo ella sola de su futuro. Pensaba que cada tropiezo en su vida había podido superarlos porque se sentía fuerte y valiente. Pero ahora...

—¡No puedo! —negaba con la cabeza— no estoy segura de salir adelante... mi interior está destrozado, mi corazón roto... y mi alma destruida.

Apretaba sus dientes con rabia, mientras dirigía su mirada al techo del baño, como si quisiera arrancarlo para mirar cara a cara a Dios.

—¿Por qué la vida que crecía dentro de mí dejó de hacerlo?! ¿Por qué no me permitiste ser madre si yo deseaba serlo? —sus lágrimas se convirtieron en cascadas de agua salada fusionándose con el agua dulce de la ducha.

La última vez que Victoria recordaba tanta tristeza fue cuando su padre murió; y eso fue hace doce años. Pero, esta tristeza era diferente, era como si algo en su interior hubiera muerto también.

—¡Y ahora otra pérdida más! —se dijo con mucho dolor.

Bajó la mirada hacia su vientre, colocó sus manos y con mucha ternura le habló a su bebé.

—Aún no sé cómo llamarte, no podré conocerte, ni tú a mí... no podré ver tu rostro, ni ayudarte a dar tus primeros pasos o escucharte llamarme mamá... Tampoco sabré tu sexo, aunque algo me dice... que eras una niña.

Con cada palabra que salía de su boca, sentía cómo se le desgarraba la garganta. No tenía consuelo, se veía a sí misma como la culpable de esta situación; pensó que algo debió haber hecho mal. Cuanto más vueltas le daba a lo que pudo suceder, parecía que caía en un abismo sin poder sujetarse de ningún lado. Trató de respirar con tranquilidad y calmarse un poco para poder continuar.

—Lo que sí puedo hacer es... agradecerte que me hayas elegido para tenerte en mi vientre... aunque solo haya sido un mes y medio. Tú has venido a cambiar mi vida de una manera extraña y amarga... has venido a enseñarme a decir adiós desde lo más profundo de mi ser. Siento mucho que no pudieras quedarte más tiempo entre nosotros. Pero... a donde quiera que vayas... recuerda que alguien ya te amó... aun sin

haber nacido.

En ese momento se escuchó el crujido lento de la puerta del baño, cerrándose poco a poco. Victoria se sorprendió y se quedó en silencio unos minutos.

—¿¡Mamá?! ¿Eres tú? —Pero no hubo respuesta.

Victoria supuso que su madre había entrado al baño y la escuchó mientras hablaba, pero no quiso abrir la cortina de la ducha para comprobarlo.

Minutos antes, Isabel había entrado con normalidad al baño, pero Victoria estaba tan sumergida en su sufrimiento, que no se percató de que su madre la estaba escuchando. Isabel se llevaba sus manos a la boca para no hacer ruido con su llanto. Nunca había escuchado a Victoria hablar de esa manera y le dolió hasta el alma.

Poco después, Isabel salía despacio del baño y tocó tres veces a la puerta para disimular.

—¿Puedo entrar, cariño?

—¡Sí! entra por favor —Victoria le respondía mientras se aclaraba el rostro y se limpiaba la nariz.

—Hija —se aclaró la garganta—, he podido contactar con la madre de uno de mis alumnos.

Isabel trataba de hablar con normalidad y Victoria la escuchaba mientras se enjabonaba el cabello.

—¿Puedes escucharme?

—¡Sí! te escucho — Victoria intentó disfrazar su voz quebrada. Deseaba terminar con su ducha, por lo que trató de hacerlo rápido mientras Isa seguía hablando.

—Verás... en una ocasión, la señora de la que te hablo, me mencionó que su marido es ginecólogo y que trabaja en el área de urgencias del Hospital General de la Ciudad de México —hizo una pausa—. Me dio el teléfono de su marido y he podido hablar con él hace un momento.

Para Victoria todo esto le parecía ir muy deprisa, pero al mismo tiempo quería con todas sus fuerzas despertar de esta pesadilla.

—¿Y qué te ha dicho? —le preguntaba mientras cerraba la llave del agua.

—Me dijo que nos espera mañana por la mañana para ir a su consulta y valorar la situación.

En ese instante, Victoria volvió a sentir un tirón en su vientre, aún más fuerte que el anterior. Cerró sus ojos tratando de soportarlo; por un momento pensó que se desgarraba por dentro. El malestar la hizo gritar y doblarse de dolor. Isabel enseguida apartó la cortina de la ducha para ver que ocurría.

—¿Estás bien?

—Sí... estoy bien... —hablaba con dificultad.

Victoria estiraba la mano para coger su toalla. Isabel ya la tenía preparada y se la acercó. Victoria se la puso alrededor del cuerpo y después Isabel la ayudó a salir de la ducha.

—¿Segura que te encuentras bien?

Victoria asintió.

—Este dolor... ha sido el más intenso... pero sí, estoy bien.

Tomaba aire y lo guardaba unos segundos en sus pulmones para después soltarlo y recuperarse pronto. Hizo esto un par de veces y comenzó a sentirse mejor.

—No pensé que la visita al doctor fuera tan pronto, mamá —lo decía mientras recuperaba la normalidad de su respiración y el dolor comenzaba a desvanecerse.

—Sí, lo mismo he pensado —dijo Isa mientras observaba a su hija que comenzaba a secarse el cabello—. Pero para que tú no corras ningún riesgo, este tirón puede ser un aviso de que cuanto más pronto te atiendan será mejor para todos, hija.

Cuando Victoria empezaba a secar su cuerpo con la toalla, miró a su madre a través del espejo y notó que sus ojos estaban vidriosos. Pudo adivinar la preocupación y la angustia reflejada en el rostro de Isabel, pero no quiso preguntarle.

—Dejaré que termines de vestirte mientras preparo algo para comer. Te veo ahora, cariño —Isabel se giró hacia la puerta, la abrió y salió del baño.

Victoria notó la tristeza en la voz de su madre; se estaba conteniendo para no

llorar delante de ella. Aunque Isabel fuera una persona fuerte, en su interior estaba pasándolo muy mal. No solo por ver sufrir a una de sus hijas, sino porque este bebé iba a ser su primer nieto y para ella los nietos son su adoración.

La mariposa del techo

Era una mañana muy tranquila, el cielo parecía una bella obra de arte. Las nubes apenas podían distinguirse entre los hermosos colores en tono pastel. De un lado dominaba el rosa pasando a lila; y por el otro, aparecía un naranja suave mezclándose con un azul tímido. El viento que se deslizó durante la madrugada, lo había dejado limpio y despejado. Victoria lo disfrutaba mientras su madre conducía el coche hacia el *parking* del hospital.

Cuando entraron al edificio, las piernas de Victoria le comenzaron a temblar. Trató de tranquilizarse dándose unos golpecitos en los muslos y haciendo respiraciones de relajación, pero no parecían ayudarle mucho.

—Ginecología a la izquierda —le indicó Isa al mirar una pizarra con la ubicación de cada planta.

Giraron y entraron a una gran sala de espera. Toda esa planta era rectangular. El techo, las puertas, paredes y columnas, eran de color blanco. En el centro se ubicaba la sala de espera con sus asientos en color crema; de los cuales, algunos ya estaban ocupados por una decena de personas repartidas por la sala. A la derecha, estaban todas las consultas con las puertas cerradas. Y a la izquierda, había un gran ventanal con marco de aluminio que se extendía a lo largo y alto de toda la planta.

Continuaron caminando y las dos se giraron hacia el gran ventanal atraídas por un hermoso árbol de naranjo que reinaba en el centro de un jardín exterior.

El césped era de un verde vivo, flanqueado por unos caminos empedrados por donde los pacientes, familiares y personal médico, se veían caminar y tomar el sol. En las bancas de madera y hierro forjado, se veían personas sentadas leyendo el periódico, merendando o charlando bajo la sombra del árbol.

Victoria deseaba salir allí, en lugar de estar en esa caja de zapatos llamada sala de espera.

Al ver el naranjo con sus hojas tiñéndose de color verde a marrón y algunas naranjas en el suelo, les recordó que era el inicio del otoño y para Victoria pronto sería su treinta y dos cumpleaños.

Ambas disfrutaban del bello jardín; pero el movimiento de personas en la sala les hizo volver al lugar en el que se encontraban.

Mientras Isabel buscaba la puerta de la consulta; Victoria observaba unos carteles con imágenes de niños sonriendo, madres amamantando a sus hijos y unas tablas de crecimiento de los bebés. Enseguida apartó la mirada de ellos como si les hicieran daño a los ojos y siguió caminando detrás de su madre.

—¡Consulta seis! —dijeron las dos a coro. Y eso las hizo reír.

Isa también se sentía tan preocupada como Victoria, la cual dudaba en entrar cuando el doctor la llamara; así que un poco de risa les vino bien. Aunque deseaban acabar con esto pronto, ambas estaban asustadas.

Se sentaron en una fila que daba a la pared del fondo de toda la planta, como si trataran de alargar el momento. Desde donde se sentaron, podían ver a dos mujeres más esperando en la misma consulta. Victoria aprovechó para descansar su cabeza en la pared y relajarse un poco. Y mientras le tocaba su turno, se dedicó a observar el paisaje exterior.

Comenzó a recordar que le costó mucho trabajo quedarse dormida ayer. Pero la ducha, el cansancio y sus ojos doloridos de tanto llorar, finalmente, la condujeron a un sueño poco profundo. No pudo descansar bien, pero al menos durmió más que otras noches.

Podía sentir la mirada triste de Isa observándola. Victoria cerró sus ojos guardando en su mente el bello jardín. Isabel vio en una silla, unas revisas abandonadas, cogió una y comenzó a hojearla, pero enseguida recordó que tenía algo que hacer.

—Voy a llamar a Gemma, enseguida vuelvo.

Victoria asintió sin abrir los ojos y continuó descansando.

Minutos después se abrió una puerta y el doctor llamó a una de las mujeres que estaban esperando. Victoria entreabrió los ojos y su mirada se clavó en el techo. Una vez que sus ojos volvían a acostumbrarse al brillo de la luz natural, prestó más atención a lo que veía. Cuanto más se concentraba, podía distinguir unas formas en la

textura blanca del yeso. Pero se quedó asombrada con una en particular, una que tenía forma de mariposa.

Se veían su cuerpo, la cabeza y las cuatro alas, parecía como si alguien la hubiera dibujado allí adrede.

—¡Solo falta que eche a volar! —se dijo tratando de animarse.

De pronto, algo o más bien alguien, la interrumpió.

—¡Aunque esperar parece lo más aburrido del mundo, el techo es una muy buena distracción! ¿Cierto?

Victoria se sorprendió al escuchar una voz muy suave y delicada, con acento español. Por un momento pensó que se la había imaginado, hasta que bajó la mirada, y dos filas más adelante se encontró con la sonrisa de una niña que no estaba en la sala cuando ellas habían llegado.

Tendría unos ocho años, la niña era muy bonita. Sus ojos de color miel, el cabello rubio con unos rizos muy suaves enmarcando su rostro y un lazo en el pelo a juego con su vestido amarillo con rayas blancas y horizontales. Victoria pensó que si fueran rayas negras parecería una abeja. Sus leotardos eran de color marfil y sus zapatos marrones.

—¡Hola!, me llamo Sandra, ¿y tú? —le preguntó mientras chupaba una piruleta.

—¡Yo!... Victoria.

—Tienes un nombre muy bonito. Pero tu mirada es un poco triste ¿no crees?

Victoria no respondió y para disimular comenzó a buscar a Isabel, sin lograr verla por ningún sitio.

—¿Buscas a alguien? ¿A tu novio?! —la niña le preguntó con un aspecto travieso.

Victoria estuvo a punto de responderle que no era asunto suyo, pero reflexionó antes de contestarle.

—Sí... busco a mi madre. ¡Y no tengo novio! —le respondió en tono más serio esto último.

—Yo estoy esperando a mi madre que ha entrado en la consulta. Me pidió que la

esperara aquí, pero me aburro fácilmente —le explicaba mientras columpiaba sus pies en la banca.

En la sala de espera de su consulta, solo había una persona más, la niña y Victoria.

—¡Veo que has encontrado a la mariposa escondida! —le indicó Sandra señalando con un dedo justo arriba de su cabeza. Victoria siguió su dedo hasta la forma de mariposa.

—¡Sabes! —continuó la niña—, mi abuelo ama a las mariposas, son su pasión. De hecho, tiene una gran colección de ellas en su bosque para estudiarlas. Nunca me deja tocarlas, pero me permite darles de comer —le decía con resignación.

Victoria no hablaba, simplemente se quedó escuchando a la niña.

—Y a ti, Victoria ¿¿te gustan las mariposas?! —le preguntó alegremente.

—Pues sí... me gustan mucho.

La niña observaba con curiosidad a Victoria, como si la estuviera estudiando. Victoria al sentir su mirada, movió la cabeza en busca del árbol de naranjo para no encontrarse con sus ojos; los cuales tenían algo especial, algo de misterio y a la vez inocencia. Pero, aun así, no quiso darle tanta importancia. Suspiró y la niña continuó hablándole.

—¡Sabes! mi abuelo me ha dicho que, en el cuerpo de las mariposas, habitan las almas de nuestros seres amados.

Victoria enarcó una ceja al escucharla decir esto, y notó que la niña se ponía de pie. Se acercó hacia el gran ventanal y recargó sus pequeñas manos en el cristal. Miró hacia el árbol, suspiró y se acercó a Victoria para terminar su explicación.

—Pero solo aquellos que han sido felices cuando vivían —la niña chupó su piruleta, se giró hacia Victoria y le extendió su mano libre.

Victoria la miró un poco confundida, le dio su mano y no pudo evitar prestarle atención. No tenía idea de a dónde quería llegar la niña contándole todo esto.

—Los que no han sido buenos o tienen un gran sufrimiento en su corazón se convierten en orugas una y otra vez, porque aún les queda algo por aprender. Cuando

ya han aprendido la lección, su alma viaja al cuerpo de un ser humano para cumplir su nueva misión. Y si se lo han ganado, entonces volarán juntos dentro de una mariposa para ir por el cielo con libertad.

Victoria sintió un nudo en su pecho; no supo qué decir. Era como si la niña adivinara lo que le estaba ocurriendo.

Mientras reflexionaba, la niña la soltó y se sentó a su lado.

—Mi abuela y mi papá ya viajan en una —le decía Sandra al mismo tiempo que observaba la mariposa del techo.

Victoria al escuchar esto, sintió el impulso de abrazar a la niña. Sobre todo, porque aún era muy pequeña para haber sufrido ya dos pérdidas. Pero Sandra no parecía estar triste, por el contrario, volvió a columpiar sus pies y continuó con su charla.

—¡Y yo también quiero viajar dentro de una mariposa, algún día!

Sandra le regaló una gran sonrisa y Victoria le correspondió de igual manera. Sin embargo, se mostró muy pensativa con todo lo que la niña le explicó sobre las mariposas.

Inexplicablemente, sintió aprecio por la pequeña sin conocerla de nada. Y la niña sintió lo mismo al hablarle de su tema favorito como si fueran grandes amigas.

—Por eso trato de comportarme lo mejor que puedo —concluyó Sandra con picardía—. Aunque a veces no puedo evitar saltarme algunas normas de casa.

Victoria sonrió. Al principio pensó que solo serían cuentos para niños, pero su explicación la dejó pensando en su bebé y por impulso se tocó el vientre.

—Y tú, Victoria ¿viajarás en una mariposa o serás una oruga otra vez? —en ese momento la madre de Sandra salió del consultorio y Victoria se quedó impactada con su pregunta.

—¿Otra vez? ¿Qué quieres decir? —le preguntó Victoria.

Pero sin notarlo, Sandra ya se había apartado de su lado y no pudo escucharla.

Isabel también aparecía en la sala caminando hacia Victoria. La niña corrió al

lado de su madre, le dio su mano y con la otra le dijo adiós a Victoria.

Victoria se quedó con muchas dudas en su cabeza.

—¿Qué había querido decir esa niña? —se preguntaba sin perderla de vista. Pensó que ojalá hubieran tenido más tiempo para continuar con su charla.

La siguió con la mirada hasta que la niña y su madre se perdieron entre la multitud de personas que entraban y salían de esa planta.

—¿A quién miras, hija? —preguntó Isabel al llegar a su lado.

—¡Ah! solo era una niña que hablaba conmigo mientras esperaba a su madre —no quiso decirle nada más, ella apenas podía entender lo que había ocurrido.

—¿Has hablado con Gemma? —trató de cambiar rápidamente el tema.

—¡Sí! estaba muy contenta porque la han ascendido en su trabajo.

Victoria la miró fijamente. Y sintió un poco de nostalgia cuando su hermana y ella se compartían sus cosas. Pero desde que se había casado, ya no charlaban como antes. Y ahora menos, gracias al enfado de su hermana.

—Perdona, hija, no te lo había contado. Ayer fue a buscarme a casa para invitarme a comer y celebrarlo.

—Tranquila ma, me alegra por ella —le respondió Victoria con sinceridad. Pero pensó que ojalá ella también tuviera algo que celebrar en ese momento.

Gemma, aunque era menor que ella por dos años; era una chica muy trabajadora, muy responsable, un poco ambiciosa, competitiva e impaciente. Casi siempre quería tener la razón en todo lo que hacía y decía. Se casó muy joven, aún sin haber terminado la universidad. Victoria suponía que su forma de ser y su carácter se debían a las cosas que vivió en su niñez. Era su manera de hacerse valer y sobrevivir en estos tiempos y más aun siendo una profesional y esposa tan joven.

Victoria en cambio, era más soñadora, más paciente e independiente. Todo lo que se proponía lo lograba, algunas veces pronto, otras en cambio, se esforzaba un poco más. Aun así, disfrutaba de cada logro y los atesoraba, porque sabía lo que le había costado llegar hasta donde estaba. Se acostumbró desde pequeña a hacer las cosas por sí misma, sin depender de nada ni de nadie. Pero en ese momento, sentía que no

era esa chica, necesitaba a su madre más que nunca.

La puerta del consultorio seis se abrió y salió la mujer que entró después de la madre de Sandra. Desde hace veinte minutos la espera se les había hecho muy larga.

—¡Victoria Vals! —preguntó el doctor.

—¡Sí, aquí! —respondió levantando la mano.

—Pasad por favor. Profesora Isabel, que gusto saludarla.

—Muchas gracias, doctor, igualmente.

—Y tú eres, Victoria —afirmaba el doctor mientras cerraba la puerta.

Victoria asintió y al estrechar la fría mano del doctor sintió un fuerte escalofrío.

—Y bien ¿en qué puedo ayudarles? —les inquirió mientras todos se sentaban.

Isabel y Victoria se miraron por un momento sin saber quién hablaría primero, pero fue Victoria la que se decidió a hacerlo. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Doctor... yo estoy... embarazada... desde hace un mes y medio —comenzó a explicar—. Pero ayer por la mañana... noté una mancha de sangre en mi ropa íntima —se escuchó así misma con voz entrecortada, miró a su madre y continuó hablando.

—Nos alarmamos y venimos al hospital de urgencia.

Victoria guardó silencio, no podía seguir hablando porque comenzaría a llorar. Isabel al notarlo continuó por ella.

—El doctor que la atendió le hizo una ecografía y un ultrasonido; y efectivamente nos confirmó que estaba embarazada, pero... —Isabel miró de reojo a Victoria y esta clavó los ojos en sus manos sudorosas.

—¿Ausencia de los tonos cardíacos fetales? —preguntó el doctor.

Isabel asintió, pero Victoria aún no podía levantar la mirada. Al escuchar nuevamente el diagnóstico, cerró sus ojos y los apretó con fuerza. Como si con ese

gesto intentara borrar de su cabeza tan desagradable recuerdo. Temía que el doctor descubriera en sus ojos que fue por un error suyo haber perdido a su bebé.

—Victoria —el doctor se dirigió a ella—, sé que es algo muy difícil de asimilar y sobre todo de aceptar. No estoy aquí para juzgar a nadie; estoy aquí para ayudar a mis pacientes.

Victoria se sintió avergonzada, pero tenía que escuchar al doctor.

—Verás... antes de las veinte semanas de embarazo, cuando este termina por sí solo y hay expulsión natural del feto, se considera un aborto completo.

Al escuchar la palabra aborto, Victoria sintió como si el corazón se le subiera por la garganta y le ahogara.

—Pero... —prosiguió el doctor—, cuando el feto aún continúa en el útero, lo llamamos aborto involuntario o espontáneo. Y por lo que puedo ver, ese es tu caso.

Victoria miró al doctor con desolación.

—En algunas pacientes, la muerte del feto ocurre sin explicación alguna, simplemente se debe a causas naturales.

A Victoria le temblaban las manos. Isabel al notar su nerviosismo le cogió la rodilla en señal de apoyo.

—En otras pacientes, las razones pueden ser por estrés, por una anomalía cromosómica, problemas hormonales, o debido a alguna actividad física excesiva.

Victoria gozaba de buena salud, por lo que sintió que ninguna de estas causas se ajustaba a ella. Aunque quizás un poco de estrés, sí.

—Pero entonces ¿sucedió sin más? —preguntó, y el doctor asintió.

—Por lo que puedo leer en tu parte médico —continuó el doctor mientras Isa y Victoria se cogían de la mano—; has presentado dolores de espalda baja y ligeros sangrados, dolores de cabeza y cuello frecuentes, ligeras contracciones y una repentina disminución de los síntomas de embarazo. Lo que nos lleva a la cirugía —concluyó el doctor.

—¿Cirugía? —preguntaron a coro.

Desde que tenía cinco años y le extirparon las amígdalas; Victoria no había sabido nada de cirugías. Y ahora, veintisiete años después debía entrar nuevamente en un quirófano, «pero ahora sin helado de limón.» Pensó con sarcasmo, mientras el doctor seguía explicando.

—Cuando se ha producido la muerte del embrión y no hay expulsión del mismo, lo que se sugiere a las pacientes es una intervención quirúrgica llamada legrado —hubo silencio.

—Puedo programarla para hoy por la tarde, si lo deseas.

Victoria sintió un sudor frío bajando por su nuca. Sus piernas perdían fuerza; si no fuera porque su madre la sujetaba de la mano, quizás se habría caído de la silla.

Isabel preguntó al doctor en qué consistía esa intervención y mientras comenzaba a explicar, Victoria trataba de serenarse porque no podía más. Todo le daba vueltas, no entendía en qué punto de su vida pudo desviarse de un camino que consideraba seguro.

—Bien —dijo el doctor—, el legrado consiste en un raspado de las paredes interiores del útero, que tiene la finalidad de extraer el embrión y vaciar una capa mucosa que conocemos como endometrio.

—¡Todo esto parece muy doloroso y agresivo! —expresó Victoria sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

El doctor e Isabel la miraron.

—Perdón... no fue mi intención hablar tan alto, es solo que...

—Lo entiendo, no te preocupes —el doctor se acomodó en su silla y trató de tranquilizarla.

—Verás, Victoria, he realizado muchas intervenciones de estas características y sé que puede asustar. Es verdad, es un poco agresivo e invasivo, pero sé lo que hago, y además, cuido de mis pacientes. Tengo un buen equipo dentro y fuera del quirófano, te trataremos con mucho cuidado.

Victoria le regaló una sonrisa apenas visible al doctor. Al fin y al cabo, no le quedaba más remedio que seguir por ese camino, aunque no le gustara, y tendría que confiar en él y en su experiencia.

—¿Has comido o bebido algo esta mañana? —le preguntó el doctor mientras escribía en su ordenador.

—No, nada, no tengo apetito. Solo he bebido un par de vasos con agua.

—Bien, entonces no comas nada durante el resto del día y bebe poca agua. Debes estar en ayunas al menos ocho horas antes de someterte a la cirugía ¿de acuerdo?

Victoria asintió.

—¿Eres alérgica a algún medicamento o a la anestesia?

—A nada que yo sepa aún doctor.

—Bien, no tienes de que preocuparte, serás anestesiada y cuando despiertes ya habrá pasado todo. Tendrás algunas molestias durante unos días, pero desaparecerán.

Victoria miró a su madre, buscando un consejo.

—Tú decides, hija, y esta misma tarde podría intervenirte.

Isabel apretaba la mano de Victoria en señal de ánimo, después se dirigió al doctor.

—¿Cuánto tiempo se quedará en el hospital, doctor?

—Muy buena pregunta. Como sabéis, en toda cirugía puede haber alguna complicación, por ejemplo, una infección o hemorragia. Pero en caso contrario, puede irse a casa pasadas las veinticuatro horas o quizás antes, dependiendo de su evolución.

Victoria consideró que tarde o temprano esto tenía que llegar a su fin, cuanto más alargara el momento, más dolor se causaría a ella misma y a su madre —la decisión estaba tomada.

—De acuerdo, doctor... esta misma tarde puede intervenirme —dijo con voz decidida, pero por dentro temblaba como una niña asustada que se adentraba en la oscuridad.

3

Amenazada

Victoria apenas tuvo tiempo de ducharse y preparar un par de mudas de ropa. La cadera y la cabeza le dolían mucho. Gemma y su marido estaban abajo con Isabel charlando. Victoria no quiso bajar para no interrumpir su conversación. Además, no se sentía preparada para dar explicaciones de su estado físico, ni anímico.

Cuando guardaba la ropa, notó que esta, en lugar de quedarle ajustada por su embarazo, le quedaba más suelta de lo normal.

Su cuñado Toni seguro le daría un fuerte abrazo al verla; puesto que él no estaba disgustado con ella. Toni le preguntaría por su bebé y no quería hablar del tema —¡aún no! —se dijo.

Terminó de guardar sus cosas, un peine y un desodorante, sus zapatos de descanso, una toalla, pañuelos, cepillo y pasta de dientes; y luego cerró la mochila. Se recostó en la cama y encendió el televisor. Cambiaba de canal en canal tratando de encontrar algo interesante que pudiera distraer a su mente de pensamientos deprimentes y confusos, finalmente, terminó apagándola. Cogió su portátil y lo encendió.

Por un momento, estuvo tentada a buscar en internet información sobre la cirugía que le practicaría el doctor; pero negó con la cabeza porque no quería llenarse de imágenes desagradables.

En su lugar, abrió su correo electrónico y vio que había mensajes de algunos clientes y tres mensajes de Xavier, su expareja.

Sin leerlos aún, sintió mucho enfado y resentimiento hacia él. Cerró el portátil de mala manera, no sin antes decirle unas cuantas verdades.

—¡Eres un cobarde! ¡Un inmaduro! ¡Un imbécil! —hablaba con enfado y resentimiento.

Enseguida recordó que su familia estaba abajo y al haber hablado en voz alta, temió que la hubieran escuchado. Aguzó el oído, pero no escuchó a nadie subir por la escalera, ni hacer o decir nada. Y se quedó en silencio, recordando.

Desde hacía seis meses, la relación de Victoria y Xavier no estaba bien. Los pocos días que se veían, parecían como echar una moneda al aire. En ocasiones, podrían pasar solo como amigos, otros como dos completos desconocidos. Hubo varias veces que Victoria a su lado se sintió como un mero objeto sexual y de exhibición. Cada vez se sentía menos querida y apreciada. Cuando Victoria le contaba sobre un sueño que ella quería llevar a cabo, él simplemente la desanimaba.

Poco a poco se fueron distanciando. Las citas se hacían cada vez menos agradables, discutían mucho por cualquier tontería, casi no se llamaban por teléfono y los mensajes al móvil eran prácticamente inexistentes. Fueron unos meses muy largos, con muchos altibajos, decepciones y malentendidos.

Una semana antes de dar por finalizada la relación, Xavier se mostró atento y cariñoso con ella, como lo hacía al principio de su noviazgo. Y Victoria no contó con la posibilidad de haber quedado embarazada en la última noche que pasaron juntos.

Cuando lo supo, dudó mucho en decírselo a Xavier; aun así, creyó que lo más correcto sería que él lo supiera y que no terminara culpándola de haberle ocultado la existencia de un hijo.

Su intención era solo informarle de ello, no quería que se sintiera responsable, ni mucho menos casarse con ella. La relación ya estaba rota y un bebé no iba a ser la causa de una atadura. Victoria se sentía segura y confiada para hacerse cargo del bebé ella sola. Su familia la apoyaba y estaban felices por el futuro miembro.

Isabel desde el momento que supo que iba a ser abuela, comenzó a tejer ropa de bebé. Su especialidad eran los zapatitos y los abrigos. Gemma estaba feliz porque sería la tía más mimosa del mundo. Su cuñado Toni, estaba haciendo él mismo la cuna para su sobrino; porque él estaba seguro de que sería un niño. Todos estaban encantados con la idea, excepto Xavier.

Una tarde Victoria quedó con él en una cafetería. Hacía un mes que se había separado y no se habían vuelto a ver desde entonces. Charlaron como amigos y se pusieron al día. Todo parecía ir bien hasta que llegó el momento de contarle la verdadera razón de la cita.

Cuando Victoria le reveló su secreto, Xavier cambió su actitud amistosa por una

desconcertante y de enfado. Lo primero y último que le dijo a Victoria, sin pensarlo siquiera, fue que él no quería hijos y que tenían que finalizar el embarazo. Victoria le trataba de explicar que ella se haría cargo del bebé y que no le responsabilizaría a él para nada. Sin embargo, él no quiso escucharla. Se levantó airado, la cogió del brazo y la llevó a tirones hasta la salida de la cafetería para ir directos a un hospital.

Por suerte, un camarero lo apartó de ella. Xavier enfurecido chilló: «¡tarde o temprano tendrás que abortar, yo me encargaré de que así sea!»

El camarero hizo entrar a Victoria de nuevo, le ayudó a sentarse y le ofreció un vaso con agua.

Victoria estaba llorando y temblando al verlo reaccionar de ese modo. Se sintió abrumada, asustada, preocupada y avergonzada por la escena que ella y el resto de personas tuvieron que presenciar. Nunca pensó que Xavier actuara de manera fría y agresiva. Y se alegró en parte de ya no estar con él. Esperó allí al menos unos quince minutos después de que llamara por teléfono a Isa y a Gemma para que fueran a buscarla. Porque tenía miedo de salir de allí y encontrárselo afuera.

Cuando les explicó lo sucedido, Isabel y Gemma estaban furiosas y trataron de tranquilizarla al decirle que jamás permitirían que les hicieran daño, toda la familia cuidaría de ellos. Gemma y su marido movieron sus hilos y comenzaron a pedir ayuda y consejo a sus contactos y amigos, entre ellos un par de abogados.

Isabel estaba dispuesta a hablar con Xavier para que fuera más racional y comprensivo, pero todos se lo impidieron. Lo único que Victoria tenía presente y por lo que se sentía de alguna manera más serena, era que su familia estaba dispuesta a velar por ella y por su bebé.

Sin embargo, después de este suceso, los siguientes días fueron complicados. Recibía constantes llamadas al móvil y correos de Xavier con sus amenazas, pero nunca se presentó en su casa. Porque sabía que la familia le impediría acercarse a ella a menos de un metro.

Toni le recomendó no hacer nada a menos que él se presentara y tratara de hacerles daño. Afortunadamente, Victoria trabajaba desde su casa y no era necesario salir. Y cuando tenía que hacerlo, siempre estaba acompañada.

Después vino la discusión con su hermana. Al parecer un amigo de Xavier, que trabajaba en el mismo edificio que Gemma; en señal de venganza, mando que le rayaran su coche nuevo. Gemma se disgustó tanto que culpó a Victoria de ello, por

haber dicho a Xavier sobre su embarazo y que lo mejor hubiera sido que se quedara callada.

Gemma se sentía herida en su orgullo, sin pensar cómo se sentía Victoria en ese momento. Gemma le remarcaba: «¡justos por pecadores hermanita!» Porque según Gemma, ella había pagado por la imprudencia de su hermana.

Pero, para Victoria, fue lo más correcto y honesto. Pese a todo este conflicto. Lo hecho, hecho estaba y no había vuelta atrás. Ahora solo tenía que mirar hacia adelante por su bebé.

Poco después comenzaron las malas noches, los dolores de cabeza, de espalda y cuello. Aunque tenía poco tiempo de embarazo, algo dentro de ella le hacía sospechar que no marchaba bien.

Unas cuantas manchitas de sangre no le alarmaron, porque le explicaron que era normal en las primeras semanas de embarazo. Pero no fue nada normal lo que se encontró ayer nada más levantarse de la cama con una gran mancha roja en sus bragas.

Todo esto recordaba Victoria acostada en su cama, esperando a que llegara el momento para irse al hospital.

—¡Qué ironía! —dijo tristemente—. Xavier ya no podrá hacerme daño, pero tampoco habrá bebé. ¡Has ganado, grandísimo idiota! —expresó con rabia y frustración.

Se recostó de lado y poco a poco se fue quedando dormida y tuvo un sueño. Vio a su padre sonriendo feliz. En sus brazos cargaba a un bebé envuelto en una manta blanca. Él lo arrullaba y le hablaba, pero Victoria no podía distinguir sus palabras.

Ella presenciaba de lejos la escena, hasta que se escuchó decirle a su padre: «¡papá, ese bebé soy yo!» Su padre le sonreía y le decía en voz baja: «¡eres una maquetita de mujer!» Después todo se desvaneció.

Victoria no sabía cuánto tiempo había pasado, pero a lo lejos escuchó a Isabel llamándola.

—Victoria, ¡despierta! ya es hora de irnos.

Isabel trataba de despertarla, pero entre el cansancio y sus ojos húmedos e hinchados no pudo enfocar bien la mirada; sentía sus párpados pesados. Tocó su almohada y estaba un poco mojada, adivinó que había llorado al soñar a su padre.

Lentamente se despertó, haciéndose más consciente de su alrededor con las sacudidas que le daba Isabel en su cadera. Mientras veía a su madre ponerse la mochila al hombro.

—Mamá ¿qué haces?

—Te ayudo con esto, lo llevaré al coche mientras te despejas y te preparas. Ya es hora de irnos.

—¿Irnos? ¿A dón...?

Por un momento, pensó que todo había sido un sueño. Porque recordó que era el momento de marcharse al hospital.

—De acuerdo, enseguida te alcanzo —dijo con desánimo.

Victoria se levantó de la cama, se acomodó la ropa y se puso los zapatos.

Hizo una parada en el baño. Se lavó la cara, se pasó las manos mojadas por el cabello y se peinó con los dedos. En ese momento sintió su móvil vibrar en el bolsillo de su chaqueta; era un mensaje de su ginecólogo.

*Victoria, os espero a las 19:30 en la zona
de urgencias, preguntad por mí. Dr. Torres*

—Ha llegado el momento —se dijo mirándose al espejo. Se armó de valor y se dispuso a bajar por la escalera. A cada paso que daba, sentía punzadas en su estómago. Ya no había vuelta atrás. Poco después salieron rumbo al hospital, con ese nudo en la garganta que parecía no abandonarla. Y con el palpitar de su acelerado corazón.

Cuando entraron a la zona de urgencias, había mucha gente. Victoria pudo ver algunas personas con huesos rotos, niños durmiendo en los brazos de sus madres ardiendo en fiebre, y enfermeras tomando la temperatura en plena sala de espera.

Cuando se acercaron al mostrador, Victoria preguntó al recepcionista por el Dr. Torres y le entregó su tarjeta médica. Este le preguntó la razón de su visita y llamó al doctor por megafonía.

—El Dr. Torres vendrá en un momento. Podéis esperar en la sala, por favor.

—Gracias —dijeron las dos.

Cuando pudieron sentarse, por donde quiera que miraran había gente quejándose, llorando o sangrando.

Una enfermera muy joven se acercó a Victoria, le pidió su nombre y edad, el nombre de su acompañante y parentesco. Finalmente, el nombre del doctor con el que tenía la visita. Le pidió su brazo para verificar su presión arterial y después la temperatura y lo escribió en su informe.

—Disculpe, enfermera ¿ha sucedido algún accidente? —preguntó Isabel un poco alarmada—. Hay mucha gente en urgencias.

La enfermera la miró y le sonrió.

—No, señora, esto es un día normal, quizás podría decirse que es incluso tranquilo.

Victoria e Isabel se miraron sorprendidas.

—Enseguida vendrá su doctor. Esperen aquí por favor.

—Sí, gracias —respondió Victoria.

Tuvieron que esperar media hora soportando lamentos y llantos. Finalmente, Victoria vio al Dr. Torres acercarse a ella con una silla de ruedas.

—Buenas tardes, Victoria... profesora Isabel.

Ambas respondieron al saludo.

—Bien, Victoria, esta silla es para ti. Tengo que llevarte para que te preparen.

Victoria se pasó de una silla a otra sin dejar de mirar a su madre. Isabel le extendió la mano y le dio ánimos.

—Profesora, yo o alguna enfermera la mantendremos informada. Quédese tranquila, su hija está en buenas manos.

—Lo sé, doctor.

Aunque Isabel confiaba en el doctor, sentía como si el corazón se le fuera a salir del pecho.

—Mamá ¿y mi mochila? —ninguna se había percatado de haberla dejado en el coche.

—¡Oh! enseguida la traigo.

—Profesora, espere... la necesitaré cuando la pasemos a recuperación.

—Está bien, doctor —respondió Isabel menos preocupada.

Ambas se despidieron con un cariñoso abrazo. Victoria no quería dejarla allí entre toda esa gente; e Isabel deseaba estar con su hija en todo momento. Al verla alejarse, Isabel pensó que cuando volviera a abrazarla ya todo habría pasado.

Mientras el doctor empujaba la silla, Victoria tuvo que pasar por una serie de pasillos y vestíbulos, y cruzar unas cuantas puertas hasta llegar al sitio donde sería preparada para la cirugía. El doctor estaba muy callado, no dijo ninguna palabra durante todo el trayecto. Para Victoria no parecía el mismo doctor amable que le atendió en su consulta. Pero no quiso interrumpir su silencio, pensó que esta era su faceta de cirujano y que necesitaba concentrarse para hacer bien su trabajo.

Finalmente, llegaron a una sala amplia con paneles en color marrón oscuro cubriendo las paredes. Que, vistos desde lejos, daban la apariencia de imitar a la madera. Pero, al entrar allí con la silla a través de una puerta doble, el lugar no era nada cálido ni agradable. Todo lo contrario, era frío y solitario. Nada más cruzar, vio un gran mostrador con forma de L, y detrás de él había tres enfermeras trabajando.

El Dr. Torres las saludo y comenzaron a informarle sobre algunas pacientes que estaban en recuperación. El doctor dejó a Victoria aparcada a la mitad del vestíbulo,

mientras él se dirigía al mostrador para buscar su informe médico.

Escribió algo en el ordenador y pidió a una de las enfermeras, señalando a Victoria, que la preparara para un legrado. Minutos después, el doctor se dirigió hacia otra puerta, la abrió y entró por ella. Enseguida la puerta se cerró y una luz de color rojo se encendió en el plafón del techo. Victoria pudo leer algo escrito en una placa metálica que estaba pegada en esa puerta: «Sala de Cirugía.» Y sintió una corriente fría recorriendo todo su cuerpo.

Cuando se giró a hacia el mostrador, notó la mirada inexpresiva de las enfermeras sobre ella.

Una de ellas, que parecía ser la jefa de enfermeras, se le acercó con ropa del hospital y una bolsa de plástico.

—¿Puedes caminar? —preguntó seriamente.

—Sí.

—Entonces acompáñame por favor.

Victoria se levantó de la silla y fue detrás de ella. La condujo a la zona de camillas, y en ese lugar había cuatro de ellas ubicadas en posición paralela una con otra a lo largo de la pared más amplia. Y en la última, había una mujer recostada de lado y con los ojos cerrados. La mujer estaba de parto y se veía que le dolía mucho. Se adentraron un poco más hasta llegar a una quinta camilla oculta tras una cortinilla, ubicada en una esquina y perpendicular a la de esa mujer. En ella, la enfermera colocó una sábana, dejó la ropa de hospital y la bolsa.

—Por favor desnúdate completamente y colócate la bata. Tu ropa y zapatos los pones en esta bolsa de plástico, si tienes pendientes, reloj o colgantes también los dejas dentro. Se lo haremos llegar a tu familiar.

La enfermera rodeó la camilla de Victoria y tiró de una cortina blanca para que tuviera intimidad. Aun así, Victoria se sintió observada. Nunca le había gustado la ropa de hospital; se le hacía incómodo ir enseñando el trasero y además, se pasaba frío con ella.

Victoria siempre había sido un poco tímida al mostrar su cuerpo, incluso con su madre y hermana. Pero se había vuelto aún más vergonzosa desde que estaba con Xavier de pareja. Aunque su figura era esbelta, no les permitía que la vieran desnuda.

Y desvestirse en un lugar como ese, la hacía sentirse intimidada a pesar de que no había nadie a su alrededor observándola.

Un chillido agudo salió de la mujer morena que tenía a un lado. Victoria la miró y sintió vergüenza ajena al notar la bata de esa mujer entreabierta y que dejaba ver su espalda y su trasero desnudos. Ninguna enfermera acudió a atender las quejas de la embarazada. Victoria se giró dándole la espalda y comenzó a quitarse la ropa.

Mientras lo hacía, se preguntaba cómo iba a soportar que el doctor la mirara y la tocara. Sin recordar que estaría anestesiada.

Toda su piel se erizó y sintió escalofrío, por lo que trató de vestirse lo más rápido que pudo, inmersa en sus pensamientos.

La enfermera que la atendió, corrió la cortina sin previo aviso, lo que hizo sobresaltar a Victoria y cubrirse los pechos con su brazo sin darse cuenta de que ya tenía la bata puesta.

—¡Relájate, mujer! —le dijo la enfermera mofándose de ella—. ¿Estás lista? tengo que prepararte —la apresuró.

—Sí... es solo que... —titubeaba mientras se sobreponía del susto—. Solo falta atarme estas cintas de la espalda.

—A ver déjame a mí —le pidió la enfermera con el ceño fruncido.

Mientras la enfermera ayudaba a Victoria, la mujer embarazada chilló de nuevo; pero esta vez con más sufrimiento y dolor, por lo que llamó la atención de la enfermera.

—Paciencia, Yolanda, comienzas a tener más contracciones.

—¡No sé si podré soportarlo! —decía la mujer.

La enfermera terminó con Victoria, después se colocó un par de guantes y palpó a la mujer. Mientras que Victoria guardaba su ropa y objetos personales en la bolsa.

—Aún no es la hora, estás de seis centímetros —le indicó la enfermera.

—¡Quiero la epidural por favor! —chillaba la mujer.

—Ya no es posible Yolanda, tendrás que aguantar.

Victoria sintió pena por esa mujer, pero también por ella misma. Yolanda estaba a punto de traer un nuevo ser al mundo y tenía que pasar por todo ese dolor. Y Victoria estaba allí para dar por terminado de manera oficial con su embarazo y su dolor era más interno que físico, sin poder definir cuál de ellos dolía más.

La enfermera se quitó los guantes, volvió al lado de Victoria y le pidió que se recostara en la camilla.

—¿Has comido o bebido algo durante el día? —le consultó mientras sacaba de su bolsillo una caja de medicamento.

—No, estoy en ayunas por indicación del Dr. Torres.

—Entonces voy a administrarte una cápsula de gel y mi compañera te pondrá oxitocina en la vena para que comiences a dilatar. Te dolerá un poco, pero tienes que aguantar, no puedo darte nada para el dolor.

Le indicaba la enfermera fríamente. Esta se puso otro par de guantes y pidió a Victoria que doblara las rodillas.

—Apoya los pies en la camilla y abre las piernas. Y por favor, intenta no moverte.

Victoria estaba tensa y temblando, y aunque quería controlarse no podía hacerlo, su cuerpo estaba al mando en ese momento.

La enfermera le introdujo por la vagina la cápsula de gel sin avisarle y Victoria tuvo que llevarse la mano a la boca para no gritar. La cápsula le quemaba por dentro, quería sacársela, quería salir corriendo de allí pero no podía, sus piernas no le respondían.

—¡Victoria! ¡Relájate o te haré daño! —le chilló la enfermera.

Con la cápsula dentro de su cuerpo la enfermera se quitó los guantes y la miró de reojo.

—No eres la única a la que le ha pasado esto. ¡Después lo olvidarás y podrás tener más hijos!

Victoria se sintió disgustada por la actitud y los comentarios sarcásticos y groseros de esa enfermera.

—¿Cómo puedo simplemente olvidar algo así? —se decía así misma en silencio y con los ojos llenos de lágrimas contenidas.

—No se trata de una herida sin importancia, ¡he perdido a mi bebé! ¡A una parte de mí!

—¡Listo! ahora hay que esperar un par de horas a que comiences a sangrar. Por favor, no te levantes o la cápsula se caerá y tendré que ponerte otra. Si tienes ganas de orinar avísanos por favor. El doctor vendrá a verte en cuanto termine la cesárea que está practicando.

La enfermera recogió la bolsa de plástico con la ropa de Victoria y se marchó. No miró a la enfermera durante todo ese tiempo que estuvo a su lado. En su lugar miraba una lámpara que parpadeaba de vez en cuando. Sintió mucho enfado hacia esa enfermera, hacia el lugar en el que se encontraba y no tenía ganas ni ánimos de discutir con nadie. Se mostró aliviada cuando se quedó a solas.

Minutos después otra enfermera que entraba a la sala se colocó del lado izquierdo de la camilla de Victoria y sin mirarla cerró la cortinilla tapando su vista hacia el mostrador. Victoria apenas había podido sobreponerse al ardor que le provocó la cápsula, cuando la enfermera más joven se le acercó, le buscó la vena en su mano derecha y le introdujo una jeringuilla. Reguló el paso de las gotas de la oxitocina y se marchó sin decir palabra alguna.

—¡Isa! ¿Dónde estás? —llamaba a su madre en susurros—. ¡Me haces falta!

Victoria sentía como sus lágrimas se escurrían por su rostro y entraban por sus orejas. Se sintió vacía, dolorida y sucia. Mientras se limpiaba las lágrimas, un grito la sacó de sus pensamientos. Había mucho ruido y pasos cerca del mostrador y con la cortinilla cerrada no podía ver lo que ocurría. Después escuchó las voces de unos hombres que daban indicaciones a las enfermeras y de nuevo un grito de dolor. Era otra mujer que estaba de parto. Una enfermera la tranquilizó y los hombres llevaron a la mujer a una de las camillas libres.

Victoria no podía levantarse para mirar, solo pudo alzar la cabeza y lo poco que vio fue a una mujer con el pelo largo y negro, empapado de sudor al igual que su rostro y cuello.

Un hombre la cogía de la mano, Victoria supuso que sería su marido.

—¡No puedo más! —chillaba la mujer—. ¡Tengo que empujar ahora! —y emitía

sonidos de esfuerzo.

Las enfermeras le dijeron a coro que ¡no!; aún no era el momento y que tenía que esperar. Pero la mujer no soportaba el dolor y estaba empujando, ignorando las indicaciones de las enfermeras.

La jefa de enfermeras le gritó a la embarazada: «¡aún no empujes!» Entonces, introdujo su mano por debajo de la falda de la mujer y le explicó que, si empujaba, su bebé podía morir, porque tenía el cordón umbilical rodeándole el cuello.

—¡Cuándo yo te diga, entonces empuja! —le pidió la enfermera.

Victoria vio como poco a poco comenzaba a teñirse de rojo la falta gris de esa mujer y sintió escalofríos. Tuvo miedo por ella y ese bebé.

—¡Ahora... empuja! —la mujer hizo el esfuerzo y en escasos minutos una cabeza pequeña con cabello negro y piel rosada asomaba por debajo de la falda de la mujer, chillando con gran intensidad.

Victoria por primera vez en su vida, vio el nacimiento de un bebé en directo. Sintió un gran alivio al escuchar el llanto de ese nuevo ser, vivo y sano.

Volvió a apoyar su cabeza en la camilla. Y notó un dolor en su cuello, por la tensión del momento. Incluso Yolanda, se había quedado callada contemplando la escena. Se preguntó ¿cómo habría sido su parto si las cosas hubieran sido diferentes para ella? Pero allí estaba, viviendo la vida y la muerte al mismo tiempo.

Enseguida, Yolanda comenzó a chillar más fuerte, lo que provocó que un par de enfermeras acudieran a verla. Una de ellas trajo al Dr. Torres para examinarla e indicó a las enfermeras que en quince minutos la llevaran a la sala de partos.

El Dr. Torres al girarse, miró de reojo a Victoria y le preguntó a la enfermera más joven por su estado.

La enfermera le indicó que aún le faltaba una hora.

Victoria se sentía frustrada, no quería esperar más. Estaba a punto de levantarse cuando recordó que si lo hacía la capsula se caería y volverían a introducirle otra. Con desagrado volvió a acomodarse y con disimulo se cubrió las orejas con las manos para dejar de escuchar los chillidos de Yolanda, que se mezclaban con el potente llanto del recién nacido.

4

Legrado

El ambiente estaba más silencioso y calmado que antes. Se había quedado dormida. Cuando pudo abrir los ojos y enfocar su vista, se percató de que Yolanda ya no estaba, ni tampoco la madre que acabada de dar a luz.

En ese momento escuchó pasos que se acercaba hacia ella y volvió a cerrar los ojos, simulando que aún dormía y sintió que alguien se ponía de pie a su lado.

—¡Hola, Victoria!, mi nombre es Andrea. Permíteme ver cómo vas con la dilatación.

Victoria entreabrió lentamente los ojos y vio el rostro de una enfermera que le sonreía. A esta no la había visto antes. Era distinta a las otras tres, tanto por su voz, como su presencia y su forma de tratarla. Le calculó unos cincuenta años de edad. Era más alegre, más amable y cuidadosa. Tenía el cabello corto, ondulado y rubio, y usaba gafas. Era casi como ver a su madre con la diferencia de ser más alta que Isabel y con una figura atlética; su madre era más delgadita y bajita.

Victoria seguía sus indicaciones mientras la comparaba con la actitud de las otras enfermeras; supuso que sus comportamientos se debieron al cansancio, y a no querer lidiar con pacientes lloronas como ella. Pero, esta sí que le gustó más.

—Perdone, ¿sabe si mi madre está bien? ¿Sigue en la sala de espera?

—Lláname, Andrea, por favor —le pedía la enfermera mirándola a los ojos con simpatía.

Victoria le sonrió. Su voz era tan relajante como ese cielo que vio por la mañana cuando llegaban al hospital. O como ese bello jardín exterior con su árbol de naranjo. Le transmitía tranquilidad y confianza.

—Tu madre debe estar aún en la sala de espera —le dijo la enfermera mientras la seguía palpando—. No les permiten entrar a esta zona si no es necesario. ¡Ya casi

estás lista!

Victoria vio sangre en los guantes de la enfermera y sintió ganas de llorar, pero se contuvo.

—Falta muy poco, quizás media hora más. ¿Tienes ganas de orinar?

—No, estoy bien gracias.

—Si necesitas algo, por favor, llámame ¿de acuerdo, Victoria?

Victoria asintió y la enfermera continuó con su trabajo.

Había mucha calma, ya no había gemidos ni quejas. Por un momento Victoria pensó que se había quedado sola; pero un ruido proveniente del mostrador le quitó las dudas.

No podía hacer nada más que esperar, cerrar o abrir los ojos, respirar y tratar de aplacar su nerviosismo. Porque en el momento en que su mente le hacía recordar el pasado, su cuerpo comenzaba a temblar. Trató de que su mente guardara silencio. Llegó un instante en que se sintió rodeada de mucha quietud. Le quedaba poco tiempo para decir adiós a su vida pasada. Extrañamente se sintió agradecida por todo lo que había pasado, por haber conocido el verdadero rostro de Xavier y que su relación terminara. Por tener el apoyo y el amor de su madre. Y aunque Gemma y Toni no estuvieran con ella en estos momentos, seguro que también estarían pendientes de su salud.

Sabía muy bien que después de salir del quirófano, su vida no volvería a ser la de antes, todo cambiaría. Percibió este momento como un regalo que se le hubiera otorgado para reflexionar sobre toda su vida. Pero, sobre todo, confiaba en que este instante le diera la madurez y la sabiduría para enfrentarse a cualquier cosa en el futuro.

Pensó en su padre y en la falta que le hacía su presencia y a él le dedicó sus pensamientos.

—No sé si puedas escucharme. Soy Victoria; tu chica soñadora e independiente. Que en cuya vida, ha habido éxitos y fracasos, luces y sombras, vida y muerte. Y he tenido que aprender de mis aciertos y errores. Pero ahora me siento vacía. No me reconozco a mí misma. ¡Papá! ¿Dónde estás? Desde que te fuiste, todo ha cambiado. ¡Mírame!, esta es mi vida ahora, llena de dudas y temores. Me siento atrapada en una

crisálida sin ver el momento de salir de ella y volar con libertad. Necesito volver a creer que todo lo bueno en mí es posible; necesito volver a confiar. Quiero volver a amar y sentirme amada; pero ya no sé cómo hacerlo. Por favor, ¡ayúdame!

—¡Hola, Victoria! es tu turno —alguien la interrumpió y al abrir los ojos vio que era el Dr. Torres. Visiblemente cansado, pero con el gesto amable que le notó al entrar en su consulta esta mañana.

—¿Estás lista?

Victoria asintió.

—Muy bien.

Llamó a Andrea y juntos condujeron a Victoria hacia el quirófano.

Mientras se dirigían allí, se prometió que cuando todo terminara, se tomaría unas vacaciones en un lugar donde pudiera desconectar y sanar por dentro y por fuera. Para renovarse y cambiar.

Cuando atravesó por la puerta, vio la mesa de operaciones y esas luces redondas que le provocaron recuerdos de cuando era pequeña y le iban a extirpar las amígdalas.

Victoria tuvo vagas imágenes de esos momentos. Recordó tener cinco años de edad. Las amígdalas le estaban creciendo tanto que empezaba a quedarse un poco sorda. Por lo que decidieron que tenían que quitárselas.

Se vio en una habitación muy grande con muchas camas, pero ella estaba sola, sin más pacientes a su alrededor. Se paseaba por el hospital libremente, acompañando a las enfermeras; subiendo y bajando por el ascensor mientras Isabel la esperaba en la habitación preocupada por su hija al no verla allí. El personal médico adoraba sus rizos y la sonrisa de esa niña que les alegraba el día. Y su premio de buen comportamiento era su helado de limón y eso le encantaba. Era la pequeña mimada del hospital.

Volvió a su realidad cuando sintió que la empezaban a mover entre el doctor y Andrea para subirla a la fría mesa de operaciones. Poco a poco llegaron más personas, lo que la hizo sentirse intranquila.

Mientras le colocaban algunos aparatos, el doctor le daba algunas indicaciones a

su personal médico. Entre ellos a un par de jóvenes doctores con libretas y bolígrafos en las manos para hacer anotaciones.

—¡Genial! —se dijo en silencio—. Ahora seré un espécimen de estudio —comenzó a sentirse muy nerviosa, no solo el doctor le vería sus partes íntimas, esos chicos aspirantes a médicos también.

—¡Victoria! —le llamó Andrea—, vamos a ponerte anestesia general, no sentirás nada y no tienes de que preocuparte. Cuando despiertes estarás fuera del quirófano ¿de acuerdo?

Victoria asintió.

El Dr. Torres después de lavarse y colocarse los guantes, pidió que le abrieran una bolsa y salió de ella lo que parecía un delgado tubo de plástico transparente.

—Voy a colocarte esta manguerilla en la uretra para evitar que la orina entre en la zona vaginal y produzca infecciones, sentirás como un pellizco, pero se pasará pronto.

El doctor tenía razón, sintió un molesto pellizco y después la manguerilla parecía que succionaba esa parte tan delicada. Trató de controlarse tirando de la bata que apenas le cubría. La mitad de su cuerpo estaba al descubierto, listo para ser examinado.

Andrea al verla temblar, la cogió de la mano y la tranquilizó. Victoria la miró y suspiró al ver que seguía sin tener el control y debía relajarse. Andrea le hizo un gesto a la anestesista para que le colocara la mascarilla.

—Victoria, quiero que cuentes despacio y en voz alta del diez al cero, todo irá bien —le indicó la anestesista.

Victoria asintió y comenzó a contar —diez, nueve, ocho, siete, se...is, cin...

—¡Victoria! ¡Victoria!

—¡Vamos, despierta!

—¡Victoria!

No entendía por qué todo se movía. Apenas podía abrir los ojos. Solo veía siluetas y después oscuridad, voces llamándola, de nuevo veía borroso y oscuridad. Algo le impedía estar despierta.

Un movimiento en su hombro izquierdo la hizo despertar. Podía enfocar mejor la mirada. Aunque se sentía débil, reaccionó lentamente hasta estar consciente de lo que ocurría.

—Victoria, soy Andrea, vamos camino a la zona de recuperación y allí podrás ver a tu madre.

—Bien —dijo con un tono de voz apenas audible.

Las luces del techo de los pasillos por donde la llevaban le lastimaban y no podía enfocar bien. Trató de limpiarse los ojos, pero la manguerilla que tenía en la mano se estiró, haciendo que la aguja se moviera y le hiciera mucho daño.

Un chorrito de sangre salpicó la bata de Andrea y enseguida le taponó la herida con una gaza. Continuaron viajando de pasillo en pasillo; después subieron por un ascensor. Al salir de allí, recorrieron otro par de largos pasillos con muchas puertas de habitaciones y finalmente, entraron a una de ellas.

Era una habitación pequeña con dos camas. Había una ventana que se levantaba a un metro del suelo y tenía el largo de toda la habitación. Vio un televisor soportado en la pared y un par de sofás ubicados a cada lado de las camas. El camillero y Andrea la colocaron en su cama. Él se marchó y Andrea se quedó para colocarle la aguja que se había movido de su sitio y ajustó el goteo del suero. Revisó su temperatura y la presión arterial, le acomodó las almohadas y le sirvió un vaso con agua.

—Andrea... ¿ha ido todo bien? —quiso saber mientras cogía el vaso.

—Claro que sí, todo ha ido muy bien, has sido muy buena paciente.

Victoria sintió alivio y tristeza a la vez. Bebió un par de sorbos de agua, se acomodó en la cama y apoyó su cabeza en la almohada hundiéndola un poco más en ella. Parecía como si hubiera despertado de un sueño. Realmente no sintió nada y le dio la impresión de que en un simple abrir y cerrar de ojos, todo había acabado.

Andrea notó que en sus ojos había lágrimas a punto de brotarle. Cogió su mano y le habló como si fuera una vieja amiga.

—Sabes... a veces no entendemos porque ocurren las cosas. Al principio podemos estar confusos, enfadados con uno mismo y con el mundo. Pero después viene la resignación, la comprensión, el perdón y la calma. Si tienes ganas de llorar ¡hazlo!; pero no dejes que la tristeza te consuma, permítele pasar y déjala marchar. No te aferres a ella o terminará consumiéndote.

Victoria apretó con delicadeza la mano de Andrea y sintió mucho afecto por ella. Era como escuchar a su madre y se dio cuenta que la echaba de menos.

—Gracias, Andrea, por tus palabras.

—Ha sido un placer para mí. Y aunque apenas te conozco, sé que eres una chica fuerte. Ahora he de dejarte, tengo que hacer mi ronda, me pasaré a verte más tarde. ¡Ah! tu madre vendrá enseguida.

—De acuerdo.

Y Andrea se marchó con su gesto amable.

Victoria no tuvo que esperar mucho, escuchó el eco de pasos apresurados que se aproximaban y finalmente, el rostro de su madre asomando por la puerta y con la mochila al hombro.

—¡Hola, cariño! —le decía Isabel emocionada, acercándose para abrazarla, mientras dejaba caer al suelo la mochila de Victoria.

—¿Cómo estas, te duele algo?

Victoria no respondió enseguida, lo único que quería hacer era abrazarla, sentir su calor. Y comenzó a sollozar entre sus brazos.

—Shhhh, lo sé cariño, lo sé. Tranquila, aquí estoy, todo estará bien. Shhhh.

—Todo ha terminado, mamá, se ha ido para siempre.

Isabel no pudo aguantar más y también lloró con ella. Se sentían más unidas que nunca y juntas saldrían adelante.

Alguien tocó a la puerta interrumpiendo el momento.

—Buenas noches, Victoria. Profesora Isabel.

—Buenas noches, doctor —dijo Isabel secándose las lágrimas—. Quiero darle las gracias por todo.

—No es nada, profesora, ha sido un placer poder ayudarles. He venido para ver cómo os encontráis y si necesitáis algo.

—¿Podré quedarme aquí acompañándola, doctor?

—Sí, desde luego. Mandaré que le traigan una sábana y una almohada.

—Y tú, Victoria, ¿cómo te encuentras?

—Me duele todo el cuerpo, principalmente esta zona —le señaló su vientre y las caderas.

—Es normal el malestar, además, has de sangrar un poco. Si eso sucede avisa a las enfermeras para que te revisen y puedan cambiarte la ropa y las sábanas. Por la mañana te podrás duchar y tu madre puede ayudarte. Quizás te cueste un poco orinar al principio, pero también se te pasará la molestia. Tendrás que venir a mi consulta en un par de días para ver tu recuperación.

—Gracias, doctor, estaremos pendientes —respondió Isabel.

—Son las 00: 39 horas —dijo el doctor mirando su reloj—. Tendrás que esperar a que amanezca si tienes hambre.

—Tengo un poco sí. Pero tengo más ganas de dormir.

—Sí, es mejor que descanses. Tengo que irme.

—Gracias por todo, Dr. Torres —le decía Victoria mientras le extendía la mano. El doctor se despidió de ellas y salió por la puerta, dejándolas a solas de nuevo.

Isabel se giró hacia Victoria, notando que tenía sus ojos cansados e hinchados. Confiaba en que pronto pudiera recuperarse físicamente. Pero sobre todo, deseaba con todo su corazón que su interior sanara tan pronto como su cuerpo.

—¿Has cenado algo, ma?

—Sí, cariño, no te preocupes. Pero, tú no has comido nada desde ayer.

—Tengo hambre, pero puedo aguantar. Ahora solo quiero dormir lo más que pueda

para salir de aquí.

—Sí, vamos a descansar.

—¡Mamá!

—Sí, dime.

—No he podido... o más bien, no he sabido cómo darte las gracias por tu apoyo. Por estar aquí y...

—¡Cielo! no tienes nada que agradecerme. Soy vuestra madre y vuestra amiga. Sabes que estoy a vuestro lado cuando me necesitáis. No podría estar en un lugar mejor que con vosotras. Sois mi vida y mi refugio. Ahora descansa y recupera fuerzas. Te amo, cariño.

—Y yo a ti, mamá.

La mancha del pijama

Victoria estaba de pie, vestida con la bata del hospital y descalza. Caminaba detrás de varias personas también vestidas de blanco. Todas entraban al vestíbulo amplio y alto de un edificio muy antiguo y casi en ruinas. Se podía ver en las paredes, los bloques de piedra desmoronándose al tacto; parecía que en cualquier momento todo podría venirse abajo.

A través de un hueco en el techo, se dejaban ver las vigas de madera roídas con el tiempo, pero se podía apreciar a las estrellas tintineando en la oscuridad. Una corriente de aire fresco la hizo sentir escalofríos, obligándola a frotarse los brazos para darse calor. Continuó caminando sin saber a dónde se dirigía exactamente.

Delante del grupo de personas, había una gran escalera recta adosada a una de las paredes del edificio. Por ella, subían poco a poco la treintena de personas que estaban delante de Victoria. No se dejaban ver sus rostros, pero podía sentir sus emociones. Algunos estaban tristes o alegres, otros atemorizados o enfadados, confundidos y angustiados. Aun así, ella no supo distinguir en cuál de esos estados de ánimo encajaba, o si eran todos ellos sus propias emociones. Se giró y vio a sus espaldas que había más personas aún, esperando su turno para subir.

Cuando llegó a la parte final de la escalera, se encontró dentro de un gran salón sin ventanas y con poca iluminación; aun así, logró distinguir su interior. El salón estaba sumido en un silencio profundo. Había cientos de hombres y mujeres sentados en forma escalonada alrededor de toda la habitación y vestidos con túnicas de color berenjena. Tenían un destello luminoso que les rodeaba la cabeza y observaban a todo aquel que se ubicaba en el centro de esa sala.

En el muro principal, había una mesa larga cubierta con un mantel blanco que llegaba hasta el suelo. Sobresalía en el medio una persona de pie; cuya luz era más brillante que el resto de personas sentadas a su alrededor.

La gente delante de Victoria se acercaba una tras otra hacia ese Ser luminoso. El

cual se encargaba de desviarlas hacia la izquierda o la derecha según sus actos en vida. Tan solo con mover sus brazos les indicaba la dirección.

Victoria comenzó a temblar, sintió frío y miedo al darse cuenta de que la iban a juzgar.

Cuando llegó su turno; se encontró frente a ese Ser, al cual no pudo mirarle el rostro porque la capucha de su túnica lo oscurecía. Esperó unos segundos y una voz que hacía eco en la habitación le dijo: «¡aún no es tu hora!»

Victoria vio como todo se iba alejando de ella, hubo un destello dorado casi segador y se despertó de golpe.

Tras recordar su sueño, se percató de sentirse muy dolorida, la espalda le molestaba; pero no como antes. Este dolor era por permanecer tantas horas acostada bocarriba.

Notó que tenía dos sábanas con las que estaba cubierta. Sospechó que fue la sábana que dieron a Isa y ella se la colocó encima. Buscó a su madre por la habitación y la vio durmiendo en la otra cama, cubierta con una manta de color verde y flores amarillas. Reconoció esa manta, puesto que acostumbraba a guardarla en el coche junto con una almohada para cualquier emergencia. Supuso que Isabel lo recordó y la cogió.

Trató de ponerse de lado sin hacer ruido, pero la aguja en su mano le impedía moverse mucho. Miró la bolsa del suero y notó que se había acabado.

—Espero que ya me quiten esto —se dijo en silencio.

Buscó un reloj a su alrededor para saber la hora, pero no lo encontró. Aunque estaba oscuro, se escuchaba el ruido de los coches en la calle. La ventana estaba cubierta por unas cortinas gruesas de color *beige*, lo que le impedía ver el exterior.

—¡Dios! cuantas ganas tengo de levantarme —se decía en voz baja—, y caminar hacia la ventana, correr las cortinas y mirar el amanecer.

Pero tendría que esperar a que su madre se despertara o que Andrea la visitara y pedirle el favor a ella.

Isabel se movió para acomodarse la manta, pero no se despertó, estaba muy cansada y siguió durmiendo.

Victoria comenzó a sentir más frío y las sábanas no eran suficientes para conservar el calor en su cuerpo. Vio cómo se le erizaban los bellos de su piel y solo pudo meter el brazo libre debajo de las sábanas.

Se acomodó en la cama para tratar de calentarse y tuvo la sensación de estar mojada. Por un momento pensó que se había orinado estando dormida. Levantó las sábanas y vio una mancha de sangre en la bata. Se tranquilizó en cuanto recordó que su doctor le dijo que sangraría.

Cuando iba a llamar a la enfermera, escuchó a lo lejos una puerta que se abría, voces deseándose los buenos días y pasos que se aproximaban por el pasillo. Esperó unos segundos y se abrió la puerta de su habitación lentamente, y con una sonrisa saludó Andrea.

—¡Buenos días! —le susurraba al ver que Isabel aún dormía.

—Buenos días, Andrea, me alegra verte —miró de reojo a su madre por si acaso se había despertado también, pero Isabel no sintió a Andrea, por lo que siguieron hablando en voz baja.

—¿Cómo estás? ¿Has tenido alguna molestia o sangrado?

—Sí, justo ahora he notado una mancha de sangre.

—Déjame mirar. Mmm... pues no has sagrado mucho, no te preocupes el sangrado es normal. Ahora están preparando las duchas y podrás lavarte.

—Qué bien, me siento un poco sucia y siento frío —le explicaba mientras se frotaba los brazos—. Por cierto, Andrea ¿qué hora es?

—Son las 6:52 a.m. —le indicaba mirando su reloj.

Después comprobó su presión arterial y la temperatura. Al ver que estaba todo normal, le quitó la bolsa vacía del suero y con mucho cuidado, sustrajo la aguja de la mano de Victoria; la cual tenía moratones de todos los tamaños y colores.

—¡Mucho mejor así! esa aguja no me dejaba hacer nada sin lastimarme.

Andrea asintió y le sonrió. Le dio un ligero masaje en la mano, le puso un poco de pomada en los moratones y le colocó una tirita en la herida.

En ese instante Isabel se despertó, se estiró cómodamente en la cama, se limpió los ojos y notó las miradas sorprendidas y sonrientes de Andrea y Victoria.

—¡Oh, lo siento! ¡Buenos días! creí que estábamos solas —se puso sus gafas, se levantó de la cama y comenzó a peinarse el cabello con los dedos.

—¡Buenos días, ma! esta es Andrea y es una gran enfermera. Me ha cuidado y tratado muy bien —le decía mientras le cogía su mano.

Andrea en señal de agradecimiento, respondió sobreponiendo su mano en la de Victoria.

—Sí lo sé —reconoció Isabel—. Ella me mantenía informada de cómo estabas, fue muy amable.

—No ha sido nada, esta es mi forma de ser. Cuido de todos mis pacientes como si fueran de mi propia familia. Y no puedo evitar sentir cariño por alguno que otro, como vosotras.

—Se nota que amas tu profesión y eso se agradece mucho Andrea —decía Isabel mientras acariciaba el cabello de Victoria.

—Bien, ahora que tu madre se ha despertado podéis ir a las duchas y lavarte. Quizás te cueste un poco orinar y sientas ardor, puesto que tuviste la manguerilla durante las dos horas que duró la intervención.

Victoria se miró el vientre, con una profunda sensación de vacío. Mientras que Andrea e Isabel salían un momento de la habitación para mostrarle el camino hacia las duchas. Victoria se preguntó tristemente, si algún día podría ser madre y tener en sus brazos a su bebé. Pero, sin hallar una pronta respuesta, vio a su madre y a Andrea entrar nuevamente a la habitación y trató de disimular su tristeza.

Trató de enderezarse un poco porque la espalda le molestaba. Andrea al verla, la ayudó acomodando las almohadas.

—Victoria, cuando regreses de las duchas te volveré a revisar y te traeré el desayuno. Si todo está bien como hasta ahora, quizás a medio día podrás marcharte a casa.

—De acuerdo, Andrea, y gracias. Ya quiero volver a casa.

Cuando la enfermera salió de la habitación, Isabel se alistó para acompañar a Victoria. Levantó la mochila del suelo y la apoyó en su cama, preparó su ropa de recambio y todo lo necesario para asearse.

—Mamá, ayúdame a levantarme de la cama, por favor.

Isabel se puso la mochila al hombro y acudió en su ayuda. Al mirar a Victoria con su bata manchada de sangre, se le hizo un nudo en la garganta. Luego le acercó los zapatos de descanso y la levantó.

Victoria sentía poca fuerza en sus piernas, pero podía ponerse en pie y caminar. Con ambas manos liberadas de sueros y agujas se sintió más cómoda.

Se apoyó del brazo de su madre y trató de cubrirse la mancha con su toalla. Caminaron hacia el pasillo y se detuvo de golpe al sentir como si fuera a salirle más sangre y no quería dejar un camino rojo por todo el pasillo.

Cuando vio que no ocurría nada, siguieron caminando hacia las duchas. Cogió la toalla haciendo un pliegue y la apretó hacia ella para hacer de tapón por si acaso sangraba y le diera tiempo a reaccionar.

—¿Puedes caminar, hija?

—Sí, puedo hacerlo. Tengo muchas ganas de ducharme.

—¡Pues vamos allá! —la animó Isabel.

Ya en los baños, Victoria intentó orinar, pero no podía. El dolor y el ardor en su parte íntima se lo impedían. Tenía temor de hacerse daño si forzaba la situación y abandonó la idea metiéndose a la ducha. Cuando el agua caliente mojaba su cuerpo y con su rostro en contacto directo con las gotas, se sintió aliviada. Isabel, solo permanecía cerca por si necesitaba su ayuda, ya que las duchas eran pequeñas.

—¡Sabes, mamá! tengo mucha hambre.

—¡Sí, cariño! yo también.

Pese al ardor y el dolor, disfrutó mucho de la ducha. Su estómago reclamaba alimento; así que se dio prisa lo más que pudo para terminar, vestirse e ir a su habitación para desayunar. Isabel solo se dedicaba a observarla al ver que ella podía arreglarse sola. Y se sintió agradecida al ver a su hija sana y con más entusiasmo. Pensó también en Gemma y en Toni, puesto que ellos no sabían nada aún. Tenía ganas de llamarlos, pero recordó la promesa que hizo a Victoria y se contuvo. Además, Gema y su yerno estarían unos días fuera de la ciudad.

Minutos después, estaban caminando hacia la habitación. Cuando entraron, las camas ya estaban hechas y con sábanas limpias. Las cortinas corridas de par en par, por lo que entraba mucha luz. La manta que había dejado Isabel en la que fue su cama esa noche, ahora estaba doblada en el sofá al lado de la de Victoria. Andrea entraba detrás de ellas con la bandeja del desayuno.

Pese a la mala fama que solía tener la comida en los hospitales; esta tenía un aspecto delicioso. En la bandeja había una apetecible y humeante taza de leche caliente, pan tostado, unas tarrinas de margarina y mermelada de melocotón; además, un vaso con zumo de naranja recién exprimido y fruta picada.

—Tienes mejor aspecto, Victoria; se ve que has disfrutado —le decía Andrea mientras colocaba la bandeja en la mesita de noche.

—Sí, estoy más relajada —respondía Victoria frotándose los brazos.

—¿Aún tienes frío? ¿Traes algún pijama o albornoz? —preguntó Andrea.

—¡Sí! —respondió Isabel adelantándose a su respuesta—. Ahora te la doy.

—Mamá, no he preparado nada de eso.

Y vio que Isabel sacaba de la mochila un pijama azul cielo con un estampado primaveral.

—¡Sí que la traes! —dijo Isabel sonriendo.

—Pero... ¿de dónde la has sacado?

—Bueno, después de que te marcharas con el doctor —le explicaba Isabel—; fui a buscar la mochila al coche, pero también quería caminar un poco para despejarme. Así que entré a un centro comercial, vi el pijama, me gustó y lo compré.

—Pues gracias, mamá.

Poco después de haberse puesto el pijama, Andrea ayudó a Victoria para subir a su cama y revisarla. Pero en ese justo momento, Victoria se quedó inmóvil al sentir humedad y un delicado calor bajando entre sus piernas. Miró hacia abajo y notó una gran mancha de sangre en el pantalón del pijama. Andrea, también la vio y le pidió que no se moviera hasta que sintiera que ya no escurría más sangre. Isabel, al verla, acercó una de sus manos hacia la cama para sujetar a Victoria y que no resbalara; y con la otra se cubrió la boca un momento para contener su grito.

—¿Estás bien? —le preguntó Isabel con tono preocupado al ver que su hija no se movía.

Victoria asintió, pero se sentía avergonzada y asqueada.

—Ya decía yo que habías sangrado muy poco la primera vez. Tendrás que lavarte de nuevo, Victoria —le indicó Andrea—. El desayuno tendrá que esperar.

Media hora después de ducharse por segunda vez, volvieron a la habitación; vestida nuevamente con una bata, su cama volvía a tener una sábana limpia y Andrea ya no estaba.

Esta vez Isabel ayudó a Victoria a sentarse en el sofá para desayunar, le acomodó la manta verde en sus piernas y le colocó la camisa el pijama en la espalda, aprovechando que esta no se había ensuciado. Le acercó la bandeja y esperó a que terminara.

La buena pinta que tenía su desayuno se opacó al probarla. Se le había enfriado y tuvo que terminarlo; porque su estómago no aguantaba más la espera del alimento. Casi enseguida de terminar, otra enfermera entró a la habitación, saludó y se llevó la bandeja vacía sin mirar a ninguna de las dos. Victoria se preguntó si ya se habrían cambiado el turno, puesto que Andrea no daba señales de estar aún por allí.

Se lamentó porque no pudo despedirse de ella.

—Mamá, por favor, ve a desayunar, yo estoy bien.

—¿Y si sangras de nuevo? —preguntó Isabel preocupada.

—No sangraré y si sucede pediré ayuda, ¿de acuerdo? Ahora ve a desayunar.

—¡De acuerdo! —dijo Isabel a regañadientes, le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Poco después de que se marchara Isabel, Victoria se levantó. Quiso caminar un poco y comprobar que ya no escurría sangre. Estuvo un rato caminando fuera de su habitación recorriendo el pasillo y todo parecía ir bien. Volvió a su cama para tumbarse un momento, pero vio que en el suelo estaba su pantalón de pijama sucio dentro de una bolsa de plástico.

Lo cogió y lo sacó de la bolsa, extendió el pantalón en la cama y se sorprendió al ver la mancha que había dejado su sangre, además de que casi se había secado; esta tenía la forma de alas de mariposa al juntarse las piernas.

La mancha le hizo recordar a su pequeña amiga Sandra y su historia sobre las mariposas.

Desde que se despertó, casi no había pensado en su bebé; y al ver su pijama suspiró y sonrió, pero sus ojos reflejaban amargura.

—Ahora ya tienes tus alas querido bebé, vuela muy alto y llega con bien a donde quiera que vayas.

Dobló el pijama nuevamente, lo metió en la bolsa de plástico y se lo acercó a su pecho regalándole un cariñoso abrazo de despedida.

6

Volver a empezar

El Dr. Torres había dejado preparada el alta de Victoria. El médico de turno se la entregó, después de haberla evaluado. La enfermera que lo acompañaba le dio a Victoria una carta de Andrea. Sorprendida, eligió leerla cuando estuviera en su casa para disfrutarla mejor.

Minutos después, Isabel se quedó un momento en la habitación revisando que no se hubieran dejado nada. Victoria estaba esperándola en el pasillo mirando por la ventana con la mochila entre sus pies y con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

Tenía muchos deseos de llegar a su casa y dormir en su cama. No volvió a ver a Andrea, pero se quedó con la imagen y los cuidados de una enfermera muy amable y cariñosa.

Una vez en el *parking* del hospital, Isabel se negó a que Victoria condujera. Aunque Isabel sabía que su hija era muy buena conductora, no le permitió esta vez coger el coche. Prefirió que durante el viaje de vuelta a casa se mantuviera relajada, tranquila y sin preocupaciones.

Una hora después llegaron a casa. A Victoria le encantó ver de nuevo el cuidado jardín de su madre, y esa fuente con figura de pez en el centro del patio, que daba la bienvenida a todo aquel que entraba. Su casa era de dos plantas, abajo tenían un pequeño vestíbulo que permitía acceder a cualquier parte de la casa. No era muy grande, pero sí lo suficientemente cómoda, luminosa y acogedora.

En la planta baja tenían el salón, el comedor, la cocina con zona de desayuno, un *toilette* y el jardín trasero de la casa, que era el favorito de todo mundo, junto con un gran árbol de fresno con sus cinco metros de altura, ubicado al centro del jardín. En la planta alta, estaban los tres dormitorios y un baño completo.

Cuando Gemma y su marido se mudaron a su propio piso; la que era su habitación

se convirtió en un estudio desde el que trabajaba Victoria, diseñando páginas web y blogs para emprendedores y pequeñas empresas.

En sus tiempos libres o de relax, lo acondicionaba para hacer sus prácticas de yoga o para pintar sus cuadros de paisajes. En ocasiones, Isabel también usaba esa habitación cuando preparaba las clases para sus alumnos de educación infantil. Aprovechaba que Victoria dominaba internet y le pedía su ayuda cuando a ella se le complicaba algún tema o tenía que dibujar algo.

Cuando Victoria entró en su estudio con la mochila al hombro, lo recorrió con la mirada y vio que estaba tal como lo dejó. Excepto su portátil, el cual recordó que estaba ayer en su dormitorio y al verlo sobre su escritorio, supuso que su madre lo colocó allí mientras ella dormía.

Dejó su mochila en el suelo, recargado en su escritorio; se sentó en su silla, abrió el portátil y lo encendió. Lo primero que hizo, fue revisar su correo electrónico; puesto que había dejado trabajo pendiente y tenía que acabarlo lo más pronto posible para no perder clientes. Tenía una veintena de *emails* sin leer, pero no se sentía inspirada para hacerlo en ese momento.

Continuó revisando y más abajo vio un correo de Xavier y de nuevo sintió un sabor amargo subiendo desde su estómago hacia su garganta como si quisiera vomitar. Se contuvo y después de unos minutos se decidió a abrirlo.

Hola, Victoria:

Solo quería saber cómo estabas. Un saludo. Xavier

Por un momento Victoria pensó que era una broma; puesto que los últimos correos que había recibido de él, habían sido largos, desagradables y de mal gusto. Después, supuso que tal vez había reflexionado, que estaba arrepentido o que había cambiado de opinión acerca del embarazo.

—Si fuera así, ya es demasiado tarde —pensó ella.

Victoria puso los codos en su escritorio, entrelazó los dedos y recargó la barbilla entre ellos. Se quedó mirando fijamente el monitor de su portátil con los ojos llorosos

y con sus pensamientos confusos. No sabía qué sentir en ese momento, quizás debía reclamarle o simplemente dejar que todo pasara. Pero estaba segura de que debía terminar con este tema definitivamente. Después de pensarlo unos minutos se decidió a responderle por última vez.

Xavier:

Gracias por tu interés. Estoy bien. Y no tienes de que preocuparte. Puedes estar tranquilo el resto de tu vida porque ya no hay bebé. Lo he perdido. Has ganado, ¡enhorabuena!

P.D. Adiós para siempre. V.V.

Sin releer el mensaje, lo envió y cerró su correo. No pudo evitar sentirse dolida por su actitud en los últimos meses que estuvieron juntos. Después de esto, se sintió liberada, pero sumida en una oscuridad de la cual no sabía cómo escapar. Jamás volvería a saber de Xavier. Para Victoria, él también había dejado de existir.

Frente a ella, había un nuevo camino que recorrer; no tenía idea de cómo comenzar su vida, ni de lo que le deparaba el futuro. No le quedaba otra salida, más que volver a empezar y tenía que hacerle frente a este nuevo reto. Se levantó de la silla limpiándose los ojos, cogió su mochila y la abrió. Cuando sacaba su ropa, cayó al suelo la carta de Andrea. Se le había olvidado que la traía consigo, la recogió y comenzó a leerla.

Mi querida Victoria:

Me siento muy afortunada por haberte conocido, eres una mujer muy valiente y eso se nota en las personas enseguida. No se necesita conocer a alguien durante años para entablar lazos muy fuertes como los que sentí hacia ti y tu bella madre.

Te escribo esta carta porque acabó mi turno y tenía que marcharme.

Pero quería contarte una historia de mi pasado, que espero te sirva para darte ánimos y que sepas que hay veces en las que estamos abajo, otras arriba y que debemos aprender a salir adelante para crecer como personas y como seres

humanos.

Cuando yo tenía 30 años de edad, me casé con mi actual marido y al año de casarnos intentamos tener un hijo. Todo iba bien, quedé embarazada, pero a los dos meses sufrí un aborto. Lo lamentamos mucho, tratamos de sobreponernos y de intentarlo de nuevo. A los seis meses volví a quedar embarazada, pero volví a abortar. Esta vez, fue al mes de embarazo. Y así me sucedió dos veces más. Mi estado de ánimo a pesar de ser enfermera, decayó. Estuve a punto de divorciarme de mi marido y de renunciar a mi profesión. Porque me sentía inútil y vacía. Pero tuve su apoyo y sobre todo su amor y comprensión.

Me sometí a varios tratamientos, algunos muy dolorosos y costosos. Pero cuatro años después tuve a mis hijos. Dos mellizos que son mi alegría, un chico y una chica. Sé perfectamente cómo te sentiste y cómo te sientes ahora; yo lo viví cuatro veces. No quiero decir con esto, que tengas que pasar por lo mismo, cada cuerpo es distinto y reacciona diferente. Lo que quiero decir es que las cosas suceden por algo. No te rindas, eres fuerte y una mujer increíble. Pero sobre todo tienes el amor de tu madre, apóyate en ella. No permitas que tus miedos, dudas o temores te alejen de tus sueños, ni de tus seres queridos.

Mereces ser feliz como todo mundo; y algún día cuando menos lo esperes, encontrarás lo que buscas; o quizás, ese algo te encuentre a ti.

Cada día te recordaré con mucho cariño. ¡Que seas muy feliz Victoria!

P.D. Te dejo mi domicilio para escribirnos y me cuentes tus aventuras si te apetece.

Andrea.

Victoria se quedó en silencio. Jamás imaginó que Andrea hubiera pasado por ese mismo trauma cuatro veces. La admiró por su fortaleza y su valentía. Pudo comprender la diferencia entre Andrea con las otras enfermeras y sintió un gran respeto por ella.

Victoria tenía tantos sentimientos encontrados, el correo de Xavier, la carta de Andrea; y ella ahora en su casa, tratando de sobreponerse a su pérdida.

Por una parte, se consideraba afortunada porque su madre estuvo con ella a cada

momento. Y, por otro lado, se sentía dolorida y no solo físicamente. Aún no sabía cómo iba a curar su interior. Pero tenía que hacerlo, tenía que continuar, aunque sintiera miedo de que algo así volviera a ocurrirle.

Pasaron casi dos semanas. Gemma y Toni, durante ese tiempo estuvieron de viaje; por lo que no habían frecuentado a Isabel después de la cirugía de Victoria. A su regreso, se invitaron un sábado a comer en casa de Isa.

Victoria y ella hicieron la compra un día antes aprovechando que ambas tenían el día libre. Normalmente, Isabel se iba a comer o cenar con sus amigas los viernes y el fin de semana era para disfrutarlo en familia.

Victoria se pasaba encerrada en su dormitorio o en el estudio el mayor tiempo posible. Isabel a veces la escuchaba llorar o hablar sola. Y cuando ella intentaba charlar con Victoria, esta no quería tocar el tema con nadie, ni siquiera con su madre.

Pero esta vez, Victoria se animó a salir. Después de la compra se fueron al cine y a cenar juntas, lo cual alegró mucho a Isabel. La recuperación física de Victoria fue excelente, solo tuvo que visitar una vez al Dr. Torres para una revisión rutinaria. Pero su recuperación emocional y espiritual estaban aún ausentes y eso angustiaba a Isabel porque no sabía cómo ayudarla.

Mientras Isa ponía la mesa, recordó que Victoria se excusó diciendo que estaba cansada y que tenía mucho trabajo pendiente, por lo que comería en su estudio. Pero, en realidad, quería mantenerse ocupada para no bajar y evitar sospechas.

Gemma y Toni llegaron puntuales como siempre. Él llevaba dos rosas rojas, una para su suegra y otra para su cuñada. Cada vez que las visitaban tenía ese detalle con ellas y hoy no era la excepción.

Charlaron un poco sobre su viaje, se rieron con algunos chistes de Toni y pasaron al comedor.

Cuando terminaron y se preparaban para tomar el café; Toni preguntó a Isabel por Victoria, aprovechando que Gemma se había levantado de la mesa para ir al baño. Isabel le dijo que estaba bien, recuperándose. Luego se dio cuenta de la respuesta que dio a su yerno y que este arqueó las cejas con dudas sobre la salud de su cuñada. Toni iba a preguntar si acaso Victoria estaba resfriada, pero su mujer volvió a la mesa y

ambos guardaron silencio.

Mientras tanto, Victoria desde su estudio, no escuchó ningún ruido proveniente de abajo, por lo que se decidió a bajar pensando que ya se habían ido.

Cuando bajaba por la escalera con la bandeja de la comida, no se imaginó que estuvieran aún allí. Y al verlos clavando sus miradas en ella, se quedó de pie inmóvil a mitad de la escalera.

No podía volver a su dormitorio, la escalera estaba entre el salón y el comedor y era inevitable ser vista. Así que tuvo que bajar unos escalones más y saludar.

—Hola, no quiero interrumpir, solo vengo a dejar esto.

Isabel se encaminó hacia ella y le recibió la bandeja.

—Sí, hija, no hay problema ¿quieres un café? —Isabel trataba de hablar con naturalidad, pero estaba nerviosa. Intuía lo que estaba a punto de suceder y no podía detenerlo por más tiempo.

—No, mamá, gracias. Me voy a... —y señaló la escalera para subir.

Gemma y Toni no habían dicho ninguna palabra, ni siquiera intentaron moverse. Pero, cuando Victoria subía, la siguieron con la mirada hasta que la escucharon cerrar la puerta. Isabel estaba de espaldas a ellos intentando acomodar con aparente normalidad los platos sucios en el lavavajillas; pero en el fondo sabía que comenzarían a hacerle preguntas sobre Victoria.

Gemma y Toni se miraron sorprendidos y con la boca entreabierta.

—¿Qué demonios ha pasado? —le preguntó Toni a su mujer en voz baja. Gemma alzó los hombros y fue la primera en dirigirse a su madre.

—Mamá... ¿qué le ocurre a Victoria?

Pero Isabel no decía nada, ella seguía acomodando los platos.

—¿Suegra? ¿Qué sucede?... ¿Por qué Victoria está tan pálida y...delgada? Sinceramente yo esperaba verla con su barriguita y...

Buscó la mirada de Gemma, pero ella seguía esperando a que Isabel les respondiera.

—¿Mamá?! —le habló con tono más serio.

Toni cogió el brazo de su mujer para calmarla y evitar que hablara más fuerte. Isabel no pudo más, se giró hacia ellos sujetando un trapo de cocina y los miró con ojos llorosos.

—Cariño, lo siento, pero... no me corresponde a mí decirlo. Creo que deberías subir y hablar con tu hermana.

Gemma se quedó preocupada, miró a su marido y sin perder tiempo comenzó a subir. Se le hizo muy largo el tramo recto de la escalera. Y mientras subía, muchas imágenes se le venían a la cabeza. Pensó que, quizá Victoria se habría caído por esta misma escalera o que Xavier le había hecho daño o quizás había cometido alguna locura. Por lo tanto, tenía que averiguar lo que había ocurrido en su ausencia.

Cuando llegó arriba, vio que las puertas de los dormitorios de Isa y Victoria estaban cerradas al igual que el baño. Solo la puerta de su antiguo dormitorio estaba entreabierta. Llamó, pero no hubo respuesta y por impulso entró allí.

Todo estaba muy cambiado, algunos cuadros y lienzos en blanco estaban apoyados en la pared. Tubos de pintura y pinceles colocados cuidadosamente dentro de una caja de madera. La esterilla de yoga y el resto de su equipo, en una esquina, al lado de una mesilla que contenía sus velas para meditar y un incienso de vainilla que perfumaba la habitación. Reconoció los dos sillones, el librero y el escritorio que eran de su padre y que antes estaban repartidos por toda la casa.

Encima del escritorio estaba el portátil de Victoria encendido. Se acercó hacia allí y vio una carta dirigida a su hermana encima del teclado, la cogió y comenzó a leerla.

Cuando leía, sus ojos se abrían como platos y luego se llenaron de lágrimas. Una mano se la llevó a la boca, se sentó en la silla sin darse cuenta, soltó la carta y comenzó a llorar.

Mientras tanto, Victoria salía del baño y notó la puerta de su estudio más abierta. Al entrar, vio a su hermana llorando tristemente.

Gemma estaba tan conmocionada por lo que recién había descubierto, que no se percató de que su hermana la observaba.

Gemma al sentir su presencia, levantó la mirada y la vio frente a ella.

—¡Victoria! ¿Qué ha pasado? —le preguntaba con voz entrecortada mientras volvía a coger la carta y se la mostraba.

Mientras esto ocurría; abajo en el comedor, Toni estaba pensativo y con la mirada clavada en su taza de café. Isabel se servía una segunda copa de vino tinto. Ambos estaban en silencio. Toni quería a Isabel y a Victoria como si fueran de su propia sangre, por lo que sintió un dolor en el pecho al enterarse por su suegra lo que le había ocurrido a Victoria.

—¿Entonces... fue por causas naturales? —preguntó Toni.

Isabel asintió levantando su copa y dando un gran sorbo. Hizo una pausa mientras tragaba.

—El doctor nos informó que algunas mujeres sufren un aborto debido al estrés, algún problema de salud o esfuerzo físico; pero, Victoria, estaba muy bien y contenta con su embarazo... —Isabel tragaba saliva al recordar—. Nos explicó que a veces, sin ninguna razón dejan de vivir, no hay latido del corazón... como le ocurrió al bebé de Victoria —Isabel se secaba las lágrimas con una servilleta.

Toni resopló en respuesta, se acomodó en la silla y se llevó las manos a la cara y después a la nuca, aún no podía creerlo. Movía la cabeza de un lado a otro sorprendido y desconcertado por la inesperada noticia.

—Pues... —continuó él—; un poco de estrés, sí que tuvo suegra, todo por culpa del c... que tenía de pareja.

—Tal vez sí, hijo... pero eso ahora ya no importa —respondió Isabel levantando los hombros y con pena en su rostro.

Se quedaron otro rato en silencio y al no escuchar ruidos ni voces de las dos hermanas, se decidieron a subir y ver lo que ocurría. Puesto que ambos esperaban a escuchar gritos, principalmente los de Gemma que era la más impulsiva.

Minutos antes de que todo esto ocurriera; mientras Victoria comía, había terminado de escribir una carta a Andrea y estaba guardando en la agenda de su ordenador el domicilio de esta, para no sacar la carta cada vez que quería escribirle. Por un momento, maldijo haber dejado la carta allí. Después supo que había llegado el momento en que Gemma y Toni supieran todo lo ocurrido.

—Verás... yo... —comenzaba a decirle mirándola a los ojos con tristeza—. Hace

dos semanas... sufrí un aborto y...

Gemma se levantó de la silla de golpe, con el impulso, empujó con las piernas la silla y golpeo el cristal de la ventana. El ruido hizo que Toni e Isabel subieran más de prisa. Al ver que solo fue un golpe al cristal se quedaron en la puerta del estudio mirando lo que ocurría entre ellas.

Gemma se giró hacia su hermana, apoyo las manos en el escritorio, trató de respirar con calma y bajo la mirada.

—¡Lo siento!

—Gemma

—¡Lo siento, lo siento, lo siento mucho!

—¡Gemma!

Victoria se acercó a su hermana y ambas se abrazaron. Gemma estaba inconsolable. Victoria trataba de tranquilizarla acariciando su cabello castaño oscuro. El cual lo tenía a la altura de sus hombros, más corto que la última vez que la había visto.

—Siento no haber estado contigo en esos momentos tan difíciles. ¡Todo por mi estúpido orgullo! —Gemma se reprochaba entre sollozos.

—Shhhh, ya está. Todo está bien —a Victoria le comenzaban a salir las lágrimas al verla así.

—¿Algún día podrás perdonarme?

—Tonta. Yo te he perdonado hace tiempo ya. Soy yo la que siente no haberte dicho esto antes. Pero aún no estaba preparada para enfrentarme a tantos y tan dolorosos cambios.

—Supongo que habrás dicho a Isa que no me dijera nada. Ahora comprendo su mirada afligida, y por qué a veces, cuando yo la buscaba siempre estaba ocupada o distraída.

—Me hiciste mucha falta y te eche de menos Gemma, y a Toni; pero no estaba lista aún para hablar de ello. Por eso le pedí que no dijera nada a nadie.

—Lo sé y te admiro por ello. Te enfrentaste a esto tu sola. Siempre has sido la más fuerte y valiente de las dos. No sé cómo hubiera podido yo enfrentarme a algo así —y la abrazó con más fuerza.

—¡Te quiero, hermanita!

—Y yo a ti ¡siempre!

Mientras las dos hermanas continuaban abrazadas, Toni e Isabel estaban detrás de la puerta escuchando la conversación. Victoria le contó a Gemma cómo sucedieron las cosas. Y al verlas así, Toni dio un abrazo y un beso en la cabeza a su suegra; Isabel también correspondió el abrazo mientras secaba sus lágrimas con la mano, ambos estaban contentos de que habían hecho las paces; pese al mal momento por el que pasaba la familia.

Un cambio de aires

Gemma hablaba por teléfono con Isabel, para saber si seguían en pie los planes para celebrar el cumpleaños de Victoria. Isabel no estaba muy segura de que su hija quisiera celebrar nada; tal como estaba de ánimo desde hace ya tiempo, supuso que Victoria se negaría a hacer algo en grande. Por lo que acordaron en preparar una comida familiar y darle entre todos, un regalo especial; pero no sabían qué regalarle.

Al día siguiente Isabel visitó a Gemma y a Toni en su piso para poder hablar tranquilamente. Ya que últimamente, Victoria salía cada vez menos de casa. Su vida transcurría de su dormitorio a su estudio. De vez en cuando bajaba al jardín para regar las flores, lavar la ropa o limpiar la casa. Después volvía a encerrarse y no le volvía a ver la cara hasta el día siguiente o cuando bajaba a prepararse algo para comer.

Isabel trataba de animarla de alguna manera para sacarla de ese encierro; pero Victoria se negaba a salir de casa a menos que fuera necesario. Esperaban que con la idea de celebrar su cumpleaños se animara, aunque fuera un poco. Todos querían ver de nuevo a la Victoria jovial, alegre y entusiasta de siempre.

Toni escuchaba desde su cocina a Isabel y a Gemma planeando el cumpleaños; mientras que él preparaba la bandeja con las tazas de café y las llevaba a la mesita del salón. Gemma parecía la más entusiasmada con la fiesta y quería invitar a algunos amigos. Pero Isabel le pidió que no organizara nada en grande.

Toni volvió a la cocina, buscaba algo entre las estanterías y se unió a la conversación.

—Pero algo debe gustarle y que nos dé pistas sobre que regalarle —decía Toni mientras encontraba la caja de galletas y la acercaba a la mesita.

—Desde hace días está muy encerrada en su estudio —les explicaba Isabel

mientras cogía una galleta y la remojaba en su café—. Cuando voy a buscarla, siempre la veo pintando o trabajando en el ordenador —Isabel dio un sorbo a su café, tragó y continuó hablando—. Y cuando está en su dormitorio siempre la veo recostada en su cama, mirando el televisor o leyendo. Ya ni siquiera le entusiasma practicar yoga —decía esto último en tono desconcertado.

—Pero... ¿hay algo que la anime? ¿Hay algo que la haga sentirse bien? —preguntaba Gemma.

Isabel intentaba recordar algún detalle nuevo que hubiera visto en Victoria. Pero finalmente, negó con la cabeza.

—¡Pues sí que nos lo ha puesto difícil! —concluyó Toni.

—Lo cierto es... —comentaba Gemma con un aire de preocupación—, que me gustaría entrar en su cabeza y saber lo que le pasa exactamente para poder entenderla. Las veces que nos hemos visto, he intentado que hablemos; pero ella cambia enseguida el tema o comienza a pintar. Y no sé por qué le ha dado por hacerlo cada día.

—Sí, es verdad —afirmó Isabel—. Lo mismo me hace a mí. Ahora su tema favorito para pintar son las mariposas. Ha terminado tres cuadros y ahora está comenzando otro y...

—¡Esperad un poco! —interrumpió Toni entusiasmado. Las dos mujeres lo miraron sorprendidas.

—Hace unos días, vi en el telediario un reportaje sobre las Mariposas Monarca. Por estas fechas emigran a la región de Michoacán para pasar el invierno.

Gemma e Isabel lo miraban fijamente, porque no entendían la relación que había entre el cumpleaños de Victoria y las mariposas. Al ver Toni el rostro interrogante de su suegra y su mujer, continuó explicando su idea.

—¡Sí!... en el reportaje decían, que en la Reserva Natural se preparaban para recibir la llegada de las mariposas, ¡pero también a los visitantes!

Isabel y Gemma se miraron sonrientes y Toni vio que comenzaban a entenderlo.

—Allí hay un Centro de Investigación —Toni explicaba—, que ofrece alojamiento a la gente que les visita y se hace un recorrido por las montañas para verlas de cerca

—Isabel y Gemma sabían que era una gran idea.

—¿Entonces sugieres que le regalemos un viaje a esa región? —preguntó Gemma.

—¡Sí! seguro que le gustará ¿qué os parece?

—Sabes, Toni, tienes mucha razón —le reconocía Isabel—. Pero hay que investigar más sobre ese lugar, dónde se puede hacer la reserva, cómo llegar allí y...

—¡No te preocupes por eso, mamá! —Gemma se contagió con el entusiasmo de su marido—. Ya me encargo yo de buscar información y hacer la reserva del viaje y del hospedaje. Lo importante es que hemos encontrado el regalo perfecto para Victoria. Además, le sentará bien salir.

Los tres estuvieron de acuerdo y quedaron en resolverlo lo más pronto posible para darle la sorpresa al menos unos días antes de su cumpleaños; así podría organizarse y preparar su viaje.

Isabel se sintió feliz porque otra vez volvían a ser una familia unida. Al ver a Gemma y a Toni planeando el viaje para Victoria, se sintió más relajada. En días pasados le costaba mucho tener que ocultarles lo sucedido. No le gustaba estar en medio de sus dos hijas por discusiones o malentendidos. Pero ahora eso ya había quedado atrás.

Victoria se restregaba sus ojos cansados de tanto mirar la pantalla de su portátil. Llevaba muchas horas delante de él terminando los últimos trabajos que tenía atrasados. Se levantó de su silla y se estiró lo más que pudo. Algunos huesos de su espalda crujieron, pero sintió alivio. Se giró hacia la ventana y abrió las delgadas cortinas blancas para mirar mejor el jardín trasero de su casa. Había pasado tanto tiempo encerrada, que no recordaba lo relajante y hermoso que era su jardín. El gran árbol dejaba caer sus hojas, gracias al suave ulular del viento.

Rápidamente se puso el chaleco que estaba apoyado en el respaldo de su silla y bajó casi corriendo por la escalera. Una vez abajo, preparó chocolate caliente, se sirvió una taza y salió al jardín.

Tenían una pequeña mesa redonda que utilizaban para las barbacoas durante el verano. Pero durante el otoño y el invierno no la utilizaban muy a menudo. Las sillas

estaban apiladas en una esquina y cubiertas con una lona gris. Quitó la lona y cogió una de las sillas, la dejó en el suelo, y luego volvió a la cocina para buscar un trapo y limpiar el poco polvo que se había acumulado en ella.

A continuación, se dedicó a limpiar la mesa, teniendo cuidado de que su chocolate no se derramara; se sentó y bebió disfrutando de cada sorbo caliente.

Se sentía orgullosa de haber cumplido con el trabajo que le habían encargado unos clientes. Sobre todo, porque había planeado tomarse un descanso y poder disfrutar de tiempo libre para hacer lo que ella quisiera. Ideaba tomarse todo el invierno de vacaciones. Por lo que fue informando a sus contactos que cerraría por un tiempo su página web para disfrutar de esos meses. Pero después, ese entusiasmo se vio interrumpido por algunas dudas que saltaban a su mente.

—¿Y ahora qué? ¿Qué voy a hacer durante tres meses? —se preguntaba mirando el vapor de su taza de chocolate.

Tenía claro que debía encontrar algo que hacer, algo que no hubiera hecho antes; y a la vez, algo con lo que pudiera volver a ser ella misma o terminaría exasperada. La idea de pintar sus cuadros y salir a venderlos a algún mercadillo cerca de su casa, le atraía bastante. Pero sería como estar trabajando al aire libre. Y lo que quería, era hacer algo distinto. Y de paso aliviar su interior, que aún seguía con la herida abierta.

En ese instante, se dio cuenta de que se había pasado todo ese tiempo aislada y lejos de su familia. No les ha permitido entrar para ayudarla a salir de este camino complejo. Victoria creyó que sería mejor así, y resolver por ella misma todo este lío en el que se había metido. Pero la verdad era, que necesitaba sacar todo este enfado y dolor de alguna manera o terminaría consumiéndola; tal como le hizo saber Andrea.

En ese momento Isabel había llegado a casa, dejó su bolso y abrigo en el sofá. Sintió un aire fresco que entraba desde la cocina y se percató de que su hija estaba fuera. Al verla allí se sorprendió y se alegró. Victoria la escuchó llegar y sin levantarse de la silla se giró hacia la puerta de la cocina para esperarla.

—¡Hola, cariño! que sorpresa verte aquí, pensé que estarías en tu estudio.

—¡Hola, mamá!, me pareció una tarde muy agradable para salir un momento y disfrutar del jardín.

Isabel se acercó para dar un beso a su hija en la mejilla y el olor a chocolate le hizo agua la boca.

—¡Umm! voy a servirme una taza y te acompaño.

Mientras Isabel entraba en la cocina, Victoria se levantó y cogió otra silla, la limpió y la colocó a su lado.

Isabel traía en una mano su taza de chocolate y en la otra cargaba una manta. Dejó su taza en la mesa mientras se colocaba la mitad de la manta en las piernas y la otra mitad se la dejó a Victoria.

Cogió su taza, brindaron con alegría y juntas bebieron y disfrutaron del resto de la tarde charlando de sus respectivos trabajos y de los planes que tenía Victoria. Cosa que entusiasmó a Isabel; ya que intuía que el regalo de cumpleaños era el indicado para sus propósitos.

Victoria aprovechó para hablar con su madre sobre su aislamiento; le explicó las razones por las cuales sentía que debía estar a solas todo este tiempo. Se disculpó con ella por mantenerla al margen. Isabel lo comprendió y se alegró de que su hija comenzara a abrirse a ella nuevamente. No recordaba cuando había sido la última vez que charlaron como dos buenas amigas. Y así se quedaron un momento más, hasta que comenzó a oscurecer.

Toni, volvía a casa después de una jornada normal de trabajo. Vio que su mujer estaba en la cocina preparando la ensalada para la cena y se acercó a ella para saludarla y besarla. Se le veía cansado, pero con la atractiva cara sonriente que conquistó a Gemma. Los dos tenían mucho en común: el color de sus ojos marrones y su cabello castaño oscuro. Les gustaba vestir a la moda y viajar. Lo único que les podía diferenciar era su altura, porque Gemma era bajita como Isabel, y Toni medio metro más alto que ellas.

—¿Qué tal tu día, cariño? preguntó Gemma buscando un bol.

—Bien, pero agotador —le comentaba mientras se tumbaba pesadamente en el sofá y se quitaba la corbata—. Hoy he tenido que estar presente en dos reuniones y han sido muy largas —terminó de decir dando un bostezo—. Ahora tengo mucha hambre y estoy un poco cansado, creo que me dormiré temprano.

—¡La cena ya está lista! —anunció Gemma.

—¡Genial!, me muero de hambre —se levantó para lavarse las manos y se sentó a la mesa junto a su mujer.

—¿Y qué tal tú? ¿Has podido terminar tu proyecto? —le preguntaba Toni, mientras cortaba un trozo de salmón ahumado.

—Sí, el día estuvo bien, pero al principio tuvimos algunas dificultades para completar unos datos e ingresarlos en el ordenador, y finalmente, pudimos solucionarlo.

—Me alegra, cielo.

Continuaron comiendo hasta que Toni recordó que no tuvo tiempo para buscar información sobre el viaje para su cuñada. Pero Gemma sí que pudo informarse por medio de internet.

Cuando terminaron de cenar y fregar los platos, se sentaron en el sofá para descansar y mirar un rato el televisor. Gemma cogió su portátil y le mostró a Toni la página web que encontró sobre la Reserva Natural; más conocida como: «El Santuario de la Mariposa Monarca.»

Descubrieron que existen paradores turísticos y un centro ecológico para la preservación de la especie.

Miraron las fechas posibles para reservar y la disponibilidad de alojamiento. Se alegraron al ver que las fechas coincidían con la semana de cumpleaños de Victoria. Las tarifas para el recorrido con un guía experimentado hacia la zona de la montaña, eran bastante atractivas, con la opción de subir a pie o a caballo, ambas incluso.

Por lo que pudieron ver en los videos promocionales y leer las actividades a realizar, una vez instalados en la Reserva, quedaron encantados. Confiaban que a Victoria le gustaría ir allí; y Gemma y Toni pensaban en ir algún día también.

Hicieron la reserva y recibieron toda la información para el viaje en el correo electrónico de Gemma. Después le daría a su hermana el itinerario para su estancia allí. Debido al éxito obtenido, se fueron a dormir satisfechos con el resultado.

Al día siguiente, lo primero que hizo Gemma cuando llegó a su trabajo fue llamar a su madre. Isabel estaba en su clase terminando de revisar algunos trabajos mientras sus pequeños alumnos disfrutaban de su media hora de patio, cuando recibió la llamada de Gemma para informarle que estaba hecha la reserva para su hermana.

Todo parecía marchar bien, solo faltaba dar la noticia a Victoria y recibir el regalo de un merecido y prometedor viaje.

Feliz viaje

Había pasado casi un mes desde que Victoria se sometió a esa cirugía. Hubo muchos cambios bruscos, otros muy lentos, dolorosos y desafiantes. Pero, aun así, ha intentado sobreponerse, aunque no ha sido nada fácil. Victoria reflexionaba acostada bocarriba en su cama, con los dedos entrelazados apoyando su nuca.

Mientras suspiraba, trataba de hacer memoria de cómo se las arreglaba antes para aliviar sus tristezas. Cada día para ella era una lucha. Una mañana se despertaba deprimida y durante el transcurso del día se animaba y pintaba sus cuadros. Otros días en cambio, se levantaba muy animada y sonriente y al final del día parecía que su mundo estaba patas arriba.

Ahora que estaba de vacaciones tenía que encontrar algo que hacer. Había buscado en las agencias de viajes, algún lugar interesante que visitar, pero ya casi todos los conocía. México es un país grande, con mucha belleza cultural, natural y gastronómica. Y tuvo la gran fortuna de viajar a muchas regiones del país con sus padres y su hermana cuando eran niñas y después cuando estudiaba en la universidad.

—¿Y si viajo a otro país? —se sugería a sí misma.

La idea le resultaba tentadora, el dinero no era problema porque tenía algunos ahorros. Pero, no se sentía atraída por algo en concreto. Abandonó de momento la idea, se levantó y se preparó para bajar a desayunar.

En la cocina, cuando se servía el café en su taza favorita, algo la hizo mirar en el calendario de la cocina.

—¡5 de noviembre! faltan 4 días para mi cumpleaños, ya lo había olvidado —siguió removiendo el café, se preparó un par de tostadas con margarina y miel de flores y un zumo de naranja. Llevó todo a la mesa y descubrió una nota de Isabel dirigida a ella.

Buenos días cariño:

No hagas planes para salir hoy. Gemma y Toni vendrán a comer a casa, ellos traerán la comida. Quedaron en llegar a las 14 horas, prepara la mesa unos minutos antes, ya sabes que son puntuales. Espero llegar antes que ellos para ayudarte. Besos, te quiero.

Después de desayunar, Victoria se sentía entusiasmada con la idea de comer en familia. Algo la hacía sonreír, pero no sabía explicarse la razón de su estado de ánimo.

Arregló la casa, quitó el polvo a los muebles, aspiró las alfombras y el suelo de toda la casa; puso la mesa, cortó flores del jardín y las colocó en el florero de cristal ahumado, el favorito de Isabel. Porque fue un regalo que Victoria y Gemma le hicieron para el décimo aniversario de sus padres y aún se conservaba bastante bien.

Al terminar, se dio una ducha y se animó a arreglarse un poco. Se puso unos pantalones vaqueros, una camisa blanca a rayas negras y sus zapatillas blancas. Se dejó el cabello suelto con un par de horquillas plateadas a los costados.

Cuando Isabel llegó a casa, lo primero que hizo fue sorprenderse al ver el rostro alegre de Victoria. Después notó lo limpio y arreglado que estaba todo. Isabel pensó que quizás había exagerado un poco con la decoración de la mesa. Ya que parecía que iban a celebrar la navidad y no el cumpleaños por adelantado de su hija. Pero, aun así, le encantaba como había quedado todo, sin tener idea de lo que celebrarían.

Se sentaron un momento en el sofá y hablaron de cómo había ido su mañana mientras esperaban que Gemma y Toni aparecieran por la casa.

Cuando finalmente, llegaron, Victoria se percató de que estaban muy bien vestidos y venían cargados con muchas cosas. Pero lo más sospechoso fue una pequeña caja cuadrada que Toni cargaba con ambas manos y un par de flores encima de ella, poco después descubrió que se trataba de una tarta de naranja y chocolate que decía: «¡Feliz Cumpleaños!»

Con este detalle se sintió conmovida, pero sorprendida de que celebraran su cumpleaños unos días antes.

Gemma y Toni eran los que más hablaban durante la comida. Isabel se reía como

siempre de las bromas de su yerno. Victoria les contemplaba con mucho cariño, se sentía afortunada al ver a su familia reunida ¡celebrándola!

Comieron sus platillos favoritos y al terminar se prepararon café y sirvieron la tarta. Cuando se disponían a comerla...

—Quiero daros las gracias por acordaros de mi cumpleaños, no tenía pensado celebrarlo, ni mucho menos en grande; pero me habéis dado una grata sorpresa ¡gracias a todos!

Los tres la miraban alegres.

—Pero tengo una duda, ¿os habéis adelantado a mi cumpleaños o se os ha olvidado la fecha?

Se miraron entre sí y rieron.

—En realidad cariño —dijo Isabel—, no se nos haya olvidado la fecha; es que hay una buena razón para celebrarlo antes.

—¡Sí!... verás, hermanita. La comida y la tarta no es la mayor de las sorpresas.

—¿Es que hay más? —Victoria les miraba confusa.

Toni con una sonrisa, comenzó a buscar en los bolsillos de su chaqueta, extrajo un sobre y se lo entregó a Victoria.

—¡Feliz cumpleaños, cuñada! es de parte de Isa, Gemma y de tu cuñado favorito.

Victoria cogió el sobre con los ojos un poco húmedos de la emoción y mirándoles a cada uno se decidió a abrirlo.

Descubrió un billete de viaje y un itinerario. Comenzó a leer mientras esperaban ansiosos su reacción.

Victoria no supo que decir, le habían regalado un viaje para disfrutar de la Reserva de la Biosfera Mariposa Monarca. Se sintió aún más conmovida al recibir este regalo. Miró las fechas del viaje y entendió el porqué de la celebración anticipada de su cumpleaños, ¡saldría un día antes!

—¿Y bien?! ¿Te ha gustado?! —preguntó Gemma impaciente.

—¡Sí!... es un regalo muy original y maravilloso. Muchas gracias a los tres.

Se dedicó a repartir abrazos y a recibir más regalos. Isabel le dio unas botas para la montaña en color marrón oscuro, Gemma una mochila roja equipada, con saco de dormir incluido y Toni unos prismáticos para poder disfrutar de las mariposas y de los paisajes. Victoria se sentía como en una nube.

—¿Ocurre algo, cariño? —preguntó Isabel al verla pensativa.

—Estoy bien ma, es solo que... pese a todo lo ocurrido... estoy sana, disfruto de mi trabajo y de mis pinturas. Los tengo a vosotros y me siento afortunada. Yo deseaba hacer un viaje, pero no sabía a dónde. Y como si hubierais leído mis pensamientos, ahora voy a disfrutar de este viaje con la naturaleza, como yo quería.

—Nos alegra que te haya gustado tu regalo —comentó Gemma— Además, has de saber que fue idea de Toni.

Y se quedaron un rato más a la mesa disfrutando de la tarde y compartiendo la información sobre el Santuario.

Llegó el día del viaje, todos fueron a acompañarla a la Central de Autobuses de la Ciudad de México. Le esperaban más de 200 km para llegar al Santuario de la Monarca en el Estado de Michoacán.

Con su billete de autocar en la mano fue despidiéndose de su familia con entusiasmo y emoción. Estaría de vuelta en cinco días; Isabel la echaría de menos, pero estaba feliz por su hija.

Cuando Victoria subió al autocar y se acomodó en su asiento, comenzó a leer nuevamente el recorrido de su viaje. Lo había leído tantas veces que ya se lo sabía de memoria; aun así, disfrutaba leerlo una y otra vez.

Las imágenes del folleto sugerían una experiencia inolvidable; y así quería que fuese su recorrido, mágico, excitante y extraordinario.

Le habían alquilado una cabaña para hospedarse allí durante toda su estancia y eso era como un sueño. Mientras el autocar se ponía en marcha, Victoria leía para sí misma:

Santuario de la Mariposa Monarca:

«Ejido El Rosario, Michoacán»

Recorrido hacia el sendero de las colonias de mariposas: 4,5 km.

Letreros de información y señalización.

Aéreas de descanso y recreo.

Zona comercial para adquirir productos artesanales y souvenirs.

Restaurante con comida típica de la zona.

Hospedaje en cabañas o en hostel, todos los servicios incluidos.

Visita guiada a grupos y a escuelas.

Paseos a pie y a caballo

Parking gratuito y baños.

Media hora después, Victoria salió de la Ciudad de México hacia la ciudad de Zitácuaro Michoacán. Su viaje hasta ese punto duraría unas tres horas. Al llegar a Zitácuaro, cogió un autobús hacia la población de Ocampo; esta vez con cincuenta minutos más de recorrido. Su cuerpo ya empezaba a cansarse, pero sabía que el viaje merecía la pena.

En el autobús, había poco más de una veintena de personas de todas las edades y se dirigían al mismo lugar que ella.

Cuando bajó del autobús, sintió muchas ganas de estirar las piernas y la espalda. Estaba exhausta, hambrienta y tenía frío. Pero se le olvidó todo ese cansancio al disfrutar de las bellas vistas que ofrecían los paisajes de las montañas y los pueblos. Los prismáticos de Toni le resultaron de gran ayuda al hacerle más soportable tantas horas sentada.

Cuando llegaron al pueblo de Ocampo, ya era por la tarde y pronto comenzaría a oscurecer. Por lo que debían localizar unos pequeños autobuses que se encargaban de llevar a los turistas hacia el Santuario de la Monarca en el Ejido el Rosario.

Por lo que podía ver en las imágenes del folleto, se dirigían hacia un camino empedrado, cosa que le atraía muchísimo. El autobús, solo les acercó hasta el valle donde se iniciaría el recorrido.

Victoria y todos los turistas bajaron del pequeño autobús y un guía ya los esperaba a la entrada.

Había un cercado hecho de troncos, que delimitaba la zona del paradero y una puerta de madera de unos dos y medio metros de alto y abierta de par en par. Un gran letrero encima de ella en forma de arco dando la bienvenida al Santuario de la Mariposa Monarca.

El guía, era un hombre de unos sesenta años, de aspecto amable, delgado y de estatura media. Con cabello negro y canoso al igual que su bigote. Usaba un sombrero marrón tipo vaquero, un pantalón en color caqui y una camisa en color verde oscuro con una mariposa bordada en el bolsillo de su lado izquierdo que a lo lejos parecía muy real. Se presentó con el nombre de Antonio y les acompañaría durante toda su estancia. Les dio la bienvenida y les animó a entrar puesto que, según él, lo mejor estaba por comenzar.

Entraron todos juntos y los reunió en una explanada cuadrada, en la que había un par de troncos con unas ramas largas, que se entrelazaban haciendo la forma de un marco. Perfectamente tallados y con mucho detalle tenían esculpidas a una gran cantidad de mariposas pintadas a mano por los artesanos del pueblo de Ocampo, con los colores de las Monarcas. Entre las ramas colgaban unas farolas para iluminar esa explanada. En el fondo había árboles que demarcaban la zona natural y la turística. Y entre ellos, se podía ver un gran establo y se escuchaba el relinchar de los caballos. Acomodó a todo el grupo en la explanada para hacerles unas fotos. Ya que era una tradición del paradero turístico el recordar así a cada visitante. Y estos a su vez, se llevarían a casa un recuerdo de su estancia en el Santuario.

Les explicó la normativa del parque, aunque Victoria ya lo había leído en su folleto, prestó atención. No estaba permitido hacer fotografías con *flash*, ni llevarse a casa mariposas vivas o muertas, estaba estrictamente prohibido y penalizado.

Tampoco debían maltratarlas, tocarles las alas o intentar atraparlas. Ya que, al estar en su hábitat natural, las mariposas vuelan en libertad y se acercan a las personas; y es fácil capturarlas o pisarlas. Tampoco debían gritar para no asustarlas, de lo contrario se suspendería el paseo.

Cuando comenzaron a caminar, Victoria sintió oleadas de emoción. Hacía mucho

tiempo que no viajaba y la idea de estar en plena naturaleza le hacía mucha ilusión.

Como ya estaba por anochecer, se dirigieron directamente a la recepción para registrarse y asignarles sus cabañas. Antonio les citó a las siete de la mañana para iniciar el recorrido. Victoria y todos los huéspedes debían descansar y esperar al siguiente día para disfrutar de las mariposas.

La cabaña de Victoria era pequeña, pero acogedora, le recordó a su dormitorio. Con la diferencia de que en la cabaña había un baño con ducha incluida, una pequeña chimenea, una cama individual, un mueble con cajones y una pequeña lámpara. Las cortinas eran gruesas y en color glicina, al igual que el edredón y la funda de la almohada; las cuales, estaban dobladas encima del colchón de la cama, junto con las sábanas en tono lila flojo.

Poco después tocaron a su puerta. Era una empleada del hostel que se ofreció a preparar su cama y encender la chimenea. Antes de salir, le indicó a Victoria la carta del menú para que pidiera su cena, con la opción de comer en la cabaña o en el restaurante.

Victoria decidió que lo mejor sería ir al restaurante y tratar de socializar un poco. Ya que las personas hospedadas realizarían junto con ella el recorrido mañana por la mañana y convendría conocerse un poco más.

La empleada le señaló a Victoria un pequeño buzón fuera de la cabaña para dejar allí el menú que deseaba para cenar y después pasarían a recogerlo. A Victoria le pareció una muy buena idea, así los empleados no se verían en la necesidad de interrumpir a sus huéspedes.

Después de ducharse y calentarse un poco con el fuego de la chimenea, cogió su chaqueta, su gorro tejido color marrón, a juego con sus guantes y su bufanda. El móvil se lo guardó en su chaqueta y salió de la cabaña.

Afuera hacía mucho frío con dos grados de temperatura. Pero tenía entendido que por esa zona no nevaba, ya que las mariposas emigraban hacia esta zona de México para huir del frío y la nieve canadiense. Aquí se preparaban para cortejarse y dar lugar al nacimiento de nuevas generaciones de mariposas.

Caminó hacia el restaurante y vio a lo lejos las siluetas de los árboles de oyamel escondidos entre la niebla que comenzaba a formarse. En la parte alta de los árboles le pareció ver pequeñas sombras voladoras que parecían mariposas buscando refugio entre las ramas para pasar la noche en familia. Esperaba ansiosa su encuentro con

ellas.

El cielo tenía un aspecto muy hermoso, limpio y misterioso. Apenas quedaba un poco de luz anaranjada del sol en el horizonte que se desvanecía entre los cerros; fundiéndose con el azul del anochecer, pasando por varias tonalidades hasta que la parte más alta se perdía con el negro de la noche.

Una a una las estrellas tintineaban en diferentes zonas del cielo, parecía como si comenzaran a despertarse para celebrar junto a Victoria y darle la bienvenida. Ella estaba encantada y pensó en Isa.

—Seguro que a ella también le habría gustado venir —se prometió que algún día vendrían juntas con Gemma y Toni.

Siguió caminando y entró por un sendero hecho con troncos a manera de escalones. Observó el vuelo de los insectos que se sentían atraídos por la luz de las antorchas artificiales colocadas a lo largo del camino, y que la conducían hacia el restaurante, acompañada del canto de los grillos.

Conforme se acercaba podía ver el lugar muy bien iluminado y ambientado con música de la región. Al entrar, se encontró con unas cuantas mesas ocupadas por familias enteras. Niños jugando y corriendo alrededor de las sillas. Algunos abuelos bailando, señores en la barra degustando de una copita de tequila y las chicas hablando y riendo.

Desde fuera, el restaurante tenía un aspecto campestre, y en su interior se disfrutaba de una decoración sencilla, pero elegante y acogedora. Las mesas estaban decoradas con manteles blancos y bien planchados, al igual que las servilletas. En el centro de cada una, había una burbuja de cristal que, en su interior, dejaban ver flores de margaritas flotando en agua cristalina, iluminadas por una pequeña vela blanca.

Una camarera muy joven con apenas dieciséis años, se le acercó y le indicó su mesa. Era una mesa con dos sillas, en una de ellas dejó su chaqueta, sus guantes y la bufanda. Como aún tenía frío en las orejas, decidió quedarse el gorro un rato más antes de comer. Su mesa daba hacia una ventana por la que no podía ver nada, todo estaba oscuro. Tras la ventana, esa oscuridad le recordó que su visita allí era para sacar de raíz todo ese dolor que sentía en su interior.

La camarera comprobó el menú de Victoria y con una sonrisa se volvió hacia la cocina. Mientras esperaba, seguía entrando gente y el ambiente en el restaurante era cada vez más alegre. Se contagió con tanto entusiasmo, sus pies discretamente

acompañaban la música. Por todos lados había risas y baile.

Un par de chicos que estaban en la barra, parecían viajar solos. Uno de ellos se giró y la miró unas cuantas veces hasta que le sonrió. Victoria sonrió tímidamente, pero apartó enseguida su mirada. Y para distraerse, cogió un menú de la mesa y comenzó a leerlo. Ella lo vio levantarse de la barra y por un momento pensó que la invitaría a bailar, cosa que a ella no le hacía mucha gracia. Pero él se dirigió al grupo de chicas y a una de ellas la invitó a bailar.

Victoria por su parte, no tenía ningún plan de salir con alguien por un largo tiempo y quería cumplirlo. Este viaje más que para estar de vacaciones, era para sanarse a sí misma y para ello necesitaba estar sola.

Entre vítores y música, los camareros salieron de la cocina con las bandejas de la comida y comenzaron a repartirlas entre las mesas. La comida tenía muy buena pinta y un aroma típico de los pueblos mexicanos. Salsas, especias, adobos y el picante que no podía faltar. Para todos los paladares había un gusto especial.

—Cien por cien, comida casera y de la receta de la abuela —decía con orgullo la camarera que atendía a Victoria.

Había muy buen ambiente, mucho bullicio, pero tolerable. En ese momento buscó en su chaqueta el móvil y llamó a Isa.

Isabel estaba sentada en su cama, con el pijama puesto y con la bandeja de su cena en la mesita de noche. Estaba leyendo un libro que le prestó su hija Gemma. En ese instante Victoria la llamó.

—¡Cariño! ¿Cómo estás? ¿Has llegado bien?, ya me tenías preocupada.

—¡Hola, mamá!, si he llegado muy bien, un viaje un poco largo, pero ha valido la pena. Es muy bello todo, ojalá pudieras estar aquí.

—Sí, me encantaría, pero lo importante es que tú lo disfrutes y te lo pases muy bien. Por cierto, se escucha música, ¿dónde estás?

—Estoy en el restaurante, cenando. Y hay muy buen ambiente.

—Sí, eso parece. Me alegro mucho, hija.

Isabel la echaba de menos, pero sabía que este viaje sería muy bueno para ella.

—Y dime ¿has visto a las mariposas?! —preguntaba Isabel curiosa.

—No, aún no. Anocheció muy pronto, pero por la mañana iremos hacia la montaña para hacer el recorrido.

—Que bien, hija. Has fotos para que nos las muestres a tu regreso. Buenas noches, cariño ¡te quiero!

—Gracias, mamá. Y yo a ti ¡mucho!

Ambas se quedaron un momento con los teléfonos apagados en la mano, pensando la una en la otra. Victoria siguió con su cena e Isabel con su café y su libro.

Un encuentro inesperado

Victoria estaba cubierta de pies a cabeza con el edredón y su saco de dormir. En la madrugada quería levantarse para mirar la chimenea por si se había apagado; pero el frío y el sueño le pedían que no se levantara.

—Hoy es mi cumpleaños —se recordó así misma tratando de despertarse—. Mi regalo es... este viaje, pero al encontrarme con esas mariposas será... como volver a nacer.

Entre sueños, escuchó voces y pasos a lo lejos. Sus ojos apenas podían abrirse, hasta que dio un sobresalto al escuchar a alguien tocar a su puerta.

—¿Sí?

—Buenos días, señorita, soy Antonio, el guía. ¿Ya está usted lista? la estamos esperando.

Victoria se quedó confusa, hasta que recordó que debía levantarse temprano para hacer el recorrido. Por suerte había dejado todo preparado la noche anterior; excepto la alarma de su móvil que olvidó activarla.

Se levantó de un solo salto tirando por el suelo el edredón y su saco de dormir.

—¡Si, ya estoy lista!, deme un momento por favor, enseguida salgo —mintió mientras se despejaba y cogía su ropa para vestirse.

—¡En cinco minutos salimos hacia la montaña! —la apresuró el guía.

—¡De acuerdo... ya estoy lista!

Se vistió lo mejor y más rápido que pudo. Se mojó el cabello y mientras se peinaba con una mano, con la otra intentaba ponerse sus botas de montaña.

Se puso su gorro, cogió su mochila, su chaqueta, las llaves de la cabaña y salió corriendo. A lo lejos vio a su grupo reunido en la explanada, esperándola. Cuando se acercó, todos la miraban sonriendo. Sintió cómo los colores se le subían a la cara. Estaba avergonzada, nunca se había quedado dormida para una cita.

—¡Ya estoy lista! perdón por el retraso —hablaba agitadamente.

Victoria notaba que no dejaban de mirarla y de reírse. Lo que la hizo mirarse por si se había vestido mal. Después se dio cuenta, de que se había traído el saco de dormir enganchado a la mochila y se iba arrastrando por el suelo; por lo que se sintió aún más avergonzada.

—¡No podía enrollarlo! —fue lo único que se le ocurrió decir para salir de ese embrollo.

—Permítame ayudarle —le dijo el guía con una sonrisa de oreja a oreja.

Poco después salían rumbo a las montañas para encontrarse con las mariposas.

Caminaron durante veinticinco minutos y aún no se podían ver. Victoria se preguntaba si se habría imaginado ver volar a las mariposas por la noche cuando iba hacia el restaurante.

—Quizás solo eran murciélagos —concluyó.

El guía les indicó que, durante las primeras horas del día; las mariposas se despiertan y aletean en busca del calor del sol. Y mientras esperaban ese momento, todo el grupo se iría a una zona de descanso para desayunar, ya que el recorrido duraría al menos unas tres o cuatro horas entre el ir y volver.

Todas las familias iban preparadas con sus bocadillos y bebidas. Victoria no llevaba nada más que agua y tenía mucha hambre.

Una mujer observó de lejos a Victoria sentada en el suelo. La mujer llamó a su hija pequeña y le dio un bocadillo envuelto en papel aluminio, junto con una manzana amarilla. Le dijo algo al oído, después señaló hacia donde se encontraba Victoria y le pidió que fuera hacia ella. Victoria no se había percatado de nada; estaba perdida en sus pensamientos, mientras hacía trazos en el suelo terroso con una ramita de árbol.

La niña se le acercó tímidamente y le extendió la mano ofreciéndole el bocadillo y la manzana. Victoria la miró con sorpresa y le sonrió.

—¡Hola! ¿Es para mí? —le preguntó a la niña.

La niña asintió y después se marchó corriendo al lado de su madre. Victoria se sintió agradecida por el detalle de esa mujer y lo consideró como un regalo de cumpleaños. En cuanto tuvo oportunidad se le acercó y le dio las gracias. La mujer, en respuesta, le dio unas palmaditas en la espalda y añadió—: No es nada, todos somos hermanos y hermanas. Y si no nos ayudamos entre nosotros ¿quién más podría hacerlo?

Victoria asintió y se quedó con esas palabras. Disfruto del desayuno, mientras la mujer seguía jugando con su hija.

Cuando terminaron, Antonio les permitió a los niños jugar un poco, los adultos descansaban un rato más y compartían experiencias. Victoria aprovechó ese momento para escuchar los mensajes de voz que su familia le había enviado para felicitarla. Ella grabó otros en respuesta y envió unas cuantas fotos.

Poco después, Antonio les pidió que se reunieran y se dispusieron a continuar con su recorrido. Entraban por un sendero rodeado de grandes árboles. El canto de los pájaros y otras aves les acompañaban en el camino durante quince minutos más, admirando toda la vegetación autóctona.

De pronto, el camino se iba abriendo hacia una zona despejada, donde se percibía bastante luz entre los árboles.

Unos niños comenzaron a chillar con entusiasmo —¡Allí están! ¡Sí, las veo! ¡Mamá, las mariposas! Pero Antonio les recordó que no debían gritar.

Todos miraban en dirección a los árboles, emitiendo sonidos de admiración y sorpresa. Victoria levantó la vista hacia el cielo y al verlas, sintió mucha emoción y alegría.

Lo que veía, estaba muy lejos de lo que pudo imaginar o ver en sueños. No podía explicarse las sensaciones que le provocaba estar en ese lugar. Las mariposas revoloteaban por todos lados, era como cuando la niebla cubre un sendero; pero esta vez, era una nube de mariposas, todo era en naranja y negro.

Al acercarse más, el vuelo de las mariposas provocaba viento sobre su cabeza y

su cabello se movía al ritmo de sus aleteos. Las ramas de los árboles estaban totalmente cubiertas de mariposas; con el peso de ellas, las hacían doblarse de tal manera, que por un momento parecía que podrían romperse y caer al suelo.

Los troncos de los árboles de oyamel estaban tapizados de mariposas. No había ningún sitio libre por dónde posarse y se colocaban unas encima de otras buscando los rayos del sol.

Millones y millones de mariposas formaban un estampado por donde quiera que se mirara; volando o en reposo, en el suelo, en las rocas o entre las flores, ¡allí estaban!

Era un lugar mágico, un lugar donde se sentía paz, donde no había preocupaciones, ni dolor; solo amor y belleza.

Victoria salió al encuentro de las mariposas hacia esa zona abierta, todos estaban admirados y boquiabiertos con las mariposas revoloteándoles encima. Antonio, les explicaba a los más pequeños que todos debemos amar, cuidar y respetar a la naturaleza y no hacerles daño a las mariposas, ni llevárselas a casa de recuerdo. Los adultos mientras escuchaban a Antonio, se hacían fotos y gravaban videos.

Victoria se quitó la mochila y cuando iba a dejarla en el suelo, se percató de que estaba rodeada de mariposas y no podía moverse de allí o podría aplastarlas. Con cuidado sacó su móvil y los prismáticos de la mochila, se la colocó de nuevo en la espalda y comenzó a hacer fotos y videos también. Caminaba con precaución buscando otros escenarios para fotografiarlas.

Hubo un momento en que Victoria se quedó sola en medio de esa zona abierta. Miró hacia las copas de los árboles con los prismáticos y podía verlas al detalle.

Bajó la vista y notó que las mariposas poco a poco se le acercaban. Y ella encantada, les permitió volar a su alrededor y por encima de su cabeza y su rostro. El resto de personas continuaban andando; pero Victoria se quedó allí contemplándolas, sin perder de vista a su grupo. Se colocó los prismáticos al cuello y sintió el impulso de extender sus brazos y cerrar los ojos.

Disfrutaba de esa libertad y pureza. Se sintió conquistada.

—¿Cómo es posible que unos seres tan pequeños, provoquen tantas sensaciones al mismo tiempo? —se preguntaba dibujando una sonrisa en su cara.

Se permitió quedarse en silencio y que las mariposas la exploraran. Podía sentir los aleteos en su cara, por sus orejas, por su pecho, por sus piernas. Sintió cosquillas en las manos, lo que le provocó abrir sus ojos y mirar sus brazos, vio que tenía mariposas en sus dedos y en las palmas de sus manos descansando y tomando el sol.

Se sintió parte de estos seres y por un momento le pareció que ella también podía volar. Lo que le hizo imaginar que entre esas mariposas estaba las almas de su padre y su bebé. Y en lugar de sentir tristeza, se sintió en paz y abrazada por ellos.

En ese estado de quietud, a lo lejos, le pareció escuchar su nombre como un susurro; pero continuó relajada ignorando ese pensamiento. Al tener a las mariposas rodeándola, se imaginó que estas le ayudaban a sanar y a alejar de su vida todo aquello que le impedía ser feliz.

—¡Victoria!

Abrió sus ojos, volvió a escuchar su nombre. Se giró hacia los lados, sin lograr ver a nadie conocido entre las personas de su grupo. Y ninguno de ellos le prestaba atención en ese momento.

—Debí imaginarlo —pensó y trató de concentrarse nuevamente.

—¡Victoria!

Esta vez se escuchó con más claridad, alguien la estaba llamando. No podía ver quién era, ni de dónde provenía la voz, pero sabía que no se la estaba imaginando. Con cuidado trató de moverse y caminar para salir de esa zona por si acaso alguien del grupo la llamaba, pero recordó que nadie sabía su nombre.

Finalmente, las mariposas se desprendieron poco a poco de su cuerpo y se abrieron paso para que ella pudiera caminar. Como si adivinaran lo que Victoria trataba de hacer.

—¿Quién podría llamarme? —se preguntaba mientras salía hacia el sendero.

—¡Victoria! ¡Espera!

Entre las ramas, pudo ver a alguien que se dirigía hacia ella. Subiendo y dando saltos con mucha agilidad para no pisar a las mariposas. Lo único que podía distinguir entre los arbustos y entre las sombras, era a una figura pequeña. Cuando la silueta se acercó hacia la luz, pudo verla con claridad, lo que la hizo abrir los ojos

sorprendida.

—¿Sandra? ¡Sandra! —Victoria levantaba los brazos en señal de haberla reconocido.

Cuando finalmente, la niña se acercó, corrió y abrazó a Victoria como si fueran grandes amigas que no se habían visto en años. Lo que provocó su asombro por tanto entusiasmo.

—Al fin he dado contigo —le explicaba la niña cogiendo aire por la boca—. Te he estado buscando toda la mañana.

Victoria enarcó una ceja porque no entendía nada. Pero no quiso darle importancia por el momento. Antonio, al ver a Sandra la saludó con mucha familiaridad. Caminaron junto al grupo de personas durante dos kilómetros. Sandra solo le soltaba la mano a Victoria cuando quería mostrarle algo. Durante el resto del trayecto no la dejaba sola ni un segundo.

La niña resultó ser una estupenda guía y le explicaba cada detalle sobre las mariposas. Le enseñó a diferenciar a las hembras de los machos, la condujo por pasajes que solo Sandra conocía y le mostraba las crisálidas de las futuras mariposas; así como las trampas para los depredadores. Todo era realmente sorprendente y extraordinario. Victoria sabía que este viaje le ayudaría mucho en todos los sentidos, pero se había quedado corta al encontrarse entre toda esa belleza.

Este viaje la estaba transformando en alguien más amoroso, más observador y cuidadoso de cada detalle. A sorprenderse de la vida junto con todos sus misterios. No cabía duda que, al estar en contacto con la naturaleza, también lo estaba de sí misma.

Se le venían a la mente muchas imágenes para plasmarlas en sus lienzos. Con todas las fotos y videos que había hecho, ahora tendría un gran repertorio para crear sus pinturas.

Cuando llegaron al final del camino, Antonio les condujo hacia otra zona de descanso. Por suerte esta vez, sí tenía restaurante; junto con una pequeña zona comercial. Después del descanso, un autobús les recogería para llevarles de regreso al hostel.

Sandra y Victoria comieron, rieron y disfrutaron la una de la otra. Juntas recorrieron todos los locales de *souvenirs* y aprovechó a comprar algunos para su

familia.

Para Isabel, eligió un par de platos decorativos con paisajes de mariposas pintados a mano por los artesanos del lugar y un chal tejido con una gran mariposa en la espalda que daba la sensación de que le abrazaba con sus alas. A Victoria le gustó tanto que compró otro para su hermana y uno para ella. Al ser hechos a mano ninguno era exactamente igual.

A Gemma, le llevó una campana de viento en forma de cilindro. Decorado con Mariposas Monarca hechas de metal y pequeños cristales en forma de gotas que brillaban con la luz del sol. Tenía una hermosa forma cilíndrica que acompañaba a cada mariposa colocada en forma de espiral, junto con los cristales que daban la sensación de querer volar cuando el viento las movía.

A Toni, le compró un libro sobre el Santuario de las Monarcas, un marco para fotografías y un vaso de cristal con los colores de las mariposas. Así como unas camisetas y un llavero para cada uno con sus nombres grabados.

Victoria quiso comprar un regalo para Sandra; pero la niña no aceptó, porque según ella, ya tenía muchos y no deseaba más. Lo que sí hizo, fue llevar a Victoria con un empleado que fotografiaba a los visitantes. Se hicieron dos fotos y después las enmarcaron.

Cada una se quedó con una fotografía y con el recuerdo de este gran día, que daba comienzo a una gran amistad.

El Santuario de las Monarcas

Al día siguiente tenían una cita para visitar un Centro de Investigación que se dedicaba al cuidado y protección de las Mariposas Monarca. Se ubicaba en una ciudad llamada Temascalcingo, en el Estado de México.

Por suerte no tenía que levantarse tan temprano. Todos estaban citados a las diez de la mañana en el restaurante, para coger un almuerzo que el mismo Centro de Investigación obsequiaba a sus visitantes.

Victoria se despertó con una sonrisa de oreja a oreja. Recordó todo el viaje del día anterior. Sandra vendría también con ella y así el paseo se haría aún más agradable.

Después de ducharse y vestirse, Victoria llamó a Gemma con la coincidencia de que Isabel estaba con ella y pudo hablar con ambas, para contarles como celebró su cumpleaños; pero no mencionó a Sandra. Gemma e Isabel notaban el tono alegre en su voz, deseando estar allí y vivir también esa experiencia. Se despidieron y continuaron con sus respectivas actividades.

Una vez preparada su mochila, la cogió y salió de su cabaña. Esta vez llegó al restaurante una hora antes, ya que quería desayunar y hacer tiempo para que Sandra llegara con su madre, puesto que habían quedado para conocerse.

Al entrar al restaurante, solo había una pareja de abuelos junto con la niña y la mujer que le obsequiaron el bocadillo. Estaban desayunando y la saludaron nada más asomarse por la puerta. Era lo bueno de viajar en grupo, que podía conocer a más personas y entablar amistades o por lo menos disfrutar de algo en común.

Victoria no era una persona de pertenecer a ningún grupo. Para ella, era mejor tener un solo amigo sincero, que veinte hablando a sus espaldas. Pero esta vez, se sentía cómoda al compartir alegrías con buena gente y un viaje en común.

Pidió un café con leche y una palmera. Cogió del mostrador unos folletos

informativos sobre el paradero turístico para su familia; y mientras los leía, disfrutaba de ese desayuno con el delicioso aroma del café hecho en olla de barro y haciendo tiempo para que llegara Sandra.

Media hora después entraron al restaurante.

—¡Mira, mamá, allí está! —decía entusiasmada la niña señalando a Victoria.

La madre de Sandra era una mujer muy guapa y delgada, quizás era un par de años mayor que Victoria. Se notaban sus finos rasgos españoles, con cabello corto, un poco ondulado y negro, sus ojos miel eran como los de Sandra. Llevaba un vestido blanco con lunares negros, una chaqueta de piel y botas a juego.

—Buenos días, soy Elizabeth, la madre de Sandra —se acercó a Victoria saludándola con un beso en cada mejilla.

—Yo soy Victoria, encantada de conocerte.

—Sandra nos ha hablado mucho de ti —comentaba Elizabeth mientras se sentaban—. Desde que te conoció no paraba de decirnos que algún día volvería a verte y que te traería a casa.

Victoria no entendía cómo era que le causó tanta impresión a una niña. Y sentía curiosidad por saber qué hacía Sandra sola caminando por el bosque; pero prefirió esperar a que saliera el tema para no ser indiscreta.

—¡Pues aquí estoy! Mi familia me regaló este viaje por mi cumpleaños y estoy realmente encantada.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó Sandra entusiasmada.

—Fue ayer.

—Pero... ¿por qué no me lo dijiste? te habría hecho una fiesta —le decía la niña con decepción y con los brazos cruzados delante de su pecho.

—¡Sandra! —le reprendió su madre.

—No pasa nada. La verdad es que disfruté tanto del paseo que casi lo había olvidado. Además, sí que tuve una fiesta.

—¿Ah, sí? —preguntó dudosa.

—¡Sí! Cuando nos encontramos y me enseñaste tus caminos secretos y dejábamos que las mariposas se nos acercaran; para mí esa fue una fiesta de cumpleaños.

—Pero... ¿y tú regalo? ¿Y tú tarta?

—A decir verdad, recibí muchos regalos durante todo el día, tú incluida en ellos —le explicaba mientras la cogía de la mano—. Cuando apareciste por ese sendero fue una gran sorpresa para mí. Y la tarta pues... esa sí que nos faltó, pero no importa.

Sandra esbozó una gran sonrisa y miró a su madre con alegría —¡A que es una chica muy maja! —le decía.

—Sí, ya lo creo cariño y además, es muy guapa también —le respondía mientras acariciaba el cabello a Sandra y después se dirigió a Victoria.

—Me ha dicho Sandra que hoy iréis al Centro de Investigación.

Victoria asintió.

—¿Tienes algún inconveniente para que Sandra vaya contigo? —quiso saber Elizabeth.

—¡No, para nada!, ayer lo habíamos hablado y quedamos que vendría, pero con tu permiso.

—¡Oh! gracias. Verás... tengo que ir a la ciudad y no puedo llevarla conmigo.

La niña miraba sonriente a las dos mujeres como si fuera un partido de tenis.

—Puedes estar tranquila, yo la cuidaré.

—Muchas gracias, Victoria y bienvenida.

—Gracias, Elizabeth.

—Antes de irme, avisaré a Antonio que Sandra se unirá a vosotros.

—De acuerdo.

—Y yo cuidaré de Victoria —le decía Sandra a su madre con aspecto serio.

Ambas mujeres se miraron y rieron.

—Si tienes que volver aquí con el grupo y Sandra aún está contigo, puedes dejarla con mi cuñado; él trabaja en el Centro de Investigación. Yo pasaré por ella más tarde.

—Por mi parte no hay problema, la dejaré con tu cuñado.

—Gracias, Victoria. Bien, cariño, mamá tiene que irse ya. Comportate bien y no molestes a Victoria —le hablaba mientras le daba un abrazo y un par de besos en sus mejillas.

—Tranquila, mamá, que yo me sé comportar. ¿A que sí, Victoria?

Victoria asintió alegre y le pidió a Elizabeth que se fuera tranquila.

La madre de Sandra se marchó. Poco a poco comenzaron a llegar el resto de personas del grupo. Repartieron las meriendas y una vez arriba del autobús se prepararon para ir rumbo al Centro de Investigación.

Antonio, les informó que el tiempo estimado para llegar, era de una hora y cuarenta minutos; por lo que podrían almorzar en el autobús. A la mitad del recorrido, harían solo una parada para estirar las piernas e ir al baño.

Sandra se mostraba muy entusiasmada, como si fuera la primera vez que visitaba el Centro de Investigación. Llevó a Victoria cogida de la mano durante un buen rato. Le mostraba tras la ventanilla los lugares que la niña conocía; así como los nombres de los pueblecillos que se dejaban ver a la distancia. Durante el camino, después de merendar, Victoria quiso saber más de su pequeña amiga. Sandra encantada, le contó que había venido de Barcelona, después de vender la casa de sus abuelos maternos; pero en enero tenían que regresar para disfrutar de unas largas vacaciones.

Toda su familia es nacida en España, pero con alma y sangre mexicana como dice su abuelo. Elizabeth es de Madrid y ella nació en Barcelona, al igual que su abuelo, su padre y su tío. Al cual conocería pronto.

Su abuelo era un biólogo que de joven se enamoró de una hermosa mujer mexicana y que se convertiría en la abuela de Sandra. Y a la que no llegó a conocer, porque murió cinco años antes de que ella naciera.

Lo único que sabe es que era muy buena persona y que sabía todo sobre las

mariposas.

Cuando sus abuelos estaban recién casados, se mudaron a Barcelona, y vivieron allí hasta que su padre y su tío se hicieron mayores e independientes.

Su abuela, heredó el paradero turístico de las Monarcas; por lo que decidieron volver a México una vez que sus hijos se habían establecido como estudiantes universitarios. De esta manera pudieron retomar las responsabilidades del Santuario. Pero, cuando ella murió, lo había dejado todo en manos de su marido y sus hijos.

Poco después, los padres de Sandra se casaron y ella nació. El padre de Sandra siempre estaba viajando y casi no lo conoció porque él y su madre se habían separado; y murió en un accidente, cuando Sandra recién había cumplido dos años.

Luego, su tío se graduó como biólogo y viajó a México para especializarse en las reservas de la biosfera protegidas. Fue profesor durante un par de años en una universidad en la Ciudad de México y posteriormente, él y su abuelo, crearon el Centro de Investigación. Y aunque aún faltan por terminar algunos edificios, organizan este tipo de paseos y eventos para recaudar fondos y finalizar el proyecto.

Hace unos años, Sandra y su madre se mudaron a México para vivir en casa de su abuelo. Cuando Sandra era pequeña, su abuelo le contaba historias sobre las mariposas para dormirla. Y todos los días la llevaba al bosque, en el cual, aprendió a quererlas como si fueran de su propia familia.

Victoria pudo entender a qué se refería, porque también sentía que las mariposas formaban parte de ella.

Permanecía en silencio, escuchando atentamente lo que Sandra le contaba. Era increíble que una niña aún pequeña, fuera tan madura y supiera expresarse muy bien. Victoria tuvo también una infancia con varias mudanzas y tuvo que aprender sola muchas cosas de la vida.

Se imaginó a Sandra en el futuro siendo una guía por todo el Santuario y eso la hizo sonreír.

—Sandra ¿cómo supiste que yo estaba de visita aquí?

—Fue por Antonio. Él es amigo de mi familia, y cada vez que llega un grupo de visitantes les hace una fotografía —Victoria recordó ese momento—. Mi abuelo las guarda en un álbum y de esa manera recuerdan a cada visitante. Antonio le llevó a mi

abuelo las fotografías del nuevo grupo, me la mostró y al verla, te reconocí enseguida.

—Ahora entiendo. Pero ¿cómo fue que me encontraste tu sola por el bosque?

—Ayer por la mañana, como mi madre saldría a la ciudad, le pedí que me acercara al bosque para buscarte. Luego ella, pidió a otro guía que me acompañara hasta encontrarnos con el grupo. Y yo, al veros subir por la colina, continué caminando hasta que te vi entre la gente.

Sandra conocía perfectamente el bosque y sus atajos para poder alcanzarlos más rápido, es por lo que su abuelo confiaba en ella, tras conocer el bosque como la palma de su mano.

—Pues me alegro mucho de que te acordaras de mí. La verdad es que creí que no volvería a verte.

—Pues yo no sabía cuándo sucedería, pero sabía que algún día nos encontraríamos de nuevo.

Victoria sonrió y Sandra la abrazó.

Sin darse cuenta, llegaron a la parada para descansar. El autobús se quedó vacío durante los diez minutos que duró el descanso, tiempo apenas para estirar las piernas e ir al baño. Poco después continuaban con la marcha.

Sandra también preguntó a Victoria sobre su vida. Ella le contó sobre Isabel, su hermana y su cuñado. De su casa y el jardín de su madre con el gran fresno. También que había perdido a su padre hace algunos años.

Le habló de su trabajo como diseñadora web, de sus prácticas de yoga y de sus pinturas; y Sandra se interesó en el tema, ya que a ella también le gustaba pintar de vez en cuando. Le pidió que le hiciera una para decorar su habitación y así poder recordarla cada día.

Sandra, también le preguntó sobre el día que la conoció y su semblante triste y apagado. Victoria dudo mucho en responder a las razones de aquella tristeza. No sabía si era bueno que una niña supiera la verdad. Sobre todo habiendo algunas pérdidas en la vida de la niña.

Victoria tenía deseos de hablar con alguien y poder así, sacarse del corazón muchas espinas que aún le hacían daño.

—Si al menos Sandra tuviera diez años más —pensó para sí misma—; quizás se lo habría contado todo, pero no a una niña.

Así que decidió contarle sin tanto drama y ahorrándose detalles que no valía la pena recordar; que la tuvieron que operar de la barriga y que estaba triste porque tenía miedo, cosa que era verdad. También le hablo de su enfermera Andrea y cómo se fue recuperando tras pintar cuadros de paisajes y mariposas.

Le habló de Xavier, su exnovio; y que tuvieron que romper su relación, porque el amor entre ellos se había terminado.

Y que muchas veces se acordó de ella, cada vez que veía mariposas. Incluso minutos antes de encontrarse ayer, pensó en Sandra. La niña estaba atenta y miraba a Victoria con gran aprecio.

Sandra la animó para que recuperara pronto su salud. También le dijo, que algún día aparecería en su vida un chico que la amara de verdad. Comentarios que sorprendían y alegraban a Victoria.

Se pasaron casi todo el camino hablando y cuando se dieron cuenta ya estaban a unos minutos de llegar. Sandra le mostraba tras la ventanilla del autobús, el conjunto de edificios del Centro. Victoria al verlos, ya tenía ganas de bajar y conocer el lugar. Cuando estuvo más cerca pudo distinguir el logotipo del centro con las siglas: *C.I.E.B. Mariposa Monarca*. Lo cual supuso, que pronto sabría su significado.

Una vez aparcado el autobús, Antonio les dio la bienvenida, así como algunas sugerencias para la visita. Bajaron del autobús y condujo a todo el grupo a una gran explanada, cuyo punto de reunión era una gran escultura con forma de *eme*, pintada con los colores de las Monarcas. En cada curva, había un agujero, que hacían la función de mirador. Ya que el CIEB, al estar construido en lo alto de un cerro; desde allí se apreciaban unas hermosas vistas del bosque y del pintoresco pueblo de Temascalcingo.

La escultura se situaba en el centro de un gran espejo de agua, y en su interior, había unos azulejos decorativos y pintados a mano con mariposas de diferentes especies.

A cada integrante del grupo, se le dio un folleto informativo de las actividades

que se realizaban en el Centro de Investigación y las funciones del conjunto arquitectónico.

Pero lo que más llamó la atención de Victoria fue el plano de ubicación, con todos los edificios terminados y los que aún faltaban por construir.

—Centro de Investigación Ecológico de la Biosfera, Mariposa Monarca —leyó Victoria con interés—. Parece un proyecto muy ambicioso, pero interesante —dijo al ver cada uno de los edificios que contenía el Centro.

Un edificio administrativo, otro de Educación Continua; el cual, contaba con una sala de exposiciones, una sala de conferencias y otra de capacitación; estas dos últimas aún sin construir. Contaba también con su propio restaurante y que próximamente estaría abierto al público. En otra zona del gran terreno, había un edificio de habitaciones dedicado a los científicos que trabajaban como internos; como sería el caso del tío de Sandra, sospechó Victoria.

También había laboratorios, un jardín botánico, dos viveros y dos edificios más pequeños para el mantenimiento y servicios generales del Centro. Zonas de aparcamiento para los empleados, para los visitantes y los autobuses turísticos.

—¡Un gran proyecto, sin duda! —concluyó Victoria en voz alta.

—¡Muchas gracias!

Victoria escuchó una cautivadora voz masculina detrás de ella, lo que la hizo sentir un leve estremecimiento bajando por su nuca. Cuando pudo girarse para ver quien le hablaba, Sandra le soltó de golpe la mano y corrió hacia los brazos de ese hombre.

—¡Tío! ¡Tío!

—¡Hola, pequeñaja! ¡Qué alegría verte! —le decía el hombre mientras la cargaba y la abrazaba con mucho cariño.

—¡Madre mía! cuanto has crecido.

—¡Sí! la ropa ya me queda pequeña.

—Pues tendrás que ir de tiendas con tu madre.

Sandra asintió y lo abrazó con ternura.

—Tío, te he echado de menos.

—Y yo a ti, cielo.

Victoria se quedó observando toda la escena, recordó a su padre cuando volvía del trabajo y la cargaba a ella y a Gemma de esa manera.

—¿Sabías que veníamos? —le preguntó Sandra jugando con el cuello de su camisa.

—¡Así es! Tu madre me llamó al móvil y me dijo que vendrías con una amiga.

Intercambió miradas con Victoria y esta sintió ruborizarse. Intentó disimular al acomodar unos rizos detrás de la oreja.

El hombre bajó a Sandra al suelo y le extendió la mano a Victoria para presentarse.

—Disculpa tanto entusiasmo —y la atrajo suavemente hacia él para darle un par de besos en cada mejilla—. Bienvenida, soy Sebastián Soler, el tío de Sandra.

Victoria para su asombro, sintió su mano cálida y suave, cosa que a ella le agradó. Pero el contacto con sus mejillas la hizo sentirse nerviosa.

—Gracias, yo soy, Victoria Vals. Mucho gusto.

—El gusto es mío —le respondió él sin dejar de mirarla a los ojos.

Sebastián, era un poco más alto que ella. Su corto cabello castaño oscuro estaba un poco despeinado, debido al viento que a veces les sorprendía. Su rostro era hermoso, con cejas pobladas y labios sensuales. Su piel bronceada se ocultaba tras una bata blanca desabotonada, que dejaba ver su camisa azul celeste. Vestía unos vaqueros azul oscuro y unas zapatillas negras. A Victoria le pareció muy atractivo; pero lo que más llamó su atención fueron sus ojos verdes.

Victoria intentaba no mirarle directamente, pero la mirada de ese hombre era magnética e imposible de ignorar.

—Victoria, yo me llevaré a mi sobrina al laboratorio, así podrás disfrutar de la visita.

—¡Oh! no hay problema, puede venir conmigo.

—Gracias, Victoria —dijo Sandra abrazando a su tío—. Yo me sé de memoria toda la visita y ya me cansa; mejor iré con mi tío a su laboratorio para ayudarle a investigar.

Victoria sonrió al imaginarla con una bata blanca y haciendo experimentos.

—De acuerdo, si te apetece después podré buscarte para despedirme, claro si a tu tío no le importuno —y miró a Sebastián.

—No, para nada. Los amigos de mi sobrina son también mis amigos ¡a que sí pequeñaja! —le decía él mientras hacía cosquillas en la barriga a Sandra.

Poco después Victoria se incorporó al grupo para iniciar el recorrido. Al entrar por cada edificio se quedaba sorprendida. Ella no entendía mucho de arquitectura; pero los edificios le parecían muy bien organizados, planeados y sobre todo, funcionales. Tenían un aire de modernidad y a su vez, conservaban detalles coloniales, tanto en su interior como en el exterior. Las ventanas estaban ubicadas en unas salientes que formaban un ángulo de noventa grados y que, desde fuera, parecían triángulos de cristal que daban movimiento a las fachadas. Las estructuras y formas de los edificios eran alargadas y simétricas, como las alas de las mariposas.

Primero, pasaron por el edificio administrativo y el de habitaciones para los científicos; luego, entraron a la sala de exposiciones. En ella, se distinguía claramente la temática de las reservas naturales protegidas de toda la República Mexicana.

Había una zona dedicada a las mariposas de todo el país y por supuesto una mención principal a las Mariposas Monarca. Así como mapas del recorrido de migración, sus etapas de crecimiento y vida. Y referencias sobre las amenazas naturales y humanas a las que tienen que verse sometidas durante todo su periodo de vida.

En el lugar también había dos zonas de laboratorios, pero de momento solo estaba construida una. En ella se realizaban la detección de insectos como las moscas, las abejas y las avispas parasitarias. Que, para su proliferación, utilizan a las larvas de las mariposas para depositar en ella sus huevos y hacer la función de incubadoras. Hasta que los huevos parásitos eclosionen y pasen al estado larval.

Durante esta etapa, las larvas siguen utilizando el cuerpo de la oruga para alimentarse. Una vez alcanzada su madurez, buscan el camino hacia el exterior

atravesando el cuerpo de la oruga y ocasionando su muerte.

Victoria sintió escalofríos; no podía imaginar lo que una oruga sentiría al tener esas cosas creciendo en su interior y después ser comida viva. Pero es ese momento, reconoció haberse sentido como una oruga y comprendió el significado detrás de las palabras del cuento de Sandra.

Cada ser humano tiene una misión que cumplir; una prueba, un destino, una tarea. Victoria, sintió que hace más de un mes, ella había pasado por la etapa de oruga y que los parásitos del estrés, de la desesperación, del dolor, de la culpa; la estaban comiendo viva. De alguna manera ella trató de ocultarlos encerrada en su dormitorio o en su estudio o manteniéndose ocupada el mayor tiempo posible. Pero no podía ignorarlos, ni deshacerse de ellos. Cada día los veía al mirar su rostro en el espejo.

Cuando sintió que no podía más, cuando dejó de culparse por lo sucedido; esos parásitos se fueron desapareciendo y evitó que la mataran.

Su familia y principalmente su madre, fueron la medicina. Pero ella también tuvo el mérito, por armarse de valor y reconocer que se estaba haciendo daño a ella misma y a sus seres queridos con su aislamiento. Pero a su vez fue necesario pasar por esa etapa para salvarse a sí misma.

Cada día, a cualquier hora en la que se sentía deprimida o triste, escribía en un papel todo lo que sentía en ese momento, lágrimas y malas palabras incluidas. Cuando terminaba de escribir, encendía una pequeña hoguera en el patio trasero de su casa y quemaba esas cartas. No sabía que hacía exactamente o si serviría de algo; pero sentía que de esa manera todo su dolor se quemaba y dejaba de hacerle daño.

Y ahora estaba allí de pie, dentro de su propia crisálida; esperando el momento oportuno para renacer, extender sus alas y convertirse en la mariposa que estaba destinada a ser.

Continuaron con la visita; algunas personas ya se notaban cansadas, principalmente los niños.

—Quizás podrían pensar en alguna actividad para los más pequeños —pensó Victoria—. Mientras los adultos continúan haciendo el recorrido.

Antonio seguía explicando que las Mariposas Monarca, eran conocidas en el mundo científico como *Danaus Plexippus*.

Reconocidas como unas expertas migrantes tras recorrer unos 2.500 kilómetros para salir del clima frío de Canadá y Estados Unidos; cuyo viaje dura poco más de un mes sin descanso. Para luego dar inicio a su periodo de hibernación o letargo en los bosques de México, entre los meses de noviembre a marzo.

Son capaces de vivir de siete a ocho meses; un promedio de vida mayor que otras mariposas. Debido a la coloración natural y venenosa de sus alas, se protegen de esa manera contra sus principales depredadores como los pájaros, las arañas, las ranas, los murciélagos y las lagartijas. Permitiéndoles camuflarse y resguardarse de ellos ahuyentándolos con su toxicidad.

En el laboratorio, también estudiaban la manera de curar a las mariposas, que debido a productos químicos que se encontraban en el aire o por la contaminación ambiental, se quedaban impregnados en sus alas. Lo cual, les impedía volar con naturalidad y rapidez para llegar hacia su destino y padecer así una muerte segura.

Los árboles de oyamel tampoco estaban fuera de peligro; debido a la tala inmoderada e ilegal de los bosques. Incluso, por algunos incendios provocados o mal organizados. Lo cual era el problema más grave, ya que las mariposas morirían por el humo y el fuego por millones, poniendo en peligro a toda la especie.

Y esa era la función del vivero, cultivar futuros árboles de oyamel para reemplazar a los árboles enfermos o muertos y conservar e incluso extender el área natural.

En el jardín botánico había una exhibición de plantas autóctonas para concienciar a la población sobre sus cuidados y características; ya que muchas de ellas eran medicinales o venenosas. Por lo cual no estaba autorizada su venta al público.

Victoria estaba encantada de disfrutar de esta visita. Todo lo que hacían en ese Centro le impresionaba y le animaba para tratar de ayudar de alguna manera a que las mariposas siguieran visitando su país cada año.

Antonio les dejó unos minutos para que exploraran por ellos mismos las zonas abiertas al público, mientras que él se acercaba a saludar a Sebastián.

Victoria estaba convencida de que a Isa y los demás también les gustaría, porque simplemente era una experiencia única.

Cuando comenzaban a salir del laboratorio, pudo ver a Sandra con su tío; y en efecto ella tenía una bata, un cubre bocas y unos guantes que se le escurrían de las manos. Miraba atenta por el microscopio, mientras Sebastián le explicaba lo que veía en él.

Sebastián levantó la mirada y vio a Victoria. Cuando ella lo notó, no pudo hacer nada para disimular. Sebastián le hizo señas para que se acercara; ella se giró en busca de Antonio, pero el grupo ya se había marchado. Se acercó con prisa hacia Sebastián y Sandra para poder despedirse.

—¡Hola! lo siento, tengo que irme, el grupo ha salido y...

—Tranquila, Victoria —la interrumpió Sebastián—. Yo he hablado con Antonio y le he dicho que personalmente te llevaré al hostal... si tú quieres claro.

Victoria se sintió un poco incómoda y sonrojada; pero en parte agradecida de que podría pasar más tiempo en ese lugar... y quizás con ellos también. Situación que le estaba resultando confusa e inquietante.

—No quiero causar molestias —se limitó a decir.

—¡No seas tonta! vendrás con nosotros —le decía Sandra aun con el cubre bocas y sin apartar la vista de los oculares del microscopio—. Además, mi madre tampoco vendrá por mí, iremos en el coche de mi tío, así os podéis conocer mejor.

Victoria y Sebastián evitaron mirarse y ambos se pusieron nerviosos. Sandra en cambio estaba muy divertida jugando a ser técnico de laboratorio.

Conociendo a Victoria

Hacía una hora que se había marchado el autobús. Durante ese tiempo, Victoria y Sandra fueron testigos privilegiados del nacimiento de varias mariposas. Sandra las había visto en la naturaleza a lo lejos, pero nunca una tan cerca. Pudieron admirarse de las orugas cuando se preparaban para formar su crisálida. Y otras ya listas en su proceso de metamorfosis.

Después, Sebastián las llevó a comer al restaurante del Centro; que de momento solo estaba abierto para el personal y empleados. Al entrar, aún se respiraba la pintura fresca de algunas paredes, había mesas y sillas con plástico protector y partes del suelo aún sin terminar de colocar las losetas. Pero la zona ya terminada, era muy placentera y estaba decorada como si fueran a celebrar una fiesta.

Las cocineras, estaban preparando las mesas y bandejas de comida tipo buffet. Poco a poco la gente comenzaba a llegar. Administrativos, científicos y trabajadores del laboratorio, personal de limpieza, mantenimiento, vigilancia y cocina; se sentaban a comer a la misma hora como una familia, cada uno podía servirse lo que quisiera sin límite; y así eran todos los días.

Victoria veía tantas cosas deliciosas que no sabía qué elegir; y qué decir de los postres, todos estaban tentadores. Sandra como ya sabía la rutina se dirigió directamente a los espaguetis y al pollo empanado, que eran sus favoritos; y para beber limonada al tiempo. Victoria eligió arroz rojo, frijoles, pollo con mole verde y unas tortillas de maíz; para beber también escogió limonada.

—Muy buena elección —le dijeron al oído.

Se giró y vio a Sebastián a su lado, que había elegido casi lo mismo que ella.

—La comida mexicana es una delicia —le hablaba él mientras se servía un poco de guacamole.

—¡Sí!... todo parece muy apetitoso.

—¡Lo es! —afirmo Sebastián con orgullo—. Mi madre era mexicana y una estupenda cocinera, me hice adicto a su sazón, como decís vosotros —le explicaba Sebastián con un aire de nostalgia.

—Mi madre también cocina delicioso —le hablaba Victoria mientras cogía unos cubiertos—. Pero mi hermana fue la que heredó su talento en la cocina.

Sebastián la contemplaba sin que ella lo notara, le gustaba su cabello rizado y sus hermosos labios.

—Pues todo lo que se ofrece ahora para los empleados —él seguía hablando sin dejar de servirse—; y en un corto plazo para nuestros visitantes, es cien por cien casero. Gracias a las recetas de mi madre.

—Debió ser una gran mujer —comentó Victoria.

Sebastián asintió y suspiró.

—Verás, Victoria, me siento muy afortunado de haber tenido unos padres maravillosos —cogió la bandeja con mucha habilidad, a pesar de la cantidad de comida que tenía en ella, y continuó charlando.

—La cocinera que tenemos en el CIEB, fue empleada de mis abuelos maternos durante veinte años y mi padre quiso conservar su empleo trayéndola aquí. Mi madre y ella compartían el gusto por la cocina. Además, fueron grandes amigas, es como de la familia —terminaba de explicarle mirándola fijamente y ofreciéndole un trozo de pan.

Victoria lo recibió sin apartar su mirada. Aunque ella quisiera, no podía dejar de hacerlo, sus ojos eran seductoramente hipnóticos.

Sebastián terminó de servirse, llenó tanto la bandeja que se fue a la mesa con su trozo de pan en la boca. Victoria le siguió sorprendida de su gran apetito. Y, aun así, conservar una figura saludable y deportiva.

—Tu siéntate aquí, Victoria —le indicó Sandra cuando llegaron con ella—. Y tú, tío Sebas, a su lado, así los puedo ver bien a los dos.

Cada vez que Sandra los juntaba, ellos se ruborizaban y evitaban mirarse. Victoria no deseaba sentirse atraída por él; prefería sentarse lejos y sola en estas circunstancias. Mientras que Sebastián trataba de disimular lo atraído que se sentía

por ella. Pero ninguno contaba con que Sandra ya lo había percibido desde que se conocieron, y esa era la razón de ponerlos uno al lado del otro.

Durante la comida, hubo risas, bromas, música y brindis de parte de todos los comensales a la salud de su jefe Sebastián ya que estaría ausente por un tiempo. Entonces Victoria comprendió la razón de tenerlo todo agradablemente dispuesto para la ocasión. Era su último día de trabajo, y estaría libre durante casi cuatro meses, para sorpresa de Victoria. Y reconoció que realmente parecían una gran familia.

Sebastián terminó con su trabajo y dejó todo dispuesto para el compañero que lo reemplazaría, mientras él disfrutaba de unas merecidas vacaciones. Hacía un par de años que Sebastián no se tomaba días libres, puesto que no podía dejar los laboratorios y el resto de los edificios en plena construcción.

El personal ya tenía deseos de comenzar a trabajar y el gobierno de la ciudad presionaba para iniciar con el funcionamiento del Centro de Investigación. Aunque el gobierno solo había aportado una cantidad mínima del presupuesto para la construcción, don Rodrigo, el abuelo de Sandra y padre de Sebastián, tenía el control y dirección absolutos de todo el CIEB. Siempre y cuando informara al gobierno a través de la Secretaria del Medio Ambiente y Ecología, sobre sus avances e investigaciones en torno a la conservación y preservación de la Reserva Protegida.

También aportaba su ayuda a través del ejército nacional y con la colaboración de la población voluntaria para el sembrado de los árboles de oyamel. El Centro de Investigación, prácticamente era nuevo y aún quedaban cosas por hacer. Pero Sebastián, se obligó a descansar después de pasarse casi dos años viviendo como interno.

Hizo la maleta, cogió su portátil, se despidió de sus empleados y se dirigió al *parking*. Sandra y Victoria ya le estaban esperando dentro del coche, en los asientos traseros.

Mientras guardaba todo su equipaje en el maletero, Victoria notó que Sandra comenzaba a estar cada vez más callada y menos juguetona. Señal de que estaba agotada y que pronto se quedaría dormida durante el camino al hostel.

Victoria se había sentado atrás con ella, con la idea de que se acurrucara en sus piernas y alejarse de Sebastián lo más que pudiera; pero él, la invitó a sentarse

delante en el asiento del copiloto. Victoria trataba de evitarlo a toda costa; se movió un poco de manera que Sandra notara que ella estaba por cambiarse de sitio y que se lo impidiera. Pero la niña solo la miró, le sonrió y siguió sentada con su cabecita descansado en el respaldo de su asiento y mirando hacia la ventanilla. Victoria dio un suspiro al ver que no le quedaba otra más que aceptar la invitación de Sebastián.

Él observó toda la escena, intuyó lo que quería hacer Victoria y le hizo mucha gracia al ver que su intento de eludirlo se vio frustrado. Cuando Victoria salía del coche, Sebastián sacó debajo de su asiento una manta y cubrió a Sandra con ella, ese detalle, provocó que Victoria sintiera más agrado por ese hombre, aunque no quisiera reconocerlo.

Poco después, salieron hacia una autopista de peaje, puesto que llegarían más rápido por esa dirección. Además, Sebastián tenía otros planes. Aún no quería dejar a Victoria en el hostel, así que tomó otra desviación directa a la casa de su padre.

Durante el camino hablaban sobre el CIEB y su especialidad como entomólogo. Le contó sobre las investigaciones que él y su equipo habían realizado durante los inicios del mismo. Ganaron un concurso a nivel internacional sobre la utilización de plantas medicinales para tratar dolencias de la piel y caída del cabello. Y con el dinero del premio, terminaron de equipar el laboratorio. Lo cual les dio fama y credibilidad a sus futuras investigaciones.

Victoria estaba muy interesada en la charla. Tanto, que se acomodó de lado y se relajó en su asiento y eso le agradó a Sebastián. Había encontrado la manera de llamar su atención y poder conocerla mejor.

Ella también habló sobre su trabajo; que en comparación con lo que había logrado Sebastián profesionalmente, ella aún estaba en pañales.

Llevaba muchos años trabajando con las páginas web siendo su propia jefa. Y aunque económicamente le iba muy bien, lo que ella realmente amaba, era ser pintora, tema que llamó la atención de Sebastián. Desde que la vio de la mano con Sandra, jamás se imaginó que esa chica pudiera fascinarlo de esa manera. Cuando ella hablaba, Sebastián sentía como se le erizaba su piel; su voz era realmente encantadora y sensual, toda ella lo era. Había conocido a muchas mujeres hermosas y Victoria tenía ese algo que la diferenciaba de ellas y quería saber por qué. Pero también pudo percibir un cierto aire de tristeza en su mirada; cosa que le intrigaba aún más.

Victoria también se sentía extraña a su lado. Una parte de ella quería escapar y no volver a verlo nunca. Pero otra parte suya, la más profunda e intensa, deseaba

acercarse cada vez más. Aun así, prefirió mantenerse al margen de esos sentimientos y ocupar esa energía para recuperar su equilibrio, que buena falta le hacía.

Sandra, se había dormido, se veía tan dulce y pequeña que dio ternura a Victoria. Se preguntó por un momento: —si su bebé hubiera nacido, ¿podría haberse parecido a ella?

Como ya no había más tema de conversación, Sebastián puso música suave para atenuar el silencio entre los dos. Minutos después, Victoria se percató de que ya debían haber llegado al hostel. Pero en cambio, Sebastián había salido de la autopista; bajó la velocidad y entró por un camino estrecho y largo. Todo estaba oscuro, solo se veían las sombras de los árboles que bordeaban el camino y el sendero empedrado, iluminado por los faros delanteros del coche.

—¿Dónde estamos? —preguntó Victoria un poco inquieta.

—Hemos llegado a casa de mi padre —le respondió Sebastián sin verla.

Victoria lo miró un poco confundida y él le devolvió la mirada sonriéndole dulcemente.

—No te preocupes, solo he venido a dejar a Sandra con Elizabeth, después te llevaré al hostel.

—¡Él y yo solos! Ya es demasiado por hoy —se dijo para sus adentros y le comenzaron a sudar las manos.

A lo lejos, se comenzaban a ver destellos de luz, provenientes de la casa de don Rodrigo, señal de que ya estaban cerca.

Sebastián estiró su mano rápidamente hacia la guantera para sacar un mando a distancia y abrir la reja exterior. Victoria al verlo, por impulso se apartó rápidamente. Por un momento se sintió confusa y perdida.

—¡Tranquila!, solo quiero sacar un mando a distancia. Siento haberte asustado.

—Lo... lo siento, estaba distraída y yo... —Victoria estaba avergonzada y trataba de disculparse, mientras él cogía el mando.

—No pasa nada, ya casi hemos llegado.

Ella estaba muy tensa y confusa. Mientras que Sebastián había notado ese cambio en el momento en que se ofreció a dejarla en el hostal.

—¿Por qué será tan tímida? —se preguntaba él, mientras accionaba el mando y se abría la reja para entrar—. ¿Acaso desconfía de mí? o tal vez tiene novio y se siente incómoda conmigo. ¡Claro! eso debe ser; una chica tan guapa, no creo que esté sola. ¿Qué suerte debe tener el tío con el que sale! —se hablaba así mismo mientras avanzaban hacia la casa.

En ese momento Sandra se despertó y estiró brazos y piernas dando un gran bostezo.

Victoria se giró hacia ella y le sonrió.

—¡Hola, bonita! has hecho una buena siesta.

Sandra le sonrió y le extendió su mano para que Victoria la cogiera.

—Tío Sebas ¿ya hemos llegado a casa del abuelo? —preguntó la niña bostezando.

—Pero... ¿tú sabías que veníamos aquí?

—¡Sí! —la niña le sonrió—. Yo se lo pedí a mi tío, pero creí que no me había escuchado —terminó de hablar levantando los hombros.

—Siempre te escucho pequeñaja, ya lo sabes —le decía Sebastián mirándola a través del espejo retrovisor.

—¡Me habéis engañado los dos!

Sandra rio con tanta alegría que Victoria olvidó el mal momento con Sebastián, pero él no. Los tres se reían mientras Sebastián aparcaba el coche en el garaje.

Elizabeth ya les esperaba en el porche de la casa. Al salir del coche, Sandra corrió a los brazos de su madre y Victoria caminaba detrás de ella.

—¡Mami, te eché de menos!

—¡Y yo a ti, cariño!

Esa escena le recordó a Victoria que no había hablado con Isabel en todo el día.

—Bienvenida, Victoria, los estábamos esperando.

—Gracias, Elizabeth.

Por lo visto, todo mundo sabía que llegarían, menos Victoria.

—Pasa, por favor —la invitó Elizabeth.

Sandra entró corriendo a buscar a su abuelo y Victoria se adentró en la casa con la mochila en la mano.

Se sintió un poco impresentable, despeinada y sucia. Ya que llevaba la misma ropa todo el día con polvo al igual que sus botas. Aunque en el baño del CIEB, se lavó la cara y se peinó con los dedos mojados como acostumbraba a hacerlo de vez en cuando, no se sentía cómoda.

Pero se distrajo su mente al ver el interior de la casa. Era realmente hermosa y elegante, con una original forma de H. El punto central a manera de vestíbulo, era un jardín interior acristalado con forma octagonal. Y que, al rodearlo, se podía acceder a cualquier espacio de la casa.

El jardín interior era peculiar, en lugar de césped había arena blanca y fina, con dos esculturas de ángeles de piedra rosada y cactus de diferentes tamaños, tipos y colores, acompañados de algunas palmeras en miniatura. Algunas piedras montadas en equilibrio, le recordaban a la cultura zen que ella tanto admiraba. Dentro, también había una pequeña fuente con una esfera de cristal en color turquesa en el centro, que giraba al compás del agua y con su golpeteo se producía un eco muy relajante por todo el vestíbulo. Se acercó aún más y vio que el cristal que protegía el jardín subía hasta la segunda planta. Aunque ya había oscurecido, se imaginó que por el día se vería todo el interior muy bien iluminado.

—Es un oasis dedicado a mi mujer y a mi hijo Raúl.

Victoria pensó que era costumbre de la familia sorprenderla siempre por la espalda. Se giró y vio a don Rodrigo hablándole.

Era un hombre que para su edad se veía bastante saludable, fuerte y atractivo. Tenía un aspecto encantador que le recordó a Sebastián. Su acento español era inconfundible.

Era alto, delgado y bien vestido. Su rostro estaba enmarcado por una fina barba gris, que se unía a unas largas patillas. Tenía poco cabello, pero muy bien peinado. Se le notaba radiante y feliz.

—Tú debes ser la amiga de mi nieta.

—Sí, señor, soy Victoria Vals. Encantada de conocerlo.

—El gusto es mío, Victoria. Por favor, ponte cómoda —y la condujo hacia una de las alas de la casa, rumbo al salón.

El suelo de toda la casa era de madera de nogal laminada, con un ligero toque brillante. Al aproximarse a la entrada, se distinguía un muro hecho de celosía de madera que dejaba ver el interior del salón, y que se repetía también en el comedor, la cocina y el estudio.

Al entrar al salón, se sintió atraída por una chimenea blanca de estilo barroco ubicada al fondo. Estaba encendida y su agradable calor se repartía por cada rincón del lugar.

A los lados de la chimenea había dos ventanales de piso a techo en forma semicircular. Las paredes de toda la casa eran de piedra en tonos grises y marrones. Dando la sensación de frescura en temporadas de calor, y calidez durante el invierno.

Del lado de una pared había un gran sofá en color terracota con unos cojines floreados en tonos naranjas y una mesita de centro de madera y base de cristal. Un florero de porcelana con motivos orientales, que contenía a unos tulipanes frescos en amarillo, naranja y rojo. Algunas revistas de ciencia y ecología; y unos cuantos ceniceros de cerámica, de metal y cristal.

Le daba la sensación de que toda la casa respiraba naturalidad y confort. Victoria, pudo verse en ese salón pintando todos los días.

Frente al sofá, había un gran librero en color blanco, con un televisor grande en el centro y también unas banderas de México y España en miniatura, una al lado de la otra. Así como figuras de barro que supuso las había hecho Sandra en el colegio. También pudo ver una gran variedad de libros, enciclopedias y revistas de ciencia. Y en la parte más baja algunos cuentos infantiles. A los lados del librero, estaban colocadas las fotografías familiares y diplomas que solo pudo ver de reojo.

Don Rodrigo se sentó en un sillón de aspecto antiguo al lado de la chimenea.

Invitó a Victoria a que se sentara y aunque ella se sentía un poco desaliñada se sentó en medio del sofá.

—Bienvenida, Victoria, nos alegra tener visitas.

—Gracias, señor. Tiene usted una casa muy hermosa.

—La verdad es que sí. Pero el mérito no es mío. Elizabeth es la encargada de la decoración. Es su especialidad.

—Tiene muy buen gusto —reconoció Victoria y don Rodrigo asintió sonriente.

—Victoria, ¿fumas?

—No, señor.

—Bien hecho. Pero no me digas señor, aquí todos me llaman don Rodrigo. ¿Te importa si fumo un puro?

A Victoria no le gustaba el olor a tabaco y mucho menos el del puro; pero era una invitada y no podía ponerse exigente. Así que tuvo que mentir.

—No, adelante.

Don Rodrigo tenía al lado de su sillón un cenicero de pie, con un compartimento metálico, todo en aluminio anodizado color negro. De allí saco una caja de madera, la abrió y cogió un puro y su cortador. Cortó su puro y sin dejar de mirar a Victoria lo encendió y dio una bocanada profunda. Mientras que ella trataba de esquivar su mirada.

Después de exhalar el humo, continuó con su charla.

—Mi nieta despertó en nosotros la curiosidad de conocerte. En dos o tres ocasiones nos dijo que algún día volvería a verte y que te traería a casa. Nosotros no creímos que fuera eso posible; puesto que este país es muy grande y había pocas probabilidades de que eso ocurriera —don Rodrigo la miró y le sonrió—. Pero al verte ahora aquí, veo que el mundo es muy pequeño y muy grande la confianza de mi nieta. Sandy enseguida quiso ir a buscarte en cuanto te vio en la fotografía del grupo de Antonio —terminaba de explicarle mientras daba otra bocanada—. Daba saltos de alegría y no paraba de decir: «¡lo sabía! lo sabía! ¡Sabía que volvería a verla!»

—Yo también estoy sorprendida, don Rodrigo —le decía Victoria tratando de ignorar el olor del puro, que ya comenzaba a picarle la nariz—. Y qué casualidad encontrarla aquí. Jamás me lo habría imaginado.

—No existen las casualidades —opinaba don Rodrigo—. Todo tiene un porqué. Mi nieta se hace querer por todo el mundo, pero tampoco se hace amiga de cualquiera —y continuó fumando.

—Es una niña muy dulce y encantadora —afirmó Victoria sonriente.

Mientras ellos hablaban, Sebastián entraba al salón con la maleta y su portátil en mano. Los dejó en un sillón al lado del muro de celosía, miró de reojo a Victoria y se dirigió a su padre.

—¡Hola, papá!

—¡Que tal, hijo! —ambos se abrazaron con tal euforia, que parecía que se romperían la espalda con sus palmadas—. ¡Por fin podré tenerte en casa un tiempo, eh!

Sebastián le sonrió y se sentó a un metro de distancia de Victoria sin prestarle atención. Se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldo del sofá.

Victoria al notar su indiferencia, giró la cabeza simulando que observaba los libros.

—¿Te ha costado mucho dejar el Centro? —le preguntó don Rodrigo.

—No, para nada. Sabes que ya había planeado descansar un tiempo. Solo tenía que dejar todo listo y resolver cosas pendientes. Quedé en hacerles llegar por correo algunas tareas que quedaron a medias, pero no son tan importantes.

—¡Me alegra! ya era hora de que te dedicaras tiempo, y a nosotros, que ya te echábamos de menos. Principalmente Sandy.

—Tenías razón papá. La verdad es que ya lo necesitaba. Pero tenía que encontrar el momento oportuno.

—Sí, claro. Has de saber, Victoria, que este hijo mío es un gran entomólogo; desde pequeño sintió mucho interés por el mundo de los insectos. Pero ha preferido la ciencia a su familia.

—Por favor, papá, no digas eso.

—Pero estoy muy orgulloso de él —le decía esto último con unas palmaditas en la pierna de su hijo. Ha logrado muchas cosas él solo.

Victoria sonrió y Sebastián no pudo contenerse a mirarla. Quería evitarlo, porque cada vez que lo hacía, se sentía más atraído por ella. Sobre todo, con esa sonrisa tan contagiosa que ella le regalaba.

—¡Oh! por cierto, Victoria ¿te apetece un chupito de tequila? —le ofreció don Rodrigo.

Victoria no bebía demasiado, pero esta vez le apetecía, así que aceptó.

—Sebas, sírvenos un aperitivo, por favor.

Sebastián se levantó, sirvió y repartió a cada uno un chupito. Elizabeth y Sandra entraron también al salón. La niña traía el cabello húmedo. Se había duchado rápidamente. Traía su pijama puesto y se la veía contenta. Victoria deseó ducharse también.

Elizabeth se sentó al lado de ella y Sandra en las piernas de su madre para que terminara de cepillarle el cabello.

—Don Rodrigo, la cena estará lista en una hora —le indicó Elizabeth.

—Gracias, hija. ¿Quieres beber con nosotros?

Sebastián se sorprendió por la invitación de su padre y enseguida lo miró con gesto interrogante.

—Sí, gracias, don Rodrigo.

—¿Segura que quieres beber? —le preguntó Sebastián con seriedad en su voz.

—Sí. Hace mucho que no bebo y me apetece. Tenemos invitada y será a su salud.

Él se levantó un poco molesto para servir a su cuñada, pero ella lo detuvo.

—Deja, Sebas, que ya lo hago yo —apartó cariñosamente a la pequeña para poder levantarse y Sandra abrazó a Victoria.

Sebastián volvió a mirar a su padre mientras se sentaba y don Rodrigo le hacía señales con la mano tratando de calmarlo.

Victoria hacía cosquillas a Sandra y podía sentir la mirada de don Rodrigo sobre ella. Le pareció que tendría muchas preguntas que hacerle y quizás lo haría más tarde en el comedor, cosa que le ponía nerviosa.

Elizabeth se bebió el chupito de golpe. Al verla, Sebastián se puso serio y bajó la mirada al suelo, negando discretamente con la cabeza. Victoria trató de no darle importancia ya que ella apenas y lo había probado.

—¡Caballeros! —dijo Elizabeth—, tenéis que disculparnos; pero he de llevarme un momento a nuestra invitada —Victoria la miró sorprendida justo cuando daba un sorbo a su aperitivo.

—Victoria ¿me acompañas por favor? —le pidió Elizabeth.

—Sí, claro, con permiso —se excusaba Victoria mientras dejaba su bebida en la mesita de centro.

—Estás en tu casa, Victoria —le dijo don Rodrigo.

Elizabeth la cogió del brazo y le habló al oído mientras salían del salón.

—Supongo que deseas ducharte y cambiarte de ropa.

—¡Sí, por favor! solo que no traigo otra ropa.

—No hay problema. Casi somos de la misma talla, te prestaré alguna, así estarás más cómoda.

—Muchas gracias, Elizabeth, pero no quiero causar molestias.

—Pero ¿qué dices! no es ninguna.

Y la condujo hacia la planta alta subiendo por la escalera.

Sebastián la siguió con la mirada, don Rodrigo lo notó y sonrió.

—¡Es una mujer muy guapa! —le dijo su padre.

Sebastián levantó los hombros fingiendo no darle importancia y bebió el resto del

chupito de un solo trago.

La escalera tenía una forma en U, sus peldaños parecían que flotaban. Puesto que cada uno estaba adosado a un tubo central con la misma forma de la escalera y anclado del suelo al techo.

En el hueco de la escalera había un espejo de agua como en el CIEB, pero más pequeño. Estaba rodeado por césped natural con algunas flores y plantas. En la parte curva de la escalera había tres grandes ventanales que partían del suelo de la planta baja hasta el techo de la planta alta y unas finas cortinas blancas a todo lo largo de los ventanales.

Al llegar arriba sintió curiosidad por asomarse y ver el oasis de cristal, como lo llamó Victoria y se veía realmente hermoso. En el techo había un tragaluz con la misma forma octogonal del jardín interior.

—Por aquí, Victoria —le indicó Elizabeth.

Entraron a su dormitorio y le mostró su guardarropa; tenía ropa realmente bonita y una gran cantidad de zapatos de todo tipo. Victoria solo eligió un pantalón de vestir negro, una blusa azul rey, junto con unos zapatos de descanso muy cómodos. No se había percatado de que sus pies también estaban cansados. Después la llevó hacia el baño y la dejó a solas.

Abajo, en el salón, Sandra jugaba con su tío mientras esperaban a Victoria. Don Rodrigo también quedó impresionado con su invitada. No dejaba de preguntar a Sebastián sobre ella; si estaba soltera, a qué se dedicaba, si tenía familia, si la había invitado a salir, que por momentos se le veía incómoda. Y para colmo, insinuó a Sebastián que él la ponía nerviosa. Sebastián recordó la escena en el coche y estuvo de acuerdo con él, pero no lo mencionó.

Sandra solo escuchaba, mientras se divertía apilando los ceniceros de su abuelo. Sebastián comenzaba a molestarse con tanto interrogatorio. Porque algunas de esas preguntas, no sabía cómo responderlas ni siquiera para sí mismo. Terminó levantándose del sofá para escapar de allí, pero don Rodrigo lo detuvo.

—¿Por qué estás tan molesto, Sebas? —quiso saber don Rodrigo.

Sebastián se giró hacia él levantando una ceja, mostrando su disgusto y se acercó

para hablarle al oído y evitar que Sandra pudiera escuchar.

—Sabes que Elizabeth no puede beber, papá. ¡Lo sabes muy bien!

—¡Lo sé, hijo! pero solo fue un poco, no te preocupes. Está todo controlado.

Sebastián se apartó de su padre negando con la cabeza y dispuesto a salir del salón.

—¡Yo sé cosas sobre Victoria! ¿Les gustaría saberlas? —dijo Sandra captando la atención de los dos hombres y suavizando el ambiente.

Sebastián se relajó un poco y volvió a sentarse disimulando su curiosidad y ambos escucharon con atención. Elizabeth entraba al salón en ese momento para buscar a Sandra, pero se quedó también escuchando con sumo interés a su hija.

Todos escuchaban atentos las cosas que Victoria había contado a Sandra durante el viaje hacia el Centro.

Mientras que Victoria, ya se había dado la ducha que tanto deseaba y se había vestido. Solo le faltaba secarse el cabello, peinarse y bajar a cenar. Se moría de hambre a pesar de todo lo que había comido.

Aprovechó a estar a solas y llamó a su madre y a Gemma. Ya la echaban de menos y ella también. Le quedaban un par de días para volver a casa y abrazarlas.

Abajo, todos acordaron no mencionar nada a Victoria, ni hacer preguntas indiscretas o insinuar algo, principalmente don Rodrigo; que estaba muy interesado por saber de ella. La curiosidad que sentían por conocer más de Victoria al final les incomodó; porque era su invitada y consideraron que estaban siendo indiscretos.

Después de ello, Sandra y su madre fueron a buscar a Victoria. Sebastián se quedó poniendo la mesa y mientras lo hacía, pensaba en ella. No se explicaba cómo podía sentirse tan atraído por una mujer en tan poco tiempo, horas, mejor dicho. Nunca le había sucedido algo así y le dio pena que ella no sintiera lo mismo hacia él.

Trataba de encontrar una explicación a la actitud distante de Victoria, pero no se le ocurría nada. Se le paso por la cabeza que debía encontrar la manera de ganarse su confianza. Ahora sabía por Sandra, que no tenía novio, y no había nada, ni nadie que le impidiera acercarse a ella. Con ese pensamiento se le dibujo una sonrisa en el rostro. Pero le duró poco al recordar que también pasó por una cirugía, y aunque no

sabía por qué la habían intervenido, ella aún se estaba recuperando.

—Quizás solo necesita tiempo —pensó él; pero, ella pronto volvería a su casa y no sabía si volvería a verla.

Estaba convencido de que cuanto más cosas descubría de ella, más difícil sería sacarla de su cabeza. Por lo que decidió ser más paciente y prudente.

Minutos después, las chicas ya bajaban, don Rodrigo ya las esperaba abajo, al pie de la escalera. Y conforme se acercaban, una a una le extendía la mano para ayudarles a bajar como todo un hidalgo y escoltarlas hasta el comedor. Cuando entraron, Sebastián estaba de espaldas a ellas abriendo una botella de vino; al girarse, la vio radiante y aún más hermosa.

Él se conocía muy bien, ahora sabía que ya era tarde para olvidarla.

Elizabeth y Sandra la habían peinado y tenía el cabello suelto y más rizado, adornado con una trenza en forma de corona.

A Sebastián casi se le cae la botella cuando ella le sonrió. Don Rodrigo le hizo señas de que cerrara la boca y rio. Sebastián se sonrojó; luego, todos tomaron sus asientos y comenzaron a cenar.

La cocinera y Elizabeth, habían preparado una cena mediterránea deliciosa. Fue una velada magnífica; rieron, charlaron y se hicieron fotos. Victoria extrañamente se sentía cómoda y afortunada por haber conocido a esta bella familia y todo gracias a su querida Sandra.

La despedida

Un destello de luz iluminó su rostro. Estaba amaneciendo; escuchó el canto de los pájaros en el balcón del dormitorio y alguno que otro gallo a lo lejos. Cuando abrió los ojos recordó que no estaba en la cabaña, se había quedado en casa de don Rodrigo; en el dormitorio que comparten Sandra y Elizabeth cuando Sebastián está en casa.

Victoria miró a su alrededor y las chicas no estaban, su cama ya estaba hecha. Buscó la hora en su reloj, eran las 8:18 a.m. Se enderezó un poco para desenchufar su móvil que ya tenía la batería recargada. Lo encendió y vio que no tenía llamadas perdidas ni mensajes por leer. Se recostó de nuevo y recordó la cena y lo bien recibida que se sintió. Don Rodrigo la había invitado a quedarse con ellos esa noche, se había hecho tarde y el hostel estaba a media hora en coche desde allí.

Según el itinerario de su viaje, hoy sería el último día de recorrido hacia otra parte de la reserva, pero esta vez a caballo.

Don Rodrigo quedó en hablar con Antonio a primera hora de la mañana, antes de que saliera con su grupo; para que no esperaran a Victoria. Ahora ella era su invitada y se encargaría Sebastián de acercarla más tarde.

Victoria suspiró al recordar a Sebastián y cómo se conocieron ayer en el Centro. Se sintió extraña al notar un cosquilleo en su corazón. No sabía explicar lo que sentía y no dejaba de pensar él. Se levantó de la cama, traía puesto un pijama de Elizabeth; porque el suyo se quedó en la cabaña. Hizo la cama, dobló cuidadosamente toda la ropa que le prestaron; abrió las cortinas de par en par, cogió la ropa que traía puesta el día anterior, limpio y seco; se vistió, revisó su mochila y bajó a buscar a la familia.

Dentro de la casa, no se escuchaban ni voces ni ruidos. Los rayos del sol entraban por los grandes ventanales de la escalera iluminando el oasis de cristal. Los mismos rayos se reflejaban en el espejo de agua, proyectando luz en las paredes de piedra, del techo y también sobre las plantas a su alrededor. Al ver ese espectáculo, hizo con su

móvil unas cuantas fotografías, pensando que Isa las disfrutaría tanto como ella.

Tras las finas cortinas de los ventanales, se dejaban ver unas vistas fantásticas del jardín de don Rodrigo.

Mientras bajaba por la escalera, vio a Sebastián a través del muro de celosía. Sentía cómo le temblaban las piernas solo con sentir su presencia. Él estaba en el salón, sentado y mirando el televisor. En una mano tenía el mando y la otra descansaba en el respaldo del sofá. Sebastián la vio bajar y lo apagó enseguida; se levantó rápidamente, se peinó el cabello con sus dedos y caminó hacia la entrada del salón para esperarla.

—Buenos días —lo saludó Victoria con una sonrisa tímida y colocándose su rizo detrás de la oreja. Percibió desde allí el agradable aroma de su colonia amaderada.

Él estaba con un hombro recargado en la pared observándola, con los brazos cruzados esperando a que terminara de bajar. Le encantaba la presencia de esa mujer.

—Buenos días, Victoria. ¿Has dormido bien? —le preguntaba mientras le extendía la mano para recibirla y con la otra le cogía la mochila.

—Sí, muy bien, gracias —Victoria le recibió la mano, le dio la mochila y le sonrió de nuevo.

Sebastián tuvo que contenerse para no acercarla hacia él y besarla.

—Me alegro —le respondió. Pero se prometió así mismo que algún día lo haría.

—¿Estás solo en casa? ¿Y los demás?

—Elizabeth tuvo que salir a la ciudad, mi padre y Sandra están en el invernadero, regando sus plantas. ¿Quieres ir con ellos?

—Sí, me encantaría.

Sebastián se puso la mochila al hombro y condujo a Victoria rodeando el oasis. Entre el comedor y la cocina había una puerta y otro muro de celosía. Al entrar allí, Victoria descubrió que era el cuarto de lavado y planchado y que, al cruzar esa habitación, saldrían hacia un gran patio trasero, con un césped muy bien cuidado y un verde que le recordó al jardín de su madre. Caminaron por un sendero de piedra que los conducía hacia la entrada al invernadero. En esa parte del terreno, se apreciaban

árboles frutales, una piscina y un área para las tardes de barbacoas. También a lo lejos se dejaban ver dos pequeñas casas y un establo.

Mientras se dirigían ahí, Sebastián se puso a su lado, pero no tan cerca para no incomodarla.

—¿Qué te parece esta parte de la casa? —quiso saber Sebastián para tener un tema de conversación.

—Realmente es hermosa, una casa de ensueño; no me la esperaba tan grande. Me encanta la zona de barbacoas. Se apetece estar allí la mayor parte del tiempo. Y la piscina... aunque no sé nadar del todo bien, también me agrada mucho.

—Yo tampoco sé nadar muy bien; sería un pésimo instructor —le hizo saber él y ambos sonrieron.

—Mi madre estaría encantada aquí —le explicaba Victoria, acercándose un poco más hacia él. Principalmente en el invernadero. Le encantan las plantas y las flores.

—Podéis venir cuando queráis. Como te ha dicho mi padre, nos encantan las visitas.

—Gracias, Sebastián, lo tendré en cuenta. Y dime... esas dos casas a lo lejos ¿las alquiláis?

—Anteriormente sí, cuando nuestros padres nos costeaban la universidad a Raúl y a mí. Al graduamos, una de ellas se convirtió en la casa de Antonio y su mujer. Y la otra es para cuando tenemos invitados.

—¡Vaya! —Victoria pensó que ojalá pudiera quedarse más tiempo allí y disfrutar de ese maravilloso lugar.

—¿Victoria? quiero disculparme.

—¿Disculparte? ¿Por qué? —quiso saber.

—Bueno... por lo de ayer, en el coche —le recordó—. Si en algún momento te hice sentir incomoda o dije algo que no te sentara bien...

—¡Oh!, no... —lo interrumpió—. La que debería disculpase soy yo. Ayer exageré un poco, estaba pensativa y distraída y... reaccioné así, lo siento.

—No pasa nada, supongo que también hice un movimiento muy brusco y te asusté.

Ambos se miraron y sonrieron al mismo tiempo.

Cuando se acercaban al invernadero, desde donde ellos estaban, se podían apreciar los deliciosos aromas frutales y de flores frescas, y también a tierra húmeda. Al adentrarse, pudo ver a Sandra dando de beber a las plantas con una pequeña regadera de plástico en color rosa. Don Rodrigo traía unos guantes de jardinero y unas tijeras con las que cortaba los yerbajos. Los aspersores del techo, dejaban caer una brisa ligera que bañaba a todas las plantas.

Sandra notó la presencia de su amiga, soltó la regadera dejándola caer al suelo y corrió a abrazarla. Don Rodrigo recogió la regadera y mientras se acercaba a ellos para saludar, se quitaba los guantes.

—¡Hola, Victoria! buenos días —la saludaba la niña sin soltarla.

—Buenos días, Sandra.

—¿Y para mí no hay buenos días?

—¡Tío! a ti ya te había saludado ¿qué no lo recuerdas? —y se le acercó para darle un beso en la mejilla.

—Buenos días, Victoria ¿Has dormido bien?

—Muy bien, don Rodrigo, muchas gracias.

—Ven conmigo, Victoria —le pedía Sandra—. Te mostraré el invernadero, es mi lugar favorito.

La niña le enseñó las plantas que ella misma había cultivado. Le mostró unos pequeños retoños de rosas blancas que comenzaban a florecer. La condujo por un cuarto pequeño en donde se encontraban las orquídeas y algunos arbolitos bonsái que a Victoria le encantaron. Mientras que don Rodrigo y Sebastián se quedaron atrás hablando.

Entre las hojas de las plantas, Victoria miraba a Sebastián de vez en cuando. Aunque no quisiera reconocerlo abiertamente, también se sentía atraída hacia él. Su mirada se encontró con la de Sebastián; pero, ella disimuló no haberlo visto y continuó caminando con la niña. Poco después don Rodrigo las alcanzó y Sebastián ya

se había marchado de allí.

—¡Victoria! —Don Rodrigo le hablaba mientras se acercaba hacia ellas—, he pedido a Sebastián que te acompañe al hostel, pero antes de eso quiero compensarte el paseo que te has perdido hoy en la Reserva.

—¡Oh! no es necesario don Rodrigo, yo he disfrutado bastante y he estado muy cómoda entre ustedes —él la interrumpió.

—Insisto, Victoria. Hemos estado muy a gusto contigo y es lo menos que podemos hacer.

—Gracias, don Rodrigo.

—Verás... Sebastián ha ido a preparar los caballos. Vais a acompañarle a una parte exclusiva de la Reserva, la cual no está abierta al público y está a media hora de aquí.

—¡Bieeen! —se entusiasmó Sandra—; gracias, abuelo —le dio un abrazo y aprovechó a decirle algo al oído. Enseguida don Rodrigo asintió y le dijo a Sandra que así lo harían.

Victoria se quedó intrigada por saber de qué hablaban.

Don Rodrigo llamó a uno de sus trabajadores y le pidió que preparara comida para el camino y terminara de ayudar a Sebastián. Victoria entró nuevamente a la casa con Sandra para desayunar. Al terminar, subieron al dormitorio para ayudarla a vestirse para cabalgar.

Sandra preparara su mochila, mientras Victoria se deleitaba tras la ventana, apreciando las vistas hacia las montañas, hasta que se vio a Sebastián. Él estaba entre dos camionetas cerrando el remolque que ya tenía dos caballos adultos en su interior; relinchando ansiosos por salir a caminar. Y el otro empleado estaba ocupado cepillando al caballo más joven.

Sebastián la vio de reojo; pero no quiso que ella lo notara. Se sentía muy feliz con la idea de pasear a su lado y mostrarle el lugar donde todo empezó para él.

Poco después, las dos bajaron para encontrarse con don Rodrigo y Sebastián, mientras que ambos charlaban alegremente. Cuando las vieron acercarse, se giraron hacia ellas y dejaron su conversación para otro momento. Victoria observó que don

Rodrigo traía consigo una pequeña maceta con un árbol bonsái; justo el que le gustó a ella.

—Victoria, este es un regalo para ti. Queremos que lo conserves para que nos recuerdes —caminó hacia ella y se lo entregó.

—Es hermoso, muchas gracias a todos, lo cuidaré muy bien.

Adivinó que esto fue lo que Sandra dijo a su abuelo al oído.

—Quiero agradeceros vuestra hospitalidad, me he sentido como en casa y muy bien acompañada.

Don Rodrigo se le acercó para darle un cariñoso abrazo y un beso en cada mejilla.

—Nosotros estamos encantados por haberte conocido, y por haber compartido la mesa en familia. Espero que vengas pronto ¿cierto, hijo? —y se giró para mirar a Sebastián guiñándole un ojo.

Por un momento, Sebastián no supo qué decir; su padre hacía lo que Sandra, tratar de acercarlo a Victoria. Pero lo que no sabían era que él ya estaba más que interesado en ella.

—Es verdad, Victoria —se aclaró la garganta—. Gracias a ti por querer mucho a nuestra pequeñaja y por haber estado aquí entre nosotros —y él pensó, mientras Sandra abrazaba a su amiga, que deseaba que algún día Victoria también llegara a confiar en él.

Como si ella lo hubiera escuchado, se sonrojó y tartamudeó un poco.

—De na... de nada —Sandra rio al escucharla.

Sebastián abrió la puerta de la camioneta. Y mientras se despedían de don Rodrigo, Sebastián ayudaba a Sandra y subió la primera; luego le ofreció su mano a Victoria. Ella sin querer la apretó y al darse cuenta de ello se sonrojó, detalle que agradó a Sebastián.

—Lo siento— se disculpó tímidamente. Él sin dejar de mirarla, le guiño un ojo tras cerrar la puerta y después subió.

Durante el camino, Sandra los hacía reír con sus bromas y chistes. Minutos después llegaron a un campo abierto, Sebastián bajó de la camioneta y se acercó a hablar con el cuidador que se encontraba en una caseta de vigilancia, para permitirles la entrada a las camionetas y los remolques.

Bajaron y sacaron a los caballos ya con las sillas de montar preparadas. Sebastián acomodó en la silla de su caballo la comida, la mochila de Victoria y el arbolito bonsái que viajaba dentro de una caja de cartón. Mientras que Sandra le explicaba a su amiga, cómo subir a su caballo. Ya que Victoria nunca había montado en uno y se sentía un poco insegura por ello.

—No tengas miedo, Victoria, es muy fácil. Mírame a mí y lo hacemos juntas —la animaba Sandra.

Por suerte Sebastián estaba ocupado y no podía verla por si hacía el ridículo.

—Sube este pie primero —la guiaba la niña—. Ahora impúlsate hacia arriba como si quisieras saltar un muro y hooooop... ¡lo ves, es fácil!

Victoria lo intentó un par de veces y no pudo, le faltaba más impulso. De repente, cuando se preparaba para hacerlo una vez más, sintió unas manos fuertes y cálidas en sus caderas al mismo tiempo que se impulsaba. Cuando se dio cuenta ya estaba arriba del caballo.

—¡Bien hecho, tío!

Victoria se quedó boquiabierta, apenas sabía lo que había ocurrido hasta que vio a Sebastián a su lado.

—Gracias —le dijo Victoria con voz apenas visible.

—De nada. Coloca tus botas en los estribos y sujeta las riendas. El caballo te guiará.

Victoria asintió.

—Te vez muy bien a caballo, Victoria ¿cierto, tío Sebas?

—¡Sí!, muy hermosa —lo reconocía mientras el también montaba.

Victoria, no podía dejar de sentir la sensación de las manos de Sebastián

presionando sus caderas, con firmeza y delicadeza al mismo tiempo.

Sebastián, por su parte, notó el calor de su cuerpo y el olor a orquídeas que despedía su cabello. Al revivirlo, dio un gran suspiro, como si así tratara de mantener en su mente ese recuerdo.

Pasearon por un hermoso llano durante unos minutos, para luego entrar a la zona boscosa. A Victoria le entusiasmaba volver a encontrarse con las Monarcas.

Se detuvieron al pie de una pequeña colina; Sebastián fue el primero en bajar y atar a su caballo a un árbol. Después le siguió Sandra y para sorpresa de Victoria, pudo hacerlo ella sola. Sebastián cogió la mochila, el bonsái y la comida; y enseguida se reunió con ellas para iniciar la marcha. Sandra enseguida cogió de la mano a Victoria y todos se adentraron en el bosque.

El paisaje era sublime; los grandes árboles le recordaron a Victoria a las columnas de esas catedrales góticas que visitó de pequeña. Sus ramas desprendían el aroma a pino fresco. El aire a su alrededor era totalmente puro y limpio. Y los rayos de sol que se filtraban entre las hojas, parecían dedos que jugueteaban con los insectos que revoloteaban entre las flores amarillas del lugar. Caminar rodeada de tanta naturaleza le hacía muy bien.

Unos metros más adelante, allí estaban; las mariposas batiendo sus alas y absorbiendo el calor de la mañana. Se les veía por todos lados posándose en los troncos o moviéndose al ritmo del viento.

Victoria caminaba con la boca abierta, este espectáculo era aún mejor que el que vio hace días.

—Este sitio es realmente hermoso, Sebastián. No tengo palabras para describirlo.

—¡Sí! es hermoso —le respondía Sebastián mientras observaba las copas de los árboles—. Cuando recién nos mudamos aquí —le explicaba él—, este era mi sitio favorito. Aquí me pasaba las horas estudiándolas y fotografiándolas. Fue aquí, donde me surgió la idea de crear el CIEB.

Victoria estaba encantada y sorprendida.

—Yo me pasaría las horas aquí pintándolas —le decía ella mientras contemplaba a las mariposas volando cerca de ella.

Sebastián la miró y pudo imaginarla.

—Cuando quieras, siempre puedes volver y hacerlo —le decía él—. Siempre serás bienvenida.

Victoria le esbozó una gran sonrisa y asintió.

—Y dime... ¿por qué esta zona está cerrada al público? —le inquirió Victoria.

—Verás, esta zona en especial es más cálida en esta época del año y las mariposas vienen a aparearse y a depositar sus huevos ¿lo ves? —le mostraba algunas hojas cubiertas de huevecillos y larvas, ramas con crisálidas y el revoloteo romántico de algunas mariposas.

—¡Qué belleza!

—¡Así es! —Sebastián la miraba y le sonreía compartiendo sus impresiones.

—¿Te imaginas si las personas vinieran aquí? —le hablaba él con cierto aire de inquietud—. Por más conciencia que tengan sobre proteger y respetar a la naturaleza, siempre hay alguno al que no le importa e intentaría llevarse a las larvas y a las orugas, y sería más difícil pillarles. Hace unos meses tuvimos un problema así, pero ya está controlado.

—¡Vaya! Qué pena. Además, pondrían en peligro a la generación visitante —completó Victoria.

—¡Exacto! has prestado atención al guía.

Victoria y él rieron. Sandra estaba muy entretenida tratando de dar comida de hojas a las orugas.

Victoria se sintió agradecida y afortunada de estar allí. Pasearon divertidos y sorprendidos por la magia del lugar. Aunque Sebastián y Sandra ya estaban acostumbrados, el hecho de tener a Victoria entre ellos, la visita era única e irrepetible. A menos que decidiera volver a visitarlos.

Victoria hizo unas cuantas fotos; pero enseguida notó que la memoria de su móvil estaba llena. Había hecho tantas imágenes y videos que no lo había previsto. Por suerte, Sebastián siempre llevaba consigo su cámara y se encargó de hacer las nuevas fotos. Para Sebastián, fue muy oportuno ya que quedó en que se las haría llegar a su

correo electrónico y así podían mantenerse en contacto.

Hicieron unas imágenes impresionantes. En varias, Victoria estaba posando con su gran sonrisa y las mariposas volando a su alrededor. En otras, Sandra y ellas jugaban y reían; unas con Sebastián solo o acompañado de Sandra y los tres juntos; pero las que más gustaron a Sandra, fueron cuando fotografió a su tío y a Victoria, mirándose, riendo o abrazados.

Fue la mejor mañana para todos. Se tomaron un descanso y un par de horas después comieron al aire libre, rodeados de toda esa belleza natural. Victoria y Sebastián seguían charlando sobre las Monarcas. Ella aprendió muchas cosas y tomó nota para plasmar esos conocimientos a sus futuros cuadros.

Se notaba que entre ellos dos ya había más complicidad y confianza, sobre todo de Victoria hacia él. Y Sebastián se veía entusiasmado. Porque no recordaba haberse sentido así en alguna otra ocasión.

Sebastián miró la hora en su reloj, marcaba las dos de la tarde; era el momento en que había quedado con Antonio para llevar a Victoria al hostel. Él estaría acercándose hacia ellos en ese momento. Recogieron sus cosas y continuaron caminando unos metros más. Sandra comenzaba a sentirse un poco desanimada porque tendría que despedirse de su amiga. Sebastián por su parte también se sentía extraño, como si tuviera un hueco en su pecho. Ninguno quería dejarla ir, pero Victoria tenía que volver al día siguiente a su casa. Ella tampoco quería marcharse y confiaba que no la olvidarían; que pronto volverían a verse.

Al final del camino, se veía a Antonio que estaba esperando a Victoria para llevarla al hostel en su furgoneta. Cuando los vio, les hizo señas con la mano y Sebastián respondió también. Mientras Sandra abrazaba a Victoria, Sebastián se acercó hasta Antonio, habló algo con él y le entregó un sobre blanco. Antonio se lo guardaba en el bolsillo de su chaqueta, mientras Sebastián volvía a reunirse con las chicas. Sandra se cogió fuertemente a ella, no quería despedirse y comenzó a estar triste.

Victoria se agachó a su altura y vio a Sandra que lloraba.

—Mi niña, no llores. Algún día volveremos a vernos, te lo prometo —Victoria le hablaba con un nudo en su garganta.

—Pero... no quiero que te vayas nunca, quédate con nosotros —le pedía con lágrimas en sus mejillas.

Sebastián se acercó a su sobrina y trató de consolarla.

—Pequeñaja, no estés triste. Algún día vendrá a visitarnos o quizás... podamos ir a verla... si ella quiere —y levantó la mirada buscando la de Victoria.

—Claro que sí —respondió Victoria mirando a Sebastián—. ¡Espera! —se levantó, abrió su mochila y sacó una pequeña libreta de notas y un bolígrafo. Anotó algo, arrancó la hoja y se la dio a Sandra.

—¿Qué es esto? —preguntó la niña limpiándose los ojos con sus dedos.

—Es mi número de móvil, este es el de mi casa y mi domicilio, ¡ah! y mi correo electrónico —Sebastián la miró con una sonrisa.

—Cuando quieras puedes llamarme o venir a visitarme —después corrigió mirando a Sebastián—. Podéis venir si queréis, o quizás solo llamarme, ya tenéis mis datos.

Eso animó un poco a Sandra y Sebastián le dio las gracias. Después Victoria abrazó a la niña y la besó en cada mejilla. Al levantarse, quedó frente a Sebastián. Ambos se dedicaban miradas interrogantes, ninguno decía nada, no querían decirse adiós. Él no pudo resistirse y se acercó a ella dulcemente. Quedaron tan cerca el uno del otro que podían sentir sus respiraciones, pero finalmente solo se abrazaron. Sandra dio a Victoria la caja del bonsái y poco después, la vieron subir a la furgoneta de Antonio y alejarse en ella hasta que se perdió entre los árboles.

Sebastián y Sandra, se fueron rodeando el bosque, ninguno quería volver por el mismo sitio por el que habían pasado con ella.

Llegaron hasta los caballos, Sebastián quitó las riendas de entre los árboles y las sujetó una en cada mano. Mientras comenzaba a caminar, Sandra se montó en su caballo y luego siguió a su tío. Los dos continuaron cabalgando con apenas algunas palabras entre ellos hasta llegar a las camionetas.

Victoria, por su parte, hablaba muy poco con Antonio. Él tampoco era de decir mucho, más que para guiar a los turistas; aun así, se le veía muy contento.

Una vez que llegaron al hostel, Victoria se dirigió a su cabaña y entró en ella, tiró su mochila al suelo y se recostó en la cama encima de su pijama doblada. Pronto sería

la hora de la merienda, pero no le apetecía ir al restaurante. Tocarón a su puerta para avisar de que estaba el menú en el buzón. Se levantó, abrió la puerta y cogió la carta del menú.

Sin cerrar la puerta, eligió lo que le apetecía comer, depositó la carta en el buzón y al cerrar escuchó su móvil llamando. Lo cogió, pero no reconoció el número.

—¿Diga? —nadie respondía—. ¿Hola?

—¡Victoria! ¡Hola, soy Sandra!

—¡Sandra, cariño! —respondió con una gran alegría.

—¡Solo queríamos comprobar tu número de móvil! —le explicaba Sandra. Victoria alejaba un poco el móvil de su oreja porque le hablaba muy fuerte.

—¡Que sí, ahora le pregunto! —se le oía decir a la niña.

—Mi tío pregunta ¿qué si has llegado bien?

—Sí, he llegado muy bien, gracias.

—¡Dice que sí!

—¿Y vosotros? —le preguntó Victoria

—¡Estamos llegando!

—Me alegra —cuidaos y recuerdos a tu madre y a don Rodrigo.

—¡Gracias, te queremos! ¡Adiós!

Y antes de que Victoria respondiera, Sandra ya había cortado la llamada.

—Y yo a vosotros —se dijo mirando el móvil en su mano.

Victoria escuchó que alguien se acercaba a su cabaña; abrió rápidamente y provocó el sobresalto de la empleada que venía por el menú.

—Siento haberte asustado, es que he marcado que comería en la cabaña, pero comeré en el restaurante —le indicó a la chica.

—Muy bien, en media hora ya puedes venir.

Después de la llamada de Sandra, Victoria se animó para pasar la última noche con su grupo, como una familia, como había aprendido en estos días.

De nuevo en casa

Todos estaban preparados para subir, Antonio les esperaba en la puerta del autobús; y uno por uno, grandes y pequeños les daba la mano para despedirse, agradecerles la visita y desearles buen viaje de vuelta a casa.

Cuando llegó el turno de Victoria, Antonio la apartó de la fila y le pidió que esperara un momento. Una vez que subieron todos, Antonio se acercó a ella y le habló.

—Señorita Victoria, tengo algo para usted —y sacó del bolsillo de su chaqueta el sobre blanco que le había dado Sebastián el día anterior—. Me pidieron que se lo diera a solas.

Victoria estaba intrigada, por saber de qué se trataba.

—Quiero darle las gracias por su visita. Pero, sobre todo, por hacer muy feliz a la gente que aprecio. La esperamos pronto señorita Victoria, que tenga muy buen viaje y vuelva cuando quiera —Antonio le dio un abrazo.

—Gracias Antonio, por todas vuestras atenciones.

Antonio asintió y luego la ayudó a subir. Ya arriba del autobús, Victoria buscó a Antonio y se despidió de él.

Se sentía muy agradecida por todo lo que vivió y disfrutó en este viaje.

Ubicó su asiento, se sentó cerca de la ventanilla y en el asiento libre colocó con cuidado el bonsái; se acomodó y recargó su cabeza en el respaldo. Cerró los ojos y sintió que tenía ganas de llorar; pero no quería hacerlo, quería volver, y confiaba en que fuera pronto.

El autobús se puso en marcha, salió a la carretera y poco después a la autopista en dirección a la Ciudad de México.

Todas las personas del grupo se mostraban cansadas; pero con una sonrisa en sus rostros y compartiendo experiencias. Habían disfrutado de cinco días especiales y se notaba en el ambiente.

Victoria pensó que pronto vería a Isa, a Gemma y a Toni, y podría mostrarles todas las fotos y videos que había hecho. Poco antes de salir de la cabaña, le habían enviado un mensaje al móvil diciéndole que los tres la esperarían en la Central de Autobuses. Victoria, ahora llevaba consigo dos mochilas, la que le regaló Gemma y una que tuvo que comprar para guardar los *souvenirs* para su familia.

Repasó cada día vivido en el Santuario como una película. Cogió la caja del arbolito, la abrió y miraba sus pequeñas hojas como si a cada una le encomendara un recuerdo para sembrarlo en ellas. Lo dejó en su sitio y trato de relajarse.

La calefacción del autobús era un poco alta y comenzó a sentirse incómoda, trató de quitarse la chaqueta y el sobre cayó al suelo, haciendo un ruido como un tintineo. Victoria se quitó rápidamente la chaqueta, la puso a un lado y recogió el sobre del suelo.

Agitó el sobre y volvió a escuchar el tintineo; lo abrió y descubrió una pequeña bolsita de papel color marrón que le impedía ver el contenido. Giró la bolsita y vio algo escrito en ella: «*lee la nota primero, ábrelo después.*» Victoria vio la nota, la sacó, puso el sobre y la bolsita marrón sobre sus piernas y al abrir la nota se dio cuenta de que estaba escrita en una hoja que tenía el logotipo del C.I.E.B, sonrió y comenzó a leer.

Querida Victoria:

Gracias por haber compartido con nosotros tu alegría, tus sonrisas y tu belleza. Eres una persona que se hace querer fácilmente, nos has robado el corazón y ya te echamos de menos.

Dentro del sobre, hay una bolsita marrón, es mi regalo de cumpleaños. No quise dártelo antes porque me quedaría solo con ese recuerdo y quiero volver a verte. Todos lo deseamos.

No nos olvides y te esperamos pronto.

Con cariño: Sebastián.

Victoria sintió el rápido y fuerte latido de su corazón. Supuso que ayer cuando se

encontraron con Antonio, Sebastián se la entregó en algún momento.

—La llevaba consigo todo el tiempo —pensó Victoria.

Cogió la bolsita marrón, la abrió con cuidado y vació el contenido en su mano. Era una cadena dorada que sujetaba un colgante de mariposa, muy parecida a la que tenía Antonio en su camisa, pero en miniatura.

Las alas de esa pequeña mariposa se plegaban y desplegaban con cualquier movimiento, como si quisiera alzar el vuelo. Victoria la colocó entre sus manos y con voz muy baja como un susurro le habló a la mariposa.

—Todos me habéis hecho sentir muy querida, don Rodrigo, Elizabeth, mi pequeña Sandra... y tú también... Sebastián.

Y luego besó con delicadeza el colgante, se lo puso alrededor del cuello y lo ocultó debajo de su camiseta. Cerró los ojos y una mezcla de recuerdos se le presentaban en la mente. Como el instante en que Sebastián se acercó a ella y la abrazó para despedirse o cuando la ayudó a montar a caballo y al pasear juntos rumbo al invernadero. Recordó también su voz, su sonrisa, su dulce mirada y la calidez de sus manos. También ya les echaba de menos, principalmente... a él.

La vibración de su móvil la despertó, buscó en los bolsillos de su chaqueta hasta que lo encontró. Vio que tenía una llamada perdida de Isa. Enseguida volvió a vibrar y esta vez sí cogió la llamada.

—¡Hola, mamá!

—¡Hola, cariño! ¿Cómo estás?

—Bien, mamá, me había quedado dormida.

—¿Por dónde vas?

—Pues... ahora te digo... —buscaba a través de la ventanilla algún letrero que le indicara su ubicación «*Gracias por su visita. Toluca, Estado de México*»

—Estoy saliendo de Toluca.

—Bien, entonces estarás por aquí en ¿veinte minutos?

—Sí, eso creo, a menos que haya atasco, hoy es domingo.

—Muy bien, entonces te esperamos y después vamos a comer a casa todos juntos.

—De acuerdo, ma. Nos vemos pronto ¡te quiero!

—Y yo a ti, cariño.

A Victoria se le dibujo una sonrisa después de escuchar a Isa. Ya estaba muy cerca; ya quería ver a su madre, llegar a casa y compartir todo lo vivido en su viaje.

Toni, estaba sentado al lado de su suegra, mirando la sección de economía en el periódico. Gemma, estaba de pie y no paraba de mirar por todos lados buscando a su hermana. Aunque faltaban unos minutos para que el autobús anunciara su llegada, no se quedaba quieta. Era la más impaciente de las dos hermanas, no le gustaba esperar. Si por ella fuera, estaría en la zona de aparcamiento de los autobuses esperándola allí mismo. Isabel también estaba emocionada por verla, pero era más discreta y se controlaba más, aunque por dentro estaba ansiosa.

Toni dejó a un lado el periódico, se levantó y abrazó a su mujer para distraerla un poco. Isabel también se levantó y se dirigió a la pantalla para ver si el autobús había llegado. Esperó unos minutos hasta que logró ver que el autobús ya estaba en el garaje y pronto saldría a su encuentro. Fue Toni el que la vio a lo lejos con su mochila a la espalda, en la mano izquierda cargaba otra mochila y en la derecha llevaba una caja de cartón.

—¡Chicas! ¡Allí está! —anunció Toni.

Sin apenas darse cuenta, las dos mujeres corrieron a abrazarla. La primera en llegar fue Gemma que casi tira a Victoria con la fuerza del abrazo. Después Isabel, a la que tuvo que abrazar con dificultad al tener las manos ocupadas.

—¡Pero chicas, dejadla respirar! —les decía Toni mientras él se acercaba y le quitaba la mochila y la caja para que pudieran saludarse.

Isa y Gemma al fin se apartaron de Victoria y pudo saludar a su cuñado. Después le quitó la mochila de la espalda y se fueron juntos hacia el *parking*.

Caminando hacia el coche y durante todo el trayecto a casa, la bombardeaban con preguntas. Todos querían saber lo ocurrido de los cinco días, en la media hora que duró el recorrido a casa.

Una vez allí, se duchó rápidamente, se vistió y se puso sus zapatos de descanso. Se peinaba el cabello mientras bajaba por la escalera. Isabel había preparado café recién molido y el olor a vainilla se percibía por toda la casa. Gemma llevaba las galletas de canela a la mesilla del centro del salón y Toni volvía a casa tras ir a comprar unas hamburguesas.

Victoria dejó su peine en la mesita del teléfono y se fue en busca de la mochila para repartir los *souvenirs*. Su colgante de mariposa se le salió del interior de su camisa de pijama. Ella no lo había notado, pero Gemma sí.

—¿Y ese colgante tan bonito? —preguntó con curiosidad.

Victoria lo cogió por instinto y lo intentó esconder dentro del pijama.

—¡No, no, no! espera, guapa, ¡déjame verlo! —insistió Gemma.

A regañadientes, Victoria se lo mostró. Isabel sintió curiosidad también y se acercó a verlo.

—Es muy hermoso, cariño.

—¡Sí que lo es! —dijo Gemma— ¿Me has comprado uno a mí?

—Lo siento, hermanita, pero... —comenzó a guardarlo en su pijama—, fue un regalo.

Isabel y Gemma se miraron a los ojos con la boca abierta. Victoria se agachó de nuevo para coger la mochila y evitar más preguntas curiosas. Pero su hermana y su madre intuían que se trataba de alguien muy especial y que tarde o temprano ella hablaría.

Toni las escuchaba divertido, movía la cabeza mientras repartía las hamburguesas en los platos.

—¡Mujeres! —se decía sí mismo—. ¡Qué haríamos sin ellas!

Finalmente, la dejaron en paz, se sentaron en el salón a comer y luego bebieron el

café y las galletas.

Victoria comenzó a repartir los regalos. Todos estaban encantados y emocionados al escuchar sus anécdotas. Ella se levantaba del sofá de vez en cuando. Y como en un juego de mímica, explicaba todo lo que recordaba, mientras que se terminaban de descargar las fotos y los videos del móvil a su portátil.

Isabel estaba muy feliz de ver a Victoria, sabía que este viaje le encantaría; pero sobre todo la reencontraría con ella misma. Y notó que lucía más radiante y con un brillo especial en sus ojos.

Antes de las nueve de la noche Toni y Gemma se marcharon a su casa. Quedaron en que Victoria les guardaría en un CD todo lo que les estuvo mostrando. Victoria, ayudó a Isabel a recoger la mesa, colocó los platos en el lavavajillas y barrió un poco las migas de las galletas que se habían caído a la alfombra. Mientras que Isabel, se daba una ducha y se disponía a preparar sus clases para el día siguiente.

Victoria, revisó las puertas de la cocina y la puerta principal; cerrando esta última con llave. Apagó las luces y subió hacia su estudio con el ordenador bajo su brazo. Allí, se sentó relajada en uno de los sillones, y miró las fotos que hizo en casa de don Rodrigo; las cuales, las había reservado para verlas ella sola. Vio a su querida Sandra con su gran sonrisa y a Sebastián con su brazo alrededor de la espalda de Victoria. Don Rodrigo y Elizabeth también lucían alegres. Al recordar esos momentos no podía ocultar su alegría.

En ese instante, escuchó el sonido de campanillas que su ordenador hacía al recibir un correo electrónico, después otro más y uno más. Abrió su correo y reconoció al remitente. Eran tres correos de Sebastián; se enderezó entusiasmada y se dispuso a leer el primero.

Hola, Victoria:

Espero que hayas llegado bien a tu casa. Como no teníamos noticias tuyas me decidí a escribirte. Aprovecho para enviarte las fotografías y videos que hicimos con mi cámara (yo no paro de verlos). Sandra te envía un besazo, mi padre y Elizabeth te envían recuerdos. Y por supuesto, yo también. Saludos a tu familia. ¡Que los disfrutes! Hasta pronto. Sebastián.

Victoria releyó dos veces más el mensaje. Sorprendiéndose de que, en muy poco

tiempo, comenzaba a sentir tanto cariño por toda esa familia, primero fue Sandra y ahora Sebastián.

Mirando su arbolito bonsái, el cual lo había dejado en su escritorio, cerca de la ventana; recordaba que había decidido, no volver a fijarse en ningún hombre por un largo tiempo. Pero en ese momento, él aparecía en su vida sin pedirlo, sin desearlo, sin sospecharlo siquiera. Y aunque se resistió a dejarlo entrar, él ya estaba habitando en su corazón desde el instante en que lo conoció, sin que ella lo hubiera notado.

Apartó la mirada del bonsái y comenzó a descargar las fotografías y videos que Sebastián le había enviado, le llevó casi una hora hacerlo. Tiempo suficiente para pensar en responderle y enviarle un correo con las imágenes de la cena en su casa.

Mientras tanto; Isabel estaba en su dormitorio, en pijama, con las gafas puestas, metida en la cama y bebiendo un té. Ella continuaba preparando sus clases, cuando escuchó que llamaban a su puerta.

—¡Pasa! —dijo dando un sorbito a su bebida. Victoria abrió la puerta del dormitorio y se quedó en la puerta.

—Hola, ma, pensé que ya estarías a punto de dormir.

—No, hija, tengo que terminar un par de cosas y me duermo.

Vio que Victoria traía consigo su portátil.

—¿Necesitas algo?

—¡Sí!, pero te dejo terminar, mejor mañana.

—No, cariño, entra.

Victoria entró y cerró la puerta tras ella. Isabel apartó sus libros y documentos, se movió hacia un lado haciendo sitio para que Victoria se sentara. Victoria se acomodó en la cama, abrió el portátil y antes de enseñarle nada...

—Mamá, quiero mostrarte unas fotos y videos. Estas son aún más especiales para mí. Y para que entiendas el porqué, primero quiero contarte sobre unas personas que he conocido.

Isabel escuchó atenta e intrigada sobre estas personas aún misteriosas para ella.

Le contó el cuándo, cómo y dónde conoció a Sandra. El cuento con el que atrajo su atención y cómo se reencontraron nuevamente en el bosque de la Reserva.

También, le habló de Sebastián, de Elizabeth y don Rodrigo; así como la amabilidad y cariño con que la recibieron en su casa y Antonio en el hostel.

Isabel estaba admirada de esta historia, ahora entendía porque le dio por pintar mariposas. Ella y Gemma intuían que detrás de los relatos de Victoria, había algo más. Porque Victoria pensaba muy bien las palabras para evitar mencionarlos delante de todos y comenzaran con las preguntas.

Después de mantenerla al tanto, le mostró las fotos de la noche que cenaron en la casa de don Rodrigo y de la tarde que pasaron juntos Sandra, Sebastián y ella. Isabel se dio cuenta de que no paraba de hablar de ese chico y el entusiasmo con que lo hacía. Y aunque tenía ciertas dudas, estaba contenta de que su hija respirara felicidad y confianza nuevamente.

Victoria, le mostró otra vez su colgante de mariposa, así como la nota que recibió y se sinceró con su madre.

—Sabes, Isa... me siento confundida. Sebastián es encantador, me gusta mucho y creo que yo también a él. Pero... no sé si debo dejar pasar un tiempo o permitir que estos sentimientos que pueda sentir, afloren en mí. Tengo miedo de que vuelvan a herirme.

—Bueno, cariño, tenéis poco tiempo de conoceros; creo que deberías tomarlo con calma. Las cosas se dan o no se dan. Intenta primero que os conozcáis mejor. Averigua cuáles son tus sentimientos y los de él hacia ti. Y con el tiempo se sabrá cuál es el futuro entre los dos. Bien puede ser el principio de una buena amistad o quizás un nuevo amor. Eso vosotros mismos lo decidiréis. Solo ve con cuidado, paso a paso.

—Tienes razón, ma.

—Pero... pase lo que pase, hija; siempre podrás contar conmigo para escucharte y aconsejarte si así lo deseas. Y sabes... me gustaría conocerlo algún día.

Victoria le sonrió y se dieron las buenas noches.

Después de esa charla íntima, Isabel terminó su trabajo, se lavó los dientes y casi enseguida se quedó dormida. En cambio, Victoria, no podía pegar ojo. Intentó hacer

algo que no había hecho en meses, practicar yoga. Hizo unas cuantas asanas, se relajó sobre su esterilla y se puso una manta para meditar. Aunque estaba fuera de práctica, al terminar, se sintió muy bien. Se acostó y se metió dentro de las mantas. Era una noche fría; y entre sus pensamientos, confiaba que pasando unos días se le desaparecería esa sensación de querer correr al lado de Sebastián. Al poco rato se quedó dormida.

Sebastián ya quería irse a dormir, pero antes tenía que enviar unos correos a sus empleados sobre las actividades pendientes que quedó en hacerles llegar el fin de semana. Justo cuando dio al botón de enviar, llegó un correo a su bandeja de entrada. Era de Victoria; enseguida lo abrió y mientras iba leyendo, Sebastián se acomodaba en su silla con los brazos cruzados en su pecho y con una gran sonrisa en su rostro.

Buenas noches, Sebastián:

Me disculpo por no haber escrito antes. Llegué muy bien. Mi familia fue a buscarme a la Central de Autobuses y a partir de ese momento no me dejaron a solas ni un segundo; querían saber todo acerca de mi viaje.

He descargado todo lo que me enviaste y me ha encantado. Son unas imágenes fantásticas. También aprovecho para hacerte llegar las fotografías de la cena en tu casa.

Tu regalo de cumpleaños lo llevo colgado a mi cuello desde que lo vi. ¡Es hermoso! muchas gracias.

Dale recuerdos a mi pequeña Sandra, a Elizabeth, a don Rodrigo y desde luego para ti también.

Un abrazo muy afectuoso para todos.

Con cariño: Victoria.

Cuantas ganas tenía de verla, de tenerla a su lado y contemplarla todo el tiempo. Se prometió ir a visitarla antes de volver al trabajo. Cerró el correo, apagó su ordenador y se metió en la cama, pensando en ella.

Reencuentro agridulce

Terminaba de dar las últimas pinceladas a un cuadro para enviarlo antes de la navidad. Era el regalo para la pequeña Sandra, tal como Victoria se lo había prometido.

Tenía la cara manchada de óleo verde, naranja y negro; pero ella no lo había notado. Su cabello estaba atado en un moño, con algunos rizos que se le habían quedado sueltos por las orejas y la nuca. Cuando pintaba, se ponía su ropa cómoda; como ese viejo chándal gris claro y su camiseta azul, manchada de blanco, gracias a las gotas de lejía que Gemma le derramó por accidente.

El cuadro estaba inspirado en la tarde que pasaron juntos Sebastián, Sandra y Victoria. En el fondo de la pintura, había unos majestuosos árboles de oyamel, el cielo se mostraba en tonos pasteles de azul y rosa. Para Victoria, este efecto en su pintura, representaba la paz, la amistad y la confianza. En primer plano había flores amarillas simbolizando la abundancia y la felicidad. Y en la parte central del cuadro había tres siluetas humanas transparentes; como si fueran de agua cristalina, fluyendo con el momento. Eran un hombre, una mujer y una niña, tenían las manos levantadas hacia el cielo, celebrando.

Todos lucían divertidos, riendo y jugando con las Mariposas Monarca que volaban sobre ellos. Para Victoria, así fue ese momento; celebrando la vida, la naturaleza, totalmente abiertos, sin máscaras, ni disfraces. Dio unos retoques y se alejó del cuadro para mirarlo de lejos. Tenía la costumbre de que cuando terminaba un cuadro, se alejaba unos metros de él y miraba todo el conjunto. Y si le gustaba, entonces lo firmaba, si no, le daba los retoques necesarios hasta que quedara satisfecha con el resultado. Sonrió, diluyó óleo negro en su paleta, cogió un pincel fino y firmó su pintura.

En ese preciso momento llamaron al timbre de la puerta.

No le dio importancia; porque, normalmente, a estas horas de la mañana pasaba el cartero. Tocaron una segunda vez, se quedó dudando, y luego hubo una tercera. Dejó

la paleta y el pincel en su escritorio. Se alistó lo mejor que pudo mientras bajaba por la escalera.

Desde allí intentó mirar, pero solo veía una silueta. Tras la cortina tampoco se veía con claridad y no pudo abrirla porque la mancharía con la pintura fresca que traía en los dedos.

Iban a tocar esta vez directamente a la puerta, cuando se decidió a abrir. Al hacerlo se quedó paralizada, no podía creer lo que veía, más bien, a quién veía.

—¿Sebastián?!

—¡Hola, Victoria!

Ella aún no parecía reaccionar, hasta que un coche pasó pitando por su calle.

—¿He llegado en mal momento?

—¡Sí! ¡No, no! lo siento, es que no... Pasa por favor.

Victoria se hizo a un lado para que él pudiera entrar. Apenas podía creerlo, Sebastián en su casa.

—¡Gracias! —le respondía Sebastián sonriente.

—Por favor, ponte cómodo, estás en tu casa.

—Veo que has estado trabajando —miraba divertido a Victoria de arriba abajo, tenía una expresión graciosa, pero sensual.

—¡Oh, no! —se avergonzó al ver que tenía muy mal aspecto. Se percató de tener su cara manchada de pintura al pasar el brazo por su frente tratando de quitarse unos cabellos sueltos del rostro—. Lo siento, es que no esperaba visita.

—Tranquila, estás muy bella como siempre —él pensó que podía acostumbrarse a verla así cada día, radiante y feliz.

—Sebastián, tienes que disculparme... por favor, dame unos minutos para lavarme y cambiarme. Enseguida estoy contigo.

—Toma tu tiempo, yo te espero.

—Hay café recién hecho y galletas —le decía mientras subía por la escalera—; sírvete por favor.

—No hay problema ya he merendado, estaré bien.

La siguió con la mirada hasta donde alcanzó a verla y dio un largo suspiro. Cuánto la echaba de menos. Echó un vistazo rápido a la casa, le pareció muy acogedora y de muy buen gusto. Se levantó del sofá y se dirigió al muro de enfrente donde estaban todas las fotografías de la familia. Sonreía al ver todas las facetas de Victoria. Después caminó hacia el comedor y vio el jardín tras la ventana, le gustó lo que veía. Abrió la puerta de la cocina y salió.

Para él, el jardín era más bonito de lo que se había imaginado cuando Sandra lo mencionó. Estaba muy bien cuidado y supuso que la madre de Victoria y su padre tendrían mucho tema de conversación sobre plantas y jardines.

El gran árbol atrajo su atención, lo recorrió con la mirada hasta llegar a la copa, y por un momento sintió el impulso de trepar en él, como cuando era pequeño.

Apartó su mirada de él y vio dos sillas apiladas en un rincón; les quitó las hojas secas y las acomodó en el césped, se sentó y espero a que Victoria se encontrara con él.

Victoria, a toda velocidad, se lavó la cara, se peinó y se vistió con sus vaqueros favoritos, una blusa negra, su chaqueta vaquera y unos calcetines y zapatillas negras. Bajaba por la escalera y no vio a Sebastián en el sofá. Sintió una corriente de viento proveniente de la cocina, la puerta estaba abierta y se dirigió allí.

Sebastián, estaba sentado con los brazos apoyados en sus rodillas, los dedos entrelazados y con la cabeza agachada, pensativo. Él, la escuchó caminar por el césped y se giró a verla. ¡Estaba hermosa!

Victoria y Sebastián se mantuvieron en contacto la semana siguiente de su vuelta a casa. Todos los días se escribían mensajes al móvil o al correo electrónico. Y cuando Sandra volvía del colegio, quería hablar con Victoria y su tío la complacía. Una buena excusa para poder escucharse mutuamente. Pero no se imaginó que volvería a verlo tan pronto.

—Perdón por tardarme.

—No hay problema —la invitó a sentarse.

—¿Quieres un café? —le ofreció Victoria

—Quizás más tarde, ahora solo quiero... disfrutar de este momento.

Victoria lo notaba extraño, inquieto, como si ocultara algo.

—Sabes... este jardín es realmente muy hermoso, mi padre estaría encantado aquí. Y los platos decorativos que compraste, lucen muy bien en esas paredes.

—Sí... a Isa, mi madre, le encantaron. Y como podrás ver les dedica mucho tiempo a sus plantas. Le encanta su jardín, es como un hijo para ella. Y en el fresno antes había un par de columpios y cuerdas para trepar en él, allí jugábamos mi hermana y yo de pequeñas.

—Puedo imaginarte allí —Sebastián rio un poco y volvió a quedarse serio y callado.

—¿Te encuentras bien, Sebastián? ¿Ocurre algo?

Él la miró y afirmó con la cabeza. Victoria se acomodó en su silla, intuyendo que algo no iba bien. Sebastián le cogió la mano, estaba temblando y no la miraba.

—Perdona que haya venido sin avisarte, no quiero importunarte; pero... no tenía a donde ir.

Victoria le notó su voz un poco apagada y preocupada.

—Por favor, no digas eso, tú eres bienvenido. Además, somos amigos y puedes venir cuando quieras.

Él seguía con la mirada perdida. Victoria se preguntaba si le había ocurrido algo a Sandra o a alguien de la familia.

—¿Sebastián? —insistió.

—No sé si recuerdes —comenzó a decir e hizo una pausa para tragar saliva—, cuando estabas en el hostel y después con nosotros, Elizabeth casi no estaba en casa...

Victoria asintió.

—Todas las mañanas... ella tenía que salir a la ciudad... para visitar a su médico

—y miró a Victoria—. Iba allí para hacer un tratamiento de radioterapia.

Victoria se alarmó, sabía lo que eso significaba. Su padre pasó por ese mismo tratamiento.

Sebastián tenía los ojos llorosos.

—Solo lo sabíamos mi padre, yo, Antonio y su mujer Bertha.

Victoria simplemente escuchaba; y sin darse cuenta ella le acariciaba la mano con sus dedos.

—Antes de ayer, por la mañana —hablaba con dificultad—, Sandra se preparaba para ir al cole y su madre la estaba alistando. De pronto... escuchamos un golpe seco y luego oímos chillar a Sandra. Corrimos hacia ella y vimos a Elizabeth en el suelo... se había desmayado delante de su hija. La caída provocó que se abriera un poco la cabeza y...

A Sebastián se le empezaban a atragantar las palabras en la garganta. Al escucharlo, Victoria colocó su mano libre en el hombro de él en señal de apoyo.

—Sandra comenzó a gritar y a llorar. Mi padre y yo no podíamos calmarla, nunca la había visto así. Al ver a Elizabeth en el suelo... nos temimos lo peor... poco después se acercaron Antonio y su mujer, para llevarse a Sandra.... ella no quería apartarse de su madre.

Victoria comenzaba a temblar del susto, no podía imaginar a su pequeña amiga pasándolo tan mal.

—Llamé a la ambulancia, vinieron por ella y fuimos a urgencias. Allí el médico nos dijo que su estado de salud era inestable... El tratamiento de radioterapia, lo llevaba haciendo desde hacía unos cuatro meses y... su médico le dijo que no le estaba ayudando.

Sebastián se pasó la mano por su cabello, trato de calmarse y continuó hablando.

Ella nos ocultó que había renunciado al tratamiento —volvió a mirar a Victoria y se derrumbó—. ¡Se está muriendo! —Sebastián comenzó a llorar sin consuelo.

A Victoria también se le salían las lágrimas de impotencia, no sabía que decirle, solo podía estar allí a su lado, le dolía verlo sufrir. Pudo comprender la impotencia

que sintió su madre cuando ella misma estaba pasando por un mal momento.

Pensó en Sandra, en Elizabeth y en don Rodrigo; y sintió un nudo en su garganta al imaginar su sufrimiento. Victoria abrazó a Sebastián. Ella no se movió, dejó que él se desahogara. Permanecía en silencio, pero por dentro, ella deseaba gritar. Tenía la esperanza de que quizás se podría hacer algo más para salvar a Elizabeth.

Y entonces recordó cómo conoció a Sandra. Su madre había ido a la consulta con el Dr. Torres el mismo día que fue Victoria. Todo tenía sentido ahora ¡ya estaba enferma!

—¿Qué sería de Sandra si su madre le faltara? —se preguntó mientras Sebastián se aferraba a ella.

Estaba segura que don Rodrigo y Sebastián no la dejarían desamparada; pero, le seguiría faltando la presencia de su madre.

Para Victoria, Isabel lo era todo; su mejor amiga, su confidente, su consejera. Ha estado con ella en todo momento, éxito o fracaso. Recordó cómo la cuidó cuando perdió a su bebé y en muchas situaciones pasadas.

Victoria quería ayudar, deseaba estar con Sandra, abrazarla y decirle que no estaba sola; que también la cuidaría y que podría contar con ella cuando la necesitara.

Una vez que Sebastián se tranquilizó; le explicó a Victoria, que el médico de Elizabeth le recomendó ver a otro especialista y había uno allí, en la Ciudad de México.

—Es por eso por lo que estamos aquí —le decía mientras se secaba las lágrimas con su puño—. Vengo ahora del hospital, Antonio se quedó cuidando de ella mientras yo descansaba. Me fui al hotel, pero no podía conciliar el sueño. No he podido dormir desde ayer. Me siento cansado, pero... tenía ganas de verte —le decía mirándola fijamente y con una sonrisa tímida—. Le dije a Antonio que vendría a buscarte y que me llamara si me necesitaba para algo... Y aquí estoy.

—¿Por qué no me llamaste? pude haber ido a verte, estar contigo y Elizabeth.

—Lo mismo me dijo Antonio. Pero no quise que nuestro reencuentro fuera en un hospital, por eso he venido. Quedó en enviarme un mensaje al móvil, cuando viniera a recogerme.

Sebastián seguía aferrado a su abrazo; se sentía protegido, en casa. Ninguno habló por unos minutos. Lentamente él se apartó de ella y nuevamente se disculpó.

—Siento venir sin haberte avisado y que me hayas visto así. No soy de los hombres que lloran, pero llevo mucho tiempo cargando con esta preocupación y el temor de perderla, que simplemente, no pude soportarlo más. Por favor, perdóname.

—Sebastián, no digas eso. Me alegra que hayas venido; además, estoy en contra de aquellos que piensan que los hombres no deben llorar o expresar sus emociones. No te preocupes por mí.

Victoria se levantó de la silla y se puso en cuclillas frente a él.

—Me alaga que hayas confiado en mí y me contaras algo tan personal.

Él levantó su mirada hacia ella y esbozó una ligera sonrisa mientras Victoria continuaba hablándole.

—Estoy a tu lado y si me necesitas, donde sea, allí estaré o al menos lo intentaré.

Sus palabras lo conmovieron. No cabía duda que Victoria era una mujer muy especial; sabía valorar la vida, la amistad y dar amor sin pedir nada a cambio.

Sebastián le rozó la mejilla con sus dedos. Le besó en la frente y le habló como no había hecho antes a nadie.

—Victoria... no sabes cuantas ganas tengo de besarte, de sentirte cerca de mí y no dejarte marchar nunca —ambos se miraban con mucha ternura—. Me gustas mucho, no he podido dejar de pensar en ti. Te agradezco que estés en estos momentos conmigo y mi familia.

Ella se estremeció porque también sentía lo mismo.

—Tú también me gustas Sebastián. Pero hay algo que quiero decirte...

En ese momento, se escuchó una melodía en el móvil de Sebastián.

—¡Oh! lo siento —sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y leyó—. Es Antonio, que en veinte minutos pasará por mí. ¡En fin! tenemos solo veinte minutos. ¿Qué querías decirme?

Victoria quería hablarle de su vida y lo ocurrido en las semanas anteriores a su

viaje, pero se vio interrumpida.

—No te preocupes, ya habrá tiempo para hablar.

—De acuerdo —le sonreía un poco más animado—. Solo quiero saber una cosa, Victoria.

—¿Cuál?

—¿Algún día podré besarte?

Ella lo miró fijamente, lo besaría ahora mismo; pero aun había cosas que aclarar entre ellos.

—Sí... algún día lo haremos. Cuando las cosas se calmen un poco.

—Tienes razón. No quiero que el recuerdo de nuestro primer beso sea triste; quiero que sea... único, natural, espontáneo.

Le decía él, mientras le acariciaba la mejilla con sus dedos. Victoria cerró los ojos y asintió; y Sebastián la besó en la mejilla.

Isabel, estaba en la puerta de la cocina, contemplando a Victoria y a ese chico. Cuando Isabel había llegado a casa, se enfadó un poco con Victoria porque no le gustaba que dejara la puerta abierta. La corriente de aire le ensuciaba de polvo sus muebles y eso le disgustaba.

Cuando se acercó a la puerta para cerrarla, los vio. Vio a su hija ponerse en cuclillas y hablar a ese chico, él parecía triste. Prefirió no interrumpir y cuando los vio que se levantaban. Entró corriendo a casa, sin hacer ruido, para simular que apenas llegaba. Cogió de nuevo su bolso, su chaqueta y las llaves.

Victoria y Sebastián entraban a la casa cogidos de la mano. En cuanto Victoria vio a su madre, se puso nerviosa, había llegado una hora antes de lo normal. Con disimulo soltó despacio a Sebastián, él apenas lo había notado.

—Hola, mamá, no te esperaba tan pronto —y se acercó a darle un beso.

—Hola, cariño. Hoy mis niños se han ido de excursión, así que pude salir antes.

Después miró a Sebastián y él se acercó hacia ellas.

—¡No sabía que teníamos invitado! —dijo Isabel sonriendo y extendiendo la mano para saludarlo.

—Bienvenido, soy Isabel, la madre de Victoria.

—Yo soy, Sebastián Soler. Encantado de conocerla.

—Lo mismo digo, hijo.

—Bueno, pues estas en tu casa. Yo os dejo, voy arriba a tumbarme un rato y después os preparo la comida.

—Oh, no, señora, es muy amable, pero no es necesario, estoy por marcharme.

—¡Tan pronto!

—Sí, es que tengo... que recoger a mi cuñada y volver a casa.

—Vaya, tendrá que ser otro día entonces —Isabel miró de reojo a Victoria y le guiño un ojo—. Yo les dejo y otra vez bienvenido.

—Gracias, señora.

—Puedes llamarme Isabel, lo de señora, me hace sentir un poquito vieja.

Sebastián sonrió porque le recordó a su padre.

—Tu madre es muy maja.

—¡Sí que lo es!

Mientras Isabel subía, ellos se quedaron cogidos de las manos y mirándose. Podrían estar así mucho tiempo; pero, hoy no.

—Sabes... aún no quiero hacerlo, pero... tengo que marcharme.

—Sí, lo comprendo.

—Aunque... antes de irme, ¿puedo mirar tus pinturas?

—¡Sí, claro! Es arriba, vamos.

Y la siguió por la escalera hasta su estudio. Al entrar, Sebastián percibió el aroma a incienso de lavanda. Toda la habitación tenía la esencia de Victoria y se sintió relajado. Él también podría pasarse allí más tiempo que en su propio dormitorio. Miró alrededor buscando las pinturas y Victoria le señaló una pila de cuadros en una esquina.

Había lienzos redondos, cuadrados, rectangulares y de diferentes tamaños. Con la peculiaridad de estar todos envueltos en papel encerado con un pequeño número en la esquina superior derecha.

—Pero... ¿todo esto has pintado? —le preguntó sorprendido.

Ella asentía alegremente.

—Algunas tienen una antigüedad de diez años, quizás más.

—Pero Victoria, con esto podrías montar tu propia exposición.

—Sí, lo sé, todos me dicen lo mismo.

—¿Todos? —él la miró dudoso con el entrecejo fruncido.

—Me refiero a mi familia —le explicaba divertida al fijarse en su expresión—. Mi madre dice que aquí se llenan de polvo, que deberían estar en las paredes de alguna casa.

—¡Y tiene razón!

Sebastián cogió algunos, pero no podía admirarlos con ese papel cubriéndoles. Victoria le mostró un catálogo con las fotografías de sus cuadros y cada uno tenía un número, como en el papel. Así identificaba la pintura, sin quitarles la envoltura.

—Muy buena idea lo del catálogo. Son realmente fascinantes, Victoria. Tienes mucho talento.

Ella se sintió sorprendida con sus comentarios. Xavier, su expareja, nunca le dijo nada parecido, ni por asomo. De hecho, cuando le regalo una pintura por su cumpleaños, él se la dio a su padre para ponerla en su despacho; con la excusa de que allí luciría mejor.

Trató de quitarlo de su mente enseguida. Él ya no estaba invitado en su vida; había quedado en su pasado, muy, muy lejos, y no le estropearía este momento.

—¿Lo dices porque se trata de mí?

—¿Qué? ¡No, para nada! Lo digo con sinceridad.

Después, Sebastián vio la pintura que Victoria había terminado justo cuando él había llamado a su puerta; y se quedó boquiabierto.

—¡Guau! ¿Y este es el que estabas pintando cuando te interrumpí?

—Sí, este mismo. Y no me interrumpiste, ya lo había terminado, cuando tú llamaste.

—Madre mía, Victoria ¡es genial! Me gustaría comprártelo, es muy bueno.

—Lo siento mucho, Sebastián, pero no está a la venta, es un regalo.

—Vaya que pena, me encanta. Y... — mirándola a los ojos— ¿Es para algún admirador tuyo o quizás para algún noviete?

Ella sonrió y notó el tono celoso en su voz.

—En realidad... es para una admiradora. Y has de saber que no tengo admiradores y mucho menos novietes como dices tú.

—Eso lo dudo, debes ser una rompe corazones.

Ella rio y él disfrutó esa risa.

—No, para nada. Es a mí a quien han roto el corazón.

Ella reflexionó en su respuesta y no siguió con el tema. Y Sebastián no insistió más, él ya lo sabía, Sandra se lo contó.

—El cuadro es para Sandra —finalmente le dijo.

Él la miró con sorpresa.

—Es el cuadro que le prometiste, me lo dijo poco después de dejarte con Antonio. Le encantará, estoy seguro. Espera un momento... este cuadro —se quedó un momento

pensativo—, me recuerda cuando paseamos los tres en el bosque.

Victoria sonreía.

—No me digas... ¿somos nosotros?! —ella asintió.

—Esa es la idea. Me inspiré en esa tarde.

—¡Vaya! pues me encanta todavía más... y ¿por qué estamos transparentes?

Victoria le explicó su concepto y él quedó fascinado.

Sebastián dejó de mirar el cuadro y se giró hacia ella, cogiéndola de las manos.

—Quiero que sepas... que delante de ti tienes a un gran admirador tuyo, hoy y siempre —y le besó las manos sin dejar de mirarla—. Eres muy buena pintora, no tengas miedo de salir allí afuera y mostrar tus talentos.

Sin poder decir nada, Victoria simplemente le sonrió nerviosa.

—Quiero llevarme unos cuadros y voy a pagártelos.

—No, Sebastián, puedes llevarte los que quieras yo... —él la interrumpió poniendo su dedo índice en los labios.

—Insisto, es un trabajo muy bueno, además los compraré para el Centro y alguno para casa. Quiero que me des el número de tu cuenta bancaria para ingresarte el dinero.

—Pero no tengo idea de cuánto podrían valer mis pinturas.

—Eso déjalo en mis manos. Conozco a alguien que puede tasarlos. Y así sabrás, cuando te decidas a hacer tu exposición, del valor económico de tus pinturas.

Tras la insistencia de Sebastián, Victoria le escribió en un papel su número de cuenta y le ayudó a buscar los cuadros que a él le gustaron. Cogió un total de ocho cuadros y un par más que quedó en confirmarle.

—Lo olvidaba... —recordó Sebastián— ¿Vas a enviarle el cuadro a Sandra por paquetería?

—¡Sí! pensé en hacerlo así.

Él se quedó un poco pensativo.

—¿Y si... se lo entregas personalmente?

—Lo había pensado, pero, se acercan las fiestas navideñas y...

—¿Y cuál es el problema?... Te propongo algo... y si tú y tu familia venís a nuestra casa y ¿pasamos las fiestas juntos?

Victoria se emocionó por la invitación. Era una buena idea, estar rodeada de todos sus seres queridos, volver a ese lugar de ensueño y despedir un año que había sido difícil para ella, pero...

—Me encantaría de verdad. Pero ¿no crees que Elizabeth estaría mejor rodeada de su familia que de extraños?

Sebastián suspiró y puso sus manos en los hombros de Victoria.

—Primero, tú no eres ninguna extraña. Segundo, ella estará encantada de tenerte allí. Y tercero, tú y tu familia siempre serán bien recibidos y eso lo sabes de sobra... ¡Anda ven aquí!

Y la estrechó entre sus brazos. Victoria simplemente se relajó en ellos; sus brazos eran fuertes y cálidos. Sebastián no quería dejarla allí, quería llevarla consigo. La quería para él y más en ese momento. Pero por ahora, solo podía conformarse con sentir los latidos de su corazón.

—¡Pronto! —se prometía en silencio—. Llegará en día en que no te apartes de mi lado.

Escucharon abrirse la puerta del dormitorio de Isabel, de inmediato se separaron. Isabel no se dio cuenta de nada.

—¿Qué tal va todo por aquí?

Y ambos se miraron nerviosos.

—¡Isabel! —se aclaró la garganta—, tienes una hija muy talentosa, me llevaría todos los cuadros si pudiera, pero no dejaría nada para su exposición —y miró a Victoria—. Porque sé que algún día la harás.

—¡Ja! Ahora me gustas más.

—¡Pero, mamá!

—Se lo llevo diciendo desde hace mucho tiempo. Y ella no me escucha. A ver si a ti si te hace caso.

Rieron todos.

—Yo me encargo de eso —concluyó Sebastián con seguridad.

—Ahora sí, tengo que irme, mi cuñada estará esperándome. Ha sido un placer estar aquí y conocerte Isabel.

—El placer es mío, hijo, si me permites llamarte así.

—Desde luego. Por cierto; te hago llegar una invitación para que tú, tu familia y Victoria vengan a pasar las navidades con nosotros, en nuestra casa, en Michoacán.

—¿De verdad? Eso sería maravilloso. Y ¿podríamos ver el Santuario de las mariposas?

—¡Isa!

Sebastián sonrió a Victoria.

—Esa es la idea ¿qué sería de unas navidades sin mariposas? —le respondió Sebastián.

—¡Oh! Qué ilusión. Les diré a Gemma y a Toni que no hagan planes, estarán encantados también. Muchas gracias, Sebastián. Te confirmaré pronto.

Sebastián se despidió de Isabel con un abrazo y un par de besos en las mejillas.

Poco después, recibía otro mensaje de Antonio; que le avisaba que ya estaba afuera esperándolo, y Victoria le ayudó a bajar los cuadros.

—Hola, Antonio ¿Qué tal estás?

—Muy bien, señorita Victoria, me alegra saludarla de nuevo.

—Gracias por venir, Antonio. ¿Elizabeth está bien?

—Sí, tranquilo, una enfermera se quedó con ella. Te esperan para firmar unos

documentos y darle el alta.

—Bien, enseguida nos vamos; ¿puedes guardar estos cuadros, mientras me despido? Con cuidado.

—Claro que sí.

—Tengo que irme —le decía Sebastián con un cierto aire de tristeza.

—Por favor, dale recuerdos a Elizabeth, a Sandra, a tu padre. Y... conducid con cuidado.

—Claro que sí, preciosa.

—Llámame cuando lleguéis a casa y dime como fue todo ¿de acuerdo?

—Lo haré. ¡Hasta pronto!

Después de darse un beso en cada mejilla, Sebastián subió a la furgoneta de Antonio y se marcharon rumbo al hospital para recoger a Elizabeth y llevarla a casa.

Un futuro incierto

Era un bello día de jueves, había salido el sol y repartía su calor por todas partes. Aunque en invierno, en esta región del país no es tan cálida, parecía más propio de un día primaveral.

En el bello jardín de don Rodrigo, estaba la pequeña Sandra jugando. Bertha, la mujer de Antonio, era una mujer bajita y un poco regordeta, peinada siempre con un moño atado con un lazo rojo. Ella había colocado sobre el césped una manta amarilla a cuadros; para que Sandra se tumbara en ella y pudiera jugar con sus muñecos de peluche.

Desde el porche, Sebastián estaba sentado en una silla colgante, con los brazos extendidos de lado a lado, descansando sobre el respaldo de la silla. Se columpiaba mientras observaba a su sobrina, le encantaba verla jugar y reír. Tenían planeado viajar él, Sandra y Elizabeth en enero; para pasar sus vacaciones en Barcelona, luego en Mallorca y terminarían su recorrido en Florencia, Italia. Para después volver a México y retomar sus actividades en el CIEB. Pero hubo un gran cambio de planes Elizabeth no estaba bien, su salud había decaído aún más durante la semana siguiente a su desmayo. Ahora ya no podía jugar con Sandra como antes. Salía muy poco de su habitación; ya que por recomendación médica debía guardar reposo.

El pronóstico del especialista fue someterla a un tratamiento de quimioterapia, para ver cómo reaccionaba su cuerpo. Pero Elizabeth lo rechazó tajantemente; diciendo que no quería perder el poco tiempo que le quedaba con experimentos, ni entre médicos y enfermeras. Quería aprovechar ese tiempo con su hija y disfrutarla lo más que pudiera antes de marcharse.

Don Rodrigo se disgustó con ella; él quería que luchara que no se dejara vencer por la enfermedad. Pero ella, ya se había rendido ante la posibilidad de un fatal desenlace.

Sebastián, aunque tampoco estuviera de acuerdo con su decisión, la apoyo. Él

pensaba que era mejor que su hija y ella pasaran el mayor tiempo posible juntas.

Cuando Sebastián perdió a su madre, él estaba en España y no pudo verla hasta una semana después de que ella muriera. Le habría gustado pasar más tiempo con su madre. Por esa razón consideró acertada la decisión de Elizabeth. Aunque eso supusiera que ya no había nada más que hacer por ella.

Antes de que Victoria apareciera en la vida de Sebastián; él prefería estar encerrado en su laboratorio a salir con chicas. Intentó tener un par de relaciones con algunas compañeras de trabajo, pero terminaron mal. La primera de ellas, intentó forzar a Sebastián a casarse con ella y en la primera oportunidad darle un hijo, para así heredar su patrimonio. Afortunadamente eso no ocurrió y terminaron la relación. La otra chica era científica como él; pero casi siempre estaban compitiendo entre ellos profesionalmente. Ella ganó una beca para estudiar en Francia, así que no hubo más remedio que zanjar su noviazgo.

Esto obligó a Sebastián a tomarse un tiempo para él mismo. Se dedicó a sus investigaciones y a la construcción del Centro al cien por cien. No descansaba; incluso los sábados y domingos trabajaba. Pero llegó el momento en que su agotamiento le estaba pasando factura. Así que se decidió a descansar durante unos meses.

Se alegraba de estar en casa para cuidar de su sobrina, su padre y su cuñada. A Elizabeth, la consideraba como a una hermana. Él mismo, fue quien se la presentó a su hermano Raúl.

Raúl era su hermano mayor. Un chico al que le encantaban las emociones fuertes y la adrenalina. Desde que se graduó como ingeniero civil, se pasaba todo el tiempo viajando. No ejerció su profesión como le hubiera gustado a su padre. Elizabeth era administrativa, pero prefería estar más en casa y dedicarse al hogar; aun así, se casaron. Durante el primer año de matrimonio iba todo muy bien; después el amor se apagó. Chocaban mucho en sus gustos, sus creencias y aficiones. Eso ocasionó que se separarán de mutuo acuerdo, aunque en ese entonces Elizabeth ya estaba embarazada. Después nació Sandra y volvieron a vivir juntos como una familia. Él adoraba a su hija, pero no podía evitar salir a sus excursiones. Por lo que casi nunca estaba en casa para disfrutarla. Elizabeth descubrió su talento para la decoración de interiores y se dedicaba a ello entre sus amistades. De esa manera podía trabajar y cuidar de Sandra.

Después ocurrió un terrible accidente. Raúl practicaba escalada en una zona montañosa de Irlanda en el condado de Donegal llamada Slieve League. Un error de comunicación entre Raúl y su asegurador les costó la vida a ambos.

Elizabeth lo pasó muy mal; no solo por perder a su marido. También tuvo que hacerse cargo del pago de las deudas de Raúl. Tuvo que vender la casa de Barcelona y utilizar parte de la herencia que le dejaron los padres de Elizabeth a Sandra, para liquidar todo.

Cuando Sandra estaba por cumplir los tres años, don Rodrigo las trajo a México para vivir con ellos. Se sentía responsable porque su hijo Raúl le causó muchos disgustos a su nuera y a la familia. Afortunadamente Martha, la mujer de don Rodrigo; ya no vio la desastrosa vida de su hijo Raúl. Toda la familia estaba de acuerdo en que, si ella aun viviera, las cosas hubieran sido diferentes, principalmente para Sandra.

Sebastián seguía mirando a su sobrina que jugaba divertida, ajena a todos estos conflictos. Cuando de repente recordó algo que le obligó a detener el columpiar de la silla y se pusiera de pie de inmediato. Ese recuerdo provocó que su piel se erizara; llevándose las manos a la cabeza y luego a su nuca, resoplando intranquilo y paseándose de un lado a otro del porche.

Fue una promesa que le había hecho a Elizabeth cuando encontraron el cuerpo de su hermano Raúl. Elizabeth le hizo prometer que, si algo le pasaba a ella, Sebastián adoptaría a Sandra como hija suya; puesto que él era la única figura paterna que Sandra conocería. Él le dijo que sí, para tranquilizarla; pensó que Elizabeth lo olvidaría y que algún día conocería a alguien, se enamoraría y volvería a rehacer su vida. Pero ella nunca conoció a ningún otro hombre.

En ese momento, Sandra le llamaba y lo saludaba a lo lejos. Él se acercó a la niña y la abrazó con mucha ternura. Hasta que le pidió que la soltara porque tenía que dar de comer a su osito.

—¿Te encuentras bien, Sebastián?

Sebastián no había notado la presencia de Bertha, ella cargaba un cubo con sabanas limpias y recién planchadas.

—Estoy bien, Bertha, gracias —pero mentía, se sentía desolado y Bertha lo sabía.

—Ve a descansar, yo me quedaré con Sandra, pronto será la hora de comer.

—Muchas gracias, Bertha, lo haré. Estoy agotado. ¿Elizabeth está durmiendo?

—Sí, pero me pidió que la despertara poco antes de comer. Quiere bajar al comedor con su hija.

Sebastián se quedó callado un momento y cuando Bertha se dirigía al porche para dejar el cubo de ropa dentro, Sebastián la detuvo.

—Bertha, por favor, cuando vayas por Elizabeth, llámame para ayudarte a bajarla. ¡Ah! y comeré con ellas.

—De acuerdo, yo te avisaré.

—Gracias, Bertha.

Sebastián esperó a que Bertha volviera al jardín y luego subió a su dormitorio, se tumbó en la cama y cerró los ojos. El cansancio lo venció y se quedó dormido profundamente.

Victoria se había levantado temprano esa mañana, realizó su práctica matutina de yoga, se duchó y luego se encerró en su estudio. Tenía en su caballete, un lienzo cuadrado en blanco esperando por ella. Lo miró, pero no podía ordenar en su mente alguna imagen o sentimiento que pudiera ayudarle a dar esas primeras pinceladas. Así que decidió relajarse, cogió su arbolito bonsái, unas tijeras de poda y se sentó en su sillón. Mientras cortaba algunas ramitas y quitaba algunas pequeñas hojas secas, esperaba que se le ocurriera algo.

Faltaba casi un mes para las navidades, Isabel quedó en decorar la casa antes de irse a Michoacán y aunque no estarían en casa por esas fechas, ella quería arreglarla como cada año.

Victoria, tenía deseos de volver, de sentir la magia del lugar y que su familia también lo disfrutara tanto como ella.

Pero un pensamiento le nubló el momento de alegría, cortando con todo su entusiasmo. Sebastián la había venido a ver; él le confió lo que estaba pasando en su familia y ella no le había contado nada aún, sobre su pasado. Se sintió incómoda, como si lo estuviera engañando.

Dejó de podar su arbolito, se levantó del sillón. Lo colocó en su lugar y se cruzó

de brazos. Se paseaba de un lado a otro por el estrecho pasillo de su estudio, pensando que tenía que hablar con él antes de las fiestas. Quería abrirse a él, pero a la vez, tenía miedo que, al hacerlo, la opinión y la imagen que tenía de Victoria cambiasen radicalmente y fuera esto un motivo para alejarse de ella.

Duró un tiempo dándole vueltas al asunto. Y entonces recordó lo que Isabel le dijo; que se tomara con calma la situación, que debían conocerse y sincerarse, que solo el tiempo les demostraría a ambos lo que había entre ellos. Y Victoria pensó, que quizás así sabría lo que verdaderamente sienten el uno por el otro.

Así que se le ocurrió que debía ir a verlo y hablar con él. Su plan era llamarlo, preguntar si podía visitarles y aprovechar el viaje para llevar el cuadro de Sandra. Se armó de valor y lo llamó; intentó dos veces, pero Sebastián no cogía el teléfono. Así que decidió dejarlo, quizás era mejor así, no decir nada aún. Él se daría cuenta de sus llamadas perdidas y tal vez la llamaría. Pero Victoria, se quedó un poco angustiada, era un momento decisivo para ella, o se sinceraba o se olvidaba de él.

Había muchas risas en el comedor, Elizabeth tenía muy buen aspecto, se veía tan bien como en otros días, Sandra era muy buena haciendo cosas graciosas y cómo veía que su madre y su tío se reían, se inventaba más. Don Rodrigo había salido de viaje y regresaría hasta el martes de la próxima semana.

Sebastián, le había pedido que fuera a ver a su amigo pintor para que valorara las pinturas de Victoria. Para así planear el cómo y cuándo, organizarían una exposición en el Centro de Investigación. Don Rodrigo aceptó encantado y al día siguiente ya le tenía buenas noticias a Sebastián, y se lo hizo saber por teléfono. Puesto que los cuadros tenían muy buen trabajo además de ser original; y su futuro como pintora, parecía tener muy buen arranque. Planeaba decírselo a Victoria el día de Navidad, pero también quería hablarle abiertamente de sus sentimientos. Ya no quería esperar más, necesitaba decirle lo mucho que la quería. Si Victoria no hubiese aparecido en la vida de Sebastián en estos momentos tan difíciles para él y su padre, habría enloquecido. Pero pensar en ella, recordarla; le hacía más livianos sus problemas.

Habían terminado de comer y estaban con el postre. Sebastián recordó cuando Victoria se había quedado a dormir allí y lo tímida y seria que estaba cuando viajaban hacia su casa. Ella aún era todo un misterio para él. Quería conocerla, saber de su vida; pero tenía la extraña sensación de que ella misma lo detenía.

Sebastián no era el típico hombre atractivo que continuamente iba detrás de una falda o de un rostro bonito. Pero tampoco era un monje. Siempre fue como un ratón de biblioteca, le encantaba su trabajo y se apasionaba con lo que hacía. Aunque le gustaba salir y divertirse con sus amigos y colegas; su vida no era tan especial como lo era ahora con Victoria presente en todo momento.

Las risas iban disminuyendo, Sandra quería salir a jugar con su madre; pero Elizabeth comenzaba a dar señales de agotamiento. Tuvo un ligero mareo, así que Sebastián y Bertha la acompañaron a su dormitorio y Sandra se quedó con su madre.

—Mamá ¿puedo mirar los dibujos de la tele?

—Sí, cariño, pero ponle poquita voz, mamá quiere dormir una siesta.

Sebastián y Bertha se miraron con tristeza. No les gustaba ver a Elizabeth débil y enferma. Pero ella había decidido que no iría al doctor.

A Sebastián se le ocurrió, que quizás Victoria podría convencerla de que probara el nuevo tratamiento. Aunque él apoyaba la decisión de Elizabeth, en el fondo quería que se recuperara.

Sebastián y Bertha las dejaron en el dormitorio. Bertha bajó a recoger la mesa y limpiar la cocina. Mientras que Sebastián se fue al despacho de su padre para buscar el número de teléfono del médico que atendió a Elizabeth en Ciudad de México y preguntarle sobre las posibilidades de recuperación de su cuñada.

Por suerte pudo localizarlo, pero no le dio muchas esperanzas si ella no se sometía al tratamiento lo más pronto posible. El cáncer de Elizabeth era fuerte y se estaba extendiendo. Cuanto más tiempo tardara sin el tratamiento adecuado, su estado físico y sus defensas, comenzarían a agotarse por completo.

Si ella no lo quería, entonces, lo único que podrían hacer, era proporcionarle una buena calidad de vida, mientras ella aun tuviera fuerzas.

Sebastián se sentía frustrado y enfadado con Elizabeth, con la enfermedad, con su hermano, con él mismo. Porque no podía hacer nada y sentía una pesada carga en sus hombros y sobre su conciencia.

Ahora entendía a don Rodrigo, viendo a Elizabeth apagarse día a día. Y ya no le convencía la decisión que ella había tomado.

Rendido, Sebastián se quedó un rato meciéndose en la silla de su padre, pensando. Después reaccionó y se dio cuenta de que nadie le había llamado al móvil en todo el día. Lo buscó en su bolsillo del pantalón y no estaba allí. Buscó por el salón y en el comedor y no lo encontró. Subió a su dormitorio y lo vio en su escritorio, a un lado de su portátil. Se maldijo por no recordar donde deja las cosas cuando las necesita. Lo cogió y estaba apagado; cuando lo encendió vio tres llamadas perdidas, una de su padre y dos de Victoria.

Isabel y Victoria bebían un café tumbadas en la cama de Isa. Se compartieron una manta y miraban una película romántica. Isabel se estaba quedando dormida cuando se escuchó una música que venía del estudio de Victoria. Isabel silenció el televisor y se escuchó con más claridad.

Victoria de un solo salto, se levantó para coger su móvil, Sebastián la llamaba. Lo cogió y se encerró en su dormitorio para hablar con él.

—¡Sebastián! ¡Hola!... dame un momento.

Trató de tranquilizarse, su corazón le palpitaba velozmente. Había llegado la hora de decidir si hablaba con él y cogió aire.

—Hola, Sebastián ¿Cómo estás?

—Hola, Victoria ¿está todo bien? te escuchas agitada.

—Sí... tuve que correr para coger el móvil que estaba en mi estudio... Y tú ¿cómo estás?

—La verdad es que... llevo unos días sin poder dormir bien, solo me paso pensando en la familia y quebrándome la cabeza. En fin, no estoy bien —Sebastián suspiró—. Pero y tú ¿cómo estás? he visto tus llamadas perdidas, yo tenía el móvil apagado y no me había dado cuenta.

—Yo estoy bien, solo llamaba para saludarte, saber cómo estáis y cómo va todo por allí.

—Pues como te digo, a veces bien, otras preocupados. Elizabeth tiene sus horas o sus días buenos. Otros, solo está en cama durmiendo, en fin... una pesadilla.

—¿Y Sandra? ¿Cómo está ella?

—Pues... ya sabe que su madre está enferma, pero no sabe la gravedad de la misma. A su manera la cuida, la acompaña, la mimó. Pero la niña la echa de menos al jugar, al comer... qué más puedo decirte.

—Lo siento mucho, Sebastián. Ojalá pudiera hacer algo.

Sebastián se quedó en silencio, tan solo se escuchaba su respiración.

—¿Sebastián?

—Sí, estoy aquí... es solo que... pensaba que tal vez tu... podrías hablar con Elizabeth y... quizás convencerla de hacer el tratamiento. Escucha, sé que no tienes por qué hacerlo, pero es que... estoy desesperado. No sé cómo hacerla entrar en razón.

—¿Sigue diciendo que no al tratamiento? —le inquirió Victoria.

—Así es. Dice que no quiere medicamentos que le harán sentirse peor, que no quiere ni médicos, ni enfermeras. Solo quiere estar con su hija.

Victoria se quedó callada. Pensó en su padre y cuando él estuvo enfermo.

—Verás yo —se aclaró la garganta para seguir hablando—, te había llamado porque quiero hablar contigo —le explicaba Victoria un poco nerviosa—. Pero no quiero hacerlo por teléfono, me gustaría ir a tu casa... si no es mal momento. Y ahora con esto que me has dicho... aún más.

—¿Sí? ¿Sobre qué?

—Creo que ahora lo más importante es Elizabeth. Si te parece bien, podría ir mañana. Claro, si no tenéis otros planes.

—¿De verdad? ¿Podrías venir mañana? —se alegró Sebastián.

—Sí, tengo ganas de veros, de conducir y salir un poco de casa y de la ciudad.

—¡Me parece muy bien!... pues siendo así, aquí te esperamos mañana.

Victoria le escuchó mucho más animado.

—Trataré de salir temprano para llegar entre nueve y diez de la mañana. Así podré estar con vosotros un rato y volver por la tarde a mi casa, no quiero conducir de

noche.

—Me parece muy bien, pero... ¿y si te quedas aquí?

—¿Quedarme?

—Sí, a ver... mañana es viernes y podrías quedarte todo el fin de semana con nosotros. Y el domingo o lunes regresar a la hora que tú quieras.

—No se me había ocurrido. ¡Sí!, me parece buena idea, así podremos hablar tranquilamente y sin prisas.

—De acuerdo, entonces avisaré que vendrás para tenerlo todo listo.

—Gracias, Sebastián. Entonces... hasta mañana. ¡Ah! no digas nada a Sandra, me gustaría darle una sorpresa.

—No se lo iba a decir —dijo Sebastián riendo—. ¡Ah! Victoria, de los cuadros que te pedí que me apartaras, ¿me los puedes traer, por favor?

—Por supuesto, los llevaré, y el de Sandra también.

—¡Bien! hasta mañana entonces, Victoria... y conduce con cuidado, sin prisas.

—Muy bien, hasta mañana, Sebastián, un beso.

—Dos para ti.

Desesperados

Victoria salió muy temprano de casa, preparó de nuevo la mochila; trayéndole recuerdos de su primer viaje al Santuario, su encuentro con Sandra y las mariposas; y cuando conoció a Sebastián. Ahora estaba en camino nuevamente para volver a abrazarlos.

Isabel se alistaba para ir al trabajo, Victoria le dejó la dirección de la casa de Sebastián y su número de móvil por si acaso se ofrecía algo. Se despidieron y media hora después salía hacia la carretera.

El día anterior, después de la llamada de Sebastián; salió a repostar el coche, revisó los neumáticos, los limpiaparabrisas, el aceite del motor y el anticongelante. Todo a punto para su viaje.

Cogió una desviación para entrar a la autopista de peaje y condujo con tranquilidad, como Isa y Sebastián le recordaron. Al pasar el peaje, aparcó el coche, bajo al baño, descansó un poco y comió fruta. Envió un mensaje a su madre de que todo iba bien. Y a Sebastián le informó que ya estaba en camino y su ubicación.

Amaneció nublado en la Ciudad de México, no había espacio entre las nubes para que el sol se dejara ver. Comenzaba una ligera lluvia cuando Victoria entraba a la ciudad de Toluca y la autopista estaba mojada y resbaladiza, por lo que condujo con moderación y con más precaución.

Por el camino, vio muchos camiones que pasaban a una velocidad que, para ella, era excesiva con estas condiciones de clima.

De pronto un coche la rebasó a gran velocidad por la izquierda en una zona donde no se permitía esa maniobra. Ella se molestó y dijo un par de palabrotas, pero siguió concentrada en su carril.

Un kilómetro más adelante comenzaba a notarse un poco de niebla, cosa que a ella ya no le estaba gustando y redujo la velocidad.

Y justo más adelante, el coche que la rebaso se veía frenar, luego patinar y finalmente girar sobre su eje un par de veces hasta que un tráiler que venía del carril contrario le golpeó de un lado. Provocando que el coche fuera hacia atrás directo al de Victoria.

Ella al ver lo que ocurría, rápidamente trató de pensar en algo, miró a través del espejo retrovisor y detrás de ella venían más coches. Del lado derecho había un barranco, no había posibilidades de ir marcha atrás ni de apartarse de allí para ir por otro camino y evitar la colisión.

A pesar de que todo ocurrió muy rápido, ella lo vio como en cámara lenta y por instinto puso las luces intermitentes. Su corazón latía rápidamente y su respiración se aceleró al verlo venir. Pisó el freno con todas sus fuerzas y accionó el freno de mano, para tratar de que su coche no girara. Pero el coche que iba hacia ella le golpeó de su lado izquierdo con fuerza y con el golpe la empujó hacia la orilla del barranco.

Sintió mucho dolor en todo el costado izquierdo de su cuerpo. Algo había impactado en el parabrisas y no se dio cuenta de que le había golpeado en la frente. Su coche pegó contra algo duro por la parte trasera, a la derecha; resultó ser un muro de contención que se movió de su sitio al golpearlo. Se tocó la cabeza al sentir un dolor punzante y vio su mano ensangrentada. Estaba asustada, confusa y dolorida.

Después escuchó un camión pitar y pasar cerca de ella, lo que hizo que cerrara sus ojos y se aferrara al volante. El camión le pasó rozando, empujando a los coches que venían unos metros detrás. Había mucho ruido, más frenazos y golpes a lo lejos.

Escuchó una gran explosión. Intentó mantenerse consciente, pero todo le daba vueltas; de pronto sintió como si cayera de espaldas y luego todo se quedó a oscuras.

Un crujido la despertó, sin saber si tenía los ojos abiertos o cerrados, si estaba sentada o acostada. Todo estaba oscuro, no podía moverse. No se escuchaba nada, solo había silencio. Una parte de ella estaba consciente; esperando a que algo o alguien le explicara qué estaba sucediendo. ¿Dónde estaba? ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Qué estaba haciendo ahí?

Unos destellos de luz blanca llamaron su atención por unos segundos, después nada. Escuchó algo muy lejano, parecían pitidos y de nuevo el silencio. Comenzaba a sentir que algo le escurría por la cara, no podía saber qué; pero la sensación era

cálida, húmeda y suave.

Un cosquilleo surgió de ella, pero no sabía identificar de dónde provenía. Se concentró en esa parte de su cuerpo, era agradable. Poco después parecía como si la estuvieran aplastando, sintió un dolor que poco a poco se iba intensificando, quería gritar, pero no podía.

Volvió a escuchar algo, ahora parecían voces, intentó moverse nuevamente sin conseguirlo, el dolor seguía allí.

De repente escuchó una voz apenas entendible, como en una cámara lenta —¡aq...uí!—. Se oían ruidos de golpes lentos, era un sonido metálico.

Crecía el número de voces, a veces claras, otras como rugidos. Escuchó latigazos sobre ella, pero no sentía nada. Era como si estuviera atrapada en algo.

—¡Aquí! ¡Aquí hay alguien! —esta vez la voz era más cercana y clara

—¡Atad esas cuerdas! ¡No, no, así no! ¡Por el lado derecho! ¡Bien así! ¡Asegura esas cadenas!

Seguía sin poder comunicarse, sin poder mover su cuerpo, solo podía escuchar y sentir. Su frustración crecía conforme pasaba el tiempo, un tiempo que desconocía.

—¡Es una mujer... y parece inconsciente! —decía alguien.

Escuchó un golpe muy fuerte que retumbaba en su cabeza como un tambor, algo la estaba arrastrando hacia arriba. Se oía el rugido de un motor que lentamente se hacía más y más agudo.

Comenzaba a ver luz, pero era distinta a las anteriores, esta abarcaba todo el espacio, le molestaba el brillo. Quería cubrirse los ojos, pero no podía levantar las manos, le dolían los dedos. Un movimiento brusco le hacía caer de nuevo.

—¡Cuidado! ¡Se está rompiendo! ¡Asegúralo o caerá!

Con el movimiento de caída, sintió las piernas y le dolieron los huesos de todo el cuerpo. Escuchó cristales rompiéndose, alguien intentaba hacer algo muy cerca de ella; eran golpes cortantes, tenía miedo, sentía calor y frío a la vez ¿cómo era eso posible?

Unas manos le rodeaban, no podía verlas, pero las sentía; sentía muchas manos ásperas y gruesas sobre ella como si la estuvieran cargando.

Había más claridad, luces amarillas intermitentes, chillidos, gente llorando ¿qué había pasado? Le pareció ver una cortina de humo y sombras que la observaban.

El sonido de una sirena se acercaba a ella, escuchaba que alguien decía que se la llevaran de allí. Volvía a estar oscuro; le colocaron algo sobre la cara y podía respirar mejor, el ruido de la sirena le molestaba. «¿Dónde estoy?» se repetía continuamente, pero nadie le respondía. Sintió un pinchazo y luego todo comenzaba a darle vueltas y de nuevo el silencio y la oscuridad se apoderó de ella.

Media hora después del accidente Victoria estaba atrapada en su coche, el cual había caído hacia el barranco. Por suerte, su coche no llegó hasta el fondo porque las ramas de un gran árbol habían detenido su caída. Pero no aguantarían mucho.

El coche de Victoria habría quedado aplastado por el camión de no haber caído por ese barranco, pero conforme pasaba el tiempo corría el riesgo de caer más profundo.

Tuvieron que colocar cuerdas y las cadenas de una grúa para sacar el coche de entre las ramas y rocas. Una vez rescatado, los bomberos cortaron la puerta y sacaron a Victoria de allí. Al ver que aun respiraba, rápidamente la subieron a una ambulancia, estaba débil, pero con vida.

Estaba siendo rescatada como muchas personas en la zona y ella no era consciente de ello. Una parte suya permanecía despierta, pero con su cuerpo inerte y sangrando. Debido a su estado, fue trasladada de emergencia como muchos otros a su alrededor.

La zona del accidente fue acordonada y rápidamente los agentes de tránsito dirigían el tráfico desviando a los coches para sacarlos de la zona de peligro. Había muchas ambulancias, bomberos y policías, había helicópteros sobrevolando la zona del accidente. Mucha gente de los alrededores, se acercaron para ayudar a recatar a las personas atrapadas o heridas. El coche que provocó el aparatoso accidente quedó destrozado, su ocupante no sobrevivió. Y el tráiler que le había golpeado, volcó hacia su lado derecho; provocando poca visibilidad a todo aquel que venía en ese carril. El camión que venía detrás de él empujó a Victoria y a varios coches más al barranco, finalmente, terminó explotando.

Después de llevar a Sandra al colegio, Sebastián estaba en el salón sentado y con el televisor encendido; sonriente porque había recibido el mensaje de Victoria. Cada vez estaba más cerca y ya estaba todo preparado para recibirla. Según su mensaje estaba a menos de una hora de allí.

Elizabeth llamó a Sebastián para que la ayudara a bajar. Quería estar acompañada y no abandonada en su dormitorio. Sebastián la acomodó en el sofá, le puso una manta y le acercó un vaso con agua para tomar su medicación. Se la veía un poco demacrada y con las ojeras más oscuras que de costumbre.

Juntos miraban una película, pero ella se había quedado dormida. Bertha encendió la chimenea porque la mañana aún continuaba refrescando. Comenzó a caer una lluvia ligera, era un día diferente al anterior en el que hubo sol y calor.

Pasó la hora, Sebastián estaba ansioso y salió al porche para verla llegar y abrirle él mismo. Vio a lo lejos que pasaban un par de coches, pero estos seguían su camino; ninguno se desviaba hacia su casa.

Pasaban los minutos y la espera se le estaba haciendo larga. Caminaba de un lado a otro, se sentía inquieto. Pasaron veinte minutos y aún no llegaba; le escribió al móvil, pero ella no respondía, supuso que aún estaría conduciendo o que se había perdido y que no podía leer los mensajes.

Treinta minutos, llamó a su móvil y nada. Cuarenta y cinco minutos de retraso, algo no andaba bien; le llamó de nuevo, pero seguía sin cogerlo, lo intentó varias veces y nada.

Recordó que dejó sola a Elizabeth y entró a la casa, ella se había despertado y miraba el televisor, Sebastián lo había dejado encendido.

—Te has despertado ¿estás bien?

—Sí, lo estoy; pero dame el mando o cambia de canal, no quiero saber nada de accidentes ni cosas parecidas.

Sebastián cogió el mando, miró hacia el televisor y se quedó paralizado. Estaban informando sobre un accidente al final de la autopista de Toluca.

—¡No! —chilló Sebastián.

Elizabeth se le quedó mirando asustada.

—¡No, no, no, no!

Sebastián salió corriendo del salón tirando el mando al suelo. Elizabeth se angustió, lo llamaba, pero él ya se había ido. Bertha al escuchar a Elizabeth se acercó corriendo al salón.

—¿Qué ocurre, Elizabeth? —preguntó alarmada.

—Es Sebastián, no sé qué le pasa ha salido corriendo y chillando después de ver el televisor.

Bertha se acercó, cogió el mando del suelo y vio la noticia. Se llevó la mano a la boca, ella también estaba asustada.

—¡Bertha! ¿Qué es lo que ocurre? —pero Bertha no respondía, continuaba escuchando la noticia.

—¡Bertha!

—Perdón, Elizabeth es que...

—¿Qué? ¿Qué está ocurriendo?

—La señorita Victoria... venía hacia acá.

—¿Qué? ¿A dónde?

—Venía a quedarse el fin de semana con ustedes.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Era una sorpresa y venía en su coche.

Elizabeth estaba confusa.

—Pero que tiene que ver con...

Elizabeth miró el televisor, se llevó la mano a la boca, comenzaba a entender —¿sería posible que Victoria estuviera involucrada en ese accidente y por eso Sebastián salió corriendo como un loco?

—¡Dios mío, no! —dijo Elizabeth temblando.

Bertha se marchó corriendo del salón, cogió del perchero de la entrada la chaqueta de Sebastián; y salió lo más rápido que pudo para buscar a su marido que estaba descansando en su casa.

—¡Antonio! ¡Antonio! ¿Dónde está ese hombre cuando se le necesita? ¡Sal ¡Antonio!

Antonio al escuchar los estruendosos chillidos de su mujer, salió enseguida.

—¿Qué ocurre, mujer? ¡Vas a alarmar a todo mundo!

—¡Antonio... la señorita Victoria!

—¡Ah! ¿Ya ha llegado?

—¡Noooo... ha tenido un accidente!

—Pero ¿qué estás diciendo mujer?

—¡Sebastián, ha salido como un loco, va a ir a buscarla!

—¿Qué? —Antonio entró un momento a su casa, cogió su chaqueta rápidamente y las llaves de su casa; y al salir, dio un beso en la frente a su mujer.

—¡Por favor, mantenme informada! —le decía al mismo tiempo que le daba la chaqueta de Sebastián.

—¡Lo intentaré, mujer! y ¡tendrás que ir por la niña al colegio!

Y se fue corriendo hacia el garaje.

—¡Sí, lo haré!

En el garaje aún estaba Sebastián, intentando poner en marcha su coche, pero no podía hacerlo. Las manos y las piernas le temblaban; se le cayeron las llaves unas cuantas veces, hasta que la impotencia se apoderó de él.

—No, no, ¡Victoria! ¡Tú no, por favor! —y de la rabia que sentía, golpeó una cuantas veces el volante del coche con sus manos, haciéndose daño en la muñeca.

Antonio vio la desesperación de Sebastián; le llamó, pero no lo escuchaba. Cuando comenzó a golpear el volante, Antonio le tocó el cristal con las llaves para que le abriera. Sebastián reaccionó y abrió la puerta del coche.

—¡Sebastián! ¿Pero qué haces?

—¡Voy a buscarla! —se tocaba la mano lastimada.

—¡No puedes ir así, estás muy mal! Y además te has hecho daño.

—Tengo que ir ¡¿es que no lo entiendes?!

—¿Y a dónde piensas ir?

—¡Al lugar del accidente!

—¡Cálmate, por favor! Allí no puedes hacer nada y mucho menos desesperado. Hay que averiguar a dónde se llevaron a los heridos y si ella está entre ellos.

—Tengo un mal presentimiento Antonio, ¡no quiero perderla!

—¡No vas a perderla! no sabes que ha ocurrido en realidad, échate a un lado.

Sebastián enfadado y dolorido se movió hacia el lado del copiloto y Antonio ocupó su lugar al volante. Al mismo tiempo que le entregaba su chaqueta; en la que, por suerte, había olvidado sacar su billetera y las llaves de su casa.

—Yo te acompañaré, intenta llamar a emergencias por si saben dónde están. Y por favor, tranquilízate, ella estará bien.

En el colegio de Isabel, ella estaba dando la clase cuando escuchó su móvil vibrar, pero lo ignoró porque no quería interrumpir a los niños que participaban en clase.

Una vez más lo escuchó y esta vez la vibración duró más tiempo. Hizo un descanso y cogió su móvil.

Había un número que no conocía, pensó que sería Victoria llamando desde la casa de Sebastián y cogió la llamada.

—¿Sí?

—Buenos días, ¿es usted la señora Isabel Vals?

—Sí... soy yo —Isabel sintió una sensación extraña en su cuerpo.

—Señora soy el agente Sánchez ¿Es su hija la señorita Victoria Vals?

Isabel al momento sintió un calor asfixiante en su pecho, estaba segura que a Victoria le había pasado algo.

—¡Es mi hija! —respondió con voz temblorosa—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Señora... siento informarle que la señorita ha tenido un accidente y se encuentra de camino al hospital general de la ciudad de Toluca.

—¡Dios mío! ¡No!

Isabel lloraba y temblaba al mismo tiempo, le faltaba el aire. Quería salir corriendo, pero debía saber cómo estaba.

—¡Por favor, agente, dígame si es grave!

—No le sé decir señora, pero estaba inconsciente cuando la rescataron y se la llevaron en la ambulancia.

Isabel cortó la llamada y enseguida llamó a Gemma. Isabel pidió a una de sus compañeras que la sustituyera. Poco después, Toni la recogió en el colegio. Gemma y ella iban llorando en el coche, Toni intentaba de tranquilizarlas, pero era imposible. Isabel trataba de guardar la compostura, porque sentía que iba a enloquecer sin saber nada más de ella. Hasta ahora, nadie más la había llamado y confiaba que ella estuviera fuera de peligro. Gemma era la más afectada, no paró de llorar desde que supo la noticia.

Toni le pidió que se calmara, la estaba poniendo nervioso y tenía que conducir y pasar por el tráfico de una ciudad tan grande.

Isabel recordó enseguida que Victoria iba camino a casa de Sebastián y se preguntó si él ya sabía algo al respecto. Entonces, cogió su móvil con las manos temblorosas, buscó el número de Sebastián y le llamó.

Sebastián no decía ninguna palabra, ni paraba de mover la pierna derecha; el dolor en su mano era insignificante con el dolor que sentía al pensar que a Victoria pudo ocurrirle algo. Había tratado de llamar varias veces a emergencias desde que salieron de su casa, pero nadie le cogía las llamadas; las líneas estaban ocupadas y nadie podía darle información.

Antonio no tenía idea hacia dónde ir, comenzaban los atascos y las desviaciones. Mientras se iban deteniendo, Sebastián escuchó su móvil llamando.

—¿Sí, dígame?

—¡Sebastián! ¿Eres tú?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Isabel, la madre de Victoria.

Sebastián reconoció la voz y la escuchó llorando.

—¡Isabel! ¿Sabes algo de Victoria?

—Se muy poco —trataba de tomar aire para hablar—. Me llamó un agente y me dijo que se la llevaron al hospital general de Toluca.

—¿Está en Toluca?

—¡Sí!

—¿Te han dicho cómo está? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Me dijo que estaba inconsciente cuando se la llevaron. Pero no me dijo nada más.

—De acuerdo Isabel, tranquilízate. Vamos hacia allá.

—¡Sebastián!... pregunta por Victoria Vals.

—¡Bien!

Antonio había escuchado y un par de kilómetros más adelante encontraron una desviación; salieron por ella y se dirigieron al hospital. Por la cercanía, Sebastián llegaría mucho antes que Isabel. Y esperaba tenerle buenas noticias para cuando ella

llegara.

Al llegar al hospital y nada más aparcar el coche, Sebastián salió corriendo hacia urgencias. Antonio iba tras él pidiéndole que se calmara. Al entrar, había algunos heridos siendo atendidos y policías acompañando a las personas mientras sus familiares llegaban.

Sebastián buscó entre la multitud a Victoria, teniendo la esperanza de verla por allí; pero no la vio por ningún sitio. Rápidamente se dirigió al mostrador y preguntó por ella.

—¡Por favor, busco a una chica, Victoria Vals!

El recepcionista tardó un poco en localizarla, hasta que dio con ella.

—¡Sí! ha llegado hace una hora.

—¿Dónde está?

—Siga por ese pasillo a su derecha, gire a la izquierda y allí hay una sala de espera.

Sebastián y Antonio se dirigieron hacia allí, pero poco podían hacer, había mucha gente esperando, aun así, tenía que preguntar a alguien. Vio a una enfermera y se acercó a ella.

—Señorita, ¿quién me puede informar del estado de la señorita Victoria Vals?

—¿Es usted su familiar?

—No, pero...

—Lo siento, solo se da esa información a la familia.

—Pero solo necesito saber...

—Señor ya le he dicho que...

Antonio se acercó y se lo llevó

—¡Si está viva! —concluyó Sebastián. Tras su enfadado golpeó, la pared con su mano lastimada y gimió de dolor.

—Tienes que calmarte, Sebastián, ¡por favor!; no podemos hacer nada hasta que llegue su familia. Mejor vamos a buscar a alguien para que te mire esa mano.

—¡No puedo esperar, quiero verla! —le habló chillando y provocando miradas hacia ellos.

—Shhhh. Lo sé, pero sabes que es así en los hospitales.

A Sebastián no le quedó otra más que esperar a que Isabel llegara y tuvo que calmarse. Antonio pudo encontrar a un enfermero y atendió la mano de Sebastián. No le gustaban los hospitales, ni ver gente sufriendo o llorando. Él no era un hombre religioso, solo creía en la ciencia. Pero esta vez, se sentía tan abrumado, que trataba de recordar cuándo fue el día en que dejó de creer.

Antonio, llamó a su mujer para informarle que Victoria estaba herida, trataban de no asustar a Elizabeth porque no sabían cómo podía afectarle todo esto. Y desde luego, ninguna palabra a la niña.

Sebastián cerró los ojos, tratando de concentrarse en Victoria, en su sonrisa, en su voz, en su caminar. Pero solo le venían a la mente las desagradables imágenes de la televisión.

Escuchaba voces a lo lejos, personas preguntando por sus familiares. Un par de taxistas que se sentaron cerca de Sebastián, comenzaron a hablar del accidente. Los hombres decían que al parecer un coche derrapó y un tráiler ocasionó una cadena de choques, cayendo algunos por los barrancos y otros quedando unos encima de otros o incendiados tras una explosión. Mucha gente salía de sus coches al ver que uno por uno colisionaban entre sí, pero mal lo llevaron aquellos coches que estaban al principio.

A Sebastián se le hacía un nudo en el estómago y sentía que la cabeza le estallaría. No quería imaginar por dónde estaba Victoria en ese momento, solo quería saber que estaba bien, que estaba viva.

A lo lejos, escuchó una voz conocida y trató de localizarla entre la gente que estaba de pie, pero no se lo permitían. Se levantó de su asiento y vio a Isabel en el mostrador, allí no había nadie que pudiera atenderla. Él se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—¿Isabel?

—¡Oh! Sebastián.

Isabel lo abrazó y comenzó a llorar en su pecho, Sebastián tuvo que contenerse para no hacer lo mismo al verla tan afectada.

Gemma y Toni se miraban el uno al otro sin entender nada, hasta que finalmente Isabel se apartó de él.

—Lo siento, hijo, es que...

—Lo sé, Isabel, tranquila —le decía mientras la cogía del brazo.

—¿Mamá? —Gemma se acercó a Isabel para que le explicara qué estaba ocurriendo.

—¡Oh, sí! Gemma, Toni; él es Sebastián, es el amigo de Victoria, el que nos invitó a su casa para navidad.

Gemma lo miraba de reojo un poco desconfiada, Toni en cambio le extendió su mano para presentarse. Y después lo hizo Gemma.

—Yo soy Sebastián y él es Antonio, un amigo de mi familia y también de Victoria.

Gemma se preguntaba de dónde había conocido su hermana a estas personas.

Después su pensamiento se interrumpió cuando un doctor se acercó al mostrador.

—¡Familiares de Vals, Victoria Vals!

—¡Sí, yo! le interrumpió Isabel.

—¿Es usted su madre?

—¡Sí, doctor! ¿Cómo está?

—Venga conmigo, los demás tendrán que esperar —les indicó el doctor, al ver que Gemma se acercaba también.

—¡Pero, es mi hermana!

—Lo siento, de momento solo un familiar puede pasar.

—Tranquila, hija, enseguida vendré y les informo ¿ok?

—Otra vez la espera —decía Sebastián llevándose las manos a la cabeza. Antonio le dio unos golpecitos por la espalda para que se tranquilizara. Y Gemma se abrazó a su marido.

El doctor condujo a Isabel hacia las camillas de urgencias, todas estaban ocupadas y se detuvieron en una que tenía las cortinas cerradas. Isabel se alarmó.

—Señora, soy el doctor Ríos, antes de que vea a su hija debo informarle que ella estaba en la parte delantera de toda la cadena de colisiones. Isabel sintió que su corazón se le saldría del pecho.

—Verá —continuó el doctor—. Su coche cayó de espaldas por un barranco empujada por otro, según los peritos ella no estuvo implicada en el accidente y reaccionó bien al accionar los frenos, lo que impidió que el daño fuera aún más grave. Su hija tiene algunos rasguños en la cara, sufrió un golpe en la frente y se lesionó el cuello, pero muestra movilidad en las piernas y brazos, por lo que se descartan daños en la columna. Tiene un par de costillas rotas, dos dedos de su mano izquierda lesionados y una fractura en su pierna izquierda. Afortunadamente no hay hemorragias internas.

Mientras el doctor le explicaba, a Isabel todo le daba vueltas.

—Lo único que nos preocupa, es que aún no despierta y no sabemos si sufrió algún daño cerebral.

Isabel sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies; tuvo que apoyarse en el doctor para no caer.

—Señora, ¿quiere sentarse?

—No, doctor, es solo la impresión, estaré bien.

—Señora, su hija está viva, pero inconsciente. Tendréis que esperar a que reaccione.

Isabel asintió.

—¿Puedo verla?

—Sí, pero por favor, no se angustie, estamos haciendo todo lo posible. Créame pudo ser mucho peor, incluso fatal. Su hija estará en cuidados intensivos y cualquier cambio se lo haremos saber.

—Gracias, doctor.

El doctor abrió la cortina y allí estaba Victoria; tenía la cara un poco hinchada debido a los rasguños, moratones en los ojos, en su frente tenía cerca de cinco puntos y un collarín en su cuello. Los dedos de su mano y su pierna izquierda escayolados. Estaba conectada a varios aparatos y en su rostro llevaba puesta una mascarilla de oxígeno.

Una enfermera se acercó a Isabel y le entregó una bolsa con la ropa ensangrentada y los objetos personales de Victoria, entre ellos su colgante de mariposa roto de un ala.

Al verla, se llevó la mano al corazón y comenzó a llorar.

—¡Mi niña! ¡Cariño! ¡Aquí estoy, soy mamá!

Isabel le acariciaba el cabello, no podía soportar verla así, pero tenía que mantenerse fuerte.

—¡Hija! aquí estamos todos, esperando a que despiertes.

Afortunadamente Isabel no tenía que pasar por esto ella sola. Ahora estaba toda su familia más unida que antes y necesitaban apoyarse y sobre todo hacer sentir a Victoria que todos querían volver a verla feliz y sonriente.

—Sebastián está aquí, está muy preocupado hija. ¡Tienes que ponerte bien cariño!

La enfermera se acercó a Isabel, la cogió del brazo y se la llevó fuera.

—Señora, debemos trasladarla a cuidados intensivos. Desde allí podrá verla y estar con ella más tarde.

—¿Puede tener visitas?

—Sí, pero por el momento solo usted. Hasta que el médico lo autorice podrán entrar a visitarla el resto de sus familiares y amigos.

—Gracias.

Isabel salió de allí sin mirar a su alrededor, escuchaba sufrimiento y llantos; pero ella ya tenía bastante con lo suyo. Ahora tenía que ir con la familia e informarles sobre el estado de Victoria.

Afuera, en la sala de espera estaban impacientes por saber de Victoria. Gemma se había calmado un poco, Toni había hecho llamadas a sus compañeros de trabajo para cancelar una reunión y ponerse en contacto con la aseguradora de Victoria. Antonio permanecía al lado de Sebastián, el cual se veía realmente afectado e inquieto.

Sebastián fue el primero que se levantó, nada más ver a Isabel salir del pasillo por donde entró y Gemma le siguió.

—¡Isabel! ¿Cómo está?

—¡Mamá!

Isabel estaba muy afectada, llevaba consigo la bolsa que le entregaron. Cuando vieron la sangre en su ropa, Sebastián se temía lo peor y Gemma comenzó a llorar. Pero Isabel les tranquilizó y les informó sobre su estado de salud; y que todos debían tener fe y confianza en que pronto despertaría y se recuperaría.

Confiar y esperar

Isabel y Gemma se quedaron solas en el hospital. Unos agentes de tráfico vinieron a avisar que podían pasar a identificar los coches y recoger las pertenencias de sus familiares. Las cuales estaban en un almacén adaptado para esta emergencia. Toni sería el encargado de realizar esa tarea, mientras que Sebastián y Antonio se ofrecieron a acompañarlo.

Gemma descansaba su cabeza en el hombro de su madre, mientras Isabel apoyaba la suya en la pared. Cerró un momento los ojos para no marearse con el ir y venir de las personas en la sala de espera.

Una enfermera que pasaba frente a Isabel y Gemma, llevaba un carrito con material de curaciones y sábanas blancas. La enfermera giró la cabeza hacia ellas y miró con detenimiento a Isabel, su cara se le hizo familiar hasta que recordó dónde la había visto. La enfermera se detuvo y les habló.

—Disculpe, señora —Isabel abrió los ojos, se estaba quedando dormida y le costó enfocar la vista.

—¿Es usted la madre de Victoria?

Isabel y Gemma se enderezaron confusas e Isabel la reconoció.

—Sí... y tú eres... ¡Andrea!

Y la enfermera asintió

—Mamá ¿de qué os conocéis?

—Hola, soy Andrea —extendió su mano a Gemma.

—Yo soy Gemma, la hermana de Victoria

—Encantada, Gemma. Conocí a tu madre y a Victoria cuando las atendí hace unos meses.

A Gemma se le hacía familiar ese nombre, trató de hacer memoria, hasta que recordó que la carta que leyó, estaba firmada por una Andrea y supuso que sería ella. Gemma se sintió un poco incómoda por haber estado ausente en ese momento tan difícil para su hermana.

—Pero decidme ¿qué hacéis aquí? —preguntó Andrea un poco confusa.

Isabel y Gemma se miraron a los ojos, luego Isabel se levantó y no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas. Lo que hizo que Andrea la cogiera de los brazos y le ayudara a sentarse de nuevo poniéndose la enfermera a su lado.

—Es Victoria. Ha tenido un accidente y...

—No me diga que ¿Victoria ha estado involucrada en el accidente de la carretera?

Gemma asintió y se mostró triste. Mientras que Andrea movía la cabeza negando.

—Lo siento mucho, Isabel, pero dígame ¿quién es su médico? ¿Cómo se encuentra ella?

Isabel, le dio toda la información que sabía hasta el momento. Andrea le dijo que hablaría con su médico para ver si ella misma podía cuidar de Victoria y así mantener informada a la familia con más detalle.

Isabel se sintió muy agradecida y en parte, aliviada por ese gesto y por el cariño de esa enfermera hacia su hija.

—Isabel, tengo que seguir con el trabajo, pero en cuanto yo sepa algo vendré a avisaros. De momento quedaos tranquilas, confiemos en que todo irá bien.

—Muchas gracias, Andrea, te lo agradecemos mucho.

Isabel se sintió más tranquila; porque estaba segura que, con los cuidados de Andrea, Victoria estaría en muy buenas manos.

Gemma miraba tristemente a su madre, se sentía culpable por no haberle ayudado en ese entonces; pero ahora estaba allí y la apoyaría en todo lo necesario. Isabel se levantó y fue a buscar un poco de agua para ella y Gemma.

Gemma, miró de reojo la bolsa con la ropa de Victoria y vio el colgante de mariposa roto. Quería cogerlo, pero estaba manchado de sangre y aparto su vista de él. Isabel volvió junto a ella y le dio el vaso con agua.

—Mamá, el colgante de mariposa, ¿se lo regaló ese chico Sebastián?

—Sí... fue su regalo de cumpleaños.

—Lo sabía.

Isabel la miró y le sonrió.

—¿Crees que Victoria aun me guarde rencor por no estar con ella cuando me necesitaba?

—¡No, claro que no! ¿Por qué me preguntas eso?

—Es que... por un momento me he sentido desplazada; antes me contaba sus cosas, pero ahora ya no me comparte nada. Ni siquiera hablando de chicos.

—Gemma, cariño... —Isabel se acomodó en su asiento y cogió la mano de su hija.

»Victoria ha pasado por un momento doloroso, tú misma has visto lo encerrada que estaba en casa. Era normal alejarse un poco de las personas, incluso de nosotros. De todo lo que era cotidiano para ella, de esta manera, podía reencontrarse consigo misma. Después de su viaje, estaba diferente, volvía a creer en ella misma, en el amor; ahora tiene algo por lo que salir adelante, tiene una ilusión. Claro que cambiaría y se guardaría cosas para ella. Pero no tiene nada que ver con rencores, ni odios, ni resentimientos. Tu hermana te quiere, es solo que no sabía cómo ordenar sus sentimientos —Isabel la abrazó y le dio un beso en la frente—. Tengo dos hijas maravillosas, que a veces me han sacado canas verdes, pero las amo a las dos.

Toni, Sebastián y Antonio llegaron al almacén que les indicaron. A la entrada, en la puerta, había tres filas de varias hojas con los nombres de los familiares. En ellas se indicaban el modelo y marca del coche y dónde ubicarlo dentro del almacén. Buscaron un rato sin encontrar nada, hasta que Antonio dio con el nombre de Victoria y se adentraron en el almacén.

Cuando caminaban entre las filas de coches, algunos tenían una apariencia

realmente espantosa, otros apenas habían sufrido un rasguño, pero había otros que ni siquiera parecían ser coches.

Al llegar al de Victoria, vieron la parte delantera izquierda levantada como una lata de sardinas, la rueda se había girado de tal modo que quedó en posición perpendicular al coche. La puerta del conductor se dobló un poco hacia adentro. La luna del coche estaba estrellada y con un agujero bebido al impacto que dejó una piedra. Había unas cuantas ramas colgando de él. La parte trasera derecha estaba sumida, tras el golpe con el muro de contención. Muchos rasguños y arañazos producidos por las ramas del árbol que lo sujetaba en el aire. En el interior se veía su asiento manchado con sangre; la puerta del copiloto estaba doblada y el cristal de la ventanilla no estaba; ya que, con la ayuda de los bomberos, pudieron sacarla por allí.

Los tres quedaron impresionados al verlo, no se explicaban cómo era que se había salvado, el coche había quedado muy golpeado. Un bombero que los vio a lo lejos y se les acercó para hablarles. Después de identificarse, y al ser Toni el familiar más próximo; el bombero le dio un formulario para rellenar y firmar. Poco después lo devolvió y el bombero le entregó las pertenencias de Victoria. Entre ellas, su mochila, su móvil, la documentación del coche y tres paquetes cuadrados.

Toni no tenía idea de lo que había en esos paquetes; pero Sebastián si lo sabía, eran sus cuadros. Los cuales inexplicablemente, estaban intactos. El bombero les explicó que encontraron los paquetes en uno de los asientos traseros con el cinturón de seguridad puesto. Sebastián sonrió, porque solo a Victoria se le pudo ocurrir hacer algo así. Toni habló con un par de personas de la aseguradora que se presentaron allí para evaluar los daños, y luego se dieron prisa a salir de allí para volver al hospital.

Isabel caminaba impaciente de un lado a otro; ya habían pasado casi diez horas desde el accidente y aún Victoria seguía sin despertar. No podía aguantar más tiempo sentada y sin noticias de ella. Gemma se había recostado en unas sillas libres, cubierta con la chaqueta de su madre.

Isabel vio al doctor que se dirigía hacia otra zona de la sala de espera, se le acercó y preguntó por su hija. El doctor le indicó que aún no había cambios importantes y seguía sin reaccionar, pero que confiaba en que pronto mostrara una ligera mejoría al ver que sus signos vitales se estaban normalizando, lo cual eran noticias alentadoras.

Isabel volvía a recorrer el pasillo, pensativa y con los brazos cruzados en su pecho. Levantó la mirada y a la distancia vio a Gemma levantarse de su asiento. Gemma se sintió mareada y fatigada. Cuando se puso de pie, se tambaleó y estaba a punto de caer. Isabel corrió para tratar de sujetarla, pero estaba lejos y no llegaría a tiempo. Andrea, que acababa de llegar al cambio de turno, también vio a lo que ocurría y se acercó rápidamente pudiendo llegar antes que Isabel.

—¡Gemma! —chilló Isabel.

—Vuelve a sentarte, pero despacio —le indicaba Andrea.

—Hija, ¿qué te ocurre?

—Nada, mamá, estoy bien. Solo estoy agotada.

Cuando Gemma recuperó el color en el rostro y se sintió mejor, Andrea le ayudó a ponerse en pie para llevársela y examinarla. Mientras tanto Isabel se quedó allí esperando sin saber qué hacer.

—Solo falta que Gemma se ponga enferma —pensó con preocupación.

Veinte minutos después, Toni y los demás iban llegando. Ya no había tanta gente como al principio, y el ambiente se había relajado un poco. La noche empezaba a enfriar y no tenían mantas, nadie había comido del todo bien y estaban cansados. Acordaron sustituir a las chicas para que fueran a cenar y ellos lo harían después.

Cuando Toni se acercó, vio a Isabel abrazando su chaqueta y caminando de un lado a otro. No veía por ningún lado a su mujer y pensó que quizás había entrado a ver a Victoria.

—Hola, Isa ¿todo bien? ¿Y Gemma?

—Hola, hijo. Sí, todo bien. Gemma... se fue con una enfermera, no te preocupes. Se sintió mareada y se la llevó para examinarla.

—Seguramente es por falta de descanso y que no habéis comido bien —intervino Sebastián.

—Sí, seguro es eso —le respondió Toni.

—Señora, cuando venga su hija, podéis ir las dos a cenar —le propuso Antonio—. Así descansaréis un poco; nosotros nos quedaremos aquí.

—Gracias, Antonio, es buena idea.

En ese momento se acercaba Andrea sin Gemma.

—Hola, buenas noches. ¿Quién de vosotros es Toni? —preguntaba mirando a Toni y a Sebastián.

—¡Yo! soy yo.

—Puedes acompañarme por favor.

Isabel miró preocupada a Andrea, ella le guiñó un ojo y le tocó el brazo.

—Tranquila, todo está muy bien —le aseguró Andrea.

Sebastián cogió del brazo a Isabel al verla inquieta y la acompañó a sentarse.

—Todo irá bien Isabel, no te preocupes.

—Gracias, hijo.

—¿Sabes algo de Victoria? —quiso saber él.

—De momento sigue igual, pero con una ligera mejoría.

—Me alegro. Bueno, al menos una noticia alentadora.

—Sí. ¿Pudisteis recuperar sus cosas?

—¡Oh, sí!... Aquí está su mochila y dentro están su móvil y los documentos de su coche, y aquí sus pinturas.

—¿Se han salvado?

—Milagrosamente, sí —sonrió Sebastián.

Y le contó cómo fue que los bomberos recuperaron las pinturas. Y ambos sonrieron. Mientras tanto, Antonio estaba a unos metros de ellos llamando a su mujer.

Isabel se percató de que Sebastián tenía su mano vendada.

—¿Que te ha ocurrido en la mano? —le preguntaba con tono preocupado.

—Pues... fue un momento de desesperación —le explicaba sobando su mano, que aún le dolía—. En las noticias vi lo del accidente, tuve un mal presentimiento y salí corriendo para buscarla; pero no lograba poner en marcha el coche, me enfadé y este es el resultado —le mostraba su mano.

—Lo siento, hijo.

—No es nada, se me pasará pronto.

Poco después venían hacia ellos Gemma y Toni, abrazados y muy contentos, con Andrea a su lado. Isabel se levantó y enseguida preguntó lo que pasaba. Gemma le dio la noticia a su madre.

—¡Vas a ser abuela! —Isabel la abrazó y después a Toni.

Sebastián y Antonio los felicitaron y se alejaron un poco para que hablaran entre ellos.

—Antonio, vete a casa, ve a ver a tu mujer y descansa. También hay que ver cómo están Elizabeth y la niña.

—Sí, no te preocupes, eso mismo iba a proponerte.

Sebastián buscaba las llaves de su coche en la chaqueta para que se lo llevara Antonio, pero no las encontraba. Hasta que recordó que él no había conducido. Antonio se las devolvió para que se las quedara él, por si acaso lo necesitaba. Sebastián le pidió que lo mantuviera informado de la situación en casa; y si había algo importante que le llamara al móvil, le dio dinero a Antonio para pagarse el taxi y luego este se marchó.

Sebastián no tenía mucha hambre, estaba más bien cansado. Por lo que se ofreció a quedarse en la sala de espera para que Isabel, Toni y Gemma bajaran a cenar. Después lo haría él.

Isabel le dijo que Andrea estaba al cuidado de Victoria y que ella lo mantendría

informado también.

Ya en la cafetería del hospital, Isabel y los demás hablaban de la feliz noticia; pero Gemma no tenía muy buena cara.

—Toni, porque no os vais a casa, yo me quedo aquí y cualquier cosa les llamaré —les propuso Isabel.

—No, mamá, quiero estar con mi hermana, estoy bien.

—Creo que tu madre tiene razón Gemma, en tu estado hay que cuidarte, las emociones fuertes no le hacen bien a una embarazada.

—Así es, hija, mejor vete a casa y descansa. Seguro que Victoria estaría de acuerdo con ello.

—Pero le fallé en la vez anterior y ahora...

—¡No digas eso! —le interrumpió Isabel—. Olvídate de lo ocurrido antes, ella lo ha olvidado y no te culpa de nada, nunca lo ha hecho. Así que, por favor, ahora piensa en ti y en tu bebé.

—Está bien, mamá, pero cualquier cosa...

—Os avisaré, tranquila. Además, Sebastián me hará compañía.

—Pero, quizás querrá irse a su casa, ma.

—No cariño, te aseguro que no se moverá de aquí hasta saber que tu hermana está bien.

—¿Es su novio? —preguntó Toni.

—No, aún no lo son. Digamos que son muy buenos amigos.

Dicho esto, cuando terminaron de cenar se marcharon a su casa.

Isabel vio a Sebastián que tenía su cabeza apoyada en la pared, sus ojos cerrados y los brazos cubiertos con su chaqueta. Se estaba quedando dormido cuando sintió a

Isabel sentarse a su lado.

—Lo siento, hijo, no quise despertarte.

—No, tranquila, lo intento, pero no puedo.

—¿Y Antonio?

—Se ha marchado a casa para ver a mi cuñada y a mi sobrina, que se quedaron solas con la mujer de Antonio. Mi padre está de viaje y no hay quien las cuide.

—Sí, es mejor así. Cuando te llame agrádecele el que haya venido.

—Lo haré, Isabel.

—Por cierto, hijo, gracias también por acompañarme.

Sebastián le sonrió.

—¿La quieres mucho, cierto? —preguntó Isabel.

—¿Eh?

—A Victoria.

Sebastián se acomodó en la silla, apoyo sus codos en las rodillas, entrelazo sus dedos y resopló suavemente. No respondió enseguida, pero se sinceró con Isabel.

—Sé que eres su madre y que quizás no te guste oír estas cosas, pero... no puedo evitarlo, ella es... lo es todo para mí, Isabel.

Isabel notó sinceridad en la mirada de Sebastián.

—La verdad es que... no solo la quiero... creo que me estoy enamorando de ella.

Isabel le tocó el hombro y le sonrió.

—Ella se pondrá bien, confiemos en ello —él le correspondió poniendo su mano vendada sobre la de ella.

—Por cierto ¿Gemma y Toni? —preguntó Sebastián buscándolos a su alrededor.

—Les pedí que se marcharan a casa. Gemma quería quedarse, pero preferimos que, en su estado, lo mejor sería que descansara.

—Sí, es verdad.

—No quiero más sustos por hoy y mucho menos perder otro nieto.

Sebastián la miró enseguida confuso. Isabel hizo un gesto de vergüenza al saber que dijo algo que no debía. Trató de disimular, pero ya era tarde. Sebastián comenzó a llenarse de preguntas.

—¿Otro nieto?, pero Gemma dijo que era su primer embarazo. Entonces...

—Lo siento, Sebastián... he metido la pata hasta el fondo.

—¿Victoria?

Isabel asintió tímidamente y se llevó la mano a la frente.

—No me digas que... en este accidente lo ha...

—¡No, no, para nada! Fue hace meses, mucho antes de conocerte.

—Pero... ¿Qué fue lo que pasó? Ella no me ha dicho nada.

Isabel notó que Sebastián comenzaba a ponerse serio; así que decidió decirle la verdad. Pero solo una parte, ya que a Victoria le correspondía decirle el resto.

—Verás, Sebastián... Victoria estaba inquieta y preocupada por ocultarte su pasado. Tú le gustas mucho y quería contártelo, por eso iba a verte...

»Tenía que hablar contigo, ella se sentía mal, porque tú le confiaste tus cosas, tus problemas y ella aún no te había dicho nada. Victoria se enfadará conmigo; pero, voy a contártelo, por favor no te disgustes con ella, primero escúchame.

Sebastián asintió, se cruzó de brazos ligeramente serio y comenzó a escuchar a Isabel. Conforme Isabel hablaba, él se sentía confundido al principio, pero poco a poco cambió su actitud; se sentó más relajado y cómodo para escuchar a Isabel. Estaba sorprendido por lo que iba descubriendo de Victoria. Comenzó a encajar algunas piezas, sabía cómo se habían conocido Sandra y ella y que la habían operado, pero ahora sabía la razón de esa operación con más detalle.

Isabel le contó que Victoria descubrió que estaba embarazada poco después de haber roto con su novio, ella quería tener al bebé y hacerse cargo sola, pero él no lo quería.

La naturaleza eligió otra cosa y Victoria sufrió un aborto; después de su cirugía pasó por una etapa de estrés, de soledad, de dejadez. Ella se mantenía encerrada en su habitación o en su estudio. Se acercaba su cumpleaños así que idearon la manera de sacarla de ese encierro y le regalaron entre todos, el viaje al Santuario. Y el resto de la historia Sebastián ya la conocía.

Sebastián aún no comprendía, porque al principio Victoria mostró tanta desconfianza y lejanía hacia él; y concluyó que, quizás ella todavía quería a su expareja y no deseaba enamorarse de nadie más.

—Ella ha sufrido mucho Sebastián —le explicaba con los ojos húmedos al volver a recordar—. Siempre ha intentado resolver sus problemas, pero esta vez, no sabía cómo hacerlo y se encerró en ella misma. Pero después de su viaje, después de conocerte; ella volvía a ser alegre, a salir de su habitación y de casa. Retomó actividades que dejó de hacer en semanas y todo gracias a vosotros... a ti.

Sebastián la miró ciertamente sorprendido.

—Sinceramente, Isabel —se aclaró la garganta para hablar al notar su voz temblorosa—. Nunca habría imaginado todo esto en ella, estoy asombrado. Comprendo por qué no quiso decirme nada, tenía miedo y desconfianza —Isabel asentía—. Tu hija es todo un misterio, pero la admiro y... ¡por Dios, Isabel! —Sebastián se llevó sus manos a la cara y añadió—; después de saber todo esto... no tengo ninguna intención de dejarla sola, a menos que ella me lo pida —Isabel soltó el aire que tenía contenido al no saber cómo reaccionaría Sebastián—. Y si Victoria me lo permite, cuidaré de ella, te lo prometo.

Estaba conmovida y sentía alivio después de que Sebastián supiera la verdad sobre su hija. A Isabel se le salieron unas cuantas lágrimas y Sebastián al verla la abrazó mientras que ella se limpiaba los ojos con sus manos.

—¿Sabes una cosa, Isabel? —ella alzó los hombros—. Me gustas como suegra.

—Y tú como yerno —y ambos se quedaron abrazados un momento.

Pasada la medianoche, Toni llamó a Isabel para hacerle saber que habían llegado bien y que no olvidara informarle sobre cualquier novedad.

Sebastián también recibió la llamada de Antonio para avisarle que había llegado y que todo en casa estaba bien; salvo que Bertha y Elizabeth se veían muy preocupadas y que mandaban recuerdos a Victoria y a su familia, y que Sandra echaba de menos a su tío. Don Rodrigo también llamó y pensaba adelantar su viaje, mientras tanto que lo tuviera informado de todo.

Andrea al estar a cargo de Victoria, Isabel y Sebastián pudieron dormir un par de horas. Estaba amaneciendo y pronto comenzarían a permitir las visitas a los familiares. Victoria ya estaba en una habitación privada pero aún en cuidados intensivos. Cuando Isabel despertó, tenía una sábana del hospital cubriéndola y otra al lado suyo mal doblada, no vio a Sebastián, pero sí a Andrea viniendo hacia ella.

—Hola, Isabel, buenos días.

—Buenos días, Andrea. ¿Alguna novedad?

—¡Sí!... ya podéis pasar a verla en cuanto empiecen las visitas, que será dentro de unos minutos.

—De acuerdo, muchas gracias —Isabel buscaba a Sebastián.

—¿Buscas a Sebastián?

—Sí, ¿lo has visto?

—Ahora mismo no, pero seguramente se fue a desayunar o al baño.

—Gracias, Andrea.

—Yo vendré por vosotros, ¿vale?

Isabel asintió más tranquila.

Sebastián no quiso despertar a Isabel, se levantó para caminar un poco y salió al *parking*. Entró en su coche un momento para descansar y tomar aire fresco. Con el cansancio no pudo reflexionar sobre lo que ahora sabía de Victoria. En parte se sentía incómodo porque ella no confió en él desde el principio. Pero, por otro lado, apenas lo conocía y era natural que ella no le mencionara algo tan personal. Sebastián llegó a la conclusión de que él se había enamorado muy pronto y que esperaba más de ella,

cuando en realidad Victoria tenía sus dudas y sus miedos. Aun así, deseaba que ella se recuperara por completo y pudieran hablar para aclarar sus sentimientos.

Entre el cielo y el infierno

Isabel y Sebastián seguían a Andrea hacia el vestíbulo de cuidados intensivos. Después de haber cruzado un pasillo, se encontraron con una sala de espera ubicada en el centro, con cuatro sofás colocados en torno a una mesa central, sobre la que había revistas y algunos vasos de plástico vacíos. Justo arriba de esa mesa, había un tragaluz cuadrado que permitía una buena iluminación. Había personas sentadas y otras charlando en voz baja.

En el resto de la planta había dos máquinas de café y otra de alimentos. Algunas macetas con plantas de hojas grandes, que hacían el ambiente un poco más agradable.

Las habitaciones de cuidados intensivos estaban ubicadas alrededor del vestíbulo. Todas ellas tenían ventanas por las que se dejaban ver los pacientes desde la sala y sus persianas permitían tener intimidad cuando estas las bajaban.

En la puerta número seis, estaba Victoria; Isabel y Sebastián esperaban sentados mientras que Andrea la revisaba. Era su cambio de turno y tenía que dejar el informe a la siguiente enfermera. Le cambió la bolsa del suero y revisó todos los aparatos que tenía conectados. Sebastián se mordía las uñas de ansiedad y no paraba de mover la pierna, ya quería verla, tocarla; pero a la vez tenía miedo.

Para distraerse, miraba hacia todos lados y se encontró con la bolsa de la ropa de Victoria. Vio dentro de ella, su colgante de mariposa; lo sacó con mucho cuidado y al tenerlo en su mano, sintió un hueco en su pecho al verlo roto y ensangrentado.

Mientras lo miraba, Sebastián viajó un momento en el tiempo. Cuando él tenía quince años, recordó que preguntó a su madre: «¿cómo podía saber si la chica que le gustaba era la correcta?» Martha le respondió: «Hijo, si te sientes como la mejor versión de ti mismo cuando estás cerca de esa persona, entonces ella es la correcta.» —Martha se acercó a él lo abrazó y le dio una cajita roja y añadió—: Cuando encuentres a esa persona, entrégale esto y ella sabrá que le das tu corazón libre y ligero —él abrió la cajita y dentro estaba el colgante de mariposa.

Sebastián volvió a su realidad, se secó una lágrima que comenzaba a salir y miró hacia la habitación de Victoria.

—Es ella mamá, estoy seguro... has que se recupere, por favor —se levantó y se dirigió hacia los baños. Allí lo lavó con un poco de dificultad, al tener su mano dolorida; con cuidado, lo secó y lo envolvió con papel. Luego con delicadeza lo metió en el bolsillo de su chaqueta. Vio su rostro cansado en el espejo, se lavó la cara, se peinó con los dedos y salió.

Cuando volvía hacia la sala, vio que Andrea salía de la habitación de Victoria y les hizo señas para que se acercaran.

Isabel fue la primera en entrar y Sebastián le siguió detrás. Al verla, se quedó impresionado, allí estaba, magullada, dolorida y sin saber que él estaba con ella.

Isabel notó que Victoria estaba claramente mejorada; aún tenía la mascarilla de oxígeno, pero la cara menos hinchada, y ya comenzaba a tener color en sus mejillas pese a los cortes que tenía; pero los moratones aún estaban como los vio la primera vez.

—Me duele verla así —reconoció Sebastián al ver el gran corte en su frente.

—Lo sé, hijo, pero está mejor, si la hubieras visto cómo llegó, se te habría partido el corazón como a mí.

Sebastián no podía imaginarla peor que ahora.

Andrea entró con una silla y una almohada para Sebastián.

—Gracias, Andrea.

—De nada, Sebastián. Cualquier cosa, por favor avisad, si se mueve o se queja c notan algo, tocad este botón —les señalaba Andrea un pequeño mando del lado derecho de la cama de Victoria.

—De acuerdo, Andrea. Y gracias por cuidar de ella.

—Ha sido un placer, Isabel, sabes que la aprecio mucho y espero que se recupere. Tengo ganas de verla despierta y confío en que sea pronto.

Andrea se despidió y salió de la habitación. Isabel se sentó sin dejar de mirarla,

mientras que Sebastián se quedó de pie un buen rato.

Casi habían pasado las veinticuatro horas desde el accidente y ella seguía dormida. Cada vez que pasaban los minutos se sentían angustiados. Pero no podían hacer nada más que seguir esperando.

Cuando Andrea se marchó, la enfermera que la reemplazó no les permitía entrar a los dos. Así que se iban turnando para poder estar con ella, comer y descansar. Isabel había salido de cuidados intensivos para hablar con Gemma y Toni, y Sebastián se quedó con ella.

La miraba desde la silla mientras se quedaba dormido. No se dio cuenta de que una enfermera había entrado a revisar el goteo de la bolsa y cuando esta salía, lo despertó haciéndole saltar con el ruido de la puerta que se cerró de golpe.

Se levantó, todos sus huesos le crujían, se estiró y pensó que echaba de menos dormir en una cama; pero Victoria ahora lo necesitaba, o más bien, él a ella. Levantó su silla y la acercó a la cama, volvió a sentarse y cogió la mano de Victoria acariciándola con mucha ternura y luego apoyó su mejilla en ella.

—Victoria, despierta ya —le hablaba Sebastián—; me haces falta, necesito escuchar tu voz, tu risa... quiero verte pintar tus cuadros... Quiero que salgamos juntos... te quiero a mi lado. No puedo verme sin ti, por favor... vuelve conmigo.

Isabel desde fuera de la habitación lo observaba y le conmovió verlo así. No recordaba que Victoria tuviera un hombre que se preocupara por ella, que se desviviera por ella. Lo que recuerda eran relaciones mal llevadas, relaciones en las que su hija era la que daba más y recibía decepciones y desengaños. Pero tuvo que aprender de ellas para poder elegir mejor. Estaba segura de que Sebastián la hacía muy feliz. Pero ella tenía que despertar para vivir y disfrutar de ello.

Victoria estaba de pie completamente desnuda, sus pies se apoyaban sobre un camino de madera y no sentía frío; había niebla a su alrededor, no sabía si ese camino comenzaba o estaba en medio de él, pero lo sintió firme y seguro, por lo que se decidió a caminar.

Conforme andaba, se escuchaba el correr del agua de un río; algo tocaba sus brazos, tenía una sensación de frescura y suavidad. Miró hacia los lados y vio hierba

y plantas que se abrían paso conforme ella avanzaba.

A cada paso que daba, se sentía amada, libre y feliz. La niebla se disipaba poco a poco, lo que le permitía ver tierra firme y a los árboles, plantas y flores silvestres en ese lugar. Caminó unos metros más y pudo ver el riachuelo que corría con fuerza por ambos lados del sendero de madera.

El agua era tan cristalina, que se dejaban ver las rocas debajo del agua, desgastadas por la fuerza de la corriente. Miró hacia arriba y vio a través de las copas de los árboles el cielo azul y los rayos del sol que calentaban su piel. Era tan hermoso y tan relajante que no pudo evitar detener su andar y mirar todo a su alrededor con detenimiento. En ese momento minúsculos destellos de colores, como si fueran estrellas a plena luz, comenzaban a descender sobre ella y levantó las manos para recibirlos. Algunos cayeron en su mano, luego por todo su cuerpo, y vio que eran pequeños botones de flores que al tocar su piel se abrían y de ellas nacían mariposas del mismo color del botón. Esas pequeñas mariposas se posaron sobre ella cubriendo su cuerpo desnudo.

Su cabello estaba suelto, bien peinado, más largo que de costumbre y brillante. Su piel era suave y resplandeciente. Siguió caminando, las mariposas acompañaban su andar al compás de sus movimientos, se sentía renovada. El camino de madera terminó y la condujo hacia un jardín con forma circular. Al pisar el césped, provocó en ella la sensación de tibieza y agrado. Se adentró en el centro del jardín y desde ese punto pudo ver la belleza de ese lugar lleno de color, como si estuviera dentro de uno de sus cuadros.

Escuchó un movimiento entre los arbustos y vio la figura de una mujer cuyo cuerpo era de agua cristalina; lucía el cabello largo y no tenía rostro. La figura se posó en el jardín y parecía no dar importancia a la presencia de Victoria. Después apareció una niña, también con el cuerpo de agua, se acercó riendo a la figura de la mujer, se cogieron de la mano y jugaron juntas entre las flores. Se escondían tras los árboles y volvían al césped para seguir jugando y danzando.

Ambas figuras se quedaron quietas de repente y miraban en dirección a Victoria, las dos figuras de agua se fusionaron se elevaron hacia el cielo sobre la cabeza de Victoria y cayó sobre ella una lluvia ligera; pero el agua no la tocó, ni a las mariposas; su piel y su cabello estaban secos y resplandecientes.

Bajó la mirada al escuchar un ruido de movimiento de hojas desde el lugar donde habían salido las figuras. Tras los árboles apareció un hombre rodeado de una luz dorada que transmitía mucha paz y serenidad. La figura se acercó unos pasos a

Victoria y ella retrocedió un poco asustada.

—Por favor, no temas —le pidió el hombre.

—¿Quién eres?

—¿Es que no me reconoces? ¿Tan pronto te has olvidado de mí?

Victoria trataba de recordar, pero no podía distinguirlo con su rostro oculto entre las sombras. Pero conforme lo observaba podía distinguir su aspecto. El hombre camino unos pasos hacia la luz del sol y así pudo verlo con mayor claridad.

El hombre tenía un aspecto jovial y alegre, delgado y de estatura mediana, sus ojos verdes, su nariz torcida y un pequeño bigote castaño oscuro al igual que su cabello con una coronilla calva en su cabeza. Vestía una camisa blanca, un traje en color marrón y zapatos de piel tipo mocasines a juego con el traje.

—¿Papá?! ¡¿eres tú?! —preguntó Victoria sorprendida y con los ojos bien abiertos.

—Hola, Victoria.

Victoria quiso ir hacia él, pero la detuvo enseguida.

—¡Espera! quédate dónde estás, yo me acercaré.

—¡Papá!... tenía muchas ganas de volver a verte, aunque fuera en mis sueños.

—Lo sé, cariño.

—¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo aquí?

Su padre se acercaba hacia ella y le sonreía.

—Eres toda una mujer, te he echado de menos; aunque siempre he estado a tu lado maquetita.

—Yo también te he echado de menos papá y no sabes cuánto.

Aunque el dolor de la ausencia de su padre lo tenía presente cada día, Victoria había olvidado como era su sonrisa y su voz.

—¿Qué hago aquí, papá?

—Has venido para salvarte a ti misma.

Su padre llegó hasta ella y le extendió sus manos. Victoria le dio las suyas. Pero no podían tocarse.

—Pero... ¿por qué no puedo tocarte?

—Porque aún no es tiempo de que vengas conmigo. Solo he venido a verte un momento.

—¿Qué me ha pasado?

—¿No lo recuerdas? Sufriste un accidente.

—¿Entonces estoy muriendo?

—No, hija; tu cuerpo está dormido y tu mente descansa, pero te pondrás bien.

Victoria no recordaba ese accidente, solo la sensación de que tenía que ver a alguien.

—¿Qué es este lugar?

—Este lugar eres tú, estás en tu propio centro, en tu paraíso. Así es como tú lo percibes.

—¿Estoy dentro... de mí?

—¡Sí! Todo lo que está a tu alrededor es tu verdadero Ser, tu alma, tu pureza. Pero también has venido para cortar con los momentos amargos a los que no has prestado atención —y le mostró con su mano unas malas hierbas—. Hay que cortarlos de raíz, pero primero debes comprender algo.

—¿Qué es lo que debo comprender?

Su padre suspiró y se puso a su lado.

—Demos un paseo hija... Verás, has pasado por situaciones muy dolorosas desde pequeña y aunque has podido superar esos retos, las cicatrices se han acumulado en este lugar, no les has permitido disiparse y eso te ha causado muchos problemas; como perderte a ti misma por algunos momentos.

—No comprendo.

—Cuando acumulamos nuestros problemas, enfermedades, decepciones, enfados o tristezas y nos aferramos a ellos consciente o inconscientemente; el Ser comienza a fisurarse. Provocando que la desconfianza en uno mismo y en todo lo que hay a nuestro alrededor gobierne nuestros actos. Para evitarlo hay que sanar al Ser, permitiendo el dolor, pero sin aferrarte a él. De esta manera, cortas la raíz de esos malos momentos.

—Eso me pareció haberlo escuchado antes —Victoria trataba de recordar y le vino el nombre de Andrea.

—¡Ahora lo recuerdo! La carta de Andrea, ella me explicaba algo parecido —su padre asintió.

—Para curarte, debes hacer las paces con tu Ser, el cual ahora se ha dividido. Esas figuras de agua que has visto eres tú de niña y de mujer.

—Pero... parecían alegres, ¡felices!

—Solo te mostraron el motivo de tu visita, lo que has venido a hacer aquí, ¡unirlas, fusionarlas, hacerlas una sola!, otra vez. De la inocencia y la madurez nace la sabiduría y para alcanzarla, hay que disipar las cicatrices.

—A veces siento que mi vida es inútil, que estoy estancada. He logrado muchas cosas, perdido otras; pero finalmente, miro a mi alrededor y veo que no tengo nada, ¡no soy nada papá!

—¡Te equivocas!... tienes más de lo que tú crees. Tienes amor, fe y confianza. Tienes a tu madre y a tu hermana. También tienes a nuevas personas en tu vida que te esperan, que te aman.

Victoria trataba de recordar y se tocaba la cabeza. La imagen de Sandra y luego la de Sebastián aparecieron ante ella, luego se desvanecieron como el humo.

—Sí, ellos también —dijo su padre sonriendo—. Pero... hay más gente que aún no conoces y que confiarán en ti. Tienes muchos talentos hija y tu misión es darlos a conocer, ¡compartirlos! Todos tenemos el poder de destruirnos a nosotros mismos o ¡de crearnos! Porque el amor, la fe y la confianza son un poderoso escudo ante todos nuestros temores.

Victoria recordó que Sebastián le dijo algo parecido.

—Pero, ¿no sé cómo hacerlo? ¿cómo encontrarme a mí misma?

—Ya lo has hecho otras veces. Déjate llevar por tu corazón, por tu instinto; como siempre lo has hecho. Quizás no veas los resultados de tus esfuerzos enseguida, pero estás cosechando y habrá un día en que recojas esa cosecha y disfrutes de ella. Deja el pasado atrás, no le tengas miedo al amor, no tengas miedo de sentirte amada. Deja que todo ese pasado quede atrás y ábrete camino a lo nuevo, hija.

—Tengo miedo de que me hagan daño, papá.

—¡Sí! y esa es la causa de tu división.

—¿Mi miedo es la causa?

—¡Así es!... pero, si solo ves en ti o en las personas las cosas negativas, lo que no te gusta o te molesta, no podrás florecer.

Victoria recordaba los gestos que hacía su padre cuando le enseñaba a ella y a Gemma las cosas de la vida y se dio cuenta de lo mucho que añoraba ver y escuchar a su padre.

—Cada vez que sientas miedo —prosiguió él—; o pienses de forma negativa, trata de ver el lado bueno de la situación. Solo así podrás seguir adelante, a veces tú misma te pones obstáculos. ¡Eres tu propio obstáculo, Victoria!

Hubo una pausa mientras Victoria reflexionaba.

—Papá, ¿alguna vez te has decepcionado de mí?

—¡No, nunca! Eres valiente, fuerte; todo lo que te propones lo consigues porque crees en ello, ¡en ti!... Podrás salir adelante Victoria, pero también abre tu corazón al amor, no te cierres a él. Las cosas que hemos perdido, hija, algún día se nos compensaran con algo mejor, más duradero, más sano.

—Muchas veces... deseé que hablaras conmigo, como lo estás haciendo ahora y me dieras un tirón de orejas, que me aconsejaras y aquí estás. ¡Gracias, papá!... me gustaría quedarme más tiempo aquí contigo.

—Lo sé, pero aún tienes cosas que hacer, una vida que vivir.

Sin darse cuenta, llegaron al mismo punto de partida, en el centro del jardín. La figura de su padre comenzaba a desaparecer.

—¡Papá!... aún no... no te vayas.

—No podemos quedarnos aquí más tiempo, tienes que volver Victoria; ya es hora de que regreses, tu madre y él, te están esperando.

—¿Él? ¿Sebastián? —preguntó Victoria, pero su padre solo le regaló una sonrisa.

—Adiós, hija.

—¡Papá! solo algo más por favor... Elizabeth ¿sabes quién es?

Su padre asintió.

—¿Qué ocurre con ella?

—Está muriendo... pero... tú puedes serle de gran ayuda.

—¿Cómo puedo ayudarla?

—Cuéntale nuestra historia, háblale de mí; cuéntale todo lo que hemos vivido y ella tomará su propia decisión. Tenemos que irnos, Victoria.

—Pero...

—Por favor, saluda a tu madre de mi parte. Y a Gemma dile que la quiero y que la felicito por sus bebés, serán unos niños muy sanos.

—¿Sus bebés? ¿Gemma será madre?

—Sí... mellizos. Y tú también lo serás... algún día. ¡Adiós, cariño!

—¡No, papá! ¡Espera!

—Te amo hija y sigue adelante.

El eco de las palabras de su padre, repicaban como una melodía en su cabeza.

—¡Papá! ¡papá!

En cuanto la figura de su padre desapareció, todo a su alrededor también le siguió.

Sebastián se había quedado dormido sujetando la mano de Victoria. Isabel estaba durmiendo en uno de los sofás de la sala de espera; había algunas personas más que cuidaban de sus familiares. Una de esas personas comenzó a toser, lo que hizo que Isabel se despertara. Intentó dormir un poco más, pero fue imposible a pesar del cansancio. Se enderezó del sofá, se limpió los ojos y se levantó para ir al baño. Vio a Sebastián durmiendo y se dijo que en cuanto tomara un café le despertaría para turnarse con él.

Ya en el baño, Isabel se lavó las manos y la cara, se peinó el cabello con los dedos y vino a su mente la imagen de su marido. Tuvo la extraña sensación de que le acariciaba su mejilla. Cerró sus ojos, he hizo una oración para que le ayudara a Victoria a despertarse. Poco después Isabel salía del baño directo hacia la máquina del café. Se preparó uno y volvió a sentarse en el sofá para beberlo. Al terminar, dejó el vaso vacío en la mesita y fue a hacia la habitación de Victoria.

Vio a Sebastián sentado muy incómodo y le llamó en voz baja.

—Sebastián, despierta —él abrió sus ojos y vio a Isabel a su lado.

—Hola, hijo, ve a tumbarte al sofá, yo me quedo con ella.

—Sí, de acuerdo.

Sebastián soltó la mano de Victoria, la miró y al levantarse le acaricio el cabello. Estaba a punto de salir de la habitación cuando escucharon algo.

—Ummm... pa... pa.

Ambos se miraron sorprendidos y se volvieron hacia ella, porque con la mascarilla en su rostro, no se podían distinguir los sonidos que hacía.

—Pa... pá, papá.

Isabel y Sebastián se acercaron a su cama.

—Victoria... cariño, ¡hola! —Isabel la cogía de la mano.

Victoria comenzaba a moverse con dificultad. Sebastián e Isabel se alegraron y comenzaron a hablarle. Sebastián camino deprisa y tocó el timbre que les indicó Andrea. Enseguida acudieron un médico y una enfermera.

—¿Qué ocurre?

—Ha hablado doctor y está abriendo los ojos —le explicaba Sebastián.

A Victoria le costaba abrir sus ojos, veía siluetas a su alrededor y unas manos tocándole los brazos. Estaba confusa, se esforzaba por escuchar bien; aun así, no sabía lo que ocurría.

—Victoria, ¿puede escucharme? —le hablaba el doctor.

Una pequeña luz blanca le dañaba los ojos y parpadeaba pesadamente; quería cubrirse la cara con su mano izquierda, pero le costaba levantarla y le dolía.

—Tranquila, no te muevas —le pidió la enfermera y luego se dirigió a Isabel y a Sebastián pidiéndoles que salieran un momento de la habitación. A regañadientes tuvieron que salir. Pero no se apartaron de la ventana. Isabel estaba temblando, Sebastián lo notó, se quitó su chaqueta y se la puso a Isabel en la espalda.

—Tranquila Isabel, ha despertado, confiemos en que esté bien.

Isabel asintió, pero seguía sin poder controlar el temblor de su cuerpo.

Quince largos minutos después el médico salió. Les explicó que ya estaba fuera de peligro, que reaccionaba bien a los reflejos y sus funciones cerebrales eran normales. Por un momento estaría confusa y sentiría mucho dolor, debían tener paciencia y ayudarla a recordar poco a poco.

Luego entraron los dos. Victoria vio a su madre y le extendió su mano derecha.

—Hola, cariño ¿cómo te encuentras?

—Hola, ma... me duele... el cuerpo... y la cabeza.

Victoria sentía la boca seca y pidió beber un poco de agua. La enfermera se la sirvió y después los dejó con ella.

—Nos alegra mucho que ya hayas despertado, cariño, el médico dice que te pondrás bien.

—Sí —dijo débilmente.

Después trató de levantar la cabeza, pero el collarín se lo impedía, aun así, vio a Sebastián a su lado. Se dio cuenta de lo mucho que lo añoraba.

—Sebastián.

—Hola, Victoria —Sebastián se sentía aliviado y feliz al verla consiente, deseaba echarse en sus brazos y tumbarse junto a ella. Pero de momento solo podía conformarse con contemplarla—. Ya habrá tiempo para eso— se dijo sonriente.

—Debo estar... horrible.

—Bueno... un poquito, pero puedo acostumbrarme.

Ella sonrió y le acarició la mano lastimada.

—¿Qué te ha... ocurrido... en la mano?

—Me hice daño con una pared, pero ya estoy bien. No te preocupes.

Victoria quiso levantar su brazo, pero sintió la aguja y abandonó la idea. Mientras tanto ella seguía hablando, pero lo hacía con mucho esfuerzo.

—¿Cuánto tiempo... llevo aquí... mamá?

—Casi treinta horas, hija.

—Vaya... os he dado... un buen susto... ¿verdad?

Sebastián e Isabel se miraron, como si recordaran todo lo que habían pasado.

—Sí, hija, pero ahora estas bien.

—¿Y Gemma?... Quiero verla.

—Se ha ido a casa, no se sentía bien y Toni la llevó para que estuviera mejor. Casi tuvimos que obligarla, no quería irse.

—Hiciste bien... ahora ella... tiene que cuidarse... por su embarazo.

—Pero, ¿cómo has...?

Isabel y Sebastián se quedaron boquiabiertos al escucharla.

No se explicaban cómo pudo enterarse, puesto que de ese tema lo hablaron lejos de ella, era imposible que pudiera escucharlos.

—No te asustes... —le dijo Victoria sonriente—. He tenido... un confidente.

Isabel la miró sin poder entender aún.

—Tuve... una charla... muy interesante... con papá.

Isabel se llevó la mano a su corazón y comenzó a llorar.

—Te envía saludos mamá... algún día... os contaré sobre esa experiencia —hablaba mirando también a Sebastián.

Isabel estaba sorprendida, se preguntaba si su hija había estado tan mal como para haber visto y hablado con su padre.

—Hemos hablado... de algunas cosas... principalmente de mí. Pero... no me permitió quedarme más tiempo —tomó aire y miró a Sebastián—. Me dijo que... me estabais esperando.

Sebastián le sonrió y se acercó a ella acariciando su cabello.

—No he podido apartarme de ti. Me diste un buen susto. Pensé que te perdía.

—Pues... aquí estoy.

Isabel en silencio agradeció a su marido. Después les dijo que iría a hablar a Gemma para darle la buena noticia y los dejó a solas.

Ambos se miraban a los ojos. Este no era el fin de semana que tenían planeado, pero lo recuperarían en cuanto las cosas se normalizaran.

—Gracias... por haber estado aquí... a mi lado... y cuidar también a mi madre.

—No tienes que agradecerme nada, sabes que te quiero y era lo menos que podía hacer.

—Quiero... disculparme.

—¿Por qué?

—No he sido... sincera contigo... no te he contado nada de mí.

—Ya hablaremos de eso en otro momento.

—Me he comportado contigo... muy fríamente y no lo mereces.

—No tienes que disculparte. Tu madre me lo ha contado.

—¿A qué... te refieres? —Victoria se sorprendió con su respuesta.

—Disculpe joven —la enfermera interrumpió su charla—, la paciente tiene que descansar.

—Muy bien. Ya lo has oído, tengo que dejarte descansar.

—Pero... Sebastián.

—Victoria, quédate tranquila, ya hablaremos. Te quiero.

Victoria lo vio salir de su habitación y la enfermera se quedó con ella arreglándole las almohadas. Se sintió un poco cansada y volvió a quedarse dormida, esta vez, con una sonrisa en sus labios.

Dejando el pasado atrás

Sebastián llamó a su familia para informarles sobre Victoria. Su padre había adelantado su viaje para acompañarlo; pero al recibir la llamada de Sebastián se fue directamente a casa a cuidar de su nuera y su nieta.

Don Rodrigo estuvo pendiente de Victoria todo el tiempo, Elizabeth no pudo evitar contarle lo ocurrido. Ahora todo mundo se alegraba de que al fin Victoria había reaccionado y estaban seguros de que la verían con mayor frecuencia.

Un día después de que Victoria despertara y con el último informe médico, en el que el doctor había asegurado que su recuperación era muy buena; pronto podría darle el alta. Con esta buena noticia, Sebastián decidió ir a su casa para ducharse, cambiarse de ropa, descansar y luego volver al hospital para verla. Él ofreció a Isabel que lo acompañara para que hiciera lo mismo, pero ella no quiso dejar sola a Victoria. En su lugar, Isabel fue a comprarse ropa para cambiarse; y en el hospital, Andrea le permitió ducharse y descansar en la habitación de Victoria.

Gemma estaba muy contenta de que su hermana se encontrara bien; y pudo llamarla y darle la noticia de su embarazo. Victoria, aunque ya lo sabía, la felicitó como si no estuviera enterada de nada; decidió que era mejor guardarse para ella, de momento, el encuentro con su padre.

Elizabeth y Bertha también estaban felices al ver a Sebastián con el alma nuevamente en su cuerpo. Las dos lo vieron muy mal cuando se enteró de ese accidente y estaban muy inquietas y preocupadas por él.

Antonio puso al día a don Rodrigo; y este no podía creer que su hijo reaccionara de esa manera, a no ser que esa chica realmente le importara.

Victoria estaba sentada en su cama desayunando, le costaba un poco mirar lo que

comía; ya que el collarín se lo impedía. El doctor le hizo unas radiografías y estaba mejorando, pero debía tenerlo al menos una semana más. Y las escayolas de la mano y de la pierna izquierda tendrían que aguantar más tiempo con ellas.

Cuando bebía su zumo de naranja, vio llegar a Isabel con una bolsa de plástico del súper.

—Hola, cariño —la saludo nada más entrar.

—Hola, ma. Veo que has podido traer mis encargos.

—¡Claro que sí! —Isabel puso la bolsa en la cama de Victoria y comenzó a sacar unas cosas. Entre ellas una libreta, un paquete de bolígrafos y otro con sobres para cartas.

—¡Bien! gracias, ma. ¿Has desayunado?

—Sí, hija, tenía mucha hambre. He comido muy bien y he descansado gracias a Andrea.

—Jamás pensé que volvería a verla y mucho menos aquí.

—Sí, también me sorprendí cuando me saludo. Ella se ha ido, pero vendrá por la noche.

—Sí, me lo ha dicho cuando me trajo el desayuno —Victoria bebía con una caña su zumo de naranja y seguía hablando con Isabel—. Me dijo que pidió su traslado aquí porque sus hijos estudian la universidad en esta ciudad; y su marido decidió poner un negocio de ferretería, la mujer está muy contenta.

—Me alegra por ella.

Victoria intentaba poner la bandeja a un lado, pero su mano libre no le ayudaba.

—Espera que te ayudo... Pero aún no has terminado.

—Tengo algo que hacer antes de que llegue Sebastián —le explicaba mientras cogía la libreta y los bolígrafos.

—¿Podrás escribir?

—Sí, tranquila, ahora me las arreglo.

—De acuerdo, quieres que te deje a solas.

—No, no. Puedes quedarte.

Mientras Victoria escribía, Isabel miraba el televisor y luego se puso a leer unas revistas de decoración y jardines que se había comprado.

Cuando Victoria terminó de escribir, le pidió ayuda a Isabel para cortar las hojas, doblarlas y guardarlas en un sobre, lo cerró y dejó el sobre en su mesita de noche.

Isabel se estaba quedando dormida en la silla cuando Sebastián tocó a la puerta con tremenda sonrisa y con un ramo de flores silvestres.

Victoria al verlo le brillaron los ojos y le sonrió de oreja a oreja. Isabel se despertó y se acomodó en su silla.

—¡Hola!, buenos días, guapas. ¿Cómo estáis? —Sebastián se acercó a Isabel para saludarla primero.

—Hola, hijo, que alegría verte, te ves mucho mejor y más descansado.

—Lo estoy, me vino muy bien ir a casa, ver a la familia y dormir, sobre todo dormir.

Todos rieron. Sebastián se acercó a Victoria y le dio un beso en la frente.

—Esto es para ti, de parte de Bertha y Antonio —le mostraba el ramo de flores.

—¡Oh!, que bellas están, dales las gracias. ¿Son de vuestro jardín?

—Del nuestro no; Bertha hace arreglos florales y las cultivan ellos.

—Son muy bellas —le decía mientras olía las flores.

—Más bella eres tú —le aseguró Sebastián.

—Bueno chicos, yo los dejo que aquí salgo sobrando.

—No, Isabel, espera —Sebastián la detuvo.

—No he venido solo, he traído conmigo a mi padre; no quiso quedarse en casa, prefirió venir a veros.

—¿De verdad? —Victoria estaba sorprendida—; ¡dile que pase!

—Pero habrá mucha gente aquí y nos llamarán la atención —dijo Sebastián.

—Será solo un momento, no te preocupes —le decía Victoria mientras lo cogía de la mano.

—Bien, entonces ahora lo traigo.

Sebastián salió a buscar a don Rodrigo; mientras que Isabel se acercó a un cristal que le hacía de espejo. Se arregló la ropa, se peinó los cabellos y con una toallita se limpió la cara. Victoria se divertía al verla arreglarse para conocer a ¿su consuegro? —y Victoria al pensarlo se sonrojó.

Minutos después, entraron Sebastián y su padre con una caja de bombones.

—¡Don Rodrigo!, qué alegría verlo —Victoria le extendió su mano buena.

—Hola, hija; ¡madre mía, mírate como estas! —Don Rodrigo se le acercó para saludarla.

—Ya está mucho mejor, papá.

—¿De verdad?

—Sí, los moratones son muy escandalosos —decía Isabel a espaldas de don Rodrigo, que al escucharla se giró sorprendido.

—Mil disculpas, señora, no le presté atención, que descortésia la mía.

Sebastián y Victoria se miraron divertidos.

—Soy el padre de Sebastián. Todos me llaman Don... Rodrigo, solo Rodrigo —le decía mientras le besaba las mejillas.

Victoria y Sebastián no se lo podían creer; él nunca había dicho eso a nadie y ahora con Isabel ¿solo Rodrigo? Aun así, les hizo gracia.

—Soy Isabel, la madre de Victoria, gracias por venir a visitarla.

—Faltaría más, pero si ya casi sois como de la familia.

—¡Papá! —le llamó Sebastián sonrojado.

—¡Vale, vale! no he dicho nada.

A través del cristal Victoria vio que se acercaba la enfermera y miraba hacia donde estaban ellos.

—¡Sebastián!... —le llamó Victoria señalando hacia afuera y también la vio.

—Papá, tenemos que salir, no dejan...

Pero la enfermera se acercó rápidamente a la puerta y cuando estaba a punto de hablar, Isabel se le adelantó. Cogió del brazo a don Rodrigo y se lo llevó hacia la puerta.

—Ven conmigo Rodrigo, te invito un café y seguimos charlando.

Don Rodrigo la acompañó y se despidió de Victoria, la enfermera se apartó para dejarlos pasar, mientras Isabel le regalaba unos buenos días a la enfermera. Ella le dio a cambio una sonrisa forzada y luego, miró de reojo a Sebastián y a Victoria, después se marchó y se quedaron solos.

—¿Qué acaba de pasar aquí? —preguntó Sebastián.

—No tengo idea, pero presiento que nuestros padres se llevarán bien —le decía Victoria mientras los dos sonreían recordando toda la escena.

Victoria se veía muy bien, estaba de buen humor; Sebastián la notó muy mejorada, era increíble que hace un par de días él estaba sufriendo al pensar que podía perderla. Pero también recordó lo que Isabel le contó sobre ella. Y consideró que era el momento oportuno para hablar y aclarar ciertas cosas. Sobre todo saber qué rumbo llevaba su relación.

Victoria cogió el vaso con agua mientras que Sebastián acercaba una silla y la ponía al lado de su cama.

—Mi padre, seguro que después invitará a tu madre a comer; así que tendremos tiempo para hablar —le explicaba mientras la cogía de la mano y la miraba a los ojos.

—¿Cómo estás?

—Bien, la verdad es que me estoy recuperando rápidamente.

—Sí, eso es muy, muy bueno.

—Qué bonito detalle el que tu padre deseara venir a verme. Y qué pena que la enfermera no nos dejó charlar más.

—Ya habrá tiempo, nena —la miraba con mucha ternura.

—Siento que hayas tenido que conocer a mi familia en estas circunstancias.

—No te preocupes; aunque creo que a tu hermana no le caí muy bien.

—¿Gemma? —sonrió ella—; es muy celosa, pero seguro que te cogerá cariño. Y Toni, es un cielo.

—Sí, hacen una muy buena pareja. Sabes... pensaba decirte esto en la fiesta de navidad, pero...

Victoria lo miraba intrigada.

—Hace días le pedí a mi padre que visitara a un amigo suyo que es pintor y que le llevará tus cuadros. Mi padre estaba de viaje; y cuando supo lo de tu accidente, adelantó su regreso para acompañarme, no sin antes ver a su amigo.

—¡Vaya! Tu padre es un encanto, Sebastián.

—Te aprecia mucho, Victoria, como todos nosotros.

Victoria sonrió y acarició la mano de Sebastián.

—¿Y qué le ha dicho?! —preguntó entusiasmada.

—Pues... le han gustado mucho, dijo que tienes muy buen concepto, muy buen uso de los colores, y que haces una excelente composición para transmitir emociones.

—¡Guau!... Qué bien, me alegra mucho saber eso.

—Te dije que eras buena pintora. Y sabes... le dijo a mi padre que tus cuadros a la venta los puedes poner entre quinientos y ochocientos dólares, cada uno para empezar; y si organizas una exposición pueden hacerte ofertas y en ella se puede elevar el precio. ¡Ah! y que estará encantado de ayudarte con ello... y yo también.

—¡Vaya qué alegría! Sebastián, muchas gracias. Dale las gracias a tu padre

también.

—Ya se las darás tu misma —le besó la mano y le guiñó un ojo.

—Y hablando de pinturas —Victoria lo miró con tristeza—. Siento que no se hayan salvado las que iba a llevaros a vosotros.

Sebastián esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Te equivocas, cariño, ¡sí se salvaron!

Victoria no se lo podía creer.

—Pero... ¡¿cómo?!

—Tuviste una idea excelente en ponerlos en el asiento con el cinturón de seguridad. Solo a ti se te pudo ocurrir ponerlos allí —ella le sonrió y levantó los hombros tímidamente.

—¡Vaya!... y yo que pensé que estaba exagerado.

—Pues ya ves que no.

—Entonces... Sandra tendrá su pintura y tú también.

—Yo tengo algo mejor.

—¿Sí? ¿Y qué es?

—A la pintora.

Victoria se ruborizó y Sebastián notó el brillo en sus ojos.

—Lo que sí siento es lo de tu coche —le dijo él.

—No pasa nada, mejor el coche que yo.

—Eso ni se cuestiona, y mejor cambiemos de tema, ¿te parece?

Victoria asintió.

—Tú y yo... aún tenemos una charla pendiente...

Victoria sabía a qué se refería y también creyó que era el momento oportuno para darle algunas explicaciones.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero... antes de comenzar te pido que me dejes hablar, solo si tienes alguna pregunta, por favor me interrumpes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, te escucho.

Victoria tomó aire y comenzó a hablar...

»Tuve una pareja hasta hace unos tres o cuatro meses quizás. Duramos como novios un año, nuestra relación como casi todas comenzó bien. Pero se fue deteriorando debido a diferencias entre nosotros. El detonante fue un sueño que yo quería realizar. Quería dedicarme a la pintura como algo más profesional.

Él no estuvo de acuerdo con ello, pensó que lo mejor sería continuar con mi trabajo de diseñadora web a dejarme llevar por un tonto sueño como él lo llamó.

Dejé de pintar por meses y me dediqué de lleno a mi trabajo; la verdad es que me fue muy bien en el aspecto económico. Hice muchos clientes, conocí a muchas personas y con muy buenas referencias me di a conocer. Todo marchaba bien, pero nuestra relación, no. Cada vez nos veíamos menos y cuando lo hacíamos nunca estábamos solos; siempre con un familiar suyo o con sus amigos, y yo en segundo plano. Discutíamos mucho, en ocasiones se atrevió a decirme que no le gustaba mi forma de peinarme, ni de vestirme.

Cuando salíamos a algún centro comercial, entrábamos a las tiendas de ropa y casi siempre me elegía algo, que yo nunca me puse. En una ocasión... entramos a un local de cosméticos y le pidió a la dependienta que me enseñara a maquillarme.

Sebastián al escuchar esto, sintió como le hervía la sangre, ¿cómo podía un hombre hacerle eso a la mujer que tiene como compañera? Simplemente no podía entenderlo.

—Pero eso no fue lo peor —continuó Victoria—. Un día en su casa, me había quedado a pasar la noche con él y a la mañana siguiente me dijo que tenía ganas de llevarme de viaje y yo me entusiasme; porque hacía mucho tiempo que no salíamos juntos. Pero la razón de ese viaje sería para visitar a un cirujano plástico para que me operara el pecho y las caderas.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Sebastián estupefacto.

—Eso mismo le pregunté yo —prosiguió ella—. Él solo se rio y dijo que era una broma; pero no me lo pareció a mí. Desde ese momento me sentí incómoda con mi cuerpo, con mi aspecto. Lo pasaba mal con una persona que solo veía mis defectos y no me reconocía mis virtudes, y mis sueños no los apoyaba. Poco a poco dejé de verlo, de hablarle; incluso, el solo escuchar su nombre me daba pereza y me enfadaba. Hasta que un día decidí dejar la relación, lo hablamos y estuvo de acuerdo. Poco después me enteré que estaba saliendo con otra chica durante el tiempo en que nos distanciamos.

Sebastián solo movía la cabeza, no podía entenderlo. Sobre todo, que Victoria, siendo una chica tan inteligente, estuviera saliendo con alguien así.

—Poco después de terminar la relación —Victoria se aclaró la garganta—; me enteré que estaba embarazada —hizo una pausa y miró a Sebastián esperando su reacción, pero él, tan solo la contemplaba con cariño—. Pensé mucho en decírselo, pero al final lo hice, se lo dije y él reaccionó muy mal. Después recibía constantes correos suyos amenazándome con buscarme para llevarme a un hospital y abortar.

Sebastián se puso rojo de rabia cuando Victoria le contó lo ocurrido aquel día en el restaurante. Lo que provocó que se levantara sumamente molesto y se giró hacia la ventana. Por un momento, Victoria pensó que se iría de su habitación.

—¿Sebastián? ¿Estás bien?

—Sí... —le respondió, pero no la miró—. Pero no puedo entender... simplemente no puedo entender ¿cómo pudiste enamorarte de alguien así?! —y se volvió hacia ella. Victoria tenía la mirada clavada en el techo; y al verla así, Sebastián se le acercó y se sentó en su cama.

—Perdóname Victoria, creo que me he excedido un poco con todo esto, no debí comportarme ni hablarte de esa manera. Pero es que... ese hombre es un cobarde, es un hijo de p...

—No pasa nada, yo también me lo he preguntado muchas veces; y le he nombrado de muchas maneras. Pero la única explicación que he encontrado es... que no supe elegir bien. Me deje llevar por el momento... que después se convirtió en una pesadilla.

Sebastián le acarició los dedos de su mano buena. Ella le sonrió tristemente.

—Un amigo suyo —siguió hablando—, hizo daño al coche de Gemma como

venganza; Toni y ella lo denunciaron, poco después lo despidieron del trabajo. Y Xavier, mi expareja, a pesar de sus amenazas, jamás se atrevió a buscarme; ni siquiera se acercó a mi casa. Mi hermana dejó de hablarme un tiempo por lo ocurrido al coche. Días después me comencé a sentir mal, algo no iba bien con el embarazo, fuimos a urgencias y allí me dijeron... que lo había perdido.

—Lo siento mucho, cielo. Ojalá hubiera estado allí para ayudarte de alguna manera.

—Pero lo estás ahora y eso es lo que me importa.

Mientras Sebastián le daba tiempo para seguir hablando, él le seguía acariciando la mano.

—En el hospital, conocí a Sandra y a Andrea —y esbozó una gran sonrisa. Ellas de alguna manera me ayudaron antes y después de mi cirugía. Sandra me abrió los ojos con su cuento sobre las orugas y las mariposas, pero no fue hasta que visité el CIEB que lo comprendí. Y Andrea, me tendió la mano para salir del pantano emocional en que me encontraba en ese momento. Fue muy difícil para mí salir de allí y comenzar de nuevo.

Victoria estaba sacando todo lo que podía. Quería dejar su pasado atrás, necesitaba hablar; no se había dado cuenta de todo lo que tenía acumulado en su interior, hasta ahora.

—Estando ya en mi casa, cuando ya todo había pasado; recibí un correo de él preguntándome ¿cómo estaba yo?; en ese momento decidí decirle lo ocurrido y le pedí que no me buscara más. No esperé a que me respondiera, cambié de correo electrónico para no recibir más mensajes suyos. Bloquee su número de móvil, y no he vuelto a saber nada de él, ni quiero saberlo.

A Sebastián le dolía mucho que ella hubiera tenido que pasar por todo eso. Comprendió el porqué estaba tan retraída hacia él. Tenía miedo de que le hicieran daño y entendió porque reaccionó mal aquella noche que la llevó a casa de su padre.

Victoria lo miró y notó su mirada perdida.

—¿En qué piensas? —quiso saber ella.

Sebastián volvió a sentarse en su silla, se acomodó en ella y se cruzó de brazos, mirándola.

—Sinceramente... creí que aún lo amabas y... esa era la razón por la que te alejabas de mí.

Victoria con dificultad negó con la cabeza.

—¡No, para nada! —le respondió ella con sus ojos húmedos—. Me alejaba por miedo a enamorarme de tí... y que cuando supieras de mi pasado te marcharas de mi lado.

Sebastián ahora lo sabía, ella también lo quería. Se acercó hacia ella y le besó la mano.

—Victoria... no puedo alejarme de ti, no quiero hacerlo; a menos que tú me lo pidas. Tú ya formas parte de mi vida y no puedo imaginarme sin tenerte conmigo.

Sebastián le limpió una lágrima y le sonrió. Ambos guardaron silencio sin dejar de mirarse, y luego ella continuó.

—Después de que todo acabó, yo me pedí vacaciones... las necesitaba mucho. Mi hermana y yo nos reconciamos; se acercaba mi cumpleaños también y aunque no deseaba celebrarlo, mi familia me organizó una comida —Victoria reía al recordar—. ¿Sabes cuál fue mi regalo? —Sebastián asintió.

—El viaje al Santuario —dijeron a coro.

—Fue idea de mi cuñado Toni. Ese viaje significó para mí el primer paso para cambiar, para limpiarme de todo aquello que me hacía daño. Estando allí por casualidad me encontré con Sandra o más bien ella me encontró a mí; y después... te conocí a ti. El viaje al Santuario ha sido el mejor regalo de mi vida... porque estabais vosotros incluidos en él. Jamás pensé, ni siquiera en mis mejores sueños, que allí encontraría de nuevo el amor y a mí misma.

Sebastián sintió sus ojos llorosos.

—No existen las casualidades —le dijo él—. Todo pasa por alguna razón.

—Eso lo has aprendido de tu padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el día que me llevaste a tu casa, me lo dijo.

Victoria sintió la mirada de Sebastián, era una mirada misteriosa, pero le gustaba sentirla, era como si alguna parte de él entrara a través de ella y le curara el corazón y el alma.

Victoria pensó en su padre; Sebastián resulto ser un estupendo jardinero y le estaba ayudando a cortar sus malas hierbas, tan solo con escucharla. Necesitaba hablar para sanar, necesitaba dejar ir lo viejo para permitir entrar a lo nuevo. Ahora se sentía liberada de todos esos recuerdos dolorosos. El peso en sus hombros se estaba aligerando, todo gracias a que volvía a creer, a confiar y a amar.

—Te admiro, Victoria; me siento orgulloso de ser tu amigo... y estoy deseando que algún día seamos más que eso.

Victoria lo miró a los ojos y le permitió hablar.

—Ahora yo... quiero protegerte, quiero cuidarte y que tengas confianza en mí. Dejemos que las cosas sucedan por sí solas, sin forzarlas. Tú me gustas mucho, Victoria —a ella le palpitaba el corazón nada más escuchar sus palabras—; pero si necesitas tiempo, entonces toma todo el que necesites ¡conozcámonos!; solo has de saber que te estaré esperando.

Victoria sintió el impulso de abrazarlo, pero no podía moverse como ella quería. Sus ojos se le llenaron de lágrimas, nadie le había hablado de esa manera. Sebastián le secó otra lágrima que se escurría en su mejilla y le sonrió.

—Tú también me gustas, Sebastián y quiero estar contigo. Me hacía falta desahogarme, dejar que todo esto saliera de mi vida. Te agradezco que me hayas escuchado y sobre todo que no me juzgaras.

—No soy nadie para juzgarte, cada quien tiene sus pruebas en la vida y su manera de resolverlas. Tú eres una chica asombrosa y no me cansaré de decirlo. Y si me necesitas, aquí estaré o al menos lo intentaré, como tu bien me dijiste un día.

Sebastián se le acercó y le habló al oído.

—Porque te quiero.

Victoria sintió los labios de Sebastián muy cerca de los suyos, pero fueron interrumpidos cuando escucharon a sus padres entrar a la sala. Luego se acercaron a la puerta de la habitación. Don Rodrigo tocaba el cristal con sus dedos, llamando a su hijo, ya tenía que volver a su casa. Victoria aprovechó para entregarle a Sebastián un

sobre dirigido a Elizabeth y se despidieron con sus corazones aliviados y más unidos que nunca.

La carta a Elizabeth

Victoria pasó en el hospital cuatro días más; y durante ese tiempo, después de escribir la carta a Elizabeth, se dedicaba a hacer los bocetos para sus nuevas pinturas, inspirados en los paisajes que recordaba cuando vio a su padre. Con la carta, Victoria no tenía la intención de hacer cambiar de opinión a Elizabeth, simplemente quería hacerle llegar un mensaje, apoyado en el amor, la confianza y en la fe. Palabras que su padre le recordó varias veces.

En el primer momento que pudo, Sebastián se la hizo llegar. Elizabeth tenía muchas ganas de visitar a Victoria, pero su estado de salud no le favorecía para salir de casa.

Sandra sabía que su amiga estaba enferma y que de momento no podía recibir visitas. Aun así, se las ingenió para hacerla feliz con los dibujos que le enviaba a través del móvil de su tío.

Don Rodrigo quedó muy complacido al conocer a Isabel. Como era de esperarse ambos se compartieron el gusto por los jardines e hicieron buena amistad. Le recordó que aún estaba en pie la invitación para pasar las navidades con ellos.

Antonio y Bertha también le enviaban saludos constantemente.

Gemma y Toni fueron los más ausentes. Gemma no lo estaba llevando bien. Tenía constantes mareos y náuseas; y al tener tanta distancia de por medio entre su piso y el hospital, decidieron que esperarían a que Victoria volviera a casa y poder visitarla allí.

Isabel tuvo que pedirse unos días libres para estar con Victoria; y como ya se acercaba la navidad, su ausencia no afectaba a sus alumnos, ya que pronto saldrían de vacaciones.

Don Rodrigo mandó arreglar la cabaña que tenían dispuesta para sus visitas, así estarían más cómodos cuando ellos llegaran. Por su parte, Sebastián y Victoria

deseaban que llegaran esas fechas para tener su primera cita y querían los dos que fuera especial.

El día en que Sebastián le entregó la carta a Elizabeth, ella estaba durmiendo. Sebastián no se atrevió a despertarla porque Bertha le dijo que había pasado mala noche. Dejó la carta en la mesita junto a su medicación, para que pudiera verla.

Elizabeth se despertó, pero permaneció tumbada en su cama; Sandra jugaba en el jardín con su abuelo y con Bertha. Desde su habitación escuchaba las risas de su hija y se sintió sola y abandonada. Añoraba los días en que paseaban juntas al parque, los días en que le enseñó a caminar, su primer día de escuela; y todo eso había terminado para ella.

Al principio cuando supo que estaba enferma deseaba luchar contra la enfermedad y ganarle la batalla, pero su cuerpo era débil y la enfermedad le estaba ganando. Cuando Sebastián la acompañó con otro especialista para someterse a un tratamiento aún más fuerte y por esperanzador que fuera; lo único que quería era estar con su hija, para disfrutar con ella del tiempo que le quedaba.

Pero desde el accidente de Victoria; se dio cuenta de que no podía disfrutar de Sandra como ella había pensado. Su cuerpo se debilitaba y su estado de ánimo se decaía, no le quedaban fuerzas para hacer nada, ni siquiera para comer, no le encontraba sabor a nada que se llevara a la boca.

El tiempo que pasaba con su hija, Elizabeth dormía y si alguien más estaba con Sandra, ella seguía durmiendo. Entonces, ¿qué era lo que realmente estaba haciendo? ¿Qué clase de vida estaban viviendo ella y su hija? Quería evitar que Sandra la viera sufrir con las náuseas y los vómitos o que se le cayera el cabello. Pero Elizabeth lo único que hacía era agotar el poco tiempo que le podía quedar.

Como ya no quería pensar más; se sintió con ánimo para levantarse de la cama y tratar de bajar ella sola al jardín para estar con Sandra.

Miró la hora de su reloj y faltaban unos minutos para tomar su medicación. Cogió su pastillero, bebió agua y tragó las pastillas. Cuando dejó el vaso en su mesilla, vio un sobre dirigido a ella, cogió el sobre, lo abrió y comenzó a leer.

Elizabeth descubrió que era una carta de Victoria y se interesó poco a poco en

saber qué le decía; sobre todo, porque escribió una carta muy larga y sentía curiosidad. Conforme Elizabeth leía, se quedaba pensativa, dudosa; sabía de algunas personas que habían tenido experiencias con algo divino cuando estaban enfermas o moribundas. Pero nunca se imaginó que Victoria sería una de ellas.

Elizabeth parecía no parpadear, estaba muy interesada por todo lo que estaba descubriendo en esas líneas. Se preguntaba ¿a dónde quería llegar Victoria escribiéndole todas estas cosas tan personales? y ¿qué tenía que ver esto con ella? Llegó un momento en que Elizabeth tenía sus ojos llenos de lágrimas, se sentía conmovida por la historia de Victoria y su familia. Ahora la admiraba más porque desde pequeña siempre tuvo que luchar, ser fuerte y salir adelante por amor, por confiar, por creer. Al llegar a las últimas líneas, Elizabeth tenía las manos temblorosas, era como si le hubieran dado una tremenda sacudida para despertarla.

Cuando conoció a Victoria le pareció una chica normal, una chica que gustaba de la aventura; pero también imaginó que al ser una chica atractiva tenía el mundo a sus pies. Jamás se imaginó que ella hubiera pasado por tantas cosas siendo niña. Y eso que Elizabeth no sabía el resto de la historia de Victoria. Aún con la carta en sus manos, escuchó que alguien tocaba a su puerta, se limpió las lágrimas, se puso de pie con un poco de dificultad y abrió la puerta ella misma.

—¡Hola, Elizabeth, buenos días!

—Buenos días, don Rodrigo, pase por favor.

—Gracias, hija. Eh... ¿todo bien, Elizabeth? —Don Rodrigo la conocía muy bien sabía que algo le ocurría.

Ella se sentó nuevamente en su cama e invitó a don Rodrigo a hacer lo mismo.

—¿Qué ocurre, te sientes mal?

Ella lo miró y negó con la cabeza al mismo tiempo que le entregaba la carta.

—¿Qué es esto?

—Es de Victoria. Me la ha escrito y... después de leerla... me he dado cuenta que debo poner en orden mis sentimientos, mis pensamientos... mi vida en general.

Don Rodrigo se quedó un poco confundido, no entendía nada.

—Pero... ¿por qué me la has dado? ¿Qué quieres que haga con ella?

—Quiero que... usted y Sebastián la lean. Victoria es una mujer... muy valiente. Sebastián tiene mucha suerte de haberla encontrado. Ojalá yo hubiera tenido a alguien que supiera valorarme y darme la fuerza para salir adelante. Y ella, sin conocerme de nada... me ha dado esa confianza y esa fuerza que pensé había perdido hace meses... hace años.

Don Rodrigo estaba intrigado, su nuera se veía y se escuchaba diferente. Algo en ella había cambiado y esa carta le explicaría la razón de su repentina transformación.

—De acuerdo... la leeremos entonces.

—¿Dónde está Sandra? —preguntó Elizabeth intentando levantarse de la cama y don Rodrigo le ayudó.

—Está abajo merendando en la cocina, con Bertha.

—Puede ayudarme a bajar hacia allí, quiero acompañarla.

Don Rodrigo estaba perplejo, hacía mucho tiempo que no veía a Elizabeth con ganas de hacer algo; y sobre todo bajar a comer. Así que le ayudó y la acompañó hasta la cocina.

Y allí estaba Sandra, peinada con dos coletas trenzadas, una blusa roja de manga larga y cuello alto y un pantalón vaquero. En cuanto Sandra vio a su madre, se lanzó a sus brazos.

—¡Mami! buenos días.

—Hola, cielo, buenos días.

—¿Vienes a merendar conmigo?

—Claro que sí, princesa.

Bertha se le quedó mirando a don Rodrigo muy sorprendida, y él le hizo señas de que todo iba bien.

—Bertha, ¿puedes prepararme una merienda ligera por favor?

—Claro que sí, Elizabeth —Bertha estaba asombrada.

Antonio y Sebastián volvían a casa en ese momento. Después de limpiar el establo, entraron por la cocina y Bertha se molestó porque no le gustaba que le dejaran oliendo a caballo toda la casa y mucho menos su cocina. Pero pronto se les pasó el disgusto cuando vieron que Elizabeth estaba sentada con su hija merendando. Sebastián miró a su padre y este le hizo señas de que viniera con él y Sebastián lo siguió intrigado.

—¡Papá! ¿qué ocurre?

—Eso mismo llevo preguntándome desde hace un momento —le decía mientras lo guiaba hacia su despacho—. Fui a buscar a Elizabeth a su habitación, ella misma me abrió la puerta y quiso bajar a merendar con Sandy, ¡ah! y me dio esto.

—Es la carta de Victoria, ¿qué haces tú con ella?

—Te digo que me la ha dado ella y me pidió que tú y yo la leyéramos —le explicaba al mismo tiempo que abría la puerta de su despacho y entraban ahí—. Cierra la puerta por favor.

—Pero... no entiendo nada.

—Creo que es mejor leerla para poder entender a Elizabeth, por favor léela tú por mí —le pedía don Rodrigo, mientras se sentaba en su silla.

Sebastián se sentó también, abrió la carta, se aclaró la garganta y comenzó a leer.

Querida Elizabeth:

¿Cómo estás? Yo estoy recuperándome. A veces me duelen la pierna y el brazo; y cuando me río, o al toser, o bostezar me duelen las costillas. Las roturas de hueso duelen mucho y más cuando hace frío, seguro que en casa podría estar mejor, pero hasta que no me den el alta tengo que aguantar.

Por suerte tengo a una maravillosa enfermera que ya conocía hace tiempo y me la encontré de nuevo. Ella me ha estado cuidando y me siento muy mimada.

Todos vosotros os habéis preocupado por mí y os lo agradezco de todo corazón; y aunque sé que querías venir a visitarme, estás presente en mis pensamientos y así te siento cerca. Y esta carta que te escribo es para hacerte ver que también estoy

cerca de ti.

Quizás te parezca algo extraño, o tal vez una locura lo que voy a contarte; pero, durante el tiempo que estuve inconsciente, viajé a un lugar maravilloso, casi mágico y recibí la visita de mi querido padre.

Hablamos sobre mí y sobre las cosas que aún tengo que perdonarme y valorar para poder avanzar, y hacer que mi vida siga siendo hermosa a pesar de las dificultades. Este viaje no solo fue para sanar mi cuerpo, también para sanar a mi corazón.

Mi padre y yo no pudimos charlar mucho tiempo, me decía que tenía que despertar porque había gente que me estaba esperando y que me echaban de menos y entre ellos estabais Sebastián, Sandra y tú. Mi padre me dijo que podía contarte nuestra historia y ese es el principal motivo de esta carta.

Verás... mi padre fue una persona muy buena, un hombre muy inteligente, que podía resolverte una complicada ecuación matemática y a la vez tener sensibilidad para las artes. Gracias a él aprendí a dibujar y después a pintar. Tuve una infancia muy feliz al igual que mi hermana. Él tenía muy buen empleo y nuestra vida no era lujosa, pero vivíamos cómodamente. Mi madre no trabajaba, se dedicaba a nosotras, al hogar y en sus tiempos libres hacia arreglos florales, de allí su gusto por los jardines.

Cuando yo tenía once años, nuestros padres decidieron que nos mudaríamos a otra ciudad; y aunque mi hermana y yo no estábamos felices con la idea, lo respetamos, porque se sentían entusiasmados con ello. Mi hermana y yo nos adelantamos al viaje y vivimos con unos tíos abuelos en un rancho que tenían en la ciudad de León, Guanajuato. Estuvimos sin nuestros padres casi medio año y durante ese tiempo hubo muchos cambios.

En el colegio, mi hermana y yo, no éramos bien recibidas por venir de la ciudad; nuestras notas bajaron y tuvimos que cambiarnos un par de veces de escuela, ya que mi hermana lo pasaba mal con sus compañeras y le hacían la vida imposible.

Mis padres mientras tanto, durante ese tiempo tuvieron la difícil tarea de vender nuestra casa y preparar la mudanza, para luego reunirse con nosotras.

Una vez vendida la casa, a mi padre se le ocurrió la idea de bajar una antena de televisión que teníamos en la azotea de la casa; puesto que el nuevo propietario no la quería y subió por una escalera de madera que él mismo construyó.

Pero, cuando casi llegó al final de la escalera, esta se partió por la mitad, provocando que mi padre cayera desde casi cinco metros de altura. Mi madre y una vecina que estaba allí, lo vieron caer y trataron de amortiguar la caída. Pero no pudieron evitar que se golpeará la cabeza contra el suelo de concreto.

Mi madre nos contó que fue tal el golpe, que su cabeza rebotó. Lo llevaron al hospital, le curaron sus heridas, le hicieron estudios, pero no se le vio nada extraño, tan solo el duro golpe.

Poco después se reunieron con nosotras. Vivimos en una casa pequeña, que llenamos con todas nuestras cosas de la casa anterior y en la que apenas cabíamos.

Con el dinero de la venta de la casa, mi padre tenía el plan de crear un negocio de zapatos deportivos. Compraron telas, máquinas de coser, hormas para los zapatos de todas las tallas de pie. Y los materiales necesarios para comenzar con su empresa. Mi padre tuvo que aprender a fabricarlos y él enseñó a mi madre. Juntos hacían los zapatos y comenzaban a venderlos poco a poco en los mercadillos.

Pero alguna gente de allí, al ver que mis padres podían hacerles una buena competencia; evitaron que su negocio creciera y tuviera éxito. No recuerdo cómo sucedió, pero sé que todo su plan fracasó, el poco dinero que teníamos se estaba agotando y los gastos se incrementaban.

Por esa razón, mi hermana y yo tuvimos que regresar a la Ciudad de México; pero allí nos separaron, debido a que nuestros familiares no podían alojarnos a las dos en la misma casa. Yo me fui a vivir con mis abuelos maternos y mi hermana con un tío, hermano de mi padre. Mis padres nuevamente se quedaron a vender lo poco que nos quedaba y a planear su regreso. Tanta fue su desesperación; que se vieron en la necesidad de plantearse un divorcio.

Pero su amor fue más fuerte que aquellos días complicados; y decidieron que lo mejor sería unir de nuevo a la familia y empezar de nuevo, pero todos juntos.

Pasamos un año sin ellos, mi hermana y yo tuvimos que aprender a resolver nuestros propios problemas y a madurar pronto. Poco después volvimos a reunirnos. Al principio pasamos muchos meses difíciles, porque se agotaron todos

nuestros recursos financieros, principalmente en darnos estudio, vestido y alimento.

Mi padre contactó con un antiguo jefe suyo para que le diera trabajo y así fue. Él volvía a trabajar y nuestra vida se estaba normalizando. Pasaron los años y yo comencé mis estudios en la universidad, mi hermana el bachillerato.

Cuando todo parecía ir bien, mi padre comenzó a comportarse de manera extraña; a veces era muy cariñoso, otras, se enfadaba por cualquier cosa, comenzó a perder la memoria y la vista de su ojo derecho, y sufría de unos dolores de cabeza terribles. Según los estudios médicos que le practicaron, él padecía de migraña. Le dieron medicación para ello, pero no se notaba ninguna mejoría. Por el contrario, se transformó totalmente de un adulto a un niño.

Se le olvidaba donde estaba el baño en casa, ni siquiera recordaba cómo ponerse un calcetín, no sabía cómo coger una cuchara para comer. Cuando sufría de dolor de cabeza a la hora de la comida, teníamos que esconder los cubiertos para evitar que se hiciera daño, porque cualquier cosa que encontraba a la mano se la intentaba clavar en la cabeza al no soportar el dolor.

Teníamos que ducharlo, vestirlo, darle de comer. Se perdió en un mundo que desconocíamos; hasta que llegó el momento en que no nos reconocía cuando volvíamos de la escuela, unos días veía ángeles otros demonios. Incluso, en ocasiones parecía que hablaba al revés o en otros idiomas; y se enfadaba con nosotras al no poder entender lo que quería decirnos.

El hombre inteligente y sabio que conocíamos, se transformó en un hombre dependiente y casi en un completo extraño. Poco después le descubrieron que tenía un tumor cerebral, en forma de mariposa; el cual, le impedía realizar todas sus funciones normales y cotidianas. Ya era tarde cuando se lo detectaron y por ello sufrió mucho al principio de la enfermedad. Después las que sufríamos éramos nosotras, sin poder hacer nada más que ayudarlo a darle una vida cómoda, tranquila y brindarle nuestro cariño, aunque él no se acordara de su familia; él nunca se dio cuenta de nada.

Todo esto ocurrió durante un largo año. Estuvo bajo tratamiento de radioterapia, pero no le ayudó. Su tumor había crecido tanto que ya era imposible operarlo o hacer algo por él. Dejo de hablar, de caminar, de sentir; perdió totalmente la vista y un día por la mañana simplemente dejó de respirar. Y finalmente, murió en mis brazos.

Desde ese momento, yo me sentí responsable de cuidar a mi familia, de velar por mi madre y mi hermana; y es lo que he tratado de hacer desde entonces, aunque muchas veces sentí que no podía con ello.

Estaba convencida de que si hubiéramos descubierto su tumor a tiempo y haberle hecho más estudios desde que cayó de esa escalera, quizás se hubiera salvado; pero lo dejamos pasar por alto, no le dimos importancia y las cosas sucedieron de manera diferente.

Lo que me hace pensar en las palabras de don Rodrigo: las casualidades no existen, todo sucede por alguna razón.

Lo importante de esto es que, desde que nacemos hasta que morimos, estamos en una lucha constante, en un ir y venir de situaciones, buenas o malas, que sabemos o que desconocemos; que podemos evitar o aprender a vivir con ellas y adaptarnos a lo que venga.

Y que lo único que no se nos puede arrebatar, pase lo que pase, es el amor. Y ese amor es lo que nos hace fuertes, lo que nos da esperanza y confianza para salir adelante.

Mi querida Elizabeth, decidas lo que decidas hacer, siempre habrá gente que te apoya, que te ama, que daría su vida por salvar la tuya. Tienes una hija maravillosa, aprovecha cada momento con ella. Sandra también me hizo ver muchas cosas y me cambió. Ahora es un buen momento para que descubras hasta dónde eres capaz de llegar por amor, por confiar y por tener fe. La decisión es siempre nuestra.

Un abrazo muy cariñoso y confío en verte pronto.

Te quiere: Victoria.

Don Rodrigo tenía sus codos apoyados en el escritorio y sus manos entrelazadas, con la cabeza apoyada en ellas. Sebastián tras haber leído la carta, se quedó sin palabras y con lágrimas en los ojos, al igual que su padre. El despacho de don Rodrigo estuvo sumido en un silencio total durante un buen rato. Hasta que don Rodrigo rompió el silencio.

—Esto es... no tengo palabras para describirlo. Ahora entiendo por qué encontré a

Elizabeth tan... extraña.

—Victoria no deja de sorprenderme, papá. Yo... nunca había conocido a alguien así —Sebastián estaba impactado, hace tan solo unos días ella le contó sobre su pasado y ahora esto. Pensó en la fortaleza de Victoria y en el tonto que tenía de pareja. Ella era mucha mujer para el hombre con el que estuvo.

Ahora él quería protegerla, cuidarla, darle todo lo que ella se merece. Porque estaba seguro que Victoria era la mujer de su vida y no pensaba dejarla ir.

Don Rodrigo se acomodó en su silla con las manos apoyando su nuca, pensativo.

—Has elegido muy bien, hijo. Victoria es una gran mujer.

Sebastián sonreía a su padre mientras jugaba con un bolígrafo, sumergido en sus pensamientos.

Minutos después, alguien tocaba a la puerta.

—¿Sí?

—¡Don Rodrigo, soy Elizabeth!

—¡Pasa, hija! —ambos se levantaron de sus sillas.

—¿Podemos hablar?

—Claro, hija, siéntate.

—Yo os dejo para...

—¡No! no te vayas Sebas, quiero hablar con ambos.

Los tres se sentaron, Sebastián le entregó de nuevo la carta y don Rodrigo miraba fijamente a Elizabeth.

—Veo que ya la habéis leído.

—Aún estamos sin palabras —le hizo saber Sebastián. Don Rodrigo solo asintió.

—Yo también me quedé como vosotros. Haber leído esta carta, ha hecho que me diera cuenta de lo que he estado haciendo con mi vida, con mi familia, con mi

cuerpo... con mi tiempo. Y quiero disculparme porque yo no he sabido apreciar...

—No, Elizabeth, no tienes que... —la interrumpió Sebastián.

—Sebas, déjame terminar, por favor...

»No he sabido apreciar lo que estáis haciendo por mí y por Sandra desde que Raúl nos dejó y no me refiero a su muerte, me refiero antes de eso. Siempre he tenido ayuda de las personas, siempre he contado con alguien para salir de mis problemas. La vida la he tenido prácticamente fácil y resuelta —lo decía haciendo comillas con los dedos—. Haber leído esta carta ha despertado en mí la sensación de querer vivir —Don Rodrigo y Sebastián se miraron—. Quiero hacerlo por mi hija, por mí, por vosotros. Quiero ver crecer a Sandra... quiero verla graduarse, casarse... conocer a mis nietos, quiero... volver a enamorarme —comenzaban a salirle unas lágrimas—. Pero para ello tengo que vencer a una enfermedad de la que no sé si mi cuerpo pueda ganarle la guerra —Elizabeth hizo una pausa, pero no la interrumpieron—. Yo... estoy consciente, puedo hacer las cosas por mí misma, aunque con un poco de vuestra ayuda; puedo hablar, puedo ver, puedo luchar por mi salud, por mi vida. El padre de Victoria no tuvo esa oportunidad... porque la enfermedad se apoderó de él. En cambio, yo... me estaba apoderando de la enfermedad sin plantarle cara —Elizabeth se secaba las lágrimas mientras Sebastián le tocaba la rodilla. Don Rodrigo tenía sus ojos vidriosos, muy conmovido por las palabras de su nuera—. Lo que quiero decir es que... quiero que veamos de nuevo al especialista y si aún es tiempo, he decidido someterme al tratamiento de quimioterapia y hacer todo lo posible por sanar.

Don Rodrigo se levantó sin poder contener su alegría y la abrazó con mucho cariño. Sebastián compartía su entusiasmo y también se unió a ellos. Ambos estaban agradecidos por la actitud positiva de Elizabeth.

—Estamos muy orgullosos de ti —le dijo don Rodrigo—. Y todos vamos a ayudarte, sabes que no estás sola, hija.

—Lo sé, don Rodrigo y... también es posible que no pueda con la enfermedad... y si así fuera... quiero que mi hija sepa que luché por ella.

—Ella lo sabe Elizabeth —le decía Sebastián mientras la abrazaba—. Sabe que lo haces todo por ella; aún es una niña, pero es muy madura y estoy seguro de que también te ayudará a sanar, porque como te escribió Victoria, el amor, la fe y la confianza son una gran fuerza para salir adelante, pese a las dificultades. Y Sandra tiene mucho de todo ello.

Y Sebastián les habló del cuento con el que Sandra ayudó a Victoria.

En las siguientes horas, don Rodrigo contactó con el especialista de Elizabeth, para concertar una cita y que atendiera a su nuera lo más pronto posible. Sebastián acordó con Elizabeth que él mismo la llevaría a hacerse el tratamiento y ella estuvo de acuerdo.

Esa noche, Victoria y Sebastián tuvieron una charla muy larga por teléfono. Le agradeció la carta y le explicó la reacción de Elizabeth después de haberla leído.

La visita al especialista la tendría en dos días, por lo que Sebastián no podría ver a Victoria, ni acompañarla cuando saliera del hospital, pero quedaron en volver a verse en cuanto ella estuviera de nuevo en su casa.

También le explicó, que la misma Elizabeth le entregó la carta a Don Rodrigo para que la leyera él y Sebastián. Al principio Victoria se sintió incomoda y un poco avergonzada, principalmente con don Rodrigo, porque no quería que pensara mal de ella al escribir tantas cosas que solo sabían ella y su familia.

Sebastián le aclaró que sus palabras los habían animado y gracias a ellas, Elizabeth se sometería al nuevo tratamiento. Le dio un mensaje de parte de don Rodrigo: que ella y su familia ya formaban parte de sus vidas, por lo que no debía sentir vergüenza por ello. Además, se sentía agradecido con Victoria y orgulloso de contar con personas tan luchadoras y positivas en su familia. Dijo que Sandra tenía muy buen ojo para elegir a las personas y que, gracias a su nieta, dos familias se habían unido.

Ya no más secretos, aún había esperanza.

Un mes lleno de esperanzas

Por fin llegó el día en que Victoria salió del hospital. Ella y su madre esperaban a Toni en el *parking* para que las recogiera y las llevara a casa. Gemma las estaría esperando allí con la comida lista.

Cuando llegaron, celebraron su regreso con un gran festín y dio a su hermana el primer regalo para sus sobrinos; dos mantitas en color verde y amarillo pastel, junto con un osito y un conejo de peluche. Gemma, extrañada, recibió los regalos; pensado que Victoria se había equivocado. Pero, cuando les contó sobre el encuentro que tuvo con su padre y que fue él quien le mencionó el embarazo de su hermana, y que, además, venían en camino no uno, sino dos bebés. Gemma, Toni e Isabel quedaron boquiabiertos. Al día siguiente, el médico de Gemma se los confirmó, venían en camino dos chicos.

Mientras tanto Sebastián estaba en la Ciudad de México con Elizabeth; alojados en un hotel cerca del hospital, para evitar viajar largas distancias, y poder así, asistir a sus revisiones y estudios puntualmente y sin fatigarse tanto. Quedaron en visitar a Victoria nada más tener los resultados médicos, para compartir sus avances con ella y su familia.

Victoria ya estaba en casa desde hace un par de días. El collarín ya se lo habían quitado, le costó un poco acostumbrarse a andar con muletas, sobre todo teniendo sus dedos de la mano escayolados, pero se las ingenió para andar distancias cortas.

Ahora que deseaba caminar y salir de casa, tenía que quedarse en su habitación para no forzar la pierna de tanto subir y bajar escaleras o hacer algún mal movimiento con el que pudiera caer y hacerse aún más daño. Y quería evitar a toda costa eso, porque deseaba estar bien para la navidad.

Isabel resolvió todos sus pendientes en la escuela en que trabajaba. Debido al tiempo que se ausentó, tuvo que ponerse al día con sus asuntos para poder disfrutar de sus vacaciones en Michoacán.

Gemma y Toni también planearon sus vacaciones y estaban por irse en un par de días al Santuario; ya que con el embarazo de Gemma decidieron que era el momento ideal para que ellos lo visitaran, puesto que lo tendrían más difícil para caminar en las montañas en los siguientes meses y una vez que hubieran nacido los bebés no sabrían cuándo podrían ir allí. Por lo que ellos estarían esperándolas en la Reserva.

Hacía casi una semana que no se veían Sebastián y Victoria. Un día después de acompañar a Elizabeth con el especialista, la llevó a la casa de sus damas, como él comenzaba a decirles últimamente. Mientras Isabel y Elizabeth charlaban en el salón tomando té y galletas, Sebastián estaba con Victoria hablando en el jardín.

Sebastián había preparado un par de sillas y la mesilla para beber chocolate caliente que él mismo preparó; y después ayudó a Victoria a bajar por la escalera para poder charlar al aire libre. Elizabeth tuvo oportunidad de ver las pinturas de Victoria y quedó encantada. Eligió un par de cuadros para su dormitorio, y Sebastián cogió un par más para regalar a algunas personas importantes que le apoyaron en un proyecto científico hace tiempo y a los que aún frecuentaba.

—¡Este jardín me inspira, sabes! —Victoria le explicaba a Sebastián mientras él le acercaba su taza de chocolate—. Tengo muchas ganas de volver a pintar, pero por ahora solo hago bocetos.

—Eso está bien, pronto podrás volver a pintar y ya tendrás una base para tus nuevas creaciones —le animaba Sebastián mirándola a los ojos.

—Me pones nerviosa cuando me miras así —le decía sonrojada.

—Y a mí me encanta ponerte nerviosa, cielo —le respondía mientras tocaba su barbilla con la mano.

Sebastián, cogió uno de los cuadros, mirándolo con detenimiento.

—Yo aún no entiendo una cosa... —le decía Sebastián—. Los pintores habláis mucho de la diferencia que hay entre las luces y las sombras, o si mucha iluminación directa o indirecta puede afectar a una pintura. ¿Tú puedes explicármelo? —le inquirió Sebastián mientras daba un sorbo a su chocolate.

Victoria se aclaró la garganta e intentó explicarle a su manera. Le dio a Sebastián su taza de chocolate y él puso ambas en la mesilla.

—Alcázame tu cuadro —Victoria le señalaba una de las pinturas que Sebastián

había elegido—. Verás, la luz es importante porque les da vida, porque capta la atención del espectador. Incluso puede ser más importante que el color.

Sebastián volvió a sentarse para escucharla con atención.

—La luz es un elemento expresivo, si hay mucha luz en una escena, puede causar sensaciones como calor, energía, brillo, fuerza, incluso poder, guerra o el nacimiento de algo. Aparecen las sombras que le dan movimiento y con ellas surge el tiempo —Sebastián asentía, en señal de captar la idea—. Si en otra escena hay poca luz o casi inexistente, suele transmitir frío, misterio, vacío, incertidumbre, melancolía, un momento de reflexión, paz o muerte. Al no haber sombras por lo regular, lo que transmiten es la ausencia del tiempo.

Sebastián estaba admirado, le gustaba cómo explicaba las cosas, cómo se apasionaba con el tema y sabía de lo que hablaba. No había duda que había nacido para ello.

—La luz natural o artificial, tiene la función de afectar o estimular al espectador. Para sentir la pintura y realzar también los detalles ocultos por el mismo artista.

Sebastián por un momento se imaginó a Victoria en su dormitorio, pintando semidesnuda cerca de su ventana para captar la luz del día —o de la luna— pensó él.

—Por la noche —le explicaba Victoria mirando la pintura de Sebastián—; las pinturas tienen un aspecto y por el día otro, pero donde más se nota la diferencia es a plena luz del sol y... —Victoria notó que Sebastián se puso nervioso y sonrojado.

—¿Ocurre algo? ¿he dicho algo mal?

—¡No, no! para nada, me has convencido —y se levantó de su silla llevándose las manos a la cara.

—No se trata de convencerte... Tú estás muy extraño, ¿por qué? ¿qué es?

—Nada, Victoria, créeme, es solo que imaginé tu teoría y...

—¿Y?... ¿En qué estabas pensando?

—Victoria me estoy avergonzando...

—Pero ¿por qué?... ¡dímelo ya! que me tienes intrigada.

Sebastián no pudo más y para callar su curiosidad, se inclinó hacia ella y la besó mientras él apoyaba sus rodillas en el césped. Victoria se apartó un instante, mirándole a los ojos; pero el sabor de sus labios la hizo desear más y ella correspondió el beso. Un beso largo, sensual y apasionado. Los dos se entregaron a ese momento, ninguno quería separarse del otro; no había nada ni nadie en ese instante, solo ellos y sus sensaciones, sus luces y sus sombras.

Isabel se acercó a la cocina y sin querer los vio, causándole una gran emoción. Llamó a Elizabeth con discreción y ambas se acercaron a la ventana para verles. Para alegría de ellas y de toda la familia, que les decían que ya se estaban tardando en hacer evidente lo que todo mundo ya sabía.

Isabel terminaba de decorar las barandillas de la escalera, colocó luces en forma de racimos de uvas alternando en colores rojo y verde a lo largo del tramo de la escalera. Aunque aún faltaban unos días para la Navidad, Victoria terminaba de empapelar los regalos que se llevarían a casa de don Rodrigo. Por suerte su mano ya estaba sin escayola y como nueva para trabajar mejor.

Los clientes de Victoria se enteraron de su accidente y le enviaron regalos, flores y bombones. Ya tenía tantos que decidió llevarse algunos para compartirlos al personal del hostel y del Centro de investigación.

Desde hace un par de días, comenzó a sentir un molesto picor en la pierna, ya quería quitarse la escayola. Estaba entusiasmada porque para la Nochebuena luciría un vestido rojo muy bonito que su hermana le regaló en la pasada Navidad y no había tenido oportunidad de lucirlo hasta ahora. Quería estar muy guapa para Sebastián.

Isabel acomodó junto a la puerta de entrada de la casa, las maletas y algunos paquetes que se llevarían. Victoria ya deseaba estar allí nuevamente, con la diferencia de que estaría acompañada de su familia y de Sebastián como su novio. Ya tenían todo preparado para que él pudiera venir mañana por sus damas.

Al día siguiente, Sebastián llegó a la casa de Isabel y le hizo gracia ver que todo el equipaje ya estaba listo en la puerta. Después de almorzar, Isabel y Sebastián comenzaron a subir las maletas y paquetes. Victoria a su manera ayudaba poco, teniendo en cuenta que aún llevaba las muletas. Cuando llegaron a Toluca, Sebastián le prometió llevarla al médico para que le quitaran la escayola y llegaron a casa sin ella puesta.

Isabel, revisó las puertas de la casa, había regado las plantas y encomendó su casa a todos sus Ángeles y Arcángeles para que la cuidaran.

Sebastián y Victoria la esperaban fuera del coche y mientras Isabel se encontraba con ellos, aprovechó para devolverle a su novia el colgante de mariposa. Lo había mandado arreglar y había quedado como nuevo. Lo llevaba guardado desde hace un tiempo en su coche para devolvérselo en la primera oportunidad. Cuando se lo mostró, le contó la historia del colgante. Victoria lo abrazó y en silencio agradeció a Martha por ese bello regalo.

Sebastián se lo puso en su cuello y él se ganó un largo beso en agradecimiento. Después, él se recargó en la puerta de su coche y Victoria apoyó su espalda en el pecho de Sebastián; la abrazó cogiéndola por la cintura y ella descansó su cabeza en el hombro de su chico, mientras este le besaba su cuello con dulzura.

Los dos estaban felizmente enamorados; hacía unos días que no se veían y ya se echaban de menos. Los dos tenían deseos de estar a solas, de comerse a besos; pero tenían que esperar un poco más. Aunque su primer beso fue hermoso, los siguientes lo fueron aún más.

Isabel estaba por salir de casa, y los miró detrás de la cortina. Estaba feliz al ver que su hija había encontrado un buen hombre que la amaba, la respetaba y la animaba a realizar sus sueños. En ese instante recordó a su marido. Le habló y le dedicó la imagen que estaba viendo en ese momento.

—Nuestras hijas son maravillosas, ¿cierto, cariño? —Isabel sintió como si su marido realmente la escuchara y le tocaba el hombro y ella se lo tocó también.

—Vamos a ser abuelos, Gemma será una estupenda madre y Victoria ha encontrado al amor de su vida, como yo te encontré a ti hace tiempo. Gracias, cariño, por haberme dado esos dos bellos regalos y los que aún están por llegar. Te amo.

Isabel salió de su casa, cerró con llave y subieron los tres al coche.

Tuvieron un viaje muy tranquilo. Por fin hicieron la parada en el hospital para que Victoria tuviera su pierna libre; la misma Andrea se lo quitó y aprovecharon a desearle felices fiestas al darle los regalos de Navidad para ella y su familia. Se despidieron y quedaron en verse con mayor frecuencia.

Siguieron su camino rumbo a Ocampo; pero cuando pasaron por el lugar del accidente, Victoria no quiso mirar; de hecho, se sintió mareada cuando en su mente revivió el momento en que el coche que la adelantó aquel día, se dirigiera hacia ella y la golpeará con fuerza. Isabel no se dio cuenta de nada, se había quedado dormida durante el camino; pero Sebastián si lo notó. Él cogió su mano y le dijo que lo superarían juntos, que ya no estaría sola nunca más. Ella lo miró y le sonrió, se sintió más tranquila y siguieron disfrutando del viaje.

Poco después llegaron a casa de don Rodrigo, el cual ya les esperaba ansioso en el porche con una mesa lista con bocadillos, bebidas y picoteo. Elizabeth y Sandra salieron de la casa en cuando vieron el coche de Sebastián aparcando en el garaje.

Victoria e Isabel estaban maravilladas con toda la decoración navideña exterior. Había luces en los troncos de árboles, en los arbustos y en las fachadas de toda la casa. Por dentro estaba aún mejor, habían colocado un pequeño árbol navideño en el jardín de arena junto a los cactus también decorados; con la novedad de tener una nueva escultura de ángel, en honor al padre de Victoria. Y una placa metálica dorada, en la que estaban grabadas las palabras: «Amar, Confiar y Creer.» El nuevo lema que unía a las dos familias.

En el salón reinaba un árbol alto y regordete, cubierto de esferas en colores rojos y dorados, rodeado de luces blancas. Debajo de él, una gran cantidad de regalos para todos y aún faltaban por colocar allí los que traían consigo Isabel y Victoria.

Elizabeth y la niña, lo terminaron de decorar justo cuando ellos llegaron. Sandra, corrió a abrazar a su amiga, pero se detuvo en seco cuando la vio bajar del coche cargando las muletas; al verla así, Sandra se echó a llorar preocupada por su querida Victoria. Todos sonrieron al ver la inocente expresión de Sandra, ajena a todo lo ocurrido con anterioridad. Victoria la tranquilizó diciéndole que ya no las necesitaba que ahora podía andar perfectamente y sobre todo podían bailar y saltar juntas.

Después de convencerla le pidió que la llevara hasta su madre. Cuando Victoria vio a Elizabeth se sorprendió al notar el mejorado aspecto que esta tenía. El tratamiento de quimioterapia, aunque llevaba un par de semanas con él; se percibía que le estaba ayudando y aunque se le comenzaba a caer el cabello y las náuseas en ocasiones no la dejaban dormir; los médicos se sentían animados y optimistas con su evidente mejoría. Elizabeth hacía frente a la enfermedad con valor y mucho ánimo, teniendo el amor que sentía hacia su hija como escudo contra todos esos malestares.

Isabel por fin pudo conocer a la misteriosa Sandra, le encantó su cabello y Sandra estaba feliz por conocer a la madre de su amiga.

Don Rodrigo también se acercó a saludar a su otra nuera como él ya le decía. Y se sintió atraído por acompañar del brazo a su consuegra, a la que prometió llevarla más tarde a mostrarle su invernadero.

Bertha y Antonio también acudieron al encuentro. Gemma y Toni pasarían la noche en las cabañas y quedaron en reunirse todos allí al día siguiente para pasear por el Santuario como la gran familia que ya eran.

Todos se sentaron en torno a una mesa larga, comieron hasta reventar. Lo que más encantaba a Victoria fueron los deliciosos postres que prepararon Bertha y Elizabeth. Había música y baile; aunque a Victoria y a Sebastián no se les daba bien, don Rodrigo e Isabel les dejaban boquiabiertos con lo bien que lo hacían. Una noche muy alegre para todos.

Cuando terminaron la cena, don Rodrigo llevó a Isabel a conocer sus jardines. Ella estaba encantada, había plantas y flores con mucha belleza y que solo había visto en algunas revistas de decoraciones. Don Rodrigo le mostró algunos retoños y le prometió darle algunos para que los cultivara en su propio jardín. Por lo visto también iniciaban con muy buen pie una nueva etapa en sus vidas.

Dentro de casa, en el salón; estaban Elizabeth, Sandra, Sebastián y Victoria riendo, cantando y jugando, en torno al árbol navideño. Sandra estaba especialmente feliz de ver a tanta gente en su casa.

Cuando Sandra se enteró que tendrían visitas para la Navidad, no le había hecho mucha gracia. Pero al enterarse que se trataba de Victoria y su familia, no paraba de preguntar cuándo vendrían. Incluso se ofreció a ser la guía de Gemma y Toni, en su trayecto al Santuario, acompañados también de Antonio y su abuelo.

Don Rodrigo contrató a una enfermera para que Elizabeth continuara con su tratamiento en casa, durante el periodo de fiestas. A Sandra se le explicó la enfermedad de su madre; y aunque le causó tristeza, lo ha sabido llevar bien. Porque la niña aseguraba que su padre, su abuela y el padre de Victoria que están en el cielo, la ayudan todos los días para que sane pronto. Y esos detalles de Sandra eran los que hacía que Elizabeth soportara y continuara luchando.

Ya se hacía tarde, don Rodrigo acompañó a Isabel a la cabaña de invitados; bebieron una copa, charlaron y después se despidieron para ir a sus respectivos dormitorios.

Elizabeth y Sandra hicieron lo mismo; la niña estaba cansada de tanto jugar y aunque decía que no tenía sueño, cuando se acostó se quedó dormida de inmediato. Elizabeth también se durmió enseguida.

Antonio y Bertha ya habían apagado las luces de su casa. Tenían que madrugar para salir a la Reserva Natural y preparar el paseo familiar.

Los únicos que aún quedaban despiertos eran Sebastián y Victoria. Ella se sentía un poco cansada y comenzaba a dar señales de querer ir a dormir; pero Sebastián no tenía intenciones de dejarla ir. Así que tuvo que ser ingenioso para conseguirlo.

Se le ocurrió pedir ayuda a Victoria, aprovechando que su pierna ya estaba liberada de la escayola y que podía subir y bajar escaleras; que le ayudara a guardar unos regalos para Sandra. Porque la niña quería descubrir cuáles iban a ser suyos y empezaba a curiosear entre todos ellos, lo cual era cierto.

Victoria cogió los paquetes que le dijo Sebastián y él llevó otros consigo. Le pidió que lo acompañara para guardarlos en su habitación. Victoria estaba tan cansada, que no sospechó que estaba a punto de caer en una noche romántica y apasionada.

Sebastián abrió la puerta con un poco de dificultad; estaba nervioso y sin querer, la empujó fuertemente con su pie. La puerta casi golpea la pared, lo que hizo que Victoria se asustara porque podían despertar a todo mundo con el ruido. Sebastián encendió la luz del dormitorio y entró primero, para echar un rápido vistazo al dormitorio y le gustó como lo habían decorado.

Antes de viajar a la Ciudad de México para recoger a Victoria y a Isabel Sebastián les pidió a Elizabeth y Bertha, que le ayudaran a idear y preparar una sorpresa para su novia y que se la dejaran en su dormitorio. Las dos mujeres sabían exactamente qué clase de sorpresa prepararles y con gusto lo decoraron todo para la pareja.

Cuando Victoria entró detrás de él y se quitó los paquetes de la cara, su admiración fue evidente. Tanto así, que no se percató del momento en que Sebastián cerró la puerta, puso una luz suave y cerró con el pestillo para no ser interrumpidos.

Lo que Victoria miraba, era una cama cubierta de mariposas hechas con papel de colores, acompañadas de flores rojas y rosas.

Sebastián estaba recargado en la puerta del dormitorio, esperando a que ella se girara enfada hacia él por haberla hecho subir con engaños.

Pero Victoria no se giró, lo que hizo fue acercarse hacia la cama y coger unas cuantas mariposas y flores entre sus manos, sonrió y levantó los brazos lanzándolas al aire.

Sebastián era ahora el sorprendido; se acercó a ella y sintió el impulso de hacer lo mismo. Lo repitieron unas cuantas veces, entre risas, juego y alegría; y ella simplemente lo besó. Sebastián la abrazó y la acercó a su cuerpo para sentirla aún más. Se dieron cuenta de lo mucho que deseaban este momento. Entre besos y caricias se ayudaban lentamente a quitarse la ropa, hasta estar desnudos uno frente al otro.

Lo único que Victoria se dejó puesto fue su colgante. Para sorpresa suya, ya que, no sintió timidez alguna al mostrar su cuerpo desnudo a Sebastián.

Él la acercó hacia su pecho y la recostó en su cama con delicadeza. Con sus movimientos y caricias hicieron saltar a unas cuantas flores y mariposas fuera de las sábanas.

Victoria se sentía volar como sus mariposas, extendió los brazos a ambos lados de la cama y permitió que Sebastián la explorara y le besara cada parte de su cuerpo; él la disfrutaba, podía sentirla cada vez más como si se fusionaran el uno en el otro.

Ambos se entregaron a su amor. Sus cuerpos se volvieron uno con cada caricia, con cada te quiero. Victoria transpiraba frescura, libertad, sensualidad. Sebastián recogía todos esos aromas con cada beso y con el sabor de su cuerpo en los labios.

Los dos renacían y vibraban con la misma intensidad. Victoria despertaba al amor a través de los brazos de él. Y Sebastián dibujaba con sus dedos el amor que sentía para dejarlo grabado en el cuerpo de ella.

Epílogo

Siete años después...

El viento del otoño sacudía con suavidad las ramas de los árboles. Sus hojas caían dentro del jardín de don Rodrigo formando una gran alfombra en tonos cálidos. Una niña de cabellos largos castaños y rizados saltaba y jugaba divertida con ellas. Cogía con sus manos un montón de hojas, y entre risas y alegría, las lanzaba para que cayeran sobre ella. Sus hermosos ojos verdes miraban hacia el cielo buscando algo.

Mientras que su madre, enseñaba a Sandra cómo realizar destellos luminosos sobre el agua en el lienzo que estaban trabajando.

—¡Mamá! ¿Cuándo vendrán las mariposas?

—Vendrán pronto cariño, ya están muy cerca.

—¿Y pasarán volando encima de nuestra casa?

—Sabes que no, Mía —Sandra le respondía en tono divertido—. Las mariposas llegan al bosque del abuelo.

—¡Eso no es verdad! —le respondió Mía con enfado—. Lo que pasa es que no quieres que yo las vea.

Sandra se levantó de su silla y se encaminó hacia la niña inclinándose a su altura.

—Querida prima, sabes que no te mentiría; las mariposas llegan volando desde muy lejos para llegar a su hogar, pero esta no es su ruta.

—¡Pero yo quiero ser la primera en verlas!

—¡Y las verás!, pero aún no es el momento, yo misma te llevaré al bosque y te mostraré sus rincones favoritos —terminaba de decirle, besándola en la mejilla.

La pequeña Mía sonrió con satisfacción, abrazó a Sandra fuertemente y siguió jugando con las hojas.

Victoria se acomodaba su chal blanco mientras miraba la escena con ternura; su hija ya había cumplido cinco años.

—¿Cómo pasa el tiempo? —reflexionó y suspiró.

Sebastián observaba desde el porche a su mujer y a su hija. Eran como dos gotas de agua; solo que Mía heredó el lado científico de su padre. Le encantaba estar entre la naturaleza y coleccionar hojas e insectos. Mientras que Sandra, aprovechaba los conocimientos de su tía para ser pintora como ella. Victoria le decía que tenía mucho talento y pronto podría exponer sus pinturas en la galería del Centro de Investigación, junto a las de ella. Con todos los edificios ya terminados y a pleno rendimiento, los turistas eran atraídos cada vez con mayor interés cada año. Hace un par de meses, inauguraron una galería de arte en el CIEB, para exponer las pinturas de Victoria y para impulsar a nuevos talentos como Sandra.

Sebastián vio a Victoria levantarse de su silla; mientras que Sandra recogía el caballete y los oleos. Victoria era cada vez más hermosa, el matrimonio y su maternidad le sentaban muy bien; como ese vestido blanco con flores de colores y el pelo recogido en un moño, Sebastián no podía resistirse a ella.

Victoria se acercó a su marido, lo abrazó y lo besó tiernamente en los labios.

—¿Habéis terminado la sesión de hoy, amor? —le preguntó él sonriente.

—¡Sí! ya está preparada para hacerlo sola —le respondía mientras lo abrazaba.

—Tiene una muy buena maestra —le reconocía él mientras le besaba en la frente donde le había quedado una pequeña cicatriz.

—Sandra es muy buena alumna. Y nuestra pequeña es un sol, ¡mira cómo juega! Seguro que ella también tiene los talentos de su padre —le hablaba mientras le tocaba el pecho y Sebastián acariciaba la mano de su mujer.

—Sabes... mi padre e Isa han llamado hace un momento. Han dicho que llegaran la próxima semana para celebrar junto a sus cuatro nietos su segundo aniversario de bodas.

—Me alegro mucho amor. Ya les echamos de menos.

—¿Sabes en que estaba pensando?

—¿En qué? —le preguntaba Victoria mientras le acariciaba su fina barba.

—En lo mucho que ha crecido nuestra familia y en lo felices y afortunados que somos todos.

—¡Sí es verdad! —reconoció Victoria—. Somos una familia muy grande y bendecida. Nuestros padres se casaron, Gemma y Toni disfrutaban con sus mellizos, Elizabeth recuperó su salud, encontró de nuevo el amor y está a punto de casarse; y Sandra a sus quince años ya tiene un futuro prometedor... Y estamos nosotros, nuestra bella familia.

Sebastián suspiró.

—Yo estoy cada día más enamorado de una mujer maravillosa y que me ha dado a la hija más hermosa del mundo —le decía Sebastián mirándola a los ojos.

—Tú eres el amor de mi vida, mi inspiración, mi mejor amigo y el padre de mis hijos.

Sebastián se apartó un momento de ella y la miró un poco extrañado.

—¿Hijos?

Ella lo miraba con una sonrisa traviesa y le acarició la mejilla con la mano.

—¡Sí, hijos!

—¿Qué?

—Estoy embarazada desde hace dos meses, pero me he enterado esta mañana...

Sebastián no la dejó terminar, él la besó y la abrazó con mucha alegría.

—¡Gracias, gracias, gracias! —le susurraba al oído—. ¡Soy tan feliz! —y la besó con ternura.

—¿Un hijo? —le volvió a preguntar y ella asintió.

En ese momento, Mía se acercaba corriendo alegremente hacia ellos cargando algo entre sus manos.

—¡Mamá! ¡Papá! mirad lo que he hecho.

—¿Qué has hecho, cariño? —quiso saber Sebastián.

—Es una corona de hojas ¡es para ti mamá!

—¡Oh, gracias, cielo! me encanta. ¿Me la puedo poner?

—Yo te la pongo.

Victoria se agachó y Mía puso la corona de hojas en la cabeza de su madre y luego la abrazó.

—Te quiero mucho, mamá, y aunque antes no pude nacer, ahora estoy contigo y nunca más voy a dejarte.

Victoria aun con la niña entre sus brazos, no supo que decir ante las inexplicables palabras de la pequeña Mía. «¿Cómo era eso posible? ¿La había escuchado bien?»

Sebastián cargó a su hija y luego abrazó a Victoria. Su familia seguía creciendo y llenándose de bendiciones provenientes de momentos, personas y lugares inesperados y sorprendentes. Los tres miraron con alegría hacia el horizonte y observaron entre las nubes pequeñas sombras que sobrevolaban el cielo.

Las Mariposas Monarca habían llegado, un nuevo ciclo de vida y color se acercaba a los bosques de oyamel. Como la una nueva vida que crecía en el vientre de Victoria.

Fin

Reseña biográfica

Verónica Rosi Kar, es una arquitecta y escritora mexicana. Comenzó en el mundo de los libros creando mandalas; cargados de espiritualidad, originalidad y meditación. Los cuales, le dieron la pauta y la idea para escribir su primera novela; inspirada en hechos reales. El Centro de Investigación Ecológico de la Biosfera Mariposa Monarca, que se menciona en esta novela; fue un proyecto arquitectónico que la misma autora realizó para su tesis de graduación en la región de Temascalcingo, Estado de México, en el año 1997 y lo empleo para dar vida a esta historia romántica e intimista.